

*Siempre hemos sido
nosotros*



Patricia
Bonnet

«Ella. Yo. Nosotros.
Juntos. Suena muy
bien, ¿verdad?»

Lectulandia

Siempre hemos sido nosotros

Patricia Bonet

A él, por darme las fuerzas que necesito para poder con todo.

A vosotros dos, por quererme cada día un poquito más.

«Because I'm in love with you
Laying here, in the morning light
And all I want to do is hold you tight,
just one more night».

Morning Lights

Capítulo 1

Marcos

«Señoras y señores pasajeros, dentro de unos momentos tomaremos tierra en el aeropuerto de Valencia. La temperatura es de veintiocho grados y hoy se presenta el día soleado. Asegúrense de que el respaldo está en posición vertical, el cinturón abrochado y su mesa plegada. Yo, el comandante Pearce, y el resto de la tripulación esperamos que hayan tenido un vuelo agradable y confiamos en verlos viajando de nuevo con nosotros. Muchísimas gracias».

¿Un vuelo agradable? Si tuviera que definirlo, se me ocurren muchas formas de hacerlo, pero desde luego ninguna de ellas sería «agradable»; me ha tocado pasillo, por lo que me he pasado la mitad del tiempo levantándome para que la señora que tengo al lado pudiera ir al aseo. No sabía que alguien podía mear tantas veces seguidas. Pero no contenta solo con eso, no se ha callado.

Ni un momento.

Me ha hablado de su hija Lana, de su perro Scooby y de su nieto Carl, que es la alegría de su vida, aunque él a ella no la quiera nada y le escupa cuando la ve. Así, tal cual. Y ella tan contenta diciendo que son solo cosas de niños. De un niño que, por cierto, ya tiene diez años, y no es que yo sea un lumbreras, pero a esa edad ya saben lo que hacen, ¿no? En fin. Ni conozco a esta señora ni voy a volver a verla en mi vida, así que yo solo he sonreído y he fingido escucharla todo el trayecto. En realidad, lo que he estado haciendo ha sido cerrar los ojos y pensar. ¿En qué? En lo que llevo pensando desde que mi trabajo en Nueva York terminó y supe que era hora de volver a casa.

Podría haberme quedado allí. La gente me quería, era bueno en mi trabajo y el sitio no estaba nada mal. Hice algunos amigos, como Scott, mi jefe. Aunque era unos cuantos años mayor que yo, congeniamos enseguida. Supongo que porque yo necesitaba una figura paterna, alguien que me diera un poco de seguridad y familiaridad en un sitio en el que me encontraba a miles de kilómetros de los míos, y él buscaba un sustituto para el capullo de su hijo, porque, si algo definía a ese espécimen de hombre, era «capullo». También echaría un poco de menos mis salidas matutinas a correr por Central Park o el desayuno de los domingos por las mañanas en la tetería de la esquina del trabajo. Me costaba más de cuarenta y cinco minutos ir andando, pero valía la pena solo por esos bollitos de canela rellenos de limón.

Pero bueno, no quiero mentir, todo eso estaba bien, pero no terminaba de ser lo mío. Aunque estaba rodeado de personas por todas partes, pues en la oficina éramos

más de cuatrocientos trabajadores y tenía buena relación con todos, y además tenía a Scott, pero, como ya he dicho, me sentía muy solo. Me faltaba mi gente. Mis amigos, sobre todo Pedro, los tocapelotas de mis hermanos, mis padres y, para qué mentir, ELLA.

Mierda.

Es que no me la quito de la cabeza ni medio segundo. Y sí, antes ya era una tortura, pero más o menos podía llevarlo; total, la tenía a miles de kilómetros de distancia. Pero ¿y ahora? Ahora la tengo demasiado cerca como para poder ignorarlo.

El avión acaba de dar una sacudida, lo que significa que hemos tomado tierra. He estado tan metido en mi mundo que ni me he dado cuenta. Suspiro, cojo aire y lo suelto tres veces seguidas, me seco las palmas de las manos en los vaqueros y cuento hasta diez. Me levanto incluso antes de que las luces que indican que ya puedo desabrocharme el cinturón se apaguen, pero necesito coger mi ordenador y salir de este agujero que me está asfixiando por momentos. Me giro para sonreír a mi nueva «amiga» y decirle adiós con un ligero movimiento de cabeza, y salgo por la puerta como alma que lleva el diablo directo al autobús que me llevará hasta la sala de recogidas de maletas, para poder coger la mía e irme a mi casa.

Hogar, dulce hogar.

Se me hace tan raro estar aquí de vuelta que, por un momento, una milésima de segundo, me han dado ganas de dar media vuelta, volver al avión con el comandante como se llame y pedirle que me lleve de vuelta a las Américas. Pero no, estoy aquí, he vuelto y lo hago para quedarme.

Cuando ya estamos todos en el autobús como sardinas en latas —y está claro que algunos sin ducharse—, ponemos rumbo al edificio que alberga nuestras pertenencias más valiosas, que en mi caso es una pequeña maleta. No es que haya sobrevivido todo este tiempo con tres pantalones y dos polos, es que mis padres vinieron hace un par de meses y se trajeron casi todas mis cosas. De valor no tenía nada, porque los muebles y demás pertenecían a la casa de alquiler en la que me alojaba, pero sí se trajeron la ropa de invierno, zapatos y chaquetones, así que me dejé lo esencial: algunas prendas básicas y mi ordenador portátil.

Por fin llega la mía, esa que regalaba el banco hace mil años, marrón, fea de cojones, que toda la población española tiene, y me dirijo hacia la salida para coger un taxi.

No ha venido ninguno de los míos a buscarme. No porque ellos no quisieran, sino porque yo no los he dejado. Me gusta muchísimo estar con ellos, pero pueden llegar a ser tremendamente agobiantes, y yo necesito un poco de espacio para habituarme a mi nueva situación y pensar en cómo me voy a enfrentar a todo lo que se me viene encima. Y porque les he mentado. No me siento orgulloso de ello, pero situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas. O como se diga. Les he dicho que llegaba mucho más tarde. Casi por la noche, vamos. No a las ocho de la mañana. Al único al que le he dicho la verdad es a mi hermano Javier, al que, por cierto, le mando

un mensaje para avisarlo de que ya estoy aquí. Y es que con él no tengo ningún problema. Si yo le digo que no quiero que venga a recogerme, no hace preguntas, me dice que vale y se queda en su casa; o en el bar, depende de la hora.

No he querido que venga nadie porque solo tengo ganas de llegar a casa, darme una ducha, quedarme en calzoncillos y dormir todo lo que no lo he hecho estas últimas semanas. ¿Que por qué no he dormido? Porque estoy cagado de miedo. He soñado con volver desde antes de marcharme, he soñado con verla desde antes de despedirme y he soñado con volver a hablar con ella desde antes de mandarlo todo a la mierda. Pero una cosa es soñar y otra muy distinta, la realidad. Y la mía es que estoy aquí, que he vuelto y no tengo ni idea de por dónde empezar. Me aterra tenerla enfrente de mí otra vez porque no sabría qué decirle ni cómo actuar. No sé si me odia —aunque estoy convencido de que sí— ni si tiene ganas de verme —estoy convencido de que no—. Llevo más de tres años sabiendo cosas de ella a través de los demás. Jamás acompañó a ninguno en sus viajes, ni se sumaba a las felicitaciones y llamadas a través del Skype, ni participaba en los regalos conjuntos que me llegaban. Sí, ponía su nombre, estaba su dedicatoria, pero no era su letra. Mejor dicho, no eran sus palabras.

El taxi llega por fin a la puerta de mi casa; le pago y bajo, sacando yo mismo la maleta del maletero porque ahora me han entrado las prisas. Necesito sentirme seguro, protegido, y mi casa se convierte en mi refugio. Subo los peldaños hasta llegar a la puerta principal poco a poco, disfrutando del momento y maravillándome de lo que encuentro a mi alrededor, porque, para qué negarlo, mi casa me encanta. Al subir arriba del todo, dejo las maletas en el suelo y meto la mano en el bolsillo derecho del pantalón para sacar la llave, la cual aprieto tan fuerte que hasta me hace un poco de daño en la palma de la mano. La meto en la cerradura y la giro dos veces, lo que me confirma que mi hermana no está en casa.

Cuando me marché, me preguntó si podía mudarse aquí. Adora a mis padres, pero, palabras textuales, «se estaba muriendo poco a poco». Siempre han sido un poco controladores con los tres, para qué negarlo, pero debo reconocer que con mi hermana han llegado al acoso. Así que no tuvo que suplicármelo mucho, aunque me habría encantado verla de rodillas pidiendo clemencia. Cogió la copia que guardaba para las emergencias y se instaló aquí. Para mí también supuso un alivio, así tenía a alguien que cuidaba un poco de ella en mi ausencia. Hablo de mi casa, claro; mi hermana se vale ella sola. Y, además, así cuidaba de las pequeñas plantas que tengo en el jardín. Aunque miedo me da cuando salga a ver cómo están.

Cojo la maleta, entro y cierro la puerta detrás de mí. A simple vista está tal y como la dejé, a excepción del sofá, que tuvimos que reemplazar por culpa de un pequeño percance, del cual prefiero no hablar. La cocina está impoluta y, por lo que puedo divisar a través de la cristalera, el jardín y mis plantas están perfectas.

Debo empezar a confiar más en Paula.

Cierro la casa con llave, una pequeña manía —o una de muchas—, dejo la maleta en el suelo y recorro mi hogar poco a poco, tocando los muebles y admirando el olor

a jazmín que lo impregna. Me acerco hasta la librería, pero no para ver los pocos libros que hay, sino las fotos, en concreto una en la que salimos los cinco el día del cumpleaños de Javi hace ya siete años por lo menos, todos disfrazados de mejicanos, con las mejillas sonrosadas y los ojos vidriosos de tanto reír. Paula está a caballito de Pedro, Javi a su derecha haciendo el mono, y yo a su izquierda, con Eva subida a mi espalda. Tiene la sonrisa más bonita que he visto en mi vida, y la echo mucho de menos. Estoy cansado de verla a través de las fotos, ahora necesito hacerlo en directo.

Dejo la foto en su sitio, voy hasta la cocina y abro la nevera con la esperanza de encontrar algo de comida en ella. Me doy por satisfecho. Tengo queso, jamón e incluso cerveza, así que me preparo un sándwich, me lo como rápido y subo a mi habitación para poder darme una ducha bien fría y acostarme un rato, que bien lo necesito.



«¡Me cago en la ...! ¿Se puede saber qué es todo ese follón?». Parece música, pero no sé de dónde viene. Por poco se me sale el corazón por la boca del susto que me he dado. Me incorporo en la cama e intento calmarme, con los cinco sentidos alerta e intentando acostumbrarme a lo que tengo alrededor. Me doy cuenta de que estoy en mi casa de Valencia y de que esa música viene del piso de abajo. Debe de ser mi hermana, que ha llegado y no se ha enterado de que hay alguien arriba.

Bajo los escalones rápido con la idea de decirle cuatro cosas, pero toda la mala leche que pudiera tener se me escapa en cuanto Paula entra en mi campo de visión. Me apoyo en el marco de la puerta, con los brazos cruzados para poder verla mejor. Lleva unos pantalones vaqueros cortos —por llamarlos «vaqueros» y no «cinturón»—, una camiseta negra de tirantes, sandalias y el pelo negro increíblemente corto. La última vez que la vi lo llevaba por la espalda, y aunque me había enseñado alguna foto, me choca cuando lo veo en persona. La cocina, impoluta hace un par de horas, ahora parece un campo de batalla. Hay bolsas y comida por todas partes, el horno encendido, y ella está cortando algo mientras baila y canta a pleno pulmón la canción *Sugar*, de Maroon 5.

Estoy tentado de ir por detrás y asustarla, pero mi hermana es demasiado vengativa y maquiavélica, y sí, temo por mi vida, así que carraspeo alto y claro para que me oiga por encima del ruido de la música.

—¡Joder, qué susto! —Se gira sobresaltada, pero cuando me ve en el marco de la puerta, pega un grito de loca y corre hasta mí, saltándome encima cual koala—. ¿Qué haces aquí? ¡Creía que llegabas más tarde!

Nos soltamos, yo para sentarme en uno de los taburetes de la cocina y ella para ir a la nevera a por dos cervezas. Me ofrece una, pero la rechazo y le pido un zumo. Me mira arqueando una ceja.

—Acabo de abrir un ojo, deja por lo menos que me dé tiempo a abrir el otro.

—¿Estabas durmiendo? ¿A qué hora has llegado? —Se acerca hasta donde estoy, con la botella de zumo de naranja y dos vasos, uno para ella y otro para mí. Me bebo de una sentada casi la mitad. Estaba sediento.

—Bueno, al final he adelantado el vuelo. He llegado a las ocho.

—¿A las ocho? Pero si te esperábamos doce horas más tarde. ¿Por qué no nos has avisado? Habríamos ido al aeropuerto a por ti. Espera, ¿ha ido alguien a por ti? ¿Cómo has llegado? Y ¿dónde están tus maletas? ¡Oye! ¡Mamá y papá!, ¿saben que ya estás aquí? Tienes que avisar, Marcos. Los pobres seguro que van al aeropuerto a buscarte, y tú, mientras, aquí. Eso no se hace, ¿sabes? La gente se preocupa por ti y... —No hablo. No porque no quiera, sino porque no me deja. Me quedo ahí, sonriendo, viendo cómo habla tanto que ni siquiera respira entre pregunta y pregunta—. ¿Por qué me miras con esa cara? ¿Y por qué no dices nada?

—Porque estoy esperando a que termines de hacerme todas las preguntas a la vez para poder contestar alguna. Así que, cuando quieras, empiezo.

—Ya me callo —me dice mientras hace el gesto de cerrarse la boca con una cremallera y se guarda la llave en el bolsillo.

—Gracias. Sí, a las ocho. Al final lo he adelantado porque tenía ganas de llegar a casa. He avisado a Javier, porque es el único que me respeta. Si te lo hubiera dicho a ti o a Pedro, habríais pasado de mi cara y os habríais presentado en el aeropuerto. Pancarta incluida. Y no habría podido descansar, que es lo único que me apetecía en ese momento después de más de siete horas de vuelo, sin contar con todo el follón que he tenido estos días en la oficina y en mi casa. Como te he dicho... no, no ha venido nadie a por mí; he usado un taxi, que para algo existen. Mis maletas están arriba, conmigo. ¿Los papás lo saben? Sí. Los he llamado antes de irme a dormir. —Me callo, cojo lo que me queda de zumo y me lo bebo, limpiándome el bigote con el dorso de la mano y dejándolo de nuevo en la mesa. Mi hermana me mira sin decir nada, pero con el ceño fruncido y los brazos cruzados. Yo le sonrío enseñando los dientes—. ¿Le parece bien a la señorita? ¿Alguna pregunta más que necesite ser resuelta?

No habla. Se está mordiendo tanto la lengua que seguro que se hace hasta sangre, la muy bestia. Pero no puede permanecer más tiempo callada. Creo que la última vez que lo hizo aún estaba en el vientre de nuestra madre.

—La pancarta era muy chula. Y grande. Llevamos dos días pintándola.

Me entra la risa, pero no de esas silenciosas y por compromiso. No. Me río con ganas, a carcajadas.

—Eres un inmaduro —me dice mientras me enseña el dedo corazón. Mi hermana es toda finura.

Me levanto para dejar el vaso en la pila y volver a mi habitación, a ver si puedo dormir un rato más. Paso por el lado de Paula, que ha vuelto a levantarse y se dirige

al horno, que abre, y por el que veo asomar un bizcocho. No sé de qué es, pero huele de maravilla. Le doy un beso en la cabeza y me despido. Pero antes de salir me giro, llamándola.

—Por cierto, ¿es el fin del mundo y no me he enterado? ¿Por qué mi cocina parece un supermercado?

Paula cierra el horno, se gira, y ahí está; *la sonrisa meteproblemas*: es esa que usa cuando sabes que está tramando algo, nada bueno, por supuesto, que va a terminar contigo con una ceja depilada, un tatuaje de *henna* de un hada en la espalda o durmiendo en calzoncillos en el balcón en pleno invierno.

—Bienvenido a tu fiesta de vuelta a casa.

—Mi... ¿qué?

—Tu fies-ta de bien-ve-ni-da —me dice, despacio, como si le estuviera hablando a un niño de tres años.

—Te he entendido a la primera.

—Entonces, ¿por qué me lo vuelves a preguntar? —Me sonrío mientras se apoya en la encimera para mirarme. Coge una zanahoria. Sí, una zanahoria. Y comienza a morderla.

—Lo intentaremos de otra forma. ¿Por qué tengo una fiesta de bienvenida?

—Porque te queremos, nos alegra mucho que hayas vuelto y todos queríamos verte.

—¿Todos? ¿Quiénes son todos?

—Pues yo qué sé, todos.

—¿Todos... todos?

—Sí, Marcos. TO-DOS. ¿Pero qué te pasa?

—Nada. Me voy a dormir. Si quieres algo, silba, como Pepito Grillo.

Llego a mi cama y me lanzo en plancha, con los pies colgando por el borde y los brazos extendidos. Las palabras de Paula retumban una y otra vez en mi cabeza.

«Todos queríamos verte».

Ja. Mentira. Seguro que hay una persona que no quiere verme. ¿O sí? Es decir, a lo mejor no está enfadada conmigo. A lo mejor es cierto que se alegra de verme. O a lo mejor es cierto que soy gilipollas y tonto del culo. Sí, me decanto por esta última observación.

Cojo la almohada y me tapo la cara con ella mientras amortiguo el grito que está esforzándose por salir de mi garganta. No estoy preparado. Quiero verla. Joder, es lo que más quiero. Pero no era así como tenía pensado. Tengo que prepararme. Un plan. Necesito un plan.

Una hora.

Llevo una hora pensando en el puñetero plan que nunca llega, porque una pregunta no para de rondarme: ¿y si decide no aparecer? Aunque eso es imposible, ¿verdad? Es la mejor amiga de Paula. Y la hermana de Pedro, que para rizar más el rizo, es mi mejor amigo. También es amiga de Javi y de todos los que habrá en esa fiesta. Tiene que venir, no puede no hacerlo.

Dejo de darle vueltas al tema porque no encuentro respuestas a ninguna de las preguntas que me surgen y no las tendré hasta que hable con ella y la vea. Porque sí, eso lo tengo muy claro. Ya que la cosa se presenta así, ya que estará en la misma habitación que yo, no voy a permitir que se marche sin hablar conmigo.

Cierro los ojos e intento dormir. Pero no lo consigo. Ni contando ovejitas.

Solo pienso. Demasiado.

Y creo que me estoy volviendo loco.

Capítulo 2

Eva

—Un Mississippi, dos Mississippis, tres Mississippis, cuatro Mississippis...

—¡Paula! Me estás haciendo enfadar, ¿quieres dejar de decir «Mississippi»? ¡Así no se cuenta! —grita Marcos a su hermana, rojo como un tomate. Tengo ganas de reírme, aunque me da un poco de miedo, porque se enfada mucho cuando nos burlamos de él, pero, como dice su mamá, es muy gracioso ver cómo se le hincha la vena de la frente. Parece que un día le vaya a explotar. Me recuerda mucho al monstruo ese verde que tanto les gusta a Pedro y a él. No me acuerdo de su nombre.

—¿Cuentas tú? No, pues ale, cuento como yo quiera. —Paula siempre dice que lo que más le gusta hacer es meterse con los chicos, sobre todo con Marcos, porque es muy fácil hacerlo enfadar.

—Qué tonta eres.

—«Qui tinti iris».

Ahora sí que no puedo aguantarme y me entra la risa, aunque me tapo la boca con la mano para que nadie pueda verme. Paula y yo hemos empezado a hablar solo con vocales. La semana pasada era la A, y esta semana toca la I.

Marcos mira a mi amiga con una cara que da un poco de miedo, pero es que es de «mecha corta», como dice Eduardo, su padre, sobre todo si el blanco de las bromas es él y quien se las gasta es su hermana pequeña.

—¡Venga, dejadlo estar y jugad tranquilos, si no al final acabaremos todos enfadados y cada uno en su casa! —grita Javi, el hermano mayor de los dos y quien siempre está en medio de todas las discusiones intentando que no nos enfademos, y menos mal, porque algunas broncas han sido muy fuertes.

Me acuerdo de una vez en que la Paula puso tan nervioso a Marcos que este le acabó dando con un trapo de cocina en el culo. Su hermana, como venganza, le tiró toda la colección de Hot Wheels por una alcantarilla. Al final nos castigaron a todos dos semanas (a ellos, por pegarse, y a nosotros, por reírnos), y fue lo peor, porque era verano y no pudimos salir a ningún sitio.

Marcos termina dándose por vencido y sale corriendo para esconderse en el hueco que hay debajo de la casa, porque sabe que ahí Paula no irá a buscarlo nunca. La valiente le tiene un miedo a la oscuridad que «se caga viva», palabras textuales. Pedro se tira al suelo y repta hasta esconderse debajo del camión de nuestro padre. Javi lo sigue muy de cerca, pero termina por saltar la valla y colarse en el jardín del vecino, y yo corro hasta entrar en el cobertizo donde mi padre guarda todas sus herramientas.

Si a Paula le da miedo la oscuridad, a mí me dan miedo los sitios cerrados, y como todos lo saben, seguro que no piensan venir aquí a buscarme. El cuarto es tan pequeño que mi padre tiene que sacar las cosas para poder trabajar, porque además la ventanita que tiene es minúscula, y casi no se puede respirar. Miro alrededor, a la mesa de trabajo llena de tornillos, destornilladores y la caja de herramientas negra, que le regaló mi madre cuando se casaron, abierta. En el suelo descansa la moto por piezas que mi padre quiere arreglar con la ayuda de los chicos, y el armario está tan lleno de nuestros trastos que es imposible que quepa nada ahí dentro. Fuera oigo que Paula deja de contar y empieza la búsqueda, así que al final me tiro al suelo y decido esconderme detrás de la mesa, donde hay un hueco un poco pequeño, pero para mí es suficiente.

Seguro que han pasado solo segundos (la casa de mis papás no es tan grande como para que tarde mucho rato en encontrarnos), pero a mí se me están haciendo muy lentos. Está anocheciendo y no hay casi luz, y, además, el sitio es tan pequeñito que al final no voy ni a poder salir. No sé por qué me he escondido aquí, con el miedo que yo le tengo.

Aprieto los párpados muy fuerte y respiro hondo: una, dos, tres, cuatro y cinco veces, empezando otra vez desde el principio.

Así es como me ha dicho Pedro que lo haga siempre que tenga miedo.

De repente, escucho la puerta abrirse un poquito; abro los ojos y veo una sombra que se acerca hacia la mesa, mi escondite. Creo que es Paula, aunque la sombra es muy alta para ser ella. Pero cuando llega por fin a donde estoy y levanto la cabeza, veo que no es Paula, sino Marcos. Se agacha hasta ponerse a mi altura y me hace señas con la mano para que me mueva.

—¿Qué haces? No cabemos aquí los dos —le digo susurrando.

—Claro que sí, renacuaja. Muévete un poco y hazme sitio.

Le hago caso y, como puedo, me muevo hacia atrás, dejando un hueco para Marcos. Este se coloca pegado a mí, me coge la mano y me sonrío de oreja a oreja.

—¿Pero qué haces aquí? Te he visto esconderte debajo de la casa.

—Ya lo sé, pero el juego no tiene diversión si me escondo en un sitio al que Paula nunca va a ir. —Escuchamos un ruido fuera y, sin soltarnos la mano, miramos hacia la puerta, esperando que esta se abra de un momento a otro y den con nuestro escondite. Marcos me pide silencio con la mano que tiene libre y yo obedezco, aguantando la respiración. El corazón me late muy deprisa. Seguro que Paula lo escucha desde fuera y por eso nos va a encontrar—. Además, te he visto entrar aquí para esconderte, y sé cuánto miedo te da —me dice Marcos susurrando y sin mirarme—. Eso es muy valiente.

—Gra... gracias. —Creo que es la primera vez que alguien piensa que soy valiente. Mi hermano dice que soy una cagada, y tiene razón, así que que Marcos piense que soy valiente para mí es muy importante.

—Además, siempre cuidaré de ti, ¿vale? Eres mi chica preferida.

En ese momento la puerta se abre. Paula grita: «Os pillé» y provoca que pegue tal bote que, si no fuera porque estamos los dos tan apretados, nos tiraríamos al suelo. Marcos me ayuda a salir, me suelta por fin la mano y sale corriendo detrás de su hermana para derribarla, saltar encima y hacerle cosquillas, como siempre terminan nuestros juegos.

No puedo dejar de mirar a Marcos, sentado encima de su hermana, quien grita y patalea tirada en el suelo. Pedro aparece con un sándwich en la mano —¿cuánto tiempo he estado ahí encerrada para que a este le haya dado tiempo a ir a por comida y todo?— y Javi está apoyado en la valla hablando con el vecino, un año mayor que él, pero con el que ha hecho muy buenas migas.

«Eres mi chica preferida». Me acuerdo de lo que me ha dicho Marcos hace un momento y me da tanta vergüenza que noto que me pongo roja. Nunca me había dicho eso. Yo siempre había creído que su chica preferida era Paula, porque es su hermana, ¿no?

—¡No te quedes ahí parada y ven a ayudarme! —grita Paula llamando mi atención, y eso hago, corro hacia ellos y me tiro encima de Marcos, agarrándolo por el cuello e intentando apartarlo de encima del cuerpo de mi amiga. De repente, unas manos intentan cogerme de la cintura: es Pedro, que ha venido para ayudar a su amigo. Los chicos son más fuertes que nosotras, pero aun así no nos dejamos ganar. Pataleamos y damos puñetazos al aire con todas nuestras fuerzas, alcanzando algún brazo, hombro y pierna por el camino.

Ya no vuelvo a acordarme de lo que me ha dicho Marcos en el cobertizo. Además, tengo solo ocho años, ¿por qué debería pensar en esas tonterías?

∞

—Esto es una mierda.

—Bueno, es lo que tiene que nosotros seamos mayores y vosotras, unas renacuajas.

Odio que usen ese mote conmigo, así que cojo lo primero que tengo a mano, que es una almohada, y se la lanzo a mi hermano, dándole de pleno en la cabeza.

Estoy en el cuarto de Pedro esperando a que se termine de arreglar. Es Nochevieja, y es la primera vez que nuestros padres los dejan salir con los amigos para celebrarlo. Hasta ahora siempre lo pasábamos los cinco juntos, nuestra familia con los tres hermanos Bayo, pero esta es la primera noche que los chicos pueden salir con los amigos. Por lo que tengo entendido, van al chalet de un amigo para recibir allí el nuevo año. Paula y yo no podemos ir. Tenemos diecisiete años y nuestros padres piensan que somos demasiado jóvenes para ir a esa clase de sitios. Yo opino que es una tontería; además, estaríamos con los chicos y con un montón de gente más, y es aquí mismo, en el pueblo. Pero no dan su brazo a torcer.

Lo ayudo a elegir la ropa; una camisa negra con los vaqueros desgastados, rotos

por la rodilla, y botas militares. Aunque sea mi hermano, debo reconocer que es guapo de narices. No es la típica belleza que quita el sentido cuando la ves y te deja las piernas de gelatina, pero tiene un aura que hace que las chicas quieran revolotear a su alrededor como moscas con la miel.

La puerta se abre de golpe y entra Paula como una exhalación; viene directa hacia mí y se tira encima, haciendo que las dos caigamos en la cama. Rebotamos por el impacto y nuestras frentes chocan.

—Uy, perdona, la emoción del momento —me dice Paula entre risas, masajeando su frente y la mía.

—¿Y se puede saber por qué estás tan contenta cuando hace apenas una hora gritabas como la niña de El exorcista a nuestros padres? —le digo más seria de lo normal. Estoy cabreada, porque el plan de esta noche se presenta bastante aburrido.

—Te perdono ese tonito que estás usando conmigo porque te quiero, y porque lo de parecerme a la niña de El exorcista me gusta.

—Ja, ja, ja. Tú no estás bien de la cabeza. Lo sabes, ¿verdad? —le dice Pedro riéndose, mientras va al armario a por su cazadora vaquera.

—Pues claro. Es algo que sabe todo el mundo. ¿Tú lo sabes? —me pregunta mientras me señala con el dedo.

—Yo lo sé —le digo riéndome, y es verdad. Está como una puñetera cabra, pero no me la imagino de otra forma.

—Bueno, levanta ese culo de Beyoncé que tienes y a vestirse, que nos vamos.

Se oyen unas carcajadas procedentes del pasillo, y enseguida hace acto de presencia el dueño de esas risas quien, para qué negarlo, es el dueño de mis pensamientos más calenturientos. Marcos, el hermano de Paula y el mejor amigo de mi hermano. Dios mío, soy como un tópico con patas, enamorada del mejor amigo de mi hermano y hermano de mi mejor amiga. Soy la candidata perfecta para la típica película americana. Pero lo peor de todo es que no lo puedo evitar. Debería verlo como a un hermano más, vamos, como veo a Javi. Pero no, para mí es como el típico caballero de brillante armadura, aunque de caballero tiene poco y de tocapelotas tiene mucho. Si alguien me pregunta desde cuándo llevo enamorada de él, podría decir la fecha exacta con los ojos cerrados: once de julio de mil novecientos noventa. ¿Que cuál es esa fecha? El día en que nací. ¿Cómo se puede estar ya enamorada siendo un bebé recién nacido? Porque mi madre siempre me cuenta que nací llorando a pleno pulmón y solo conseguí calmarme cuando una mano pequeñita, de apenas dos años y medio, cogió la mía. Y esa mano era la de Marcos.

—Me encanta ese ceño fruncido que pones cuando te dicen que tienes el culo de Beyoncé —me dice Marcos acercándose a mí y dejándose caer a mi lado en la cama, después de darme un beso en la mejilla.

Lleva vaqueros negros, camisa roja a cuadros y botas también negras. El pelo revuelto y en el cuello, la cadena de cuero con mi inicial.

Sí, mi inicial.

Hace unos meses fuimos a un mercado medieval en Teruel. Me quedé embobada mirando unas baratijas que vendía un hombre ciego, y su hija lo ayudaba. Eran todo cosas artesanas, que hacían ellos en casa, y me parecieron sencillas pero preciosas. Me quedé mirando una pulsera tobillera con un pequeño búho colgando. Siempre he tenido predilección por los búhos. De repente, alguien se acercó por mi derecha y le dijo a la niña que se la llevaba, sin preguntar el precio. Era Marcos. La pagó, la cogió y se agachó hasta quedar de rodillas en el suelo. Era verano, así que al llevar un vestido, mi tobillo quedaba al aire. Sin hablar ni pedir permiso, me lo cogió, lo puso sobre sus rodillas y ató el pequeño cordón a él. Después, le pidió un colgante con la letra E, de Eva. No me atreví a preguntarle por qué. Él simplemente lo compró, se lo puso y no se lo ha quitado ni un día desde entonces.

—«All the single ladies. All the single ladies. Now put your hands up...» — empieza a cantar Paula, haciendo que salga de mi letargo y me centre de nuevo.

—Eres idiota —le digo levantándome y haciendo que los otros tres se rían a mi costa—. A ver, ¿por qué tengo que vestirme? Para comerme las uvas con tus padres y los míos no creo que deba ponerme de punta en blanco.

—Para eso no, pero para venir con nosotros, sí —me dice Marcos con esa sonrisa canalla, que hace que me apoye en la pared para no caerme de lo que me flojean las piernas. Paula se da cuenta —es que la colega se da cuenta siempre de todo, joder—, y aparto la mirada de ella porque, si sigue mirándome así, me pondré roja como un tomate y no me apetece nada en este momento.

Miro a Marcos arqueando una ceja, pidiéndole que se explique, y él me dice que ha convencido a nuestros padres para que nos dejen salir con ellos, con la promesa de que Pedro y él velarán por nuestra seguridad. Ahora sí, observo a Paula en busca de una confirmación y, cuando la obtengo, salto, grito, y corro hacia mi habitación para no perder más tiempo. Paula me sigue, por supuesto, y aunque parezca mentira, en media hora estamos vestidas, peinadas y maquilladas. Fuera hace frío, así que las dos hemos optado por pantalones. Yo, un mono negro con escote palabra de honor, y ella, unos vaqueros con un top de tirantes plateado. Bajamos las escaleras corriendo, les damos las gracias a nuestros padres por milésima vez, cogemos abrigos, bolsos y nos dirigimos al coche, donde los chicos ya nos están esperando, Javi incluido, que es quien se encargará de traernos luego de vuelta.

—¿Sabes? Deberías decírselo, en serio —me giro hacia Paula sobresaltada, esperando que nadie la haya escuchado. Aún no hemos abierto la puerta del coche, pero las risas de los chicos se oyen de forma alta y clara—. No me mires así, Eva, de verdad. No lo digo para fastidiarte ni porque crea que vas a hacer el ridículo. Al contrario.

—Ya hemos hablado antes de esto. Es una tontería, y no quiero hablar más. Te lo conté porque eres mi mejor amiga y jamás te he ocultado nada, pero no quiero que vuelvas a sacar el tema, y menos con ellos tan cerca.

—Pero, Eva, mi hermano de verdad que...

—¡Cállate! —le grito más alto de lo que debería. Sé que lo hace por mi bien y porque cree que tengo alguna posibilidad. Pero yo sé que eso es mentira—. Que yo le guste a Marcos más allá de lo fraternal es como que un elefante se junte con una hormiga. Son cosas matemáticamente imposibles. Solo hay que ver la clase de chicas que lo rondan. Déjalo estar, ¿vale? Yo sé que lo haces por mi bien y que te encantaría, pero quiero olvidarme de esto. Por favor...

Me mira con resignación, pero al final asiente. Cuando llegamos al coche, antes de subir en él, le doy un beso en la mejilla a Paula, quien me da una palmada en el culo como respuesta.

Voy en medio, entre Paula y mi hermano, y me falta el aire. Además, los dos están hablando de una serie que ven juntos, que yo no tengo ni idea de cuál es, y me pierdo y mareo en la conversación. Cuando por fin llegamos al chalet donde se celebra la fiesta, salen todos escopetados, menos mi hermano, que me espera para entrar conmigo. Paula está saliendo con Jon, un amigo de los chicos, y, aunque me ha jurado que va a estar conmigo todo el rato, sé que es una promesa que no va a cumplir. No la culpo. Su novio/rollo/como se quiera llamar está muy bueno.

Me sabe mal que Pedro esté todo el rato conmigo. Es cierto que yo no conozco a mucha gente y que soy tímida, pero él ha ido con sus amigos y tiene derecho a divertirse, no a hacer de niñera. Así que le digo que me voy con unas amigas que he visto y que luego nos vemos. Me cuesta convencerlo, pero al final acepta y me deja libre.

Recorro las distintas estancias. Me recuerda a las fiestas universitarias que veo por la tele. Paula ha venido un par de veces a verme, pero la convengo también de que se vaya con su chico. Javi está con su novio, y a Marcos hace rato que le perdí la pista. Poco a poco me voy soltando y me lo paso bien. No bebo mucho, pues el alcohol y yo no somos muy amigos, pero sí bailo y veo cómo juegan a varios juegos de borrachos. Le digo a Esther que vuelvo en un momento, pues creo que la vejiga me va a explotar. Antes de poder llegar a las escaleras, me encuentro con Fran, el primer chico que me besó. Esta es la casa de su primo, casualidades de la vida, y ha venido con su novia. Subimos al piso de arriba y me la presenta. Es una chica muy agradable, para lo poco que hablo con ella. Pero de verdad, es que no puedo más. Necesito ir al baño. Salgo de la habitación en la que estoy y miro el resto de puertas cerradas que hay en el pasillo. No tengo ni idea de cuál es. Me decanto por una, pero cuando estoy a punto de girar el pomo, esta se abre y salen dos personas despeinadas. Ella, bajándose la falda y él, con la camisa medio desabrochada y el pelo que parece que haya metido los dedos en un enchufe. ¿En serio? Yo creía que estas cosas solo pasaban en las películas. ¿No saben arreglarse antes de salir? Pero cuando reconozco ese cuerpo, esos pantalones, esa camisa..., el corazón empieza a bombearme muy fuerte, tanto que creo que se me va a terminar saliendo del pecho. Cierro la mano en un puño, clavándome las uñas en la palma. Debería levantar la cabeza, pero no puedo. No quiero.

—Eva... —No sé si de verdad ha pronunciado mi nombre o me lo estoy imaginando, pero eso hace que por fin deje de mirar al suelo para mirarlo a él.

Error.

Sus ojos se encuentran con los míos. Esos ojos marrones en los que me he perdido tantas veces, que me persiguen aunque intente huir de ellos... Esos ojos que ahora están abiertos de par en par y me miran entre avergonzados y escandalizados.

Noto como un nudo se me forma en la garganta, impidiéndome respirar, y como las lágrimas luchan por salir de mí.

—Mira a quién tenemos aquí. ¿Qué pasa, Evita? ¿A qué viene esa cara? No me digas que estás escandalizada por ver a dos personas que acaban de echar un polvo. Pobrecita.

Las palabras de María me traspasan como un puñal. No me había dado cuenta de quién era la chica, pero no podía ser otra que ella, la más zorra de toda mi clase, la única empeñada en hacerme la vida imposible y obsesionada con Marcos y Pedro desde que aprendió a abrir esa boca que tiene.

No me paro a escuchar qué más tiene que decirme; salgo corriendo escaleras arriba. No me importa el grito de Marcos llamándome, ni cómo manda a María a la mierda y ella le grita a él; solo quiero subir, seguir subiendo y no parar. Pero debo hacerlo, pues las escaleras han terminado. Abro la puerta que tengo justo enfrente y me encuentro con otras escaleras, que, intuyo, deben de llevar a la azotea. Al llegar arriba, veo una pequeña terraza. Sin pensármelo mucho, abro la puerta y salgo. El golpe de frío me recibe, poniéndome la piel de gallina, y me maldigo por no haber cogido la chaqueta. Pero, claro, no sabía que iba a salir fuera. Me siento en el suelo, con las rodillas flexionadas y abrazándolas contra mi pecho, intentando entrar en calor. Me limpio una lágrima solitaria y me prohíbo seguir llorando, menos aun cuando noto la puerta abrirse a mi espalda. No hace falta que me gire, ya sé quién es.

Se sienta a mi lado, bien pegado a mí. Lleva una cazadora en la mano; no sé de dónde la ha sacado, pero me la coloca por encima y después me pasa el brazo por los hombros. No decimos nada, nos quedamos en silencio escuchando el ruido de la fiesta de abajo y mirando las estrellas, o las pocas que pueden verse. Comienza a trazar círculos por mi brazo. Siempre lo hace cuando está nervioso. Seguimos sin hablar, y yo me preparo para recibir el nuevo año. Si no me equivoco, faltan apenas unos minutos.

—No ha pasado nada. No es verdad lo que te ha contado María —dice por fin Marcos. Y yo no sé si me siento aliviada o no. De todas formas, no quiero analizarlo. Ni ahora, ni luego, ni nunca.

—Olvídalo, no tienes que darme ninguna explicación —le digo sin mirarlo a la cara, y es verdad, no tiene que rendirme cuentas.

—Pero yo quiero hacerlo. Eva, mírame, por favor. —Con la mano libre, me coge

de la barbilla y me gira para poder quedar cara a cara. Dios mío, es tan guapo. A veces me pregunto cómo he podido enamorarme de él, pero, cuando me mira, cuando lo hace de la manera en la que lo está haciendo ahora, solo puedo pensar en cómo no iba a hacerlo—. No ha pasado nada con María, te lo juro. —Lo miro arqueando una ceja, porque, vamos, uno no sale como han salido esos dos si no ha pasado algo. Marcos resopla, porque ha entendido muy bien lo que le estoy diciendo—. Sí, vale, nos hemos besado, pero no hemos... Ya sabes..., nosotros no hemos... Joder.

—No os habéis acostado. No te la has tirado. Lo que sea. —La cara de Marcos no tiene precio, y la mía tampoco, que es más fría que el mármol, aunque por dentro esté temblando como un flan. Me mira y comienza a negar con la cabeza. ¿Me siento mejor conmigo misma? No. No será con María, o con Laura, o con Natalia..., pero será con alguna. Siempre es con alguna—. Ya te lo he dicho, no tienes que darme ninguna explicación. Me ha sorprendido, eso es todo. Me habría pasado lo mismo si hubiera visto a Pedro o a Javi. Mis ojos no están preparados para esas cosas, y mis oídos tampoco. Me ha impactado y ya está.

Noto a Marcos tensarse a mi lado y como aprieta los puños. Pero su cara no refleja sentimiento alguno. Se limita a mirarme con el mismo rictus que antes. Estoy tentada a preguntarle si está bien, porque durante varios minutos no pronuncia ni media palabra. Al final, se gira y mira hacia delante, sin soltarme. Yo lo imito y así, los dos solos, recibimos el año nuevo. Vemos unos fuegos artificiales a lo lejos, y la gente grita y la música suena más fuerte todavía, si es que eso es posible.

—Feliz Año Nuevo, Marcos.

—Feliz Año Nuevo, pequeña. —Es la primera vez que me llama así, y me ha gustado tanto que estoy tentada a pedirle que me lo susurre de nuevo. Me da un beso en la sien, y yo apoyo la cabeza en su hombro, sin decir nada más ninguno de los dos, solo disfrutando de este breve momento. Los dos solos.

—¿No quieres estar abajo, con los demás? —le pregunto al cabo de un rato, cuando ya he alejado la cabeza de su hombro, pero él no su brazo del mío—. ¿Con María? —Aunque decir su nombre sea como tragarme un puño de acero, lo hago, tanteando de reojo su reacción.

Se gira despacio hacia mí, me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja y, acercando su mejilla a la mía, me susurra en el oído:

—Estoy donde quiero estar. No me imagino empezando el año con otra persona que no seas tú. —Vale, no puedo evitar que las mariposas vuelvan a mi estómago, revoloteando libremente y poniéndolo todo del revés, y que una sonrisa se extienda por mi cara. Es el efecto que este chico provoca en mí.

Se aparta un poco para quedar cara a cara y nos sonreímos. Da igual la tensión que haya entre nosotros; al final, siempre se esfuma igual de rápido que ha venido. Se acerca y me da otro beso en la sien, y yo me permito cerrar los ojos un segundo para sentirlo bien en todo mi cuerpo. Apoya su frente en la mía y me recuerda esa frase que, no sé por qué, no me permite olvidar:

—Eres mi chica preferida. Lo recuerdas, ¿verdad?

Yo asiento y sonrío. Cuando se separa de mí, puedo percibir un brillo diferente en sus ojos, pero no sé a qué se debe. Sé que debería oír los gritos de la ciudad celebrando el nuevo año, pero solo escucho los latidos descontrolados de mi corazón. Para romper esta tensión que se ha creado entre nosotros, reacciono de la manera más infantil posible: dándole un puñetazo juguetón en el hombro. Él se queja de que le he hecho daño, como siempre, aunque apenas lo he rozado. Decidimos bajar a la fiesta porque nos estamos congelando aquí fuera; me riñe por no coger chaqueta y acabar siempre con la suya. Me tropiezo bajando las escaleras; él se ríe y me llama patosa. Llegamos a la fiesta y me suelta para irse con sus amigos después de guiñarme un ojo. Yo busco a Pedro, el cual me da un abrazo tan fuerte para desearme feliz año que me deja sin respiración. Aparece Javi y lo imita. Busco a Paula y nos abrazamos y saltamos como si no nos hubiéramos visto en años. Saludo a todo el mundo, dando besos y abrazos a gente que ni siquiera conozco; bailo, salto, corro, río... e intento no hacerle caso a eso que oigo crujir poquito a poco, y es que no soy consciente todavía de lo que es un corazón que se va rompiendo, despacio, y cómo puede haber tantas maneras de ocultarlo y, sobre todo, de engañarnos a nosotros mismos.

∞

Hace siglos que no voy a ningún sitio. Los exámenes me han tenido recluida en una especie de cueva y ya no me acuerdo de cuándo fue la última vez que salí a ver las luces de la ciudad por la noche; el hecho de ir a la tienda de la esquina a por provisiones para las sesiones de estudio no cuenta.

—No tengo ni idea de lo que ponerme.

Paula ha venido a mi casa a vestirse y lleva media hora con el armario abierto, en bragas y sujetador y haciendo pucheros mientras coge una prenda de ropa, se la prueba por encima, da una vuelta ante el espejo, arruga el entrecejo, dice que no y la tira a la cama. Ya he aprendido a no hacerle mucho caso cuando le vienen estas neuras, porque al final terminará poniéndose lo primero que vio. Eso sí, espero que vuelva a colgar todo eso en el armario, o esta noche cuando llegue a casa voy a terminar durmiendo entre un montón de faldas, vestidos, pantalones y camisetas.

—A mí me gustaban los pantalones negros que has sacado al principio.

—Buff. ¿Sí? No sé. Creo que necesito algo que me haga más culo.

—Pues ponte los vaqueros con los rotos en las rodillas.

—No, esos te los vas a poner tú.

—Pues yo me pongo otra cosa.

—No, no y no. Eso sí que no. —Paula se gira para mirarme seria y cabreada, como una madre miraría a su hija cuando ha hecho algo mal y le va a echar la bronca del siglo. Estoy sentada en la cama en plan indio, también en ropa interior—. Punto número uno: es tu cumpleaños y debes ir explosiva. Hoy eres la reina, nena. —

Y tan reina. Me ha comprado una puñetera corona. Según ella, no se cumplen veintitrés todos los días—. Punto número dos: hoy es el día, lo presiento, y voy a hacer que se caiga de culo al verte.

—Déjalo ya, Paula. Te lo he dicho antes y te lo digo ahora. No estoy interesada.

—Ja. Eso no te lo crees ni tú.

Resoplo, pongo los ojos en blanco y me levanto de la cama para vestirme. Al final llegaré tarde a mi propia fiesta. Cojo el pantalón de las narices, el top negro con la espalda al aire que me ha regalado Paula por mi cumpleaños y los zapatos rojos de tacón, y salgo de la habitación para ir al baño, pero Paula me intercepta por el camino.

—Mírame.

—No quiero. —Se mueve hasta quedar cara a cara y me da un golpecito en la frente.

—¿Me acabas de dar un capirotazo?

—Si te comportas como una pava, es lo que hay.

—Eres lo peor. ¿Qué quieres?

—Ya lo sabes.

—Y yo he dicho que no. Punto. —Me giro para irme, pero no he dado ni dos pasos cuando me para de nuevo.

—Eva...

—Basta. No pienso declararme a tu hermano. Esto es absurdo y va siendo hora de que lo olvidemos. Tú y yo. Las dos. Estamos hablando de Marcos. ¡Marcos! Me ha visto en pañales, nos hemos bañado desnudos en las bañeras de las casas de nuestras madres..., ¡Incluso he hecho una guerra de pedos con él! ¡Por Dios! Para él soy lo mismo que tú. El coñazo de su hermana pequeña. No pienso seguir alimentando este enamoramiento infantil que tengo y que no me aporta nada más que dolores de cabeza. Estoy cansada y, como he dicho antes, es absurdo. Así que te pido por favor que lo dejes estar. ¿Vale?

—Pero es que no es verdad. Para él no eres como yo. Lo sé. Veo cómo te mira y te puedo asegurar que a mí no me mira igual, porque entonces tendríamos un problema muy grave que se llama incesto. —Resoplo y me muerdo el carrillo para no gritar. Paula se acerca hasta mí y me coloca las manos en los hombros. Me sonrío, pero no en plan burla, sino que me regala su sonrisa cariñosa, esa que siempre me dedica cuando quiere darme muchos ánimos por algo—. Nena, mi hermano mataría por estar contigo.

—Tu hermano mataría por estar con cualquiera que tenga dos buenas tetas.

—Eso no es verdad. —La miro con cara de «¡venga ya!»—. Vale, no del todo. Pero, por estas dos, mataría mucho más —me dice mientras me las toca,

haciéndonos reír a las dos. Le doy un manotazo y aparta las manos, poniéndose seria otra vez—. No le he dicho nada en todo este tiempo por ti, porque tú me lo has pedido y lo he respetado, pero ya está bien. Me mata veros a los dos haciendo el gilipollas.

—He dicho que no quiero que le digas nada. Me moriría de vergüenza y no sé si podría soportarlo. Tengo veintitrés años, Paula. Si hubiera querido cualquier cosa conmigo, me habría dicho algo, ¿no crees? Me lo juraste, y un juramento nuestro no puede romperse.

—Eres muy cabezota. Lo sabes, ¿verdad?

No contesto. Me encojo de hombros y sonrío, aunque la sonrisa no llega hasta mis ojos. Es cierto que estoy un poco cansada. Cansada de esperar por algo que nunca va a ser mío como a mí me gustaría. Y lo que le he dicho es cierto. Ya tenemos una edad, si quisiera algo conmigo, me habría dado una señal, ¿no? Aunque si su señal es ligar hasta con la planta decorativa del bar, pues entonces sí, me ha dado muchas.

Tampoco puedo decir eso. Marcos no es de los que se acuestan cada día con una. Por lo menos deja un día de descanso entre una y otra.

¡Joder! Eso tampoco es cierto. Pero sí es cierto que se ha acostado con muchas. No ha tenido novias, eso no, pero no quiero pararme a pensar en todas las que han pasado por su cama. No me apetece empezar así mi cumpleaños.

Ya es hora de que cierre este capítulo de mi vida y me centre en otros peces. Hay muchos, y muy guapos, alguno debe ser para mí, ¿no?

Paula me suelta, se mete en el cuarto a por la ropa y yo en el baño a cambiarme y a pintarme. Antes, cuando he salido de la ducha, no me he secado el pelo, y ahora está un poco encrespado, así que me hago una coleta de caballo. Además, así se verá bien mi espalda desnuda. Me pinto los ojos con raya y sombra negra y me pongo rímel transparente. Decido pintarme los labios de rojo, a juego con los zapatos. Estoy en ello cuando Paula entra en el baño, vestida y pintada. Cuando quiere, es más rápida que el correccaminos. Me río cuando la veo. Se ha puesto el pantalón negro del principio. Me saca el dedo corazón y yo le lanzo un beso, todo a través del espejo, pues está apoyada en el marco de la puerta, a mi espalda.

—¿Sabes? Tienes razón —me dice, muy seria para lo que es ella.

—¿Sobre qué?

—Si alguien te quiere, debe tener los cojones de decírtelo.

Cuando llegamos al restaurante, ya están todos allí. Si es que yo lo sabía, y lo intento, pero la puntualidad no es lo mío. Mi hermano ha venido con Marta. Llevan poco tiempo saliendo, me cae genial. Hemos congeniado muy bien y es una chica estupenda. Están tan encochados que parecen siameses.

Han venido el resto de nuestros amigos. Él también, por supuesto. Aún no me ha

visto. Está de espaldas a mí. Lleva pantalones vaqueros, una camiseta negra y está mirándole las tetas a la amiga de Marta, que ahora mismo no sé cómo se llama. Ni me importa. Alguien me da una palmada en el culo; me giro y es Paula, quien me guiña un ojo y me susurra:

—Hoy eres la reina, no dejes que nadie te haga sentir menos. Te lo mereces todo, nena. Mira a Raúl, no te ha quitado los ojos de encima desde que has llegado. Dale una oportunidad a la felicidad. Nadie se la merece más que tú.

Raúl es un nuevo amigo de mi hermano y de Marcos. Ha estudiado Medicina, especializándose en Ginecología, y el tío no está mal. Nada mal. Ha tonteado conmigo un par de veces, pero nunca ha ido más allá, supongo que porque yo no estaba muy receptiva. Es muy simpático, además de divertido. Y, qué coño, Paula tiene razón. Además, solo quiero divertirme, no es que planeo nada serio con él.

Me paso toda la noche con Raúl. No sé cómo, pero hemos terminado sentados los dos juntos en la cena. Me ha estado contando cosas de su carrera: algunas con las que me han dado ganas de salir corriendo y vomitar todo lo que estaba comiendo, y otras en las que me he agarrado la barriga de la risa que me ha entrado.

—Te lo juro. No sabía dónde meterme. Imagínate la situación: yo ahí, tomando notas mientras el doctor cogía muestras para una citología y la mujer gemía. ¡Gemía! No sabía dónde meterme. Estuve a punto de agacharme y esconderme debajo de la mesa.

Cuando terminamos de cenar, decidimos tomar la última en el pub de Javi. Raúl me pregunta si quiero ir con él en el coche. Estoy a punto de decirle que voy con Paula cuando una voz nos interrumpe.

—Ya la llevo yo.

Levantamos los dos la cabeza y nos topamos con unos ojos negros, cuando deberían ser marrones. Marcos nos mira de una forma tan intensa que asusta. No puedo decir que me haya olvidado de su presencia, pero sí que había pasado bastante desapercibida. El tono de voz que ha empleado me ha puesto los pelos de punta. Miro de reojo a Raúl, a ver si él también lo ha notado, pero está callado. Serio. No dice nada. Se miran fijamente, como retándose, y a mí me resulta hasta un pelín incómodo.

—Creía que íbamos a ir juntos.

Le dice la pechugona amiga de Marta a Marcos, mientras le restriega las tetas por el brazo. Pero es como si ni la notara, porque no le presta ningún tipo de atención, sigue mirándonos a nosotros.

«¿Quién coño se cree que es?». Siempre está igual, boicoteando y actuando como un cavernícola con los tíos que me hacen un poco de caso. Pero ya está bien. Él estaba retozando antes con la melones y yo no me he quejado. Además, hemos quedado en que pasaría de él.

—Claro, me encantaría ir contigo —le digo a Raúl, quien se gira para mirarme

con la sonrisa dibujada en la cara.

No vuelvo a mirar a Marcos.

Llegamos al pub, y está como siempre, lleno hasta los topes. Paula se va tras la barra para ayudar a su hermano y servir nuestras bebidas. Javi se acerca a mí y me da un beso mientras me canta Cumpleaños feliz a pleno pulmón. Me dice que todas las copas que tome esta noche serán gratis y se marcha a seguir atendiendo y a sacar a su hermana de ahí, pues ya ha invitado a tres chicos a chupitos.

Cuando llevamos ya casi una hora, decidimos salir a la pista a bailar un rato. Todos menos Marcos. No se ha movido del sitio en toda la noche. De hecho, creo que tetas grandes hace rato que se ha marchado, porque no la veo rondando a su alrededor.

De repente, empieza a sonar Señorita, de Justin Timberlake. Raúl me tiende la mano y yo se la acepto. Me da un par de vueltas hasta que mi espalda queda contra su pecho; me abraza por la cintura. Nos movemos al son de la música, rozándonos. Me siento bien, la verdad. Me doy cuenta de que me gusta estar entre sus brazos. Son fuertes y me siento segura entre ellos. Hace tiempo que han desaparecido los problemas, dudas y cualquier cosa que pudiera haber tenido esta tarde. Creo que podría gustarme alguien como Raúl. De repente, noto que se acerca más a mí; una mano sigue sujetándome por la cintura, mientras la otra se ha ido a mi cadera, que acaricia con delicadeza. Su nariz roza mi cuello, poniéndome la piel de gallina y haciendo que me recorra un escalofrío desde el dedo gordo del pie hasta la cabeza. Él lo nota, lo sé, porque su pecho vibra por la risa. Acerca su boca a mi oído y me canta un trozo de la canción, consiguiendo que los pelos se me pongan de punta:

«When I look into your eyes
I see something that money can't buy
And I know if you give us a try
I'll work harder for you, girl
And no longer will you ever have to cry».

Lo miro por encima del hombro, me guiña un ojo y yo le sonrío. Como he dicho antes, creo que podría llegar a enamorarme de alguien como él. ¿Por qué no?

Nos olvidamos del resto de la gente del bar; seguimos bailando; paramos para beber de vez en cuando; nos reímos mucho y al final de la noche me acompaña a casa, donde me da un beso muy dulce de despedida.

Cuando ya estoy metida en la cama, con una sonrisa bobalicona en la cara, justo antes de cerrar los ojos, me doy cuenta de que no me he enterado de cuándo se ha ido Marcos de allí.

Bien por mí. Estoy madurando.

Capítulo 3

Marcos

Ya son más de las ocho y oigo el timbre de nuevo. He estado en la misma posición toda la tarde, tumbado en la cama.

He estado tentado un par de veces a bajar y echarle una mano a Paula, sobre todo cuando la he oído maldecir o se han escuchado algunos platos romperse, pero al final no lo he hecho. Me he recluido en mi cueva especial para poder respirar hondo, tranquilizarme y hacerme a la idea de que no hace falta que ensaye, espere días o provoque encuentros. La tendré justo a mi lado en un par de minutos.

Después de escuchar cómo vuelven a llamar al timbre, me convengo de que es hora de levantar el culo y salir de mi encierro; no creo que quede muy bien llegar el último a tu propia fiesta. Me extraña que Paula aún no haya subido a buscarme, ni Pedro, ni Javi, a los que he oído llegar entre gritos y risas. A la que no he escuchado todavía es a ella. ¿Ya estará aquí? ¿Faltaría mucho para que venga?

De repente me entran las prisas, así que me levanto de la cama, me pongo lo primero que pillo por el camino, que es una camiseta blanca que tiene más años que mis hermanos y yo juntos, unos pantalones vaqueros cortos y unas chanclas; abro la puerta, y justo cuando estoy saliendo, la oigo.

Es ella.

Reconocería ese sonido en cualquier parte.

Se está riendo. Cierro la puerta despacio detrás de mí, cerrando también los ojos, y dejo que mi espalda se apoye en ella mientras la recuerdo. Su pelo, su sonrisa, su manera de mover la nariz cuando la risa le hace incluso abrir la boca. Cómo se la tapa con la mano porque piensa que es demasiado escandalosa, cuando en realidad es el mejor sonido del mundo. Cómo sus ojos brillan e incluso se le escapa alguna lágrima. Y cómo siempre se recoge el pelo en una coleta para después volver a soltarlo siempre que habla contigo. O cómo enreda el dedo en un mechón de pelo, haciendo tirabuzones con él, porque no puede tener las manos quietas

Abro los ojos, intento tragar el nudo que se me ha formado en la garganta y empiezo a bajar las escaleras.

Es el momento. Mientras voy bajando, me autoconvengo de que no puede odiarme.

Ella nunca odia. No está en su naturaleza. Ni siquiera cuando se convierte en el blanco de las bromas. Se indigna, se hace la ofendida, pero ese enfado dura menos

que un caramelo en la puerta de un colegio.

Salgo a la terraza con la mejor de mis sonrisas. Están casi todos mis amigos y mi hermano, pero a ella no la veo. Los saludo a todos dando palmaditas en la espalda a unos y dos besos a otras, y cuando llego hasta Pedro me detengo el doble de tiempo.

—Te he echado de menos, tío.

—¿Cuánto de menos? A ver si ahora tengo que empezar a preocuparme o a mirarte con otros ojos.

—Vete a la mierda.

No le estoy diciendo nada que no sea verdad. Es cierto que hemos hablado casi a diario, pero la última vez que lo vi fue hace más de año y pico, cuando vino a visitarme a la ciudad de los rascacielos. Y aunque las nuevas tecnologías están muy bien, la carne es la carne, qué coño.

Riéndonos de nuestra propia gracia, nos damos un abrazo. Nunca hemos tenido problemas en demostrar nuestro cariño en público, y no vamos a empezar ahora. Además, necesito este abrazo, porque estoy de los putos nervios, aunque intente disimularlo detrás de esta sonrisa postiza. Se me está estirando tanto la cara que luego me va a costar hacerlo volver todo a su sitio, y es que llevo más de diez minutos aquí dando vueltas, viendo caras y caras, pero ninguna es la suya.

Ya está. No lo soporto más.

Si no está en la terraza con todos, debe de estar en la cocina con mi hermana, a quien tampoco veo por aquí. Intento mirar por la cristalera, pero hay muchas personas y objetos obstaculizándome la vista, así que decido cortar por lo sano y entrar. Me sudan las manos de tal manera que me da hasta vergüenza que alguien me dé un apretón. De forma disimulada, las restriego contra el pantalón, le quito la cerveza a Pedro de las manos ignorando sus quejidos y me doy media vuelta para encaminarme hacia allí. Conforme me voy acercando oigo susurros, y el corazón comienza a latirme más fuerte, algo que yo creía imposible. Enderezo la espalda, dejo la cerveza vacía en la mesita que encuentro justo a mi lado, cojo fuerzas y entro.

Ahí está, de espaldas a mí, ayudando a mi hermana con lo que, creo, son los aperitivos. No puedo verle la cara, pero no me hace falta para saber que estará preciosa. Lleva un vestido blanco que realza su bronceado y el pelo rubio suelto, que le cae sobre la espalda medio desnuda. Mis ojos tienen vida propia y se dirigen raudos y veloces a su culo, que se marca bajo el vestido, el cual no le cubre ni la mitad de los muslos. Paula siempre le ha dicho que tiene el culo de Beyoncé, y ella se cabreaba. Qué tontería. Tiene el mejor culo del mundo. No lo digo por decir. Lo he visto. Lo he tocado.

Niego, intentando eliminar de mi cabeza los recuerdos que me apabullan, y me centro en el aquí y el ahora. Ninguna de las dos se ha percatado de mi presencia, así que decido llamarla.

—Hola, Eva —le susurro, porque si lo digo más alto percibirá el temblor en mi

VOZ.

Lo he notado. Ha sido una milésima, pero he visto de forma muy clara cómo se le han tensado los hombros y la espalda, y ha dejado de reírse en el acto.

Lentamente, se gira, con la cabeza gacha, mirando el suelo blanco de la cocina. Despacio, comienza a levantarla, hasta que sus ojos se encuentran con los míos. Ahí están esos ojos verdes en los que me he perdido durante tantas noches en los últimos años, y es que son tal como los recordaba. Intento descifrar lo que tratan de transmitirme, y lo único que logro ver en ellos es... ¿sorpresa?, ¿es que no sabía que iba a venir? Un sinfín de preguntas me inundan la cabeza, pero todas tienen respuesta: ella me la da. En un susurro tan bajo que hasta me cuesta entender, me pregunta:

—¿Qué estás haciendo aquí?

∞

Eva

Anoche soñé con él.

Hacía mucho tiempo que no me pasaba, pero hoy ha decidido hacerme una visita. Me he acordado de tantas cosas... Momentos que hemos vivido juntos; buenos, malos y regulares, que demuestran de nuevo algo que he intentado negar, y es que siempre ha estado en mi vida. Pero ¿cómo no iba a ser así? Nuestras madres son amigas desde que llevaban pañales, y todos nosotros hemos seguido el mismo camino.

Cuando me he despertado, jadeaba, cansada, como si hubiera corrido la maratón. Las sábanas me molestaban, y las lágrimas silenciosas habían vuelto a hacer acto de presencia. Esas que me juré no volver a derramar por él nunca más. Y aunque he intentado volver a dormir, ha sido imposible.

Antes de levantarme, no he podido evitar hacerme esas preguntas que me llevan atormentando tanto tiempo: ¿qué estará haciendo en este momento?, ¿pensará en mí como yo pienso en él? De lo que no tenía ni idea era de que iba a conocer las respuestas antes de lo que me imaginaba.

Y ahora lo tengo aquí, delante de mí, lo justo para andar unos pasos y poder tocarlo. Nos miramos de forma tan intensa que parece que estemos solo nosotros dos en esta casa. No escucho el murmullo de la gente que está fuera, ni la música; y ahora mismo, que se queme la salsa que he puesto al fuego o que me haya puesto más roja que un tomate, me importa entre bien, poco y nada.

Solo me importa él. Marcos.

—Hola —repite, mostrándome esa sonrisa que tantas veces ha conseguido que el corazón me temblara. Como ahora.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto de nuevo, porque no sé qué otra cosa decir, la verdad. Marcos está aquí, en Valencia, y no en Nueva York. Pero, ¿por qué?

Noto cómo da un pequeño paso hacia delante, y yo por instinto me alejo más, o al menos lo intento, pero es inútil, tengo la encimera a mi espalda. Necesito un apoyo, algo a lo que aferrarme con todas mis fuerzas, porque creo que me voy a desmayar. El corazón me late tan fuerte que estoy convencida de que él puede oírlo. Ha dejado de sonreír y simplemente me mira a los ojos todo el rato, y me pone más nerviosa todavía. Intento apartar la mirada, lo juro, pero es como si un hilo invisible estuviera tirando de mí en una única dirección.

—Esta es mi casa.

—Lo sé..., pero tú... tú... no estabas aquí.

Lo sé muy bien. Se marchó hace tres años, dejándome un vacío tan grande que no sé si voy a ser capaz de llenarlo. No lo he conseguido en todo este tiempo, ¿cómo voy a hacerlo con él de nuevo aquí, rondando todos los días, compartiendo mi vida y la de los míos?

—He vuelto. —Lo miro levantando las cejas, porque, vamos, es evidente, lo tengo delante, me está hablando y no es un holograma—. El proyecto con el que estaba ha terminado y tenía ganas de volver a casa. Con los míos.

Dice ese *míos* muy serio, y nervioso, lo sé por cómo se frota la mano contra el pantalón. Él y sus manías. Odio conocerlo tan bien, y que él me conozca tan bien a mí.

Quiero preguntarle tantas cosas que no sé ni por dónde empezar, así que en vez de lanzarme a la primera de ellas, me quedo callada, empapándome de su presencia y de su aroma, el cual ha empezado a llenar la habitación.

De repente, un pensamiento cruza mi mente. No se ha sorprendido al verme. Cuando me ha llamado, cuando me he girado, ya llevaba la sonrisa en la cara, y en sus ojos se podía leer alegría y reconocimiento, no como en los míos, que eran de *shock* total.

Miro alrededor, buscando a mi amiga, y me doy cuenta de que no está, de que ha desaparecido cual Houdini. Incluso ha cerrado la puerta que da acceso a la terraza cuando ha salido, lo que nos ha dejado esta intimidad que me está agobiando por momentos, y es que... ¿cómo se puede querer abrazar y abofetear a una persona al mismo tiempo?

En ese momento, la puerta se abre y me da un susto de muerte. Pedro va directo a la nevera, sin notar la tensión que se respira entre los dos. A veces me gustaría ser un poquito como Pedro, que va por la vida libre y feliz, sin darles más vueltas a los problemas que no tienen solución, o a aquellos que se escapan de su entendimiento. Marcos se aparta rápido de mi lado, y me doy cuenta, entonces, de lo cerca que lo tenía. Normal que su aroma me estuviera perforando el alma, si es que un poquito más y podría haber apoyado la nariz en su cuello y olerlo entero. Así de cerca

estábamos.

Odio que tenga este efecto en mí, de verdad. Que su sola presencia consiga volverme tan lerda. Me giro para ver el fuego y remover esa salsa y, de paso, serenarme un poco. Me muerdo el labio inferior tan fuerte que me hago daño. Con la mano que tengo libre me lo rozo, para aliviar un poco el dolor.

—No te muerdas, te vas a hacer daño. —Miro por encima del hombro y veo a Marcos a mi lado, susurrándomelo al oído, provocando que baje la mano del labio, que la piel se me ponga de gallina, y que me entren ganas de darle con la espátula en la cara, ya de paso.

—¿Qué te parece la sorpresa? ¿Está muy cambiado desde la última vez que lo viste? —me pregunta Pedro mientras saca un arsenal de cervezas de la nevera. Niego con la cabeza mientras le respondo.

—No. Está... está igual. —Me giro para mirar a mi hermano y, con el ceño fruncido, le pregunto si él sabía que iba a volver.

—Pues claro, desde hace ya unas semanas.

—¿Y por qué no me lo habéis dicho?

—Paula nos ordenó que no te contáramos nada. —Se encoge de hombros como puede, pues lleva por lo menos diez cervezas en las manos, y cierra la nevera con el hombro—. Nos dijo que quería que fuera una sorpresa para ti, como no lo habías visto en todo este tiempo... Bah, yo qué sé, cosas de Paula. Y sabes que me da demasiado miedo llevarle la contraria, y que lo mejor es seguirle el rollo, así que eso he hecho. —Se dirige hacia la puerta, pero justo antes de salir, se gira y me pregunta —: ¿Sorprendida?

¡¿Sorprendida?! Eso es quedarse corta. Pedro no espera mi respuesta, sino que se marcha por donde ha venido. Miro hacia allí, al jardín, a ver si diviso a mi amiga, pero no lo hago. Estoy decidiendo si sentirme enfadada, rabiosa, contenta o desconcertada... cuando Marcos me coge del codo, girándome hacia él para estar cara a cara, y tan cerca que las puntas de nuestros zapatos se rozan. Me pierdo de nuevo en el marrón de sus ojos, en su pelo alborotado, más largo que la última vez que lo vi; en su nariz y en sus labios y mandíbula, por la que asoma una barba de hace unos días. Odio a los chicos con barba. Cuando me dan dos besos, me hacen cosquillas y me pica la cara, a veces incluso me salen rojeces, y a algunos les da aspecto de guarros. Pero a él... a él le queda genial. ¡Joder! Y es una mierda. Su barba no solo no pica, sino que me gusta que me raspe, acariciarla con los dedos y sentirla en mi mejilla cuando me da un beso.

—¿Puedo darte un abrazo?

Dejo de mirarle la barba con cara de obsesa y me centro en él y en su pregunta. ¿Qué debería decirle? Que vaya a abrazar a su abuela y que a mí no me toque ni con un palo.

Pero no lo hago, sino que asiento y me dejo envolver por él, por ese chico que

significa tanto; por esa pieza indispensable en mi vida, el que me ha hecho reír más veces de las que recuerdo; me ha dado la mano cuando he tenido miedo; se ha quedado estudiando hasta las tantas porque yo no entendía las ciencias; se ha enfrentado con todos los que se han metido conmigo; me ha ido a recoger a la universidad cuando llovía para que no me mojara; me ha tomado el pelo; me ha llamado renacuaja desde que tengo uso de razón, a pesar de que sabe que lo odio...; pero, sobre todo, ha hecho algo que me acompañará siempre y que no puedo olvidar: me ha roto el corazón, en tantos pedazos que va a ser imposible que pueda volver a unirlos.

—Pequeña..., te he echado tanto de menos...

Las lágrimas ya ruedan por mi rostro sin control, y la realidad me golpea fuerte, esa que he intentado bloquear cuando lo he visto aquí, en la cocina, hace unos minutos. Me aparto, empujando su pecho. Al principio se resiste, apretándose más fuerte, pero le golpeo, gritándole que me suelte. Nota el llanto en mi voz y lo hace, dejándose libre y vacía al mismo tiempo.

—Eva...

—Ni Eva ni hostias. ¿Pero tú qué te has creído? ¿Que puedes aparecer así, de repente, y que yo me voy a tirar a tus brazos?

—No... Yo la verdad es que no sé lo que pensaba, solo sé que tenía ganas de verte. Y de abrazarte.

—Pues mira, yo tengo ganas de que me toque la lotería y, fíjate tú, por más que juego a la Bonoloto, nunca me toca nada.

Me giro, dándole la espalda, de camino a las escaleras. No quiero montar un numerito delante de todo el mundo y sé que, si sigo hablando con él, voy a terminar chillando como la niña de *El exorcista* y no me apetece que todos se pregunten qué pasa con nosotros. Nadie sabe lo que ocurrió y espero que siga siendo así durante mucho, mucho tiempo. Si no, empezarán a rodar cabezas y no estoy de humor.

—Joder, no te vayas. Espera un momento y vamos a hablar —me dice sujetándose la muñeca y parándose en el primer escalón. Me giro y lo enfrento, pues ahora soy casi tan alta como él. Una risa sarcástica escapa de mi garganta, y tiro fuerte para soltarme de su agarre.

—No tienes derecho a decirme que me echas de menos. No me llames, no me toques y déjame en paz. —Resoplo con tanta fuerza que, ahora mismo, nos ponen juntos a un toro y a mí y no se sabe quién es quién—. Pero vamos a ver, Marcos, ¿tú de qué vas?

—No voy de nada, joder. Quiero hablar contigo, ¿tan difícil es de entender?

—¡¿Perdona?! Tú te estás quedando conmigo, es eso, ¿verdad? Te gusta verme perder los nervios. Te gusta llevarme al límite. Siempre ha sido así.

No es al límite de los nervios al que me refiero ahora mismo, o puede que sí. Da

igual. La cuestión es que él entiende perfectamente a qué me estoy refiriendo, porque me mira entornando los ojos y frunciendo tanto el ceño que, como siga así, dentro de diez años va a tener unas arrugas acojonantes. Intento calmarme un poco, porque noto el corazón tronando en mi pecho y creo que de un momento a otro va a saltar del sitio.

Y no lo digo en sentido figurado.

—Mira, no te esperaba aquí, ¿vale? No tenía ni idea de que ibas a venir. Paula me dijo que íbamos a hacer una cena tranquila con el grupo y, desde luego, tú eras la última persona a la que tenía pensado encontrarme. Y créeme cuando te digo que no estoy ni de lejos preparada para enfrentarme a ti y a todo esto.

—Yo tampoco sabía nada, me lo dijo Paula esta mañana. Sabes que odio las sorpresas. Pero volver a verte... Eso es algo con lo que he soñado todos y cada uno de los días desde que me marché, y ahora que te tengo aquí no puedo dejar que te vayas, y menos de la forma en la que lo estás haciendo.

—Yo no soy la experta en marcharse, ¿recuerdas? Yo me quedé. He estado aquí todos y cada uno de los días, en el mismo sitio..., y tú no has aparecido. No me has escrito, no me has llamado ni he sabido nada de ti, solo lo que ellos —digo señalado hacia la terraza— me han ido contando. ¿Y ahora quieres hablar? ¿Ahora has vuelto y todo tiene que ser como tú quieras que sea? Pues no, se acabó.

—¿Y tú, Eva? Tú tampoco me has escrito. Que yo sepa no he recibido ninguna carta o mensaje tuyo. O llamada, ya puestos. ¿Es que eso no cuenta? ¡Joder! —grita, golpeando la pared para después apoyarse en ella, con las rodillas flexionadas, las manos sobre estas y la cabeza gacha. Abre y cierra un par de veces la mano con la que ha golpeado la pared. Por un momento estoy tentada de acercarme, cogerla y besársela. Pero desecho ese pensamiento tan rápido como ha venido. Me pinzo el labio, haciéndome daño otra vez, pero no puedo evitarlo. Un sollozo se escapa de mi garganta. Marcos levanta la cabeza de golpe y clava sus profundos ojos en mí. Veo tanta preocupación y desesperación en ellos que necesito aliviarlo, pero no puedo. Tengo que escapar de aquí. Así que me giro y comienzo a subir de nuevo las escaleras.

¿He dicho que una de las cualidades de Marcos es la obstinación? ¿No? Pues aquí está. Y es que me sigue, cogiéndome por los hombros para impedir que pueda seguir subiendo. O, más bien, escapando. Esta vez no me aparto, y no lo hago porque su contacto me quema a tantos niveles que consigue paralizarme entera.

—No puedo, de verdad que no. Entiéndeme.

—Te pido cinco minutos, solo cinco, y te dejo tranquila. Pero tenemos muchas cosas de las que hablar; necesito explicártelo todo y que tú lo entiendas. —Nos quedamos en silencio, él esperando una respuesta, y yo deseando cerrar los ojos y que, cuando vuelva a abrirlos, nada de esto esté pasando.

—Te marchaste. No estabas. ¿Tú sabes lo difícil que fue para mí?

—También lo fue para mí.

—Ya, bueno, puede ser. Pero yo no salí corriendo.

Noto como se le tensan los músculos de las manos con las que me está agarrando. Poco a poco me suelta, dejando desnudos mis hombros. Eso le ha dolido, él lo sabe y yo también. ¿Lo he hecho para hacerle daño? Sin duda. ¿Me lo he hecho a mí también? Sí.

Cuando vuelve a hablar, lo hace en un tono tan serio y tan duro que consigue ponerme los pelos de punta.

—No. En eso tengo que darte toda la razón. Tú simplemente...

Pero no puede terminar la frase. Alguien golpea el cristal, sobresaltándonos a los dos. No me giro para averiguar quién es, sino que salgo corriendo escaleras arriba. No quiero oír lo que tiene que decirme. No quiero, porque hay mucha verdad detrás de esa frase. Una verdad con la que he intentado engañarme a mí misma durante mucho tiempo.

Capítulo 4

Eva

He subido tan rápido las escaleras que por un momento he visto todos mis dientes clavados en ella. Pero no, he conseguido llegar sana y salva, y voy directa al baño de Paula con la intención de encerrarme allí el resto de la noche.

Me apoyo contra la pared y me dejo arrastrar hasta que mi culo toca el suelo. Doy un pequeño respingo, porque está frío y llevo vestido. Pero la verdad es que ahora mismo no me importa lo más mínimo, incluso me viene bien. Tengo unos calores que me están matando, y no es por culpa del sol infernal que hace en la calle.

Mil ciento veinticinco días.

¿Alguien lleva la cuenta?

Está claro que yo sí.

Esos son los días que llevaba sin verlo, ni siquiera en una de las múltiples charlas por Facetime o Skype que Pedro, sus hermanos o incluso nuestros padres hacían con él. Bueno, miento. Lo vi una vez de refilón, cuando estaba Pedro hablando con él; yo no lo sabía y entré en la habitación. Estoy segura de que no me vio, pues en ese momento tenía la cabeza echada hacia atrás porque se estaba riendo a mandíbula abierta. Me dio un pequeño pellizco el corazón; una, por verlo por primera vez después de lo que pasó, y otra por verlo feliz, cuando para mí era rara la noche en la que no me acostaba llorando. ¿Soy mala persona? Me da igual. Me molestaba verlo tan despreocupado cuando a mí me estaban carcomiendo tantas cosas por dentro.

Nunca quise ir a Nueva York. Viajaron todos, incluida mi madre, pero a mí siempre me surgía algo. Si a alguien le pareció raro, no preguntó, ni siquiera Paula, que era experta en mirarme de reojo mientras yo fingía no darme cuenta. Participaba en los regalos, aunque no podía firmar la tarjeta porque nunca estaba delante. Les decía a los demás que le mandarían besos y abrazos de mi parte, aunque nunca se los daba yo misma. Ponía la excusa de que me llamaban por teléfono o que tenía que salir corriendo para hacer un encargo cuando lo telefoneaban o era él el que lo hacía. Eso sí, mi móvil no sonó jamás.

Los primeros meses fue todo bastante raro y confuso. Me daba miedo que me llamara. Primero debía enfrentarme a lo que tenía aquí, a lo que yo había hecho. Pero después... después dormía con el teléfono abrazado, rezando para que sonara o para que me mandara un mensaje. A veces miraba su WhatsApp, la foto de perfil de los cinco que no se cambió ni una sola vez en todo este tiempo, esperando que saliera la palabra «escribiendo...».

Pero eso tampoco pasó.

Así que decidí olvidar. No a él, eso jamás podría hacerlo. Formaba y formará siempre parte de mi vida. Pero decidí olvidarlo como algo que una vez fue, algo que mi corazón anheló durante mucho tiempo y, al final, se dio cuenta de que era imposible conseguir. Seguí con mi vida. Con el ceño fruncido de Paula de vez en cuando, al que yo le hacía la vista gorda. Me permitía recordarlo en la intimidad de mi casa, pero nada más. ¿Algún día volvería? Suponía que sí. Aquí estaba su familia. ¿Cuándo? Ni lo sabía, ni me importaba. Ya me enfrentaría a eso cuando llegara el momento. Estaría preparada.

Pero, joder..., eso no ha sido así en absoluto. No paro de preguntarme por qué nadie me dijo nada. ¿Una sorpresa? ¿Acaso tenemos cinco años? Ahora mismo solo quiero bajar y gritarles a todos ellos «¿por qué?», pero no lo voy a hacer. Debería dar explicaciones y ya he dicho que no puedo. Ni quiero.

Me levanto y me miro en el espejo. Tengo los ojos un poco rojos e hinchados. Cuando lloro, aunque sea lo mínimo, mi cara parece un cuadro, incluso se me forman unos pequeños puntitos rojos alrededor de la nariz. Me lavo y me seco despacio, como queriendo detener el tiempo lo máximo posible, o ralentizarlo. Lo que sea con tal de que pueda tranquilizarme y analizar lo que acaba de pasar hace un momento en la cocina, porque, cuando yo me he levantado esta mañana, no me esperaba nada de esto.

Abro el primer cajón, donde Paula guarda el maquillaje, y me aplico un poco en la cara, sobre todo en la zona de la nariz y los ojos. No me pongo nada más, ni siquiera pintalabios. Los tengo rojos por el llanto. Respiro hondo, como siempre me enseñó Pedro cuando estaba asustada de pequeña, y nerviosa de mayor, y me giro para enfrentarme a él y a lo que haga falta. Soy adulta y puedo con ello.

Giro el pomo y salgo, pero no doy ni siquiera dos pasos, porque me pego de bruces contra una pared. Cuando esta empieza a moverse, me doy cuenta de que no es una pared, es un pecho. No hace falta que me pregunte de quién es; su olor ya me ha quemado entera.

Levanto la vista y veo a Marcos, rojo por la ira contenida. No solo lo noto en su mirada, sino también en sus labios fruncidos. Sin decir nada, me coge de la muñeca y me arrastra hasta su habitación, cerrando la puerta de un portazo. Me apoya en ella, me enmarca el rostro con sus manos, apoya su frente en la mía y me dice:

—Lo siento.

No me da tiempo a réplica, pues sus labios ya están sobre los míos. No es un beso dulce, ni siquiera es bonito. Es fuerte, rudo, incluso me hace un poco de daño, pero me doy cuenta de que me da igual, porque yo también se lo estoy haciendo a él.

No es hambre. No es capricho.

Es necesidad.

Por su parte y por la mía.

Aprieta tan fuerte que parece que quiera fundirse conmigo. No se mueve, no intenta abrir mi boca ni tocarme en otro sitio que no sea la cara.

Debo apartarme, lo sé. Pero siempre lo he dicho: la teoría es muy bonita; la práctica es una mierda.

Así que levanto los brazos y apoyo mis manos en su cintura, atrayéndolo un poco más hacia mí. Y ahora sí, suaviza el beso. Ya no aprieta tan fuerte y, con los pulgares, ha comenzado a trazar círculos en mis mejillas. Y soy yo la que no espero. No puedo más; abro la boca y saco la lengua, rozando sus labios en una clara invitación para dejarme probarlo. De nuevo. Como esa última y única noche.

El beso comienza a volverse cada vez más intenso. Movemos la boca y la lengua en un baile sensual, como si estuviéramos sincronizados. Como si nuestros cuerpos se reconocieran sin problemas. Levanto los brazos hasta rodearle el cuello y él va bajando poco a poco, primero sujetándome por la cintura, mientras aprieta un poco el vestido, subiéndomelo por los muslos. Lo suelta y va bajando poco a poco, colándose por debajo de la falda, rozándome las piernas en suaves caricias hasta terminar justo debajo del culo. Nos separamos para tomar aire y poder mirarnos por fin a la cara. Él no aparta sus manos de mí, ni una milésima, y yo no las aparto de él: sin darme cuenta, se han colado por debajo de su camiseta y están sobre su abdomen, más fuerte y terso de lo que lo recordaba.

No hablamos; no podemos, o no queremos. Sabemos que si alguno abre la boca en este momento, se romperá la magia. Sus ojos ya no son marrones, son negros, y tiene las pupilas dilatadas, cargadas de deseo y excitación. Seguro que igual a las mías. Nuestros pechos suben y bajan a mucha velocidad mientras se rozan. Sé que puede notar mis pezones duros como piedras, pero no mira en ningún momento en esa dirección; solo mira mi cara, supongo que intentando averiguar si puede o no puede continuar. Comienza a trazar pequeños círculos con los pulgares, poniéndome la piel de gallina. Necesito que me bese, que me toque, que me abrace. Lo necesito todo y, por un segundo, me odio por ello, por ser débil, por no poder parar. Tengo que empujarlo. Le he dicho que no quiero que vuelva a tocarme hace tan solo unos segundos. Y no es que me esté tocando, es que me está nublando el juicio.

Pero da igual, no puedo seguir pensando en nada más, porque ha subido las manos hasta mi culo y me lo ha agarrado con fuerza, haciendo que suelte un jadeo tan fuerte que creo que nos han oído abajo. Echo la cabeza hacia atrás, dándole vía libre a mi cuello. Noto la punta de la lengua de Marcos recorriendo mi garganta hasta llegar al lóbulo de mi oreja; la muerde. Debo de estar haciéndole daño, porque estoy agarrándome a su piel con todas mis fuerzas. Las piernas me flaquean y creo que me voy a caer. Pero ni parece molestarle que lo esté arañando, ni parece molestarle que esté dejando todo el peso de mi cuerpo en sus brazos.

Deja mi oreja para volver a mi boca, la cual comienza a devorar de nuevo, y yo me dejo, entera. En estos momentos, podría hacer conmigo lo que le diera la gana. Él jadea y yo jadeo. No escuchamos nada más que a nosotros mismos. Nos chocamos con los dientes, pero no nos importa. Chupamos, lamemos y seguimos empapándonos

el uno del otro. Estoy tan mojada que me da hasta vergüenza. Ni siquiera me ha tocado ahí, solo nos estamos besando, y creo que voy a tener el orgasmo más intenso de toda mi vida.

Sigue subiendo por mi cuerpo, por debajo del vestido, que debe de parecer un gurrño, hasta alcanzar el borde del sujetador. Pero no intenta tocarme los pechos, sino que baja hasta la cintura, me alza en brazos y me obliga a rodearle la cintura con las piernas. Jamás lo he hecho en esta posición. Creo que me voy a caer, por lo que me agarro con fuerza a sus hombros. Nota la tensión en mi cuerpo, así que se aparta y, susurrándome al oído, me dice:

—No voy a dejar que te caigas.

Su voz siempre ha sido como un bálsamo para mí, ya lo he dicho antes, así que me relajo y me dejo hacer. Como puedo, bajo las manos hasta el borde de su pantalón para comenzar a quitárselo. Como ve que no puedo, pues mis propias piernas me lo impiden, es él quien termina de quitárselos, junto con los bóxers. No me deja mirar; me alza la barbilla con una mano, mientras con la otra aparta la tela de mis bragas, rozándome el sexo por el camino, consiguiendo que gima tan fuerte que tengo que morderme el labio otra vez para controlarme. Él lo acaricia con la lengua, haciendo que lo suelte, y luego me da un suave beso en él.

Nos miramos, marrón y verde enfrentados, sus ojos y los míos. Quieren lo mismo. Necesitan lo mismo. Mete tres dedos en mi interior de una estocada, y es que ya he dicho antes que estoy completamente empapada. Y eso le gusta; primero, por el grito que suelta, seguido de un taco y una sonrisa que no puede ocultar y que a mí siempre me ha hecho hiperventilar. Si es que soy patética, todo lo que tenga que ver con este hombre a mí me hace hiperventilar.

Saca los dedos, posa las manos en mi cintura, siempre por debajo del vestido y, así, sin dejar de observarnos ni un solo instante, entra en mí.

De la impresión cierro los ojos, porque necesito sentirlo en todas partes. Llevo mis manos hasta su pelo y lo agarro con fuerza. Él me sujeta fuerte por la cintura y comienza nuestro particular baile. Entra en mí una y otra vez, sin dejar de repetir mi nombre, tan bajito que por un momento creo que lo estoy imaginando. Yo también digo el suyo, y eso parece gustarle, porque bombea más y más fuerte.

No dejamos de besarnos en ningún momento, porque nos necesitamos y para acallar nuestros jadeos; nos besamos la boca, la mandíbula; nos mordemos el lóbulo de la oreja e incluso consigue bajar la cabeza lo suficiente para besar mi escote. Intento abrir los ojos en más de una ocasión, pero todo brilla a mi alrededor y no logro enfocar bien la vista, porque estoy tan excitada que hasta la mente se me nubla. Le meto las manos en su gran mata de pelo y lo agarro con fuerza. Está suave y fuerte a la vez.

—Mírame, Eva. No dejes de hacerlo. No cierres los ojos.

Hago lo que me pide, porque necesito perderme en él en todos los sentidos posibles. Con él siempre me he sentido como si yo fuera Superman y él mi

kryptonita.

Estoy cerca; lo noto y él lo sabe. Acelera el ritmo. Me sudan las manos, la espalda, y la cabeza me da vueltas.

Y así, con nuestras lenguas enredadas, nuestros cuerpos unidos y mirándonos fijamente mientras susurramos nuestros nombres, llegamos juntos al orgasmo.

Por segunda vez en nuestra vida.

Capítulo 5

Marcos

Ha vuelto a pasar lo mismo. Me he dejado llevar por mis instintos de hombre de las cavernas y aquí estoy: con Eva entre mis brazos, intentando poco a poco normalizar nuestras respiraciones. Las piernas no dejan de temblarle, lo sé porque todavía las tengo alrededor de mi cintura. No la suelto. Es por la excusa de que no quiero que se caiga cuando lo haga, pero es mentira. Lo hago porque necesito retenerla un poquito más conmigo.

No es esto lo que tenía pensado hacer cuando he subido a buscarla. La conversación de antes me ha jodido como nadie puede hacerse una idea y, cuando Javi ha golpeado la puerta para llamarme y decirme que volviera a la fiesta, ella ha aprovechado y ha huido, escapando de mí. No le he hecho ni puñetero caso a mi hermano, sino que he subido yo también como alma que lleva el diablo para buscarla. Sí, no es la mejor manera de hacer las cosas. Sí, no debería presionarla. Sí, la he cagado desde el mismo momento en que la he estrechado entre mis brazos antes, en la cocina. Pero bueno, nunca he sido un hombre que sobresalga por pensar mucho las cosas antes de hacerlas.

Estaba escondida en el baño. He estado tentado de aporrear la puerta y hacer que saliera, pero he pensado que sería más correcto esperar apoyado en la barandilla, justo enfrente, para impedir que volviera a escaparse. ¿Que cuánto tiempo he estado así? Creo que no ha llegado al minuto completo. He ido, decidido a tirar la puerta abajo si no me abría, pero no ha sido necesario, porque justo ella salía, tropezándose con mi pecho, y su olor a fresas me ha perforado la nariz.

Putas fresas.

Lo que ha venido a continuación... no tengo palabras para describirlo. De repente estábamos en mi habitación, comiéndonos con la boca, con las manos, con todo lo que tuviéramos a nuestro alcance. Me picaban las palmas de las ganas que tenía que recorrerle todo el cuerpo. Tenía hambre de ella, pero ella también de mí. Y darme cuenta de eso me ha hecho ponerme como una auténtica moto. La ropa me molestaba; la suya y la mía. Por una parte quería arrancársela toda, pero por otra no podía dejar de saborearla ni un momento. La he mirado, y ella a mí; he visto aprobación en su mirada, le he asegurado que no la dejaría caer... y la he hecho mía. Mía en todos los niveles; físicos y mentales.

Y ahora aquí estamos, conmigo todavía en su interior. Ni siquiera me he acordado de coger un condón. Soy el tío más previsor del mundo. Nunca me olvido de estas cosas.

«¿Nunca?». Con ella, sí. No es la primera vez.

Su cabeza descansa en mi pecho. Le beso el pelo mientras no dejo de acariciarle las piernas. He soñado durante tanto tiempo con esto que tengo miedo de moverme y que esta burbuja en la que estamos se pinche. Pero no puede ser, ¿no? Es decir... Joder, ¡nos hemos acostado! Y aunque ha sido rápido y no muy limpio, la verdad, no ha sido solo sexo, ha sido más, muchísimo más. Somos nosotros; Eva y Marcos. Eso tiene que significar algo por cojones. Para mí significa muchas cosas. Mierda. No es normal que quiera alzar el puño cual signo de victoria, ¿verdad?

Está claro que no lo hemos hecho como deberíamos, pero esto tiene que significar algo. Un paso. Cualquier cosa.

Nuestras respiraciones ya se han normalizado y demorar más lo inevitable es absurdo, por lo que poco a poco comienzo a salir de su interior, despacio, intentando alargar ese momento lo máximo posible. Mientras lo hago, noto como todo mi ser se desliza por sus piernas. Eva no me mira en ningún momento, como si se estuviera escondiendo de mí. Como si esa coraza que creía haber derribado hace un momento la hubiera vuelto a levantar, y eso me asusta un poco. Debo pensar que es normal que esté asustada, o más bien abrumada. Además, no debemos olvidar que yo sí sabía que nos íbamos a ver hoy. Ella no.

Antes de dejarla del todo en el suelo, beso su frente. Un simple roce, con el que intento transmitirle un poco de tranquilidad, o yo que sé. Para que sepa que sigo aquí. Y le susurro muy bajito:

—¿Bien?

Sigue sin mirarme. Ni de reojo. Ni siquiera ahora, que le he preguntado si está bien, lo hace. Tiene las mejillas sonrosadas, el pelo revuelto y el vestido hecho un desastre. Me quedaría contemplándola hasta que saliera de nuevo el sol por la mañana, pero tengo los pantalones y los calzoncillos por los tobillos, y quedaría raro. Ella se alisa el pelo con la mano y se arregla el bajo de la falda, dándole tirones, a ver si así le quita las arrugas. Me agacho para subirme los pantalones y lo veo de nuevo: mi semen por su pierna. Ni siquiera me lo pienso. Cojo mi camiseta, que está en el suelo —por cierto, ¿cuándo me la he quitado?—, voy caminando lentamente hasta ponerme delante de Eva, me coloco de rodillas entre sus piernas abiertas y, así, con infinito cuidado, comienzo a limpiarla. Al notar el tacto de mis manos en sus piernas da un pequeño respingo, pero no se mueve.

Creo que la última vez que me puse de rodillas ante alguien fue... ¿nunca? Pero con Eva... Le besaría los pies si ella me lo pidiera.

Cuando termino, dejo la camiseta a un lado, pero no me levanto. Me quedo así, arrodillado frente a ella y con la cabeza agachada, intentando poner en orden mis pensamientos y rememorando lo que acaba de pasar.

Nos hemos acostado.

No es una pregunta, es un hecho. Me ha dejado disfrutar de su cuerpo. Me acaba

de dar el mejor orgasmo de mi vida. No puedo evitar que una pequeña sonrisa asome a mis labios. Pero no se la muestro, no creo que esté preparada para eso. Lo tomaría como un signo chulesco, y nada más lejos de la realidad. Pero tenemos que hablar, de lo que pasó hace tiempo y de lo que acaba de pasar ahora. Eva no es de las que se acuesta con el primero que pilla. Joder. Ni siquiera quiero pensar en otro ahora mismo, porque la sangre vuelve a bullirme por todo el cuerpo y puedo llegar a convertirme en Hulk si me lo propongo.

Las voces de los que están abajo llegan a nuestros oídos, y me acuerdo de toda la fiesta que hay montada en mi jardín. Me había olvidado de todos y cada uno de ellos. Me pregunto qué pasaría si ahora mismo entrara aquí alguno, como Pedro, su hermano, y me doy cuenta de que no me importaría una mierda. De hecho, lo que más me gustaría es bajar de su mano, besarla delante de todos y decir que es mía. Con posesividad, por si hay alguna duda.

Eva me empuja un poco por los hombros, intentando que me aparte y despertándome de la película a lo *Tarzán* que me estaba montando.

«Soy más fuerte que tú, pequeña». La cojo por los tobillos, apoyo mi frente en su estómago y se lo digo. Eso que he necesitado decir desde hace tiempo y por lo que debería haber empezado cuando me la he reencontrado en la cocina.

—Hazme la pregunta. Esa que llevas queriendo hacerme desde la noche en que me marché. Házmela. Necesito darte la respuesta.

Una vez Javi me dijo que, cuando está muy nervioso, nota como si el corazón se le fuera a salir por la boca. En ese momento me descojoné en su cara, y es que Javier siempre ha sido un poco moñas y sentimentaloides. Hay gente que dice que es por ser gay, pero eso es una gilipollez. Pedro es heterosexual y es más moñas que Javi, que ya es decir. Solo que ellos experimentaban el amor de una manera que no iba nada conmigo, por lo que si ahora me vieran, me harían tragar mis palabras. Y lo haría. Porque ahora solo quiero suplicarle a la chica que tengo delante.

—Es que yo ya no quiero saberla. —Si alguien me da una patada en los huevos, creo que no me hace tanto daño como esas siete palabras. No es por lo que ha dicho, que sí, sino por la forma de hacerlo. Si tuviera que describir a Eva, jamás usaría los adjetivos «fría», «dura», «distante», «vengativa». Sin embargo, ahora mismo, son los que mejor la definen.

Levanto la cabeza para mirarla a los ojos, por fin, y veo que ella también me está mirando. Consigo ponerme en pie a duras penas, porque al que ahora le tiemblan las piernas es a mí.

Alargo el brazo para tocarle la mejilla, porque hay unas lágrimas silenciosas desplazándose por ella, pero no me lo permite. Gira la cara hacia la derecha, cerrando también los ojos y siseando:

—No me toques.

Nunca, en toda mi vida, había escuchado salir de los labios de Eva un tono tan...

despectivo. Como si el contacto de mi piel le diera... ¿qué? ¿Asco? Y la conozco desde hace años. Para ser exactos, desde que nació. Me congela la mano en el aire, haciendo que algo dentro de mí se cortocircuite. ¿Cómo ha podido pasar de estar entre mis brazos a esto? ¿Qué coño significa?

Sí, lo hice mal, fui muchas cosas, pero ella... Noto como el cabreo se va apoderando de mi cuerpo poco a poco, hasta encenderme la cara y escocerme los ojos de la rabia que tengo. Podría lanzar rayos láser por los ojos, directos al corazón helado de la chica que tengo ahora mismo delante de mí.

Se acabó lo de ser delicado. Una parte de mí, a la que ignoro de forma deliberada, sabe que es el orgullo quien está tomando forma, quien se está apoderando de mi cuerpo y, por supuesto, de mis palabras, pero no puedo controlarlo. O es que me siento tan dolido que no quiero.

—Ya es tarde para eso. ¿No crees?

—Lo único que creo es que esto ha sido un error, pero de los gordos, y jamás va a volver a pasar. ¿Me oyes? Me hablarás lo justo y necesario y, sobre todo, no volverás a tocarme, ni a abrazarme, ni, por supuesto, a besarme. Porque como lo hagas... como lo hagas... te juro que no respondo.

—Te recuerdo que esto ha sido cosa de dos. Yo te lo he hecho a ti y tú a mí. No te he oído quejarte en ningún momento, al contrario. He oído bastantes jadeos y gemidos, si me permites la aclaración.

Puede que esto último esté fuera de lugar, pero la verdad es que me la sopla. Así, tal cual. ¿Quiere jugar sucio? Adelante. Soy un experto en la materia. Me cruzo de brazos y dejo asomar una sonrisa a mi cara, provocándola más todavía. Está claro que lo que acaba de pasar no significa lo mismo para ella que para mí, y eso hace que me sienta engañado, y no me gusta nada esa sensación.

—Eres gilipollas.

—No te lo discuto.

—Me sacas de mis casillas.

—Tampoco sería la primera vez.

—¡Mierda, Marcos! ¿Pero tú de qué vas? Te crees que puedes presentarte aquí, delante de mí, intentando... ¿qué, si puede saberse? Eres un egocéntrico, lo has sido siempre, y piensas que los demás estamos aquí para bailar a tu alrededor. Pues no. Esto —dice señalándonos a los dos— ha sido un completo error, ¿me oyes? De esos de los que te arrepientes toda tu vida.

—Bueno, la verdad es que es una pena que pienses así, porque, bueno, los errores se cometen una vez. Una. Tú ya vas por la segunda.

—Ni se te ocurra ir por ahí.

—No voy por ningún sitio, y no creas ni por un momento que esto ha terminado. Vas a hablar conmigo, Eva. Vas a sentarte y vas a escuchar todo lo que tengo que

decirte.

—¡Argh! —grita con todas sus fuerzas, y se gira dispuesta a salir de la habitación.

—Ya me has oído. ¿No quieres que sea hoy? Me parece bien. Puedo esperar, no tengo ninguna prisa.

—Pues ya puedes esperar sentado —murmura por encima del hombro, sin ni siquiera mirarme. Tiene la puerta abierta y un pie fuera. Pero, amiga mía, yo tengo la última palabra. Deberías empezar a recordarlo.

—Eso haré. No sé si es que no ha quedado claro, pero no pienso irme a ningún sitio. —No se molesta en contestarme. Cierra la puerta de un portazo y poco después escucho cómo se cierra la del baño de Paula. Y es que lo que le he dicho es verdad. He venido a quedarme, para siempre, y conseguiré que hable conmigo. Sabe que no puede desaparecer de mi vida por mucho que se lo proponga.

Me giro y veo la camiseta en el suelo. El cuarto aún huele a sexo. Yo huelo a fresas. Y tengo su sabor aún en la punta de la lengua. Le doy un puñetazo a la puerta, haciéndome un daño de cojones, claro está. Escucho a mi hermana gritando, llamando a Eva, y, conociéndola como lo hago, en tres, dos, uno va a irrumpir en mi habitación, así que tiro la camiseta que llevaba a un rincón y me pongo otra negra para bajar al jardín con mis invitados.

¡Mierda! No quiero ver a nadie. Quiero que se vayan todos y me dejen solo ¿Es que no se puede tener un poco de tranquilidad y dejar que uno se regodee en la autocompasión un poquito?

Salgo por la puerta justo cuando Eva lo hace del baño, despacio, supongo que con miedo por si vuelvo a estar frente a la puerta acechándola. Se ha arreglado el pelo, dejándoselo suelto, y se ha puesto brillo en los labios. Se los miro y me relamo interiormente. Los sigue teniendo un poco irritados, y saber que es por mi culpa me hincha el pecho y me hace tener ganas de golpearlo como King Kong.

—¡Hombre! ¡Pero si son la Bella y la Bestia! —No digo dónde tiene Paula la gracia, porque todo el mundo se hace una idea.

—Y tú Campanilla, no te jode —le gruño, pasando por el lado de Eva sin mirarla y haciendo todo lo posible por no tocarla.

—*Sips*. Y me encanta. —Mi hermana sonrío de oreja a oreja—. Llevo buscándoos a los dos un buen rato. ¿Dónde estabais? —Ninguno contesta. Eva se mira los pies, yo las ignoro a las dos y comienzo a bajar las escaleras. Pero la voz de Eva hace que me detenga.

—Estaba en el baño.

—¿Todo este tiempo?

—Sí.

—Pues, hija mía, me das bastante pena. ¿Quieres pomada?

—¿Por qué? Y ¿para qué?

—Porque si llevas dentro de ese baño más de media hora, haciendo lo que creo que estabas haciendo, debe de escocerte el ojete del culo un mazo.

—¡Joder, Paula! Córtate un poco, ¿no? ¿Hace falta ser tan guarra y específica cuando hablas? —le grito, girándome para enfrentarla. Aunque estoy dos escalones por debajo de ella, le sigo sacando una cabeza. En realidad, Eva ni se inmuta, sabe que Paula es una cerda y que lo que más le gusta es sacarnos de quicio.

—¿Qué? Me preocupo por su salud. —Paula intenta aparentar seriedad, pero la sonrisa se asoma a sus labios. Decido ignorarla y veo que Eva también. Es lo mejor que todo el mundo puede hacer. Eva se acerca a las escaleras, pero no llega a dar ni un paso porque la voz de Paula nos congela—. Por cierto, Eva, ¿lo que llevas en el cuello es un chupetón?

Eva se cubre los dos lados del cuello con ambas manos; yo la miro directamente a la cara, buscando ese chupetón, con los ojos abiertos de par en par, y Paula baja saltando y cantando: «Tenemos turrón, turrón, turrón... pero mira que sea ¡Antiu Xixona!».

Capítulo 6

Marcos

Si cojo un diccionario y busco las siguientes palabras: «cavernícola», «orgullosa», «vanidosa», «presuntuosa», «borde», «tocapelotas», «gilipollas»... ¿He dicho «cavernícola»? Sí. Pues voy a buscarle un sinónimo... ¿«Retrógrado»? Perfecta. ¿Las tengo todas? Pues ahora solo falta mirar la foto que acompaña a todas y cada una de esas palabras. ¡Bingo! Soy yo.

Y es que así es como me he comportado con Eva en la habitación hace un momento. Pero no lo he podido evitar. Me sale un instinto animal con ella que no es normal. Ya me pasaba antes, pero ahora ha alcanzado niveles estratosféricos. Pero tiene lógica, ¿no? Porque, vamos a ver, me acaba de decir que lo que ha pasado ha sido un error. Que ella y yo somos un error.

Y escuece un huevo.

Jamás definiría a Eva de esa manera. ¿Que deberíamos haber hecho las cosas de otra forma? Cierto. Pero no me arrepiento. No lo he hecho ni un segundo durante todo este tiempo. A veces he considerado que eso me convierte en muy mala persona, pero después veo su cara, su sonrisa, cómo me mira, y todo pensamiento negativo se me borra de un plumazo.

Aún no ha bajado, sigue encerrada en el baño, supongo que intentando borrar el chupetón que, ni me acuerdo cómo, le he hecho. Pienso que no quiero que se lo quite. Me gustaría que bajara y lo viera todo el mundo, y decirles que he sido yo quien lo ha dejado ahí. Ya he hablado varias veces de mi problema con el afán de posesión que esta chica me produce. Pero yo no creo que sea posesión, creo que se ha convertido en necesidad. Esa que jamás se ha ido, por muchos kilómetros que haya puesto de por medio.

Me acerco hasta Pedro y charlo un poco con él. O finjo hacerlo. En realidad, me estoy limitando a beberme la cerveza que me ha dado, asentir con la cabeza a todo lo que me cuenta y mirar de reojo hacia la puerta del jardín para verla entrar y asegurarme de que está bien, porque, aunque me haya comportado como un capullo, quiero que esté bien. Puede parecer mentira, y sé que a ella se lo parece, pero es lo único que siempre he querido.

Por fin baja, y lo hace jodidamente perfecta. Se ha peinado una coleta de medio lado, ocultando la parte del cuello en la que lleva el chupetón. Al pisar el jardín, su mirada se cruza con la mía, pero la aparta rápido y se centra en mi hermana, que le dice algo al oído; Eva le palmea el brazo y Paula se ríe y le pellizca el culo. Nunca creí que pudiera tenerle envidia a Paula, pero quiero que sea a mí a quien sonría de

esa manera. Tengo grabada a fuego la última vez que lo hizo.

—¿Nos sentamos a cenar? Esto se va a enfriar.

Como buenos amantes de los fuegos, Javier y Héctor se han hecho dueños y señores de la barbacoa, y yo encantado, porque me parece un auténtico coñazo. Nos sirven toda variedad de embutidos, panceta, secreto ibérico, patatas asadas y no sé cuántas cosas más. Comemos como si nos lo fueran a quitar de las manos.

No puedo dejar de mirar a Eva. Lo mío ya es de análisis. Se ha sentado al lado del subnormal de Luis. Dios, no sé por qué seguimos siendo amigos de ese tío, de verdad. Pedro estuvo saliendo con una chica, Carlota. La tía era cojonuda, la verdad, pero tenía un gran defecto: su hermano. Cuando nos lo presentó, nos pareció majó. Claro, lo acababan de operar de las muelas y no podía hablar mucho. Pero en cuanto el dolor pasó y abrió esa boca que tiene...

Carlota y Pedro lo dejaron hace más de cinco años, pero su mellizo se quedó con nosotros. ¿Por qué? Ni pajolera idea. En fin. Que Eva se ha sentado a su lado y no para de tontear con él, y sé que lo está haciendo para molestarme. Y vaya si lo ha conseguido. Jamás se ha sentido atraída por él, ni lo más mínimo, y aunque llevo tres años fuera y pueden haber ocurrido muchas cosas, sé que el que Eva se interese por Luis no es una de ellas. Pero a Eva le encanta sacarme de mis casillas. A ver, es cierto que me ha pillado taladrándola con la mirada toda la noche, que he intentado sentarme junto a ella y que la he cogido un par de veces del hombro o le he tocado el brazo cuando he pasado por su lado, o cuando me he parado junto a ella mientras hablaba con Ariadna y las demás. Y como no le han hecho ni pizca de gracia ninguna de esas cosas, porque hace menos de una hora me ha dicho que no volviera a tocarla o que le hablara lo justo y necesario, pues esta es su forma de hacérmelo pagar.

Agarro la botella de cerveza tan fuerte que creo que podría romperla. Es la tercera vez que Luis le roza el brazo para hablar. ¿Hace falta ser tan sobón para mantener una conversación? Yo no voy tocando brazos, hombros ni derivados cuando hablo con la gente. Hay una cosa que se llama «espacio vital», coño.

Noto como algo me golpea la frente y después cae sobre mi regazo. Miro y veo un trozo de pan. Con salsa. Así que debo de tener la frente manchada. No hace falta levantar la cabeza para ver quién me lo ha tirado, pero aun así lo hago y me encuentro con la sonrisa de oreja a oreja de mi hermana.

—¿Qué? —le pregunto de muy malas formas, la verdad, pero es que antes de girarme a mirarla he visto como Luis cogía de la mano a Eva para preguntarle si quería más vino. Juro que se la amputo.

—Que esta es tu fiesta de bienvenida. BIEN-VE-NI-DA. Y parece la fiesta de «se me ha muerto el perro». Te están hablando. De hecho, la persona que tienes justo a tu derecha te ha hecho la misma pregunta por lo menos tres veces ya, y oye, no está bien que ignores así a tus invitados. Si te molestan, díselo y se marchan.

Le enseño el dedo corazón después de limpiarme la frente con la servilleta y me giro hacia una sonrosada Andrea, que me mira con una pequeña sonrisa en los labios.

—Perdona, de verdad. Me he quedado un poco en mi mundo. Pero no me molestáis. Ninguno. Bueno, ella sí —digo señalando a mi hermana—, pero no puedo hacer mucho.

—Tranquilo, no pasa nada.

—No. Dime.

—Te preguntaba que qué tal por Nueva York. Adoro esa ciudad. Me hubiera encantado ir alguna de las veces que fueron estos, pero, con el trabajo y luego el embarazo, ha sido imposible.

—No digas tonterías —le digo mientras le acaricio el vientre, que está bastante abultado, pues está de ocho meses. Les cuento un poco mi experiencia en las Américas, hablándoles del proyecto que estuve desarrollando allí y cómo eran los inviernos en Nueva York. Más de una vez nos quedamos atrapados durante horas en las oficinas por las fuertes nevadas, pero es maravilloso y se lo recomiendo a todo el mundo.

Seguimos hablando un poco más. Me siguen preguntando cosas, como por mis compañeros de trabajo, y yo les pregunto a ellos por sus vidas. Aunque no hemos perdido el contacto jamás y mis hermanos se han encargado de ponerme al día de todo, no ha sido lo mismo. Ariadna les pregunta a los futuros padres sobre la llegada inminente del bebé, y yo aprovecho para volver a evadirme.

Oigo su risa y no puedo evitar girarme a mirar. Tiene el codo apoyado en la mesa y la mejilla descansa sobre su mano. En cuanto nota que la estoy mirando, le sonrío más todavía y se pinza el labio inferior con los dientes.

—¿Me dejas que luego te lleve a casa? —oigo que le pregunta Luis.

Hasta aquí hemos llegado.

Ya sé yo por qué quiere este llevarla a casa. Pero de eso nada. Estoy a punto de contestarle cuando Pedro me interrumpe sugiriendo sacar el postre.

—Eva, ¿me ayudas? —dice Paula.

—Claro —le contesta a mi hermana y, disculpándose con Luis, se levanta y se marcha a la cocina.

Es mi momento.

Me levanto y me siento en la silla que hace un momento ocupaba Eva.

—¿Qué haces? —me pregunta Luis, entre sorprendido y molesto.

—Sentarme.

—Ya, pero esta silla está ocupada.

—¿Tenemos sillas asignadas?

—No, pero Eva lleva aquí toda la noche, y no creo que sea de buena educación ir quitándole los sitios a la gente cuando se levantan un momento.

—Bueno, si es por eso, no creo que a Eva le importe, tranquilo.

—Ya, pero a mí...

—A ti, nada.

—Pero si no sabes lo que voy a decir.

—Por si acaso.

No le da tiempo a replicarme, pues noto una presencia detrás de mí. Me giro y me enfrento a sus ojos.

—¿Qué haces?

—Disfrutar de la compañía de mi buen amigo Luis. —Para darle más credibilidad, rodeo el hombro de este con el brazo y lo palmeo. Un poco fuerte, al parecer, porque se inclina tanto hacia delante que por poco se come la mesa.

—Ese es mi sitio.

—¿Sí? No me había dado cuenta. No te importa, ¿no?

—¿A mí? En absoluto.

Pero vaya si le importa. La sonrisa que muestra no me gusta. No ha dicho nada, pero estoy bastante convencido de que acabo de perder en un juego que yo mismo he empezado.

—Luis, me encantaría que me acercaras a casa cuando terminemos.

Punto número uno: se ha inclinado tanto para decírselo que su coleta me ha rozado la cara.

Punto número dos: al hacerlo, han pasado tres cosas: he visto su chupetón, le he olido el pelo, que sigue oliendo a fresas, y me he empalmado *ipso facto*.

Punto número tres: a Luis se le ha dibujado tal sonrisa que, como no se le quite a la de ya, se la voy a quitar yo de un guantazo. Y no soy un tío violento.

Punto número cuatro: Eva ha hecho jaque mate.

Cuando se gira, apoyo la frente en la mesa y suelto un suspiro de derrota muy muy largo. Nadie se da cuenta de mi desgracia. Todos siguen a su rollo. Levanto un poco la cabeza y observo a Eva que, contoneándose, llega a donde estaba yo sentado y se pone a hablar con Andrea mientras le acaricia la barriga. No he podido evitar mirarle el culo y, cuando me giro hacia la izquierda, veo que no he sido el único.

—Eh, picha floja, a mirar hacia otro lado.

Luis me mira levantando las cejas, porque no sabe si se lo he dicho a él o es que me ha dado por hablar solo.

Me incorporo, me recuesto en la silla y me bebo otra cerveza. No tengo ni idea de cuántas llevo ya. Y es que esta noche parece no tener fin.

Capítulo 7

Eva

Pero qué tío más pelmazo.

En cuanto llegue a casa me tomo un ibuprofeno. No ha parado de hablar desde que hemos salido de casa de Paula. Eso, más toda la tensión que he vivido esta noche, hace que esté para meterme en la cama y no salir hasta la semana que viene, como mínimo.

—Y me siento genial conmigo mismo. Todas las mañanas, sobre las seis, me levanto para aprovechar bien la mañana, y además es cuando menos gente hay. Me pongo los pantalones cortos, porque, claro, ahora en verano me muero con los largos. Mi cinta, la riñonera, y salgo al río e intento hacer como mínimo quince kilómetros. Eso es muchísimo, ¿sabes? Luego, si quieres, te dejo que me toques los gemelos, para que veas lo duros que los tengo —me dice levantando las cejas en tono... ¿qué? ¿Insinuante? En eso estaba pensando yo, en tocarle los gemelos. Apoyo la cabeza en el cristal y cierro los ojos, suplicando por pillar todos los semáforos en verde—. Mis compañeros me tienen bastante envidia, pero qué le voy a hacer. No todos tienen la suerte de haber nacido con esta constitución. Es que es hacer un poquito de ejercicio y ya me pongo con unos músculos... Levantar pesas de treinta kilos para mí es como para ti levantar una pluma...

«Llévame contigo, Señor. O, mejor, llévatelo a él. Pero llévate a alguno», pienso. Pongo la cabeza en modo pausa total. Luis sigue hablando y hablando y hablando, y yo me pierdo en mi subconsciente y rezo —algo que no hacía desde que tenía seis años e iba al colegio de monjas— para que pise un poquito más el acelerador.

Por fin. Vislumbro mi edificio a lo lejos y estoy tentada a saltar del coche en marcha. Abro el bolso y voy rebuscando las llaves, para no perder tiempo. Al llegar a la puerta de mi casa, Luis no para. Aparca. Es decir: apaga el motor, se gira y me mira, y no me gusta nada cómo lo está haciendo. Se pasa la lengua por el labio inferior y después por el superior, y veo que alarga el brazo y me roza el mío.

—Bueno, muchas gracias por traerme. Un placer. Hasta la próxima —digo mientras abro la puerta del coche y salgo corriendo. Sé que me habla, pero me hago la sueca. No me giro a mirarlo, sino que abro el portal y subo los cinco pisos corriendo, sin esperar al ascensor. Cuando llego arriba, creo que el corazón se me va a salir por la boca. A lo mejor es hora de hacerle un poquito de caso a Pedro y hacer algo de ejercicio. Me inclino hacia delante, apoyo las manos en las rodillas y respiro tranquila. Cuando la agitación parece que ha remitido, abro por fin la puerta de mi casa y entro. Cierro, echo la llave, el pestillo, apoyo la espalda en ella y voy descendiendo muy despacio, hasta quedar sentada en el suelo.

Adoro mi casa. Para mí, es mi refugio. Donde encuentro la paz que necesito. Es pequeña —por no decir una caja de cerillas—, pero para mí es más que suficiente. Tengo en el comedor un pequeño sofá en forma de ele, con una lámpara al lado y la estantería llena de libros a la derecha. La cocina es minúscula. Vamos, que dos personas en ella ya molestan. Pero cuenta con una mesita pequeña donde desayuno y, al final, termino siempre comiendo o cenando. Aunque hacerlo en el sofá, acurrucada, viendo la televisión, es mi mayor satisfacción. Luego está mi dormitorio, otro un poquito más pequeño donde tengo todas mis cosas de manualidades y el baño.

Pero hay dos cosas que adoro de la casa: el suelo de parqué, para poder ir descalza siempre que me da la gana, y mi balconcito. No es que sea gran cosa ni dé al Palacio Real. Más bien da a la calle principal, siempre transitada. Pero en él tengo una mesita y dos sillas, y escuchar a los niños gritando, el murmullo de la gente o, incluso, el claxon de los coches me encanta. Y, cuando empieza a llegar el buen tiempo, desayunar en él se ha convertido en mi propia tradición.

Me compré este piso con apenas veinte años, cuando vivir con mis padres se convirtió en misión imposible. No porque los odiara. Por favor, tengo los mejores padres del mundo. O tenía, en lo que a mi padre se refiere. Pero siempre he sido libre, mucho más que mi hermano, y la independencia era algo muy valioso para mí. Mis padres eran geniales y me apoyaron en todo. Desde el primer momento. Así que, con su ayuda —si no hubiera sido imposible— y con el trabajo de camarera que me busqué después de clase, pagué la entrada de este piso. Y es de las mejores cosas que he hecho.

Hubo un momento en el que casi lo pierdo. Bueno, no es que lo perdiera, es que me habría tocado venderlo, porque, vamos a ver, habría sido lo lógico, ¿no? Si te vas a vivir a otro sitio, con otra persona, pues, en realidad, ¿para qué quieres conservar un piso de soltera? Aún recuerdo las broncas por este tema: las caras de él, las mías; mis portazos al marcharme de su casa enfadada; sus preguntas sin respuesta, mis argumentos sin sentido... Como se puede comprobar, al final, gané yo. Y menos mal porque, si no, después de lo que pasó, ¿a dónde habría ido?

Me suena el móvil y, por un momento, me da miedo leer el mensaje que me acaba de llegar, pero, a la vez, me provoca excitación. Ambos sentimientos solo podría provocármelos Marcos. No me quito su cara de la cabeza ni un mísero segundo. Bueno, a quién voy a engañar, nunca se ha ido del todo. Pero lo que ha pasado esta noche me ha sobrepasado. Verlo ahí, delante de mí, tan absurdamente perfecto, con esa sonrisa que desarma y su olor, o sus brazos, su pecho... Cualquier cosa que provenga de él me desarma por completo.

¡Demonios! Ya estoy excitada otra vez.

Jodido Marcos.

Antes de seguir pensando en él, miro el móvil, que se ha puesto a sonar. Es Paula. Me pregunta si la vuelta a casa ha sido placentera. Me entran ganas de mandarla a paseo, porque me ha enviado un audio y todo descojonándose, pero no voy a darle

ese gusto. Paso de contestarle y le pregunto si sigue en pie lo de ir mañana a la playa. Además, así me trae el coche. No sé si soportaría volver a ver a Marcos tan pronto, aunque sé que es algo que voy a tener que hacer tarde o temprano. Me dice que sí y que pasaremos allí todo el día.

Cuando dejamos de hablar, me levanto del suelo y voy directa a la ducha. Son más de las tres de la mañana, pero me da igual. Necesito refrescarme y dejar que el agua me recorra entera. Cuando llego al baño y me paro frente al espejo, me retiro el pelo del cuello y lo veo: su chupetón. No recuerdo ni cuándo me lo ha hecho. Lo rozo de forma lenta con los dedos, cerrando los ojos y recordando sus labios por mi cara, su sabor, sus dientes y sus brazos sujetándome. Sus gemidos, los míos y nuestros jadeos. Noto en el estómago una maraña de elefantes correteando sin control y, aunque me jode, sonrío. No lo puedo evitar.

Me quito el vestido, la ropa interior y los zapatos. Enciendo el agua caliente, porque aunque sea verano no puedo bañarme con agua fría. Estamos reñidas. Una vez dentro, me permito volver a soñar con él, con lo que pasó hace tantas lunas. Con lo que hemos hecho hoy. Y así, entre recuerdos y suspiros, me arranco el segundo orgasmo de la noche, que me traslada sin remedio a ese momento al que no suelo acudir a menudo. Porque duele.

Demasiado.

∞

—*Me estás poniendo muy nervioso.*

—*Qué quieres que te diga, tampoco sería la primera vez.*

—*Ya lo sé, renacuaja, pero es que hoy estás terriblemente irascible.*

—*Bueno, ¿y qué quieres? Es mi fin de semana. Me lo he adjudicado por derecho. Y hoy es MI noche, mi última noche, y quiero que sea perfecta.*

—*Hablas como si te fueras a morir. Vamos a salir a cenar más veces a partir de mañana. Lo sabes, ¿no?*

—*Pues claro que sí, Pedro. Pero ya no va a ser lo mismo. Voy a estar casada. CASA-DA. Es un cambio muy significativo.*

—*Y hablando de eso, ¿tengo que hablar con él?*

—*¿Con quién?*

—*Pues con quién va a ser. Con Raúl, el novio. ¿Tenemos que tener esa charla?*

No me da tiempo a contestar, porque una carcajada procedente del pasillo corta la conversación. Pedro y yo estamos en mi habitación. Él tumbado en mi cama, con las manos debajo de la cabeza y sonriendo, mientras yo estoy histérica, sacando modelitos del armario de forma compulsiva. Mañana me caso. ¡Me caso! Nunca creí que llegaría este día, y así, por fin, ha llegado. Esta es mi última noche de soltera, y qué mejor que pasarla con los míos. Mi madre, Pedro y la familia de Paula al completo. De hecho, es el hijo mediano quien se está riendo a carcajadas. Cuando

entra, por una milésima de segundo, se me corta la respiración. Pero entonces les recuerdo a mis pulmones que deben respirar y a mi cerebro que debe borrar cualquier signo de debilidad en lo que a él se refiere. Hace tiempo que esos sentimientos desaparecieron. Pero, bueno, no soy de piedra y tengo ojos en la cara, así que me permito repasarlo de arriba abajo un momento. Lleva unos vaqueros desgastados, zapatillas azules de la marca Vans —mi último regalo de Reyes, para ser exactos—, una camiseta negra y una camisa vaquera por encima remangada hasta los codos.

Jodido modelo de revista.

—¿Pero qué charla vas a tener tú?

—Vaya, si el capullo más grande del barrio acaba de hacer acto de presencia.

—Yo también me alegro de verte.

Marcos se acerca hasta mí, me da un beso en la mejilla y le hace un gesto a Pedro con la mano para que se mueva y le deje espacio.

—¿Qué haces? —le pregunto una vez que se ha acomodado igual que mi hermano.

—Tumbarme.

—Ya... peero... Nop.

—Él lo está —dice señalando con la cabeza a Pedro, quien sonrío de oreja a oreja.

—Es que os quiero a los dos fuera de aquí. Ya. Largo.

—Qué borde te pones, ¿no? —me dice Pedro, pero sin hacer amago de levantarse. Así que me acerco a la cama, cojo a cada uno de un lado y tiro. Sin éxito alguno. Como si estuvieran sincronizados, me agarran cada uno de un brazo y tiran de mí, haciéndome caer en medio de ambos. Me hacen cosquillas, nos reímos, les pego, se ríen aún más fuerte y, al final, entre súplicas y pellizcos, logro que me suelten y se levanten de la cama para marcharse abajo y dejar que me vista tranquila—. Pero que sepas que debería tenerla. —Frunzo el ceño porque no sé de qué me está hablando—. La charla de hermano mayor con Raúl. Esa en la que le advierto que le haré mucho daño si él te lo hace a ti.

—Tira para fuera, fantasma. —Me río, y él también, porque Pedro es un pedazo de pan y todo el mundo lo sabe. Me da un beso en la frente y abandona la habitación, seguido de Marcos, quien me mira muy serio antes de salir.

Vuelvo al armario. Al final creo que me voy a decantar por el vestido rojo con la espalda al aire, así que me haré una especie de recogido y me pondré los zapatos granates que se atan al tobillo y tienen el tacón fino.

—Eva.

Me giro sobresaltada, porque creía que estaba sola. Marcos está apoyado en el

marco de la puerta, con las manos en los bolsillos y sin apartar sus ojos de mí. Hacía tiempo que no veía esa mirada. No sé por qué, pero su presencia me intimida un poco y me pone nerviosa.

—Qué susto me has dado.

—Lo siento.

—No pasa nada. Tranquilo. ¿Ocurre algo?

No habla. No me contesta. Solo me mira. Hay cierta tensión en la habitación, y sé que debería hablar, decir cualquier cosa. Pero no puedo. Noto un nudo en la garganta y los labios resecos, así que saco la lengua y me los mojo. Los ojos de Marcos se deslizan por mi cara hasta llegar a mis labios, y se queda mirándolos como hipnotizado. Veo su nuez subir y bajar y mi pulso sale disparado. «¿Pero qué coño está pasando?». No sé por qué me estoy comportando de esta manera tan infantil, ni sé por qué él está así de raro. Por fin vuelve a alzar la cabeza para mirarme a la cara, se separa de la puerta y se acerca hasta mí. Despacio. O al menos a mí me lo parece. Lo tengo tan cerca que su pecho se roza con el mío, y estoy segura de que puede oír mi corazón latiendo descontrolado. No sé por qué lo hago, no tengo ni puta idea, pero de repente miro mi mano y veo que ella sola se está moviendo hasta situarse en su pecho, casi a la altura de su corazón. Me sorprende notar que también late muy rápido. Él mira mi mano, pero no dice nada, sino que apoya la suya justo ahí, encima de la mía, y con la otra me toca la mejilla.

—Dime que eres feliz, Eva. Dime que es esto lo que quieres.

—¿Qué?

—Dime que mañana quieres ir a esa iglesia y casarte con él.

—Pe-pero ¿qué? Creo que no te entiendo.

—Solo dime: «Soy feliz y quiero casarme con Raúl». Pero no me lo digas solo con palabras, hazlo también con la mirada.

Aunque no tengo ni idea de por qué me pregunta esto ahora, no dudo. Lo hago.

—Soy feliz y quiero casarme con Raúl.

Mientras lo digo, aparto la mano de su pecho y, aunque me jode sentirla fría, como si me hiciera falta su contacto, no digo nada. Carraspeo, a ver si así consigo deshacer este nudo que se me ha formado en la garganta y que baja lentamente hasta la boca del estómago. Él da un paso hacia atrás, suelta una especie de gruñido y me abraza, fuerte, apretándome y consiguiendo que me falte el aire. Tengo los brazos a ambos lados del cuerpo, laxos, pero al final los muevo y le rodeo la cintura. Ninguno habla.

Permanecemos abrazados lo que me parece una eternidad.

No es la primera vez que me abraza.

Entonces, ¿por qué esta la noto distinta?

—Siempre voy a estar aquí. Para ti. Siempre. Pase lo que pase. Da igual lo que necesites, tú solo pide. Eres mi chica preferida. ¿Recuerdas?

Hacía tanto tiempo que no me lo decía... Recuerdo que hubo un tiempo en que me lo creía. En que me hacía sentir especial, diferente. Luego, con el tiempo, supe que no significaba lo mismo para él que para mí, así que se convirtieron en unas palabras más. Pero llegó un día en que dejó de decírmelas, y yo dejé de echarlas de menos. Que me las diga hoy..., no tengo ni idea de qué significa, pero tampoco quiero pararme a analizarlo, y menos aún cuando miro la pared que hay justo detrás de él, donde tengo colgadas mis fotos, mis recuerdos. Y encuentro la que estoy buscando. Raúl. Los dos juntos, abrazados, felices. Me desprendo de su abrazo, me aliso el pelo con los dedos y le muestro mi sonrisa más despreocupada.

—Pedro y tú estáis muy raros esta noche, y luego la que está nerviosa soy yo. ¿Qué mosca os ha picado?

—Tú solo recuérdalo. ¿Vale?

—Sí. No os preocupéis. Javi es el único que no se ha comportado en plan hermano mayor, tocapelotas y protector conmigo.

Aunque es una milésima de segundo, lo veo tensar la mandíbula, como si estuviera apretando los dientes con fuerza. Se gira en dirección a la puerta, pero antes de salir susurra algo tan bajito que me cuesta un poco oír lo que ha dicho. Pero lo he entendido a la perfección; lo que no sé es qué significa:

—Tú para mí has sido de todo menos una hermana. Te lo puedo asegurar.

Capítulo 8

Marcos

Estoy que me subo por las paredes. Sé que yo lo provoqué, y que actuó así por mi culpa, por portarme como el cavernícola que siempre me he reprochado ser, pero no soportaba más tiempo ver cómo tonteaba con Luis delante de mis narices. Aunque sentarme en su sitio solo sirvió para hacerla correr a los brazos de él. O a su coche, más bien.

Sé que Paula ha quedado hoy con ella. Primero, porque la oí ayer hablando y no pude evitar poner la oreja, y segundo, por el grito que me ha pegado esta mañana a través de la puerta cerrada diciéndome que se iba a la playa y que volvería por la tarde.

No quiero seguir dando más vueltas en la cama pensando en si lo invitó a subir a su casa o no, en si él intentó algo o en cualquier otra posibilidad que se me ha pasado por la cabeza. No he pegado ojo en toda la noche y no lo voy a conseguir ahora, con el sol entrando por la ventana y dándome en los ojos de lleno. Lo mejor que puedo hacer es levantarme, darme una ducha y arreglarme para ir a comer a casa de mis padres, quienes se mueren por verme, y yo a ellos.

Bajo a la cocina, en calzoncillos y descalzo, y me preparo el desayuno. Creo que lo único que se me pegó de los americanos en todos estos años han sido los desayunos. Esa gente come comida basura; por no decir *mierda enlatada*. Pero debo reconocerles los desayunos. Me aficioné bastante rápido a las tortitas con arándanos de los domingos por las mañanas en la pastelería de al lado de mi casa, después de volver de correr por Central Park, pero, sobre todo, a los huevos revueltos, el *bacon* y las salchichas grasientas. Aquí no tenemos de esas. Por lo menos en mi cocina, ahora mismo, no hay, y tortitas está claro que no voy a hacer, porque la cocina y yo no nos llevamos muy bien, pero freír un poco de *bacon* y un huevo revuelto no tiene mucho misterio. Algo se me tiene que haber quedado del gran Gordon Ramsay y su *MasterChef*.

Ni siquiera me siento en la mesa, sino que me apoyo en la encimera. Saboreo la comida, que me ha salido bastante decente para ser yo, y respiro un poco de tranquilidad, algo que no he tenido desde que llegué. Aún me duele un poco la cabeza, una mezcla de las cervezas que me tomé ayer y las situaciones que viví, que se me escaparon un poco de las manos.

Recuerdo la cara de Eva al verme; su pequeño cuerpo rodeándome cuando me dejó abrazarla; su jodido olor a fresas que me nubla el juicio y me hace perder la razón —a las pruebas me remito—; su boca, sus jadeos, sus gemidos; sus arañazos, que aún se pueden apreciar en mi espalda; su mordisco en mi hombro al correrse; su sexo apretándome... Mierda, debería detener mis pensamientos, ya no solo porque se

me haya puesto tan dura que hasta duele, sino porque me voy a terminar corriendo solo con pensar en ella.

Es el momento de esa ducha. Y si puede ser fría, mucho mejor.

Al final termino corriéndome bajo el chorro de agua congelada, porque aquello no bajaba por mucho que recitara todos los miembros de la selección valenciana de fútbol. Salgo, me enrolló la toalla a la cintura y me voy al cuarto a vestirme. Justo cuando abro el armario, veo la camiseta que «usé» con Eva. Estoy tentado a guardarla, para así, cada vez que la vea, asegurarme de que fue real, de que la tuve aquí, en mi habitación, y me dejó disfrutar de nuevo de ella. Pero viéndolo desde fuera, parezco un salido mental y un cerdo, así que la cojo para tirarla a la basura cuando baje.

Una vez que me termino de vestir con un pantalón corto y una camiseta, y estoy listo para salir, le mando un mensaje a Pedro para que venga a casa esta tarde. Mierda, parezco un chaval de siete años pidiéndole a su amiguito que venga a jugar un rato. Pero todo tiene una explicación bastante lógica: Eva viene esta tarde. No viene a verme a mí ni nada de eso. Viene a dejar a Paula. Y me jugaría mi huevo izquierdo —y para mí mis huevos son sagrados, todo hay que decirlo— a que ni se bajará del coche. Y eso no lo puedo consentir. Podría salir y acorralarla; sentarme en el asiento del copiloto; ponerme el cinturón, y no bajarme hasta que me escuche. Pero, conociéndola, es capaz de dejarme tirado en medio de un descampado, aunque ella tenga que hacer autostop para volver a casa; o rociar el coche con gasolina. Conmigo dentro, por supuesto. O podría cogerla, cargármela al hombro y atarla a la cama. Entonces, si la tuviera así, haría de todo menos hablar.

«Jodido salido de mierda».

En fin, que como no veo viable nada de eso, lo mejor es pedir refuerzos, y si estos vienen disfrazados de hermano mayor y cerveza, mucho mejor. Aunque mi refuerzo no tenga ni idea de cuál es su misión.

Esta vez sí que he trazado un plan, no como ayer. Ir poco a poco. Acercarme despacio, con las manos en alto y siendo transparente; demostrándole que, cuando quiero, puedo ser un hombre hecho y derecho, y limitarme solo a hablar.

¡Ah! Y usar a mi hermana y a mi mejor amigo como escudos y monedas de cambio es cojonudo.

Sonriendo como un campeón, me monto en el coche, rumbo a casa de mis padres. Subo la radio a todo volumen, cantando a pleno pulmón Depeche Mode. Me gustan todas sus canciones. Voy alternando de una a otra, sin importarme hacer el ridículo y sorprendiéndome por sabérmelas todas. Estoy parado en un semáforo, cerca de casa de mis padres, cuando una canción me corta la sonrisa de cuajo. Más que una canción, un grupo. Su favorito. Su regalo de cumpleaños hace años. Su sonrisa, sus nervios, sus saltos y sus gritos viéndolos en el concierto. O es que es simplemente ella, que siempre vuelve a mí, y no es Coldplay quien me hace recordar. No es *Fix You* quien me hace retroceder a esa noche en la que lo tuve todo; todo lo que

anhelaba.

En la que la cagué.

∞

Están todos en el comedor corriendo de un lado a otro: las mujeres comprobando que los regalos estén envueltos y las bolsitas de arroz, listas; los hombres, asintiendo a todas las órdenes que les dan y haciéndose señas unos a otros de que después pondrán esas órdenes en común para no cagarla; y yo, en el balcón, mirando las luces de la ciudad, con una cerveza en la mano y maldiciendo mi mala suerte. Porque en la palabra «cobardía» no quiero ni pensar.

Llevo todo el día diciéndome que hablar con ella es un error, que lo deje estar, que ya nada se puede hacer; que debo sonreír, asentir y aplaudir cuando se entregue a él para siempre, como he estado haciendo todos estos años. Recuerdo cuando me dijeron que se casaban. Fue como si mi mundo se hubiera venido abajo. Sabía que algo me pasaba con Eva. No era de ahora, ni muchísimo menos. Era de siempre. Pero me daba miedo ponerle nombre, decirlo en voz alta.

Ella no lo sabe, pero yo estaba ahí, en la puerta de su casa, cuando la vi besarse con Raúl por primera vez. Me marché del pub esa noche asqueado y con ganas de partirle la cara a mi amigo, por estar tocando algo que consideraba mío. Y eso que de mío no tenía nada. La había visto con otros chicos. Era guapa. Era preciosa... pero jamás se me ocurrió decírselo, jamás vi peligro. Pero cuando la vi esa noche con Raúl, supe que había perdido en un juego absurdo en el que yo era el único jugador, pues si nunca me había atrevido a decirle nada, ¿por qué tenía que saber cómo me sentía? Me marché, rumbo a mi casa. Cuando me quise dar cuenta, estaba en la puerta de la suya. Lo primero que hice fue marcharme. Di media vuelta y eché a andar calle abajo, hasta que algo hizo clic en mí y me dije que era ahora o nunca, así que volví. Y los vi. Acababan de llegar, se estaban despidiendo y él le acariciaba la mejilla con el pulgar. Después la besó. Si hubieran abierto los ojos, si se hubieran girado un poquito hacia la derecha, me habrían visto. Pero no lo hicieron. Vivían en su propio mundo y, desde luego, yo no estaba invitado. Me marché sin mirar atrás.

Y así seguí. Mes a mes. Año tras año. Mirándolos con rabia y con algo a lo que no quería poner nombre y que no tiene otro que celos. Me dije que era una tontería, que se me pasaría. Que lo que sentía por ella no era especial y que sería algo pasajero. Hasta que anunciaron su boda.

Ese día, cogí la maleta y me marché a Roma a casa de un amigo. Necesitaba poner espacio entre ellos y yo. Necesitaba pensar, aclararme las ideas. Pero, sobre todo, necesitaba regodearme en la mierda y soportar las pullas de mi amigo Carlo. No le hice caso; no cogí el teléfono para hablar con Eva; no volví a España para suplicarle. No le pedí nada. Volví y seguí fingiendo que todo esto me parecía bien, que era lo que quería y que, para mí, ella no era más que la amiga de Paula, alguien que había estado toda mi vida conmigo y se había convertido en alguien de mi familia. Sin más.

Pero hoy algo ha cambiado. No sé qué ha sido, no me he parado a analizarlo. Una cuerda me tiraba hacia ella cuando me he marchado de su habitación. Cuando Pedro ha desaparecido escaleras abajo, he visto mi oportunidad; o mi suicidio, según se mire. Cuando me ha preguntado si ocurría algo, he estado tentado a ponerme de rodillas y suplicarle que se viniera conmigo. Me daba igual adónde, mientras me dijera que sí. Pero al final la razón ha ganado la batalla, pues, en verdad, lo único que siempre he querido ha sido verla feliz, y si él es el causante de esa felicidad y no yo, me joderá, pero me aguantaré. Por eso supongo que necesitaba esa confirmación, oírla de sus propios labios. Una manera de asegurarme y no quedarme con el «¿y si...?»».

—¿Se puede saber por qué Marcos se toca los huevos mientras yo hago lazos a las bolsas de los regalos?! —grita Pedro, ganándose una colleja de su madre. Ha gritado lo suficientemente alto como para oírlo desde fuera, con la puerta corredera cerrada. Lo último que me apetece ahora es hacer lacitos. Prefiero arrancarme los ojos y dárselos de comer a los patos, pero tenemos que seguir fingiendo.

Apuro la cereza y me giro, dispuesto a entrar en el comedor. Pero no consigo dar ni dos pasos. Algo me paraliza, secándome la boca y provocando que un sudor frío me recorra entero. Eva aparece con un vestido rojo por encima de la rodilla, con tanto vuelo que conforme baja las escaleras se agita, dejando al descubierto esas piernas kilométricas que vuelven loco a cualquiera. El vestido se ciñe al pecho y a la cintura de tal manera que, seguro, puede provocar una taquicardia a quien la vea con él. Como a mí, por ejemplo. Va cogido a los hombros por unos tirantes muy finos y, cuando se da la vuelta, veo que tiene toda la espalda al aire y el pelo recogido en un moño. Me cuesta tragar, el aire se ha escapado de mis pulmones, el corazón me late descontrolado y la mano me pica por las ganas que tengo de recorrer esa espalda.

Es jodidamente perfecta.

Ya ha quedado claro que no me he dado cuenta ahora, sino que lo hice hace muchísimo tiempo, pero por lo visto hoy todo tiene un significado diferente. Vuelve a darse la vuelta a petición de mi hermana, mientras la mira por encima del hombro, y yo me sorprendo sacando el móvil y haciéndole una foto, pensando que quiero enmarcarla y ponerla en mi habitación para ser lo último que vea antes de acostarme y lo primero al levantarme. Me fijo un poco más y solo puedo imaginar recorriéndola con la lengua, de lado a lado y de arriba abajo, terminando en su cuello. En arrodillarme frente a ella y deslizar mis manos por sus piernas, que me vuelven loco, y perderme en ese vestido que debería estar prohibido. Aunque, en realidad, me conformo con abrazarla, fuerte... y no soltarla jamás.

—¡Que nos vamos! —Javi aporrea en la puerta, devolviéndome de golpe a la mierda de realidad que estoy viviendo.

Entro y voy a la cocina a tirar el botellín, mientras los demás se distribuyen en los coches. A mí me da igual, solo quiero arrojarme a las vías del tren. Así de melodramático me encuentro. Cuando vuelvo al comedor, intento no cruzarme con su

mirada, porque no quiero hacerla sentir incómoda, como la he hecho sentir antes en la habitación. O, a lo mejor, lo que no quiero es que, al mirarme, pueda ver más allá de mí. Pueda ver cosas a las que yo ni siquiera he sido capaz de ponerles voz.

Salimos a la calle y voy directo a mi coche. No hablo con nadie, no pregunto. Ellos sabrán dónde tienen que sentarse, ¿no? Entro y doy un portazo, más fuerte de lo que pretendo; agarro fuerte el volante y apoyo la cabeza en él, maldiciendo, esta vez de verdad, mi cobardía.

Noto que se abre la puerta del copiloto y un cuerpo se desliza en el asiento. No tengo que levantar la cabeza para saber que es ella.

Soy un tío afortunado, ¿eh?

Me aparto del volante, la miro y sé que estoy perdido. Mis ojos impactan con los suyos, de un verde que haría perder la razón a cualquiera, y con unos labios rojos que me muerdo por tocar. No hablamos, solo nos miramos. Son apenas unos segundos, porque los demás no tardan en subir a la parte de atrás, pero a mí me ha parecido una eternidad. Paula y Javi van discutiendo, pero nosotros no les prestamos atención, pues parece que de repente estemos en nuestro propio mundo. Paula me llama, pidiéndome que arranque o nos van a dar el desayuno en vez de la cena, pero justo antes de hacerlo, la miro de nuevo y, sin hablar, moviendo los labios para que ella sea la única que me escuche, le digo que está preciosa, consiguiendo que se ruborice hasta las orejas y provocando en mí una sonrisa que no sé ni yo mismo lo que significa.

Capítulo 9

Eva

Cuarenta grados a la sombra. Eso como mínimo. Y nosotras estamos bajo el sol, porque la sombrilla está sobrevalorada y la hemos dejado en casa.

Es la cuarta vez que entro en el agua a refrescarme desde que hemos llegado, y de eso hace solo media hora. Presiento que el día se me va a hacer eterno.

—Podrías dejar de tener esa cara.

—No tengo ninguna cara.

—Sí la tienes. Como si estuvieras oliendo mierda mientras te comes un limón.

—Te juro que no tengo ni idea de cómo se te ocurren estas cosas. Lo que me pasa es que me estoy muriendo de calor, y solo llevamos media hora. ¿Tú te crees que vamos a aguantar aquí toda la mañana? Nos moriremos.

Paula adora el sol. Eso de tumbarse al modo *Campofrío* —vuelta y vuelta— le gusta lo mismo que a mí comerme una tableta de chocolate con leche después de cenar mientras veo una película en el sofá de casa. Es decir, mi mayor placer en esta vida. Así que se resume en que ella está encantada y yo, cabreada como una mona. Y sé que la culpa es mía, porque la sombrilla está en mi casa, pero es que últimamente no pienso demasiado. Bueno, miento. Pienso muchísimo, pero mis pensamientos tienen nombre propio y no es otro que el de Marcos. Solo lleva en casa veinticuatro horas y para mí son como dos mil.

Me tumbo junto a Paula con mi toalla de Harry Potter. Eso sí, yo boca abajo, así por lo menos no me da el sol directo en la cara.

—Tú te morirás porque eres una amargada que no sabe disfrutar de las cosas gratuitas que nos regala la vida.

—¿Un cáncer?

—Eres idiota.

—No, soy realista. No podemos estar todo el día bajo el sol, no es bueno para la salud.

Paula resopla, pero en plan exagerado, haciendo que unas niñas que están jugando con sus palas y cubos a nuestro lado den un salto. Se incorpora, se sienta en la toalla, se quita las gafas de sol para poder mirarme a los ojos y, con el ceño fruncido, me pregunta:

—Lo que no es bueno para salud es escuchar cómo te quejas sin parar. Si te

consigo una sombrilla, ¿vas a disfrutar de nuestro día y dejar de tener esa cara de vieja?

—Lo más seguro.

—Te quiero, pero eres un auténtico coñazo. Ahora vuelvo.

Y así, levantando arena a su paso y meneando el culo como una jodida modelo de Victoria's Secret, se marcha en busca de la sombrilla. Sin dinero, porque la cartera está aquí. Pero bueno, yo, con tal de que me consiga algo que me oculte un poco de este sol infernal, soy feliz.

Cierro los ojos y, cómo no, su cara hace acto de presencia de nuevo. Qué guapo estaba ayer. Es un adonis, lo sabe y lo usa. Llevo toda la noche soñando con él, y debería parar ya, porque no es sano. Pero es que hay cosas que son inevitables, y está claro que esta es una de ellas.

Por suerte, una sombra se cierne sobre mí, tapándome el sol por completo y haciendo que me olvide del moreno con ojos marrones que me tiene como una moto de carreras. Alzo la cabeza y me encuentro delante de mí unas piernas masculinas tonificadas, un bañador a rayas oscuras, un poco de vello a la altura de la cinturilla, un pecho musculoso —pero no en exceso—, y ya no puedo ver mucho más, porque el sol le tapa la cara. Me siento de rodillas sobre mis talones y, usando la mano como visera, consigo mirarlo por fin a la cara. Y menuda cara: mandíbula pronunciada; labios gruesos, sobre todo el inferior; nariz grande, un poco torcida a la derecha; una cicatriz en la ceja izquierda; ojos marrones, y pelo oscuro, que me recuerda mucho al de alguien.

—Tú sabes que si yo te analizara a ti como tú has hecho conmigo, podría considerarse ofensivo, ¿verdad? —me dice con una voz ronca, masculina y para nada ofendida. Tiene una sonrisa que haría a más de una desmayarse. Pero en mí no logra nada. Y es una pena, porque el tío está muy bueno.

—Ya, pero si te plantas delante de mí así, pues ¿qué quieres que haga? —Se ríe y se acuclilla hasta quedar a mi altura.

—Me llamo Lucas.

—Eva —le contesto, estrechando su mano y preguntándome en silencio qué hace aquí.

—Tu amiga —me contesta, leyéndome el pensamiento.

—Eso explica muchas cosas.

—Está allí —me dice mientras me señala un sitio a la derecha, y veo a Paula sentada en una toalla, bajo una sombrilla, hablando con un chico— con mi amigo Sergio. Me ha dicho que necesitáis un sitio con sombra; nosotros tenemos uno, y vengo a llevarte a él.

—Podría haber venido ella, ¿no?

—Bueno, he pensado que podía venir yo y dejar a los niños jugar un rato a solas.

Me río por su comentario y él me guiña un ojo en respuesta. Me ayuda a recogerlo todo y ponemos rumbo a donde están nuestros amigos. Al llegar, Paula me presenta a Sergio, como si se conocieran ya de toda la vida. Le doy dos besos y me siento junto a ella, que tontea con su nuevo amigo de forma tan descarada que no sé ni hacia dónde mirar, porque me siento como una intrusa. Miro de reojo a Lucas y sé que está igual que yo, porque me señala a nuestros amigos con la cabeza y pone los ojos en blanco, provocando que riamos a carcajadas.

—¿Te parece que vayamos a por unas cervezas y tardemos algo así como media hora?

—Me parece muy bien.

Nos levantamos rumbo al chiringuito que hay a nuestra espalda. Paula y Sergio ni se inmutan. Al llegar, me invita a una clara y nos sentamos en una de las mesas. Hablar con él parece sencillo y demasiado fácil. Son de la capital, pero han venido a pasar unos días a la costa. Han venido con más gente, pero los otros están durmiendo la mona en el apartamento que han alquilado. Aunque no lo aparenta, no sé por qué, es psicólogo. Cuando me dice lo que cobra por sesión, me arrepiento en el acto de la profesión que he elegido. Él se ríe de mi reacción y me dice que ser educadora infantil debe de ser muy gratificante, y se nota que le encantan los niños. De hecho, me habla de sus sobrinos, pues tiene cuatro hermanas mayores y todas tienen hijos. Aunque los adora a todos, su favorita es la pequeña Marta. Dice que si hay alguna mujer por la que sería capaz de dejarlo todo, sería esa niña de cuatro años.

—Será mejor que volvamos, a ver si necesitan algo —sugiero cuando comienzo a notar que la situación empieza a volverse algo rara. Bueno, no rara, más bien íntima. En concreto, cuando el coqueteo por su parte se hace muy evidente.

Sé que él ha notado un cambio en mi actitud, pero no dice nada, sino que asiente y se levanta a pagar las nuevas cervezas que nos hemos pedido. Me doy cabezazos imaginarios por sentirme así, como si estuviera engañando a alguien, y es que no he parado de pensar en Marcos ni un segundo, y eso que el chico que tengo delante es genial. Sí, lo acabo de conocer, pero es divertido, despreocupado y se ve que se puede hablar con él tranquilamente. Debería estar disfrutando de su compañía, dejarme llevar, olvidarme de todo lo que tengo cargado sobre los hombros, pero es imposible.

Aún tengo el sabor de los besos de Marcos en mi lengua, y todavía me quemán las zonas del cuerpo en las que ayer me tocó.

Llegamos hasta las toallas, pero ni Paula ni Sergio están aquí. Miramos hacia el agua y los vemos allí enganchados cual koalas y dando un espectáculo no apto para menores. Durante un momento, una milésima de segundo, siento envidia. Envidia por no poder hacer yo eso mismo, sin esconderme, sin pensar, solo dejándome llevar por lo que mi cuerpo quiere, por lo que mi corazón me pide, pero no con el chico que ahora mismo me está hablando, sino con el otro, el que me saca de quicio cada vez que abre la boca. El que me abandonó.

Los del magreo vuelven y los cuatro decidimos ir a picar algo en alguno de los

bares de la playa. Nos decantamos por uno de bocadillos y, además, pedimos un par de entrantes para compartir. Ellos beben cervezas; yo, solo refrescos. Tengo que conducir después de vuelta a casa y ya he bebido suficiente.

Al final del día, noto que me lo he pasado mejor de lo que pensaba. La compañía que Paula nos ha conseguido ha resultado ser muy agradable. Bueno, de Sergio no puedo opinar mucho, ya que ha tenido la lengua de mi amiga metida en la boca la mayor parte del tiempo, pero, por lo poco que hemos interactuado, es un tío bastante majo. Como yo, trabaja con niños, pero él más mayores, ya que es profesor de Primaria. Es opuesto a Lucas, por lo menos, físicamente. Es rubio, con los ojos verdes, aunque en algunas ocasiones tiren a azules; más bien delgadito y con gafas, pero le dan un rollo intelectual que genera mucho morbo. Es el típico profesor al que sueñas con tirarte cuando eres adolescente.

Cuando empieza a caer la tarde, decidimos despedirnos y volver a casa. Nos dicen que van a quedarse una semana más por aquí, así que Paula y Sergio se intercambian los teléfonos para volver a quedar. Lucas no me pide el mío. No me sorprende, y tampoco me siento ofendida, la verdad. Hemos estado muy bien juntos y podríamos tener mucha química. Pero ahora no es el momento, él lo sabe y yo también. No se lo he dicho, tampoco me ha preguntado. Me ha pillado un par de veces en mi mundo, ese al que Marcos me arrastra aunque él no sea consciente, y se ha limitado a sonreírme. Supongo que por eso es psicólogo y cobra lo que cobra. Entra en la mente de las personas con una facilidad asombrosa.

Cuando nos montamos en el coche, presiento que se avecina tormenta. Conozco a Paula mejor que ella a sí misma y sé que ahora viene su sermón. Tampoco hay que conocerla mucho: con verle el ceño fruncido y los ojos que echan chispas, te puedes hacer una idea.

—¿Y a ti qué te pasa?

—A mí no me pasa nada.

—Te he puesto a un tío que está para morderlo y no dejar nada delante de tus narices, y tú, ¿qué has hecho? Nada, Eva. Nada.

—Punto número uno: yo no te he pedido que me pongas a nadie delante, y punto número dos: no tengo ganas de historias.

—¿No tienes ganas de que un tío que está buenísimo, que es divertido y que tiene una sonrisa que hace resucitar a un muerto te eche un polvo? Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que echaste uno. ¿Te acuerdas siquiera de cuándo fue? — Si ella supiera...

—Lo siento, Paula, pero no. No tengo ganas de que nadie me eche ningún polvo. Sabes que yo no soy como tú, que te tiras al primer pene con patas que se te pone a tiro.

No he terminado de decir la frase y ya me estoy arrepintiendo. Sé que mi comentario le ha dolido, aunque no me lo diga. Se gira, dándome la espalda, y se

dedica a mirar por la ventanilla. Mi comentario ha estado totalmente fuera de lugar. Ya no solo porque le he hecho daño a mi amiga de forma gratuita, sin merecérselo, sino porque lo que me pasa, mis comeduras de cabeza y mis problemas, no es con ella con quien debo tratarlos, aunque ahora pensar en esa persona me paralice y me haga comportarme de esta manera.

El silencio que hay en el coche es cada vez mayor. Paula y yo no nos enfadamos jamás. Creo que la última vez fue cuando teníamos diez años y me pareció buena idea teñirnos el pelo de rosa. Por supuesto, el resultado fue nefasto. Cuando nuestras madres nos preguntaron de quién había sido la idea, me callé y, como siempre pasaba, Paula cargó con la mayoría de las culpas.

—Paula, lo siento mucho. Ha sido un comentario desafortunado y en realidad no lo pienso, ya lo sabes.

—Da igual, no tiene importancia —me dice, en apenas un susurro y sin girarse siquiera.

—Sí la tiene. Por lo menos para mí. Joder, eres la tía más cojonuda que conozco. Me encanta tu forma de ser, de reír y de disfrutar de la vida. Porque yo no lo hago. Vivo todo el día con miedo, sin tener tu valor y sin saber arriesgarme. Te envidio, ¿sabes? —Y al decir esto se gira y me mira. Yo la observo de reojo, pues voy con los ojos fijos en la carretera. Acerca su mano a la mía y me la aprieta fuerte.

—No digas que me envidias, Eva. Te quiero, nena. Eres maravillosa.

—Pero no soy tan valiente como tú.

—Bueno, es que encontrar una perfección como la mía es muy complicado —dice, en tono de guasa, para despejar un poco la tensión que se ha creado dentro del coche. Y yo me río con ella. Si alguien ha estado siempre ahí, cogiéndome la mano cuando me he caído, gritando a aquellos que me han hecho daño, dejándome su hombro para llorar hasta la madrugada cuando murió mi padre, eligiendo el vestido perfecto para mi boda, gritando a las dependientas por no darme lo que quería..., en fin, viviendo conmigo, ha sido ella. Mi otra mitad—. Ahora hablando en serio. No quiero ser perfecta y tampoco quiero que lo seas tú. Si algo te hace tan especial son tus imperfecciones.

—De esas tengo unas cuantas. Como mi boca.

—Ni que lo jures... —dice en un tono lo suficientemente alto como para que lo oiga. Recibe un manotazo en la mano.

—Lo siento. De verdad.

—No pasa nada. Olvídalo.

—Es que no lo pienso. Ni un poquito. No sé por qué lo he dicho. —El nudo que, de repente, se me forma en la garganta me impide pronunciar la última frase de forma clara.

—Nena, ¿estás bien? ¿Pasa algo? —me pregunta, cogiéndome la mano y

apretándome fuerte.

Estoy tentada a hablar con ella de eso que me carcome por dentro. Jamás hemos tenido secretos. Paula sabía lo que sentía por Marcos cuando era una adolescente, debería poder sincerarme. Además, si con alguien quiero hacerlo, es con ella. Pero no lo hago.

Nunca llegué a contarle lo que pasó aquella noche y, no sé por qué, tampoco me atrevo a decirle lo que ocurrió ayer.

Cuando niego con la cabeza y le regalo una sonrisa, que espero que le sirva, ella me regala otra, enciende la radio y la canción *Despacito* inunda el coche, haciendo que la tensión se vaya por las ventanillas abiertas y nos pongamos a cantar y menear el cuerpo. Después de esta vienen muchas más, y así, de esta guisa, nos plantamos en su casa.

No tengo intención de bajar. El coche de Marcos está en la puerta, y creo que es la última persona a la que quiero ver. Paula insiste un poco, intentando persuadirme con la piscina climatizada donde darnos el último chapuzón, pero ni con esas. Prefiero la miniducha de mi casa. Me da un beso en la mejilla y va a salir del coche, pero antes de abrir la puerta se gira para mirarme.

—¿Sabes? Tener miedo es una mierda. La vida está para vivirla, y si es a través de impulsos, mucho mejor. Comernos demasiado la cabeza y tenerlo todo calculado al milímetro no es bueno. —Ahora sí, va a salir, pero una carcajada se lo impide. La suya. Y sin mirarme siquiera, suelta la última perla del día—. Además, da igual cuánto corras, el pasado siempre vuelve.

La miro para saber de qué está hablando, pero algo me lo impide. O alguien, más bien: un espécimen en bañador, sin camiseta y descalzo, que está bajando las escaleras y viene directo hacia mí, con la sonrisa *mojabragas* en el rostro.

Jodido adonis.

Jodido cuerpo de infarto.

Jodido pelo que me muero por volver a tocar.

Jodido modelo en traje de baño.

Jodido Marcos.

Punto.

Capítulo 10

Marcos

Cuando éramos unos críos, teníamos una perra: Galleta. La adorábamos. Sabíamos que era una guarrada, pero hasta nos bañábamos en la piscina con ella. Y, por las noches, nos la turnábamos para dormir con nosotros en la cama. Era muy buena y siempre se tiraba a ladrar a cualquiera que pudiera atacarnos o simplemente mirarnos mal. La queríamos, tenía un vínculo especial con todos.

Sobre todo con Paula.

Puede que fuera porque las dos eran hembras y entre mujeres se entendían. La cuestión es que siempre la elegía a ella. Y cuando Paula se marchaba, la acompañaba hasta la puerta y esperaba allí, tumbada, hasta que volvía a casa. Cuando la oía llegar, levantaba las orejas, sacaba la lengua y meneaba el rabo a toda velocidad.

¿Por qué me estoy acordando ahora de Galleta?

Porque me siento como ella.

Desde que he llegado de comer de casa de mis padres, donde también estaban Pedro y su madre, Carmen, a la que sí que no había vuelto a ver desde que me marché, estoy en modo alerta, por si escucho el coche de Eva y me toca salir corriendo en su busca.

Pedro está aquí, como le había pedido —como anzuelo, aunque él no lo sepa— y, para que no piense que me he vuelto loco, no la espero en la puerta, sino que me he sentado en el sofá.

Llevo más de tres horas escuchándolo hablar sin parar. Le he puesto una película, la nueva de *Star Wars*, que es larga y así me daba un poco de tregua. Pero no había caído en que a Pedro le encanta comentar las escenas de las películas. Razón por la que nadie quiere ir con él al cine. Pero hoy me ha venido bien, porque él ha preguntado y él solo se ha respondido. Yo me he limitado a emitir algún sonido tipo: «Mmm», «oh», «ajá»... y cosas así. Y es que todos mis sentidos están puestos en la calle.

Me he levantado dos veces con demasiado ímpetu, corriendo hacia la puerta y abriéndola de golpe, para ver a mi vecino llegando a casa con los tres niños parientes de Satán y el perro, o unos simples coches pasando por delante de mi adosado. La primera vez, Pedro me ha preguntado si estaba bien. La segunda, ha levantado la ceja y después la ha vuelto a bajar. Sin más.

Se acerca el final de película, y estoy todo lo concentrado que puedo, cuando escucho el motor de un coche. Y ahora sí, tienen que ser ellas. Voy corriendo a la entrada y, cuando consigo abrir la puerta, el coche escarabajo de Eva me saluda. Lo

juro. Ahora mismo solo me sale hacer el signo de la victoria y cantar la famosa *We Are the Champions*.

Como me imaginaba, la puerta de la parte del conductor no se abre. Así que me aventuro a su encuentro. Al de las dos, claro. Paula está saliendo del coche con una sonrisa de oreja a oreja cuando llego hasta ellas.

—¿Qué? ¿Lo habéis pasado bien?

—Genial. Me he quemado hasta la rabadilla del culo. Pero por lo demás ha ido muy bien.

—¿Tienes que ser siempre tan específica en tus comentarios?

—Tú preguntas, yo respondo. No entiendo qué hay de malo en eso.

Paso de contestar a mi hermana. Tiene respuestas para todo y, si no quiero que esto termine en una discusión para ver quién la tiene más grande, aunque una de las partes sea una tía, es mejor dejarlo aquí. Pasa por mi lado, me da una colleja y sube las escaleras para entrar en casa. Yo me agacho para poder asomarme por la puerta que ha dejado abierta y ver a Eva. Está mirando en mi dirección, así que nuestras miradas se cruzan y juro que puedo notar las chispas saltando.

—Hola, Eva.

—Hola —me contesta, junto con un pequeño rubor en sus mejillas que me parece adorable. Se coloca el pelo que se le ha soltado detrás de las orejas y aparta su mirada de la mía. No quiero que haga eso.

—¿Cómo lo habéis pasado?

—Muy bien, la verdad.

—Ya me ha dicho Paula que se ha quemado hasta el culo. ¿Tú también? —En cuanto lo digo, lo analizo, y el que se sonroja ahora soy yo, y eso no me había pasado en la vida. Eva se gira a mirarme con los ojos como platos—. Perdona, no quería saber si te has quemado el culo, solo si tú también te has quemado. Es que... Joder... Yo... Lo siento, no pretendía...

—Lo sé. Tranquilo. No pasada nada —me dice negando con la cabeza. Me regala una sonrisa. Es pequeña, pero para mí es inmensa.

Nos quedamos callados, yo mirándola a ella, y ella mirando a cualquier sitio menos a mí. Tamborilea los dedos contra el volante mientras se muerde el labio, y yo estoy a punto de meter medio cuerpo dentro, alargar el brazo y soltárselo. Necesito mucha fuerza de voluntad ahora mismo.

—Eva...

—Yo...

Decimos los dos a la vez, y nos entra la risa tonta. La insto con la cabeza a continuar, pero ella niega y con los ojos me pide que continúe. Y lo prefiero. Porque sé que ella me iba a decir que se marcha, y es lo último que quiero.

—¿Quieres pasar? —me atrevo a preguntarle. Podría usar ya la baza del hermano, pero voy a esperarme un poco más. Primero quiero ver su reacción ante mi pregunta. Saber si quiere entrar. Por mí.

Solo por el hecho de estar en la misma habitación que yo.

Puede parecer una tontería pero, para mí, tiene más importancia de la que en un momento me podría haber imaginado.

—No creo que sea buena idea —dice finalmente, y la bola de plomo cae sobre mi estómago. Intuía que diría eso, pero aún tenía esperanza. Soy un tío bastante optimista cuando me lo propongo.

—Bueno, tu...

—¡Coge mi bolsa de playa! ¡Está en el maletero! —me grita Paula desde la puerta, interrumpiéndonos. Suspiro, pongo los ojos en blanco y me incorporo a la vez que Eva sale del coche para abrir el maletero. Hay dos bolsas, una que pone «Mi madre dice que soy lo más bonito de este mundo, y las madres siempre tienen razón», y otra en tonos azules y rosas. Me da la primera, por supuesto. Cuando lo hace, nuestros dedos se tocan, y juro que noto como la electricidad me recorre entero. Sé que ella también lo ha sentido, porque aparta la mano rápidamente y se la agarra con la otra. Me mira solo un momento, y sé que va a decir algo, pero al final solo niega, cierra el maletero y se gira para meterse de nuevo en el coche. Pero se lo impido sujetándola del codo, aun a riesgo de que me mande a la mierda.

—No te vayas, por favor. Entra un rato. Báñate en la piscina, tómate una Coca-Cola o límitate a sentarte y a odiarme. Pero entra. —Noto como se desinfla y, aunque no pueda verla, sé que ha cerrado los ojos. No se ha soltado de mi agarre. Algo es algo.

—¿Por qué me haces esto, Marcos?

—Porque quiero estar contigo. Un rato. Como antes.

—Pero yo no puedo. ¿No lo entiendes? —Y entonces sí se suelta, haciendo que mi mano caiga inerte junto a mi cuerpo. Ella no se gira.

—Tenemos que hablar. En algún momento vas a tener que mirarme y hablar conmigo, no vas a poder esconderte todo el tiempo.

—Pero yo no quiero. Ayer te pedí que me dejaras en paz. No hace ni veinticuatro horas que has vuelto, y no es justo para mí. Tú sabías que vendrías, yo te encontré sin más. No estoy preparada, todavía no. Así que, por favor, no insistas.

—Somos nosotros. Eva y Marcos. No eres una tía que conocí una noche. Tenemos una historia. Siempre has estado en mi vida, no me puedes pedir que te borre de ella de un plumazo.

—Has estado haciendo justamente eso durante tres años. Puedes seguir haciéndolo. —Sus palabras producen el mismo efecto en mí que si me dieran un puñetazo. Solo que estas duelen en el pecho y no te tiran al suelo. O casi.

—Eso no es justo.

No dice nada, solo se encoge de hombros. El silencio vuelve a instalarse entre nosotros, como una sombra que nos acecha continuamente, y lo odio. Odio esta sensación, odio esta situación, odio que no quiera que la toque, odio que no me mire...

Odio que me odie.

No voy a decirle que Pedro está aquí. No quiero que el hecho de estar conmigo en la misma habitación le produzca el mismo placer que arrancarse los pelos de las piernas uno a uno y con pinzas.

Cuando volví, sabía que esto no sería fácil, pero no sé, me había montado otra película en mi cabeza. O puede ser que no lo pensara con claridad, que sería lo más normal. De verdad, sé que no hice bien marchándome como lo hice, y sí, fui un cobarde, no me enfrenté a las consecuencias de cara, sino que cerré los ojos, les dije que me obligaban a mudarme a Nueva York por un trabajo ese mismo día y que no podía decir que no, y me marché. Pero no lo hice entero, pues una parte se quedó aquí. Una parte muy grande. La parte que espera algo, no sé, un movimiento, una señal. Alguna cosa que me indicara que podía volver. Quiero decirle todo eso. Quiero decirle tantas cosas que las palabras se me atascan en la garganta y me cuesta ordenarlas.

Al final no le digo nada. Dejo que ande en dirección al coche para marcharse. Supongo que debo esperar, empezar a usar eso que llaman «paciencia» y que jamás ha estado en mi vocabulario.

Me aparto del coche y camino de espaldas en dirección a las escaleras que me llevan al refugio en el que se ha convertido mi casa. La veo abrir la puerta del conductor, pero, justo antes de subir, se gira y me busca. Tiene los ojos brillantes y la punta de la nariz roja, lo que significa que está aguantando el llanto. Además de roja, siempre se le pone fría cuando llora.

—No lo hago. Odiarte. No podría aunque quisiera.

Al final, sube al coche, arranca y se marcha, dejándome plantado con una pequeña sonrisa asomando a mis labios. Bueno, es un pequeño paso, ¿no?

Subo las escaleras y entro en casa. Veo a Paula y a Pedro en la piscina, cada uno con una cerveza en la mano, y decido unirme a ellos. Al llegar, Pedro me pregunta si Eva no viene, y le digo que tenía prisa y que se ha marchado a casa. Pasamos un rato en el agua, riéndonos y bebiendo más de lo estrictamente necesario. Sobre todo Paula y yo. Pedro tiene que volver a casa en algún momento de la noche y a la segunda cerveza ha abandonado. Hablamos un rato de Nueva York, de mis años allí, y les cuento lo que más me ha gustado y lo que menos. Durante toda mi vida, por las noches, en la casa de los Bayo, sentados a la mesa mientras cenábamos, nos decíamos los unos a los otros lo mejor y lo peor del día. Conforme nos íbamos haciendo mayores y dejamos el nido, seguimos con la tradición, solo que entonces era lo mejor y lo peor de la semana. Está claro que ahora se reduce a lo mejor y lo peor de estos

tres años.

Lo peor me lo guardo para mí.

Por ahora.

Cenamos unos sándwiches de jamón york y queso, algo básico, simple y sencillo que está buenísimo. Paula se come solo uno, pero Pedro y yo, tres cada uno, terminando con las existencias de pan de molde y fiambre. Comemos un poco de la tarta que sobró ayer —un poco, en términos de Pedro, es todo el pastel— y, con un subidón de azúcar considerable, Pedro se marcha a su casa. Aunque es casi medianoche, ni Paula ni yo tenemos sueño. Decidimos darnos una ducha y después tumbarnos en mi cama a ver una película. Cuando aparece, con el pijama puesto y el pelo mojado chorreándole por la espalda, lo hace también con dos cuencos enormes de helado de nueces de Macadamia. Nos acomodamos en la cama, apoyando la espalda en el cabecero blanco. Ella cruza las piernas, al estilo indio, mientras que yo las estiro lo máximo posible. Muevo la cabeza de un lado a otro, para crujirme el cuello y relajarme del todo. Cojo el mando y activo el videoclub de la tele. Enseguida vemos que ya han subido *La La Land*, y Paula no me da opción a buscar nada más. Se vuelve un poco la niña de *El exorcista* cuando quiere algo, por lo que es mejor no llevarle la contraria. Además, me gustan los musicales.

Cuando nos terminamos los helados, dejo los cuencos en la mesita, apago la luz y nos bastamos con la que proyecta el televisor. Nos acomodamos mejor en la cama, hasta casi quedar tumbados, con la cabeza de mi hermana apoyada en mi hombro.

—¿Molesto?

—A mí no, pero si no estás cómoda coge un cojín.

—No me refiero a eso.

—Ah... pues entonces no tengo ni idea de a qué te refieres.

—Ahora que has vuelto. ¿Estorbo? Porque si es así, sabes que me lo puedes decir y buscaría un piso.

—Siempre puedes volver a casa de los papás —le digo en tono de broma para relajarla, porque sé que se lo pregunta de verdad, y me duele—. No digas tonterías. No me molestas ni un poquito.

—¿Ni un poquito así? —pregunta, juntando el índice y el dedo gordo hasta casi tocarlos.

—Bueno, así, sí. Ya sabes que eres como un grano en el culo.

—Eres idiota —me dice riéndose y dándome un pellizco en un costado.

—No vuelvas a pensar eso, ¿vale? Porque no es verdad. Contra todo pronóstico, me gusta tenerte aquí.

—Vale. Porque a mí me gusta estar aquí.

—Lo sé. Mi casa es bastante cojonuda.

—La piscina. Me quedo por la piscina.

Es verdad. Me ha gustado vivir solo todos estos años, pero he echado mucho de menos a los míos. Y eso que mi casa no era grande, más bien como una caja de zapatos, pero echaba de menos hablar y discutir con Paula o tomar una cerveza con Javi, en silencio, viendo algún partido de baloncesto. Y sí, ni siquiera he estado cuarenta y ocho horas de convivencia con mi hermana, en exclusiva, pero he estado más de veinte años viviendo con ella y es bastante guay. Y se le da bien la cocina, y eso es un punto que juega a su favor.

Está terminando la película, y noto que los párpados cada vez me pesan más. Paula también se está quedando dormida, así que decide marcharse a su habitación. Apago la tele después de que ella encienda la luz del pasillo, para que no se quede completamente a oscuras. Y justo antes de dejar que Morfeo me lleve con él, Eva, lo que me ha dicho, vuelve a mi cabeza, y pienso que debo darle espacio.

Una semana.

No. Mejor unos días.

Con dos o tres está bien.

Dos.

Sí. Dos serán suficientes.

Capítulo 11

Eva

He quedado a cenar con mi madre y mi hermano, para variar. Nos vemos con una asiduidad que asustaría a cualquiera. Pero, a ver, a mí me gusta estar con ellos, y a ellos les pasa lo mismo. Además, donde esté la comida de mi madre, que se quiten las demás. Si no, decídselo a mi congelador, que está lleno de *tuppers*.

Llevo tres días sin saber nada de Marcos y no sé cómo me siento. A ver, miento. Estoy hecha un lío. Más que antes, si es que eso es posible. Esto es lo que quería, lo que le pedí: que me dejara en paz. Me ha hecho caso. Entonces, ¿por qué me jode? Sobre todo sabiendo que está tan cerca de mí.

Pero creo que ha sido bueno. He podido pensar, aclararme un poco las ideas, rememorar viejos tiempos, y no solo los que tienen que ver con él y conmigo, sino con todos. Y he llegado a una conclusión.

Que no tengo ni idea de nada.

De verdad, si alguien me entiende, que me compre. Me estaría haciendo un gran favor.

Llego a casa de mi madre puntual, aunque ella siempre diga que llego tan tarde a todos los sitios que incluso llegaré tarde a mi propio funeral. Lo que ella no entiende es que es el resto, que llega demasiado pronto.

Cuando entro, mi madre está en la cocina trajinando, mientras veo a mi hermano detrás del televisor manipulando algo. Siempre está arreglándole cosas o supervisando que todo esté bien. Conmigo siempre ha hecho lo mismo, incluso cuando había alguien que hacía todo eso por mí. Se asignó el rol de cabeza de familia muy a rajatabla cuando mi padre murió. Aunque debo reconocer que siempre fue demasiado protector. A mí no me molesta, al contrario, pero a veces creo que se carga demasiadas cosas. Siempre está pendiente de las dos, aunque sea en la distancia. No soporta que estemos mal o que podamos necesitar alguna cosa y no se la digamos. No porque quiera hacernos inútiles, para nada. Simplemente porque quiere que siempre sepamos que, si tenemos que contar con alguien para algo, está él.

—¿Se ha roto? —le pregunto mientras me acerco a darle un beso en la mejilla.

—Dice que no se ven bien algunos canales, pero es cosa de la antena de la finca. Luego subiré a la azotea a ver.

—Hola, cariño —me giro y veo a mi madre entrando en el comedor, directa a darme un beso y un abrazo.

No es alta ni baja, es de estatura normal. Morena, como Pedro, pero de ojos negros, no como mi hermano y yo, que los tenemos verdes, como mi abuelo paterno. Lleva vaqueros, camiseta y deportivas. Para su edad, se conserva muy bien, pues tiene cincuenta y cuatro años y está más delgada que yo. Pero es que mi madre hace mucho ejercicio, todo hay que decirlo. No corre, pero le gusta salir al río a andar todos los días. Y además hace pilates dos veces por semana. Y no come *mierdas*, como yo. Aunque el chocolate es un vicio al que no piensa renunciar. Para mí, es guapa a rabiar. Tiene las facciones de la cara poco marcadas, sobre todo los labios, que son muy finos. Siempre va impecable, aunque sea en ropa deportiva. Y la sonrisa permanente es su seña de identidad. Si quisiera, podría haber roto muchos corazones, pero el suyo se lo robaron muy pronto, con apenas dieciséis años. Se enamoró de mi padre nada más verlo, y él de ella. Y no dejaron de estarlo ni un solo día, ni siquiera ahora, cuando han pasado tantos años desde que mi padre nos dejó.

Después de que Pedro vuelva de la azotea, nos sentamos a la mesa a cenar. Ha preparado nuestros platos favoritos: las costillas de Pedro y la tarta de galleta y dulce de leche para mí. Adoro esta tarta. Paula dice que es mejor que un orgasmo, y eso que ella ha llegado a tener cuatro en una noche. Con eso lo digo todo.

Todo parecería como una noche normal y corriente, si no fuera porque solo hablamos mi hermano y yo. Mi madre se limita a contestar con monosílabos. Tiene la mente en otra parte y apenas ha tocado su plato. Cuando se levanta a por la tarta, mi hermano me pregunta, sin mover los labios, si la noto rara, y le digo que sí. Me pregunta si yo sé algo y le digo que no.

Corta un trozo para cada uno y nos lo sirve. Quiero preguntarle qué le pasa, si todo va bien, pero es meterme un trozo en la boca y olvidarme del resto. Hasta de mi nombre. Qué bueno está esto, leches.

—Mamá, ¿estás bien? —pregunta Pedro, supongo que ya harto de verla frotarse las manos contra el pantalón. Engullo los últimos trozos de tarta que me quedan y me giro para poder mirarla de frente.

—Sí, claro.

—No es verdad. Llevas rara toda la noche y queremos saber por qué. ¿Ha pasado algo? —le pregunto mientras alargó el brazo y le cojo una mano, porque me está poniendo nerviosa.

—Bueno..., el caso es que yo... pues... Tengo que contaros una cosa.

Me arde el cuerpo. Por dentro. Desde la punta del dedo gordo del pie hasta la cabeza. Noto las llamas subir y desplazarse por mi cuerpo. Tengo hasta ganas de llorar.

—Mamá, dinos de una vez qué pasa, que a la niña ya le está saliendo humo de las orejas de lo nerviosa que se está poniendo. Y, bueno, yo tampoco estoy mucho mejor.

—He conocido a alguien —suelta al cabo de un rato, que a mí se me ha hecho eterno. Soy un poco negativa y ya me esperaba lo peor.

—Hostia, mamá. ¿Tú sabes el susto que nos has dado?

—No hables así, Pedro.

—¿Que no hable así? Creía que era algo importante.

—Esto es importante —le replica, un poco molesta. Yo me he quedado muda.

—Pues claro que es importante, y ahora mismo nos lo vas a contar todo, con pelos y señales, pero creía que te pasaba algo, que estabas enferma, joder. Algo malo. Que hayas conocido a alguien es bueno, muy bueno. Y no deberías tener esa cara cuando nos lo estás contando.

—¿De verdad es algo bueno?

—¿Cómo puedes pensar lo contrario? —Ahora soy yo la que lo pregunta, con la voz tomada por la emoción.

—No lo sé, yo...

—Mamá, mírame —le pide Pedro, y ella lo hace, con las lágrimas ya bañando su rostro. Mi hermano acerca su silla lo máximo posible, y yo lo imito por el otro lado. De esta manera, la tenemos rodeada. Le habla muy cerca, mirándola a los ojos y con una sonrisa auténtica en el rostro—: Papá murió hace mucho tiempo, y fue la putada más grande que nos podía haber pasado. Tenía mucho que vivir todavía, nos lo quitaron muy pronto, pero no podemos hacer nada. Y tú, mamá, tú te lo mereces todo. Nunca hemos querido que estuvieras sola. Siempre hemos querido que alguien te hiciera compañía, que te cuidara y, sobre todo, te quisiera como te mereces. Sabes que eso no significa que dejes de querer a papá.

—Lo echo muchísimo de menos.

—Y nosotros, mamá —le contesto, ya las dos llorando a mares y agarradas de la mano. Echamos un vistazo a mi hermano, quien tiene los ojos acuosos y nos mira con una ternura infinita.

—Pienso en él todo el rato. A todas horas. Cuando me levanto por las mañanas, le doy los buenos días, y antes de acostarme por las noches siempre le doy un beso —dice señalando con la cabeza hacia su dormitorio, donde tiene en la mesita una foto del día de su boda.

—Y eso no tiene por qué cambiar, ¿vale? Ni nosotros vamos a recordarlo menos porque tú estés con alguien —dice Pedro mientras nos estrecha a las dos entre sus brazos como puede.

Debemos de estar poniéndole la camiseta hecha un desastre, pero no parece importarle. Los sollozos de mi madre se mezclan con los míos, y sé que mi hermano se está tragando los suyos porque quiere ser fuerte. Por las dos. Yo le he dicho muchas veces que puede llorar, que no lo hace menos hombre, pero también sé que él prefiere hacerlo en la intimidad de su casa, y yo lo respeto. Como ha dicho, nos arrebataron a mi padre demasiado pronto. El cáncer se lo llevó más rápido de lo que nos permitió asumir lo que estaba pasando. Aunque él jamás lo confirmó, siempre he

creído que lo sabía, pero prefirió callar hasta que ya no lo pudo ocultar más. No quiero ni pensarlo, y Pedro siempre me ha dicho que no lo haga, porque me mata que pudiera pasar por todo eso solo. Pero cuando cierro los ojos y me acuerdo de los últimos meses que estuvo con nosotros, solo veo risas, amor y felicidad. Y eso es lo único que importa.

—Bueno, y ahora cuéntenos quién es él. En qué lugar se enamoró de ti —dice mi hermano, parafraseando a José Luis Perales y provocando nuestras carcajadas.

Nos cuenta que se llama Gonzalo y que es un par de años mayor que ella. Es abogado y ha ido varias veces a la clínica por asuntos de trabajo —mi madre trabaja como recepcionista en una clínica dental—. Un día, la invitó a un café y ella respondió que no. Él le dijo que se lo preguntaría todos los días hasta que contestara que sí y, bueno, al final lo hizo. Es un señor con una paciencia infinita y muy perseverante. Mi madre le dijo que un café y nada más. Pero después de ese vinieron más, hasta que un día llegó una cena, luego otra, hasta hoy. Que han pasado cinco meses de eso.

Me pregunto cómo he podido estar tan ciega y no darme cuenta de que algo estaba cambiando en mi madre. Supongo que, al final, todos sabemos guardar los secretos mejor de lo que nos imaginamos.

También nos cuenta que tiene una hija, Daniela, que debe de tener mi edad, y un nieto de cinco años. Viven los tres juntos. También es viudo, lo que pasa es que él perdió a su mujer cuando su hija era muy pequeña, así que ha hecho el papel de padre y madre durante toda su vida. Ambos coinciden en que tienen una edad y que no deberían estar con tonterías, así que les gustaría presentarnos. En una cena, en su casa, todos juntos.

Pedro y yo asentimos contentos y asegurándole que no la avergonzaremos y nos comportaremos como los perfectos hijos que somos. Mi madre se echa a reír y se levanta para recoger la mesa. La ayudamos y, cuando terminamos, sin hablar, los tres sabemos qué queremos hacer. Nos vamos al comedor; mi madre y yo nos sentamos en el sofá mientras Pedro va hasta la estantería y coge una película. La pone en el DVD, se acerca hasta nosotras y nos hace movernos para sentarse en el medio. Nos rodea los hombros, acercándonos lo máximo a él, y nosotras nos dejamos achuchar. En cuanto le da al *play*, la cara de mi padre ilumina la pantalla. Es de sus últimos días en casa. Hay a quien le puede parecer macabro haberlo grabado así. Para nosotros, fue una vía de escape. Se le nota enfermo, pues está más delgado y con ojeras, pero no se le ve terminal, ni muchísimo menos. Además, él nos lo pidió. Supongo que era su manera de despedirse. Lo grabamos comiendo, paseando, jugando al ajedrez con el padre de Paula e incluso viendo una película en el sofá de nuestra antigua casa. En todas y cada una de las imágenes se le ve feliz, contento. Y es que mi padre no perdió la sonrisa ni un solo día, empeñado en que siempre lo recordáramos como él era: una persona alegre, llena de vida.

Cuando la cinta termina, el silencio se adueña de la casa. Aunque pueda parecer tenso en un principio, no es así. Cada uno está sumergido en su propia burbuja. Mi

madre dándole las gracias por todo lo que le ha dado, no solo los dos hijos que tiene, sino la vida en general; por sentirse una mujer válida y amada. Pedro prometiéndole que seguirá cuidando de nosotras hasta su último aliento. Y yo... yo diciéndole que lo quiero por encima de todo, incluso de los edificios más altos. Algo que me decía cuando era pequeña, cuando le preguntaba cuánto me quería, y él me decía que tanto que no podía llegar a tocarlo; entonces yo le preguntaba si su querer era más alto que los edificios, y él se reía y me decía que eso no era más que el principio.

Cuando ya han pasado unos minutos, Pedro nos suelta y, dando una palmada al aire, se gira hacia mi madre y le pregunta:

—Entonces, tiene una hija de la edad de Eva, ¿no? Interesante. Del uno al diez, ¿cómo es de guapa?

Capítulo 12

Marcos

Es jueves por la noche, lo que significa que llevo sin hablar con Eva cuatro días. Al final me he comportado como una persona madura y responsable. Aunque no me guste lo más mínimo. Pero si quiero hacer las cosas bien, este es el método que debo usar. Aunque no me la quite de la cabeza ni un puñetero segundo y las ganas de llamarla cada vez sean mayores.

Por lo menos he vuelto al trabajo. Roberto, el gran jefe, me ha dicho que me coja unos días de vacaciones, pero prefiero estar aquí. Viajar no me apetece mucho ahora mismo, y quedarme en casa comiéndome la cabeza y pensando en todo lo que tengo encima, menos aún. Aquí por lo menos puedo dar órdenes y me entretengo con el nuevo proyecto de joyas que empezaremos dentro de unas semanas. Siempre quise estudiar la carrera de *Marketing* y Publicidad. Diseñar las campañas y dirigirlas es para lo que he nacido. Ahora, un hombre muy rico quiere distribuir su marca de joyas en España y ha elegido nuestra empresa para la publicidad. No somos una multinacional, al contrario, somos una empresa familiar bastante modesta, pero destacamos y nos movemos por ambientes distinguidos, como el que me llevó de viaje tan lejos estos años. Eso es cierto. Cuidamos al detalle cada proyecto que cae en nuestras manos. No nos importa la cantidad, pero sí la calidad, y rodearnos de los mejores es nuestra seña. A veces, cuando el proyecto es muy grande, como el de ahora, nos centramos en él casi al cien por cien. Aceptamos otros encargos, pero más pequeños y de menos envergadura, aunque el cariño con el que los tratamos es el mismo.

Como decía, es jueves por la noche y los de la oficina han decidido celebrar mi vuelta y la llegada del nuevo fotógrafo, Andrea, que las tiene a todas con las hormonas revolucionadas. Nunca admitiré en voz alta que he dicho esto, pero el tío es muy guapo. Si fuera mujer, o si me gustaran los hombres, me lo ligaría. Es italiano. Habla nuestro idioma como si de un nativo se tratara, pero con ese acento que las hace a todas suspirar. Además, está como una puta cabra y te descojonas con él, y tiene una pinta de mujeriego de mucho cuidado. Quique, otro compañero, que es el tío más malhablado que conozco, ha definido la situación muy bien: «Todas saludan con el coño cada vez que este tío está cerca». Lo dicho, es un guarro, pero tiene mucha razón.

—Lo importante es saber meterla en el agujero —grita Andrea alto y claro, para hacerse oír por encima del ruido de la música.

Estamos en un reservado del restaurante y estamos jugando al *beer-pong*. Ese que se juega en parejas y en el que tienes que hacer rebotar la pelota en el centro de la

mesa y meterla en el vaso de tus contrincantes. Si lo consigues, beben ellos. Si pierdes, bebes tú. Menos mal que voy con el italiano, porque soy malo de narices. Y menos mal que nuestros contrincantes son peores aún.

—Me rindo. Empiezo a ver dos Marcos y dos Andreas dando vueltas delante de mí, por lo que entiendo que eso no es bueno —dice Carlos, y es que el pobre se ha bebido más de ocho chupitos seguidos, creo haber contado. Menos mal que hemos cenado como campeones, si no de aquí vamos todos al hospital por un coma étílico colectivo—. Además, yo me marchó ya o mi mujer me va a hacer dormir en el sofá como siga poniéndome más en ridículo.

—¿Cómo se dice cuando un tío se deja controlar por su mujer? —me pregunta Andrea al oído.

—Calzonazos.

—Eso. ¡Calzonazos! —grita con las manos alrededor de la boca en dirección a nuestro compañero, que sale por la puerta de espaldas a nosotros pero regalándonos una peineta. La mesa estalla en carcajadas.

Sin decir nada, me retiro para ir al cuarto de baño, pidiéndole antes a un camarero con el que me encuentro una botella de agua bien fría. Es hora de dejar el alcohol. Y de irme a casa, todo sea dicho.

Cuando llego al aseo, me meto dentro de uno de los cubículos. No me gusta mear de pie y que cualquiera pueda verme la chorra cuando entre. A algunos nos gusta un poquito de intimidad. Cuando termino, no salgo. Bajo la tapa y me siento. Creía que lo iba a conseguir, pero no ha sido así. No hay suficiente alcohol en este mundo para quitarme a Eva de la cabeza ni el sentimiento que tengo cada vez que pienso en ella. Y es que la echo muchísimo de menos, y darme cuenta de que la tengo ahora más lejos que cuando estaba en la otra punta del mundo me duele tanto que no sé cómo gestionarlo.

Me froto la cara con las manos y me sujeto del pelo después, con ganas de arrancármelo. Me siento frustrado y muy desorientado. Siempre he sido un tío práctico y seguro de mí mismo, con las ideas claras y que siempre luchaba hasta el final por lo que quería. Pero supongo que eso solo lo he aplicado en mi vida laboral y social. En la mía propia, no he aplicado una mierda. Y a las pruebas me remito.

Miro el reloj que llevo en la muñeca y la una de la mañana me da las buenas noches. Aunque no lo parezca por la fiesta que hay montada ahí fuera, mañana se trabaja y yo debería irme a casa. En taxi, porque coger el coche está descartado.

Cuando salgo de mi refugio improvisado, me lavo la cara y el cuello con agua fría y abandono el baño. Pero no doy ni dos pasos cuando un cuerpo me bloquea el paso. Reconozco muy bien ese olor, esas piernas y esos ojos. Me he perdido durante mucho tiempo en ellos.

—Hola, Silvia.

—Hola, guapo —me dice ronroneando como un gato, mientras se acerca a mí con

sus piernas kilométricas y su pelo rubio recogido en una coleta de caballo. Cuando llega hasta mí, me acaricia por el centro del pecho, jugando con los botones de la camisa. Agacho la cabeza para mirar lo que está haciendo, y en el acto una sensación muy desagradable me recorre entero. Veo otras manos en mi pecho, unas que no están pintadas, que están limpias, mordidas en algunos casos y que a mí me parecen adorables. Dando un paso hacia atrás, me aparto de mi compañera de trabajo.

—¿Querías algo? El baño de mujeres está en el otro pasillo.

—Vamos, Marcos. Sabes que no es eso lo que estoy buscando. Aunque si te pone hacerlo en el baño de mujeres, no voy a ser yo quien te lo impida.

—No, Silvia. No quiero nada de esto.

—¿Por qué? Lo pasábamos bien antes —dice acercándose de nuevo e intentando poner la mano en mi entrepierna, pero se la agarro antes.

—Tú lo has dicho. Antes. Pero eso se terminó hace mucho tiempo, ambos lo sabemos. No hagas esto.

—¿Que no haga qué exactamente? ¿Abrirme de piernas para ti? Porque antes lo hacía. Constantemente.

Cierro los ojos y noto cómo la bilis me sube por la garganta. No porque Silvia me dé asco. No soy tan hijo de puta. Es preciosa. Además de una tía con ovarios e inteligente a rabiar. Se ha ganado con creces el puesto que tiene. Nadie le ha regalado nada y la admiro muchísimo. Y es cierto, nos lo hemos pasado bien. Antes. Cuando mi vida se fue un poco a la mierda, cuando vi cómo se escapaba de mis manos lo que de verdad quería, cuando no supe reaccionar como debería y enterrarme en el cuerpo de Silvia fue lo único que se me ocurrió.

—Silvia, no hables así. No por mí, sino por ti. No te lo mereces. Eres una mujer increíble, de verdad. Pero necesitas que te quieran, y no solo a tu cuerpo, sino toda tú. Lo pasamos muy bien, hace años, cuando estaba perdido, cuando... no sé. ¿Era un cobarde? Lo más seguro. Pero ahora... ahora no puedo hacerte esto. No es justo para ti.

Silvia me mira con tanta intensidad a los ojos que creo que me va a dar un bofetón. Pero hace todo lo contrario. Me regala una sonrisa preciosa. Esa que derretiría hasta el corazón más frío. De verdad, es una pena que no pueda derretir el mío. Se acerca y, cuando está justo enfrente de mí, se pone de puntillas y me da un beso en la mejilla.

—¿Sabes? Esa es una chica con suerte.

—¿Quién?

—La chica que ha conseguido al Marcos completo, y no solo su cuerpo —me dice guiñándome un ojo y apartándose hasta apoyar la espalda en la pared. Cada día me alucina más la mente femenina, y es que lo pillan todo al vuelo. O es que yo estoy demasiado agilipollado y no me entero nunca de nada. «O no quieres enterarte», me

replica mi Pepito Grillo particular, al que callo de un manotazo. No es el momento.

—No sé de qué me estás hablando.

—No me mientas —dice chasqueando la lengua y meneando la cabeza—. Solo tengo una curiosidad. ¿Sigue siendo Eva esa chica?

Oír su nombre saliendo de sus labios me deja petrificado. Jamás le he hablado de ella. En ese sentido, quiero decir. Creo que se conocen de alguna vez que vinieron mi hermana y ella al despacho, pero no creo que intercambiaran más de un par de palabras cordiales. La interrogo con la mirada, y hace algo inusual en ella: baja la vista al suelo y se muerde el carrillo. ¿Silvia está avergonzada? Dice algo entre dientes, pero no la entiendo bien, por lo que pido que me lo repita.

—La llamabas a ella. Cuando te corrías, muchas veces gritabas su nombre.

Debería darme una hostia con toda la mano abierta. Estoy por pedírsela yo mismo.

—¿Qué? ¿Lo dices en serio? Joder, Silvia. No tenía ni idea. Te lo juro.

—Ya lo sé. Olvídalo.

—¿Cómo puedes decir eso? Mierda. Eso no está bien. Nada bien. ¿Por qué nunca me dijiste nada?

—Porque entonces me bastaba eso con tal de tenerte.

Me acaban de dar con un ladrillo en todo el estómago. Aunque lo intente ocultar, veo un poco de dolor en su mirada, y eso termina por hundirme.

—Marcos, yo sabía dónde me metía. Lo hablamos. Repetidas veces. No querías más de lo que podías darme. Siempre me diste a elegir, me preguntabas y te asegurabas. No podías saberlo.

—Ya, pero, ahora que lo sé, me siento como el mayor hijo de puta.

Tengo una hermana. Si me entero de que alguien le hace a ella lo que yo le he hecho a Silvia, lo mato. Así que ahora mismo quiero matarme a mí mismo.

—Deja de castigarte y martirizarte. No sé qué pasó para que hace tres años te marcharas como lo hiciste. Sabes tan bien como yo que Roberto te dio un mes para pensártelo. Incluso, hablando con él, podrías haber llevado el proyecto desde aquí; con viajar alguna vez a Nueva York habría sido suficiente. Pero te marchaste, supongo que huyendo de algo. O de alguien. Y me apuesto lo que quieras a que es ella. Y que estás igual que cuando te fuiste. —No digo nada, me limito a mirarla y a tragar el nudo que se desliza por mi garganta. ¿Tan transparente soy? ¿O es que he estado más ciego de lo que yo me imaginaba?

Silvia se separa de la pared y comienza a andar hacia la mesa. Yo no la sigo. Me quedo en la misma posición, con miles de preguntas rondando por mi cabeza. Justo antes de girar la esquina, se da la vuelta y, con una sonrisa, me dice:

—El Marcos que yo conozco es de todo menos un cobarde. Lucha por lo que

quiere hasta conseguirlo. No sé qué haces aún ahí plantado, o con nosotros en esa mesa, comportándonos como universitarios cachondos, siguiéndole el juego a un tío que parece presidente de alguna hermandad, en vez de estar peleando por estar donde quieres estar.

Tiene razón. Pues claro que la tiene.

Pero eso no evita que me tiemble un poco el pulso cuando saco el móvil y comienzo a marcar su número. Me apoyo en la pared para tener algo a lo que sujetarme. Da un tono, dos, tres... Cuando llega a seis, estoy tentando de colgar, pero entonces descuelgan.

—¿Marcos? —me pregunta en un susurro. Me aparto el teléfono de la oreja y miro la hora. La una y media de la mañana. «Cojonudo, Marquitos. Estás que te sales».

—Coño, Eva. Lo siento. Mierda, no tendría que haber dicho coño. Y mierda tampoco. —Se ríe. Aunque ha sido muy bajito, lo he oído, y me produce tal satisfacción que me entran ganas de alzar el puño en señal de victoria.

—No pasa nada. ¿Sucede algo? Es la una y media de la mañana, me has asustado.

—Perdona. No quería asustarte. Y no pasa nada. Es que no he mirado la hora antes de llamar. —No dice nada. Se queda callada y yo suspiro para coger después otra bocanada de aire—. He salido de cena con los compañeros de trabajo.

—Lo sé. Me lo ha dicho Paula.

—Ah.

—¿Me has llamado para decirme que has salido a cenar con tus compañeros?

—No.

—Vale. ¿Estás borracho?

—No. —Y le entra la risa ante mi respuesta, y a mí me parece el sonido más bonito de todo este jodido mundo. Debo dejar de decir tantas palabrotas. En serio—. Bueno, un poco. Pero muy poco. —Se ríe otra vez, porque ni se lo cree ella ni me lo creo yo.

—¿Necesitas que vaya a por ti? —El corazón se me para de golpe ante su pregunta. Por lo que significa y porque no ha titubeado en ningún momento al formularla.

—¿Harías eso por mí? —pregunto en un susurro tan bajo que creo que no lo ha oído.

—Sabes que sí —me lo dice bajito, como si le diera vergüenza reconocerlo, y una sonrisa se expande por mi cara. Bajo al suelo el pie que tenía apoyado y me dejo arrastrar hasta sentarme. Debe de estar pegajoso y asqueroso, pero ahora mismo no me importa. Eva vendría a por mí. Solo puedo pensar en eso—. Si no quieres que vaya a por ti, ¿qué es lo que quieres? ¿Para qué me has llamado?

Estoy tentado a decirle que a ella, pero me acuerdo de echar el freno y pensar las cosas primero. Y se lo digo. Lo que de verdad he anhelado todo este tiempo, sobre todo desde que volví.

—Hablar. Quiero hablar contigo, Eva. Sé que me has dicho que querías que te dejara en paz, y sé que no ha pasado ni una semana, pero no puedo más. Lo siento. Solo quiero... solo pido que me escuches. Una vez, te lo juro. Y si luego no quieres volver a hablar del tema, lo enterraremos con candado y te quedarás tú la llave. Pero concédeme esto. Déjame hablar contigo.

Estoy dispuesto a arrodillarme delante de ella si es necesario. Pero no hace falta.

—De acuerdo.

Tras escuchar su respuesta, me levanto de un brinco y corro hacia la salida, sin despedirme de mis compañeros. Al salir a la calle, como si el destino estuviera de mi parte, un taxi pasa por la puerta. Me lanzo a por él, dispuesto a pararlo con mi cuerpo. Le doy la dirección de casa de Eva y le digo a ella que estoy ahí en diez minutos.

—No

—¿No? —Me desinflo como un globo que ha perdido todo el aire. También es lógico: es más de la una y media de la mañana, lo más probable es que quiera dormir y hablar mañana tranquilamente.

—No estoy en mi casa. Estoy en la tuya.

Capítulo 13

Eva

Esa noche en la que todo cambió

Marcos está de un raro esta noche que no se aguanta ni él.

No ha probado bocado en toda la cena. Y tampoco ha dejado de mirarme ni un solo instante. Lo sé porque lo tenía justo delante. De lo nerviosa que me ha puesto su escrutinio, me he tenido que ir un par de veces al aseo a retocarme y refrescarme con agua el escote y detrás de las orejas. Me han entrado ganas de meter la cabeza bajo el grifo, pero tendría que dar demasiadas explicaciones.

Todos se creen que es por los nervios de la boda, ya que no he dejado de sonrojarme o tartamudear. Y tendría que haber sido así. Pero no. La culpa de mi nerviosismo no la tenía mi prometido. La tenía el estúpido de Marcos. Y digo estúpido porque este chico siempre ha sido mi debilidad, mi talón de Aquiles. Un talón que tenía olvidado y bien enterrado. Por favor, ¡si estoy enamorada de Raúl! Es perfecto para mí. Me complementa, pero sobre todo me hace reír y me cuida muchísimo. Debo dejar de obsesionarme por la actitud de Marcos de esta noche. Tendrá un pedo atravesado y de ahí esa cara tan rara.

Paula palmea prácticamente en mi nariz, lo que me hace dar un respingo y despertar del mundo al que me había marchado. Estamos en el parking, despidiéndonos después de consensuar que lo mejor es irnos a descansar, ya que mañana nos espera un día muy largo. Por un momento he estado tentada a irme a casa de mi madre, pero la verdad es que necesito una última noche para mí. Sola. En mi casa.

Dios. La adoro, y me da mucha pena pensar que esta será la última noche que pase entre esas cuatro paredes. Es una caja de cerillas, pero es mía. A partir de mañana, voy a compartir casa. La de Raúl, para ser claros. Y aunque se ha esforzado por adaptarla a mi gusto, no es lo mismo. No sé. Por lo menos, a pesar de las discusiones, al final no he tenido que venderla. Vamos a alquilarla. Sentía que no podía desprenderme aún de ella.

—¿Estás bien? —me pregunta Paula entrecerrando los ojos e intentando ver más allá.

—De maravilla.

—Mañana estaré en tu casa sobre las nueve, ¿vale? —No digo nada, solo

asiento.

Sé que quiere decirme algo, pero al final sacude la cabeza y opta por darme un abrazo, regalarme una sonrisa y subirse en el coche. Me despido del resto. De todos menos de Marcos. Desde que hemos salido no ha abierto la boca. Aunque no lo veo, puedo percibir su mirada a través del espejo retrovisor de su coche. No me siento con fuerzas para comprobarlo.

Me marchó con Pedro, me siento en la parte de atrás y mi madre, delante. La noto emocionada y, aunque no pueda verlo, sé que está acariciando el anillo de casado de mi padre, que cuelga de su cuello. Mañana me dejará llevarlo a mí. Será mi «algo prestado».

Pedro conduce en silencio hasta mi casa. Al llegar, me insisten de nuevo en lo de esta noche, pero les recuerdo que llevo muchos años viviendo sola y que una más no me va a matar. Además, necesito decirle adiós a mi soltería a mi manera.

Primero me despido de mi madre, quien me besa las mejillas repetidas veces y me seca las lágrimas que luchan por salir en cascada. Le prometo que no me pondré ni una mísera media hasta que haya llegado a su casa. Y es que, eso sí, me vestiré en casa de mi madre. Con Paula y su madre incluidas en el lote.

Cuando le toca el turno a Pedro, me abraza tan fuerte que por un momento me falta hasta el aire.

—Renacuaja, estoy muy orgulloso de ti. Quiero que sepas que para mí es un honor llevarte mañana hasta el altar. Sé que papá estaría aún más orgulloso de ti que yo, y ya es mucho. Eres maravillosa y te quiero.

Ahora soy yo la que se aferra a sus brazos y dejo que me consuele como solo él sabe, dándome un abrazo de oso, como los llamaba mi padre.

Cuando los veo alejarse con el coche, sonrío por tenerlos en mi vida. Voy al patio, meto la llave en la cerradura y subo hasta el sexto piso en ascensor y descalza. Los tacones me están matando. Con ellos en la mano, entro en mi casa, medio vacía y llena aún de cajas. Enciendo la luz y me dirijo al baño a desmaquillarme cuando unos golpes suenan en la puerta.

Me sobresalto, la verdad, pues no espero a nadie. Aguanto la respiración. Pienso en no contestar. A lo mejor, si no me muevo, se creen que no hay nadie y se marchan. Pero no. Vuelven a llamar, esta vez más suave.

—Eva, soy yo. Sé que estás ahí, acabo de verte entrar. Abre.

Es Marcos. Aunque habla bajito, lo reconozco. Es él. Pero ¿qué está haciendo aquí?

Una sensación extraña me recorre entera, como si me previniera de que abrirle ahora mismo la puerta solo puede traerme problemas y, por un momento, un minisegundo, estoy tentada a ignorarlo.

—Pequeña..., déjame pasar. Por favor...

Pero mi cuerpo tiene vida propia, porque, de repente, estoy abriendo la puerta.

Tiene el pelo más desordenado de lo normal y me mira intensamente. Entra decidido y cierra la puerta a su espalda de un portazo. Y antes de que pueda pensar siquiera en lo que sucede, me veo atrapada entre sus brazos, con sus labios sobre los míos.

Lo más curioso de todo es que le respondo al beso, olvidándome de por qué me había planteado hace un momento que abrirle la puerta era una mala idea.

∞

Marcos

Actúo sin pensar. Lo he hecho toda mi vida y parece que esta noche no va a ser una excepción. Y hoy debería hacerlo.

Pensar. Largo y tendido.

Pero no lo hago, sino que continúo besando a Eva, haciendo lo que he anhelado durante tantos años. Puede que llegue tarde y que este sea el peor momento para ser «valiente», pero en cuanto noto cómo abre la boca para dejarme entrar, cómo me rodea el cuello con sus manos y cómo jadea sobre mi boca cuando nuestras lenguas se tocan, sé que cualquier signo de cordura ha pasado a mejor vida.

No puedo dejar de besarla ni tocarla. He comenzado con las manos enmarcando su rostro, pero a estas alturas ya han viajado por todo su cuerpo. Ahora las tengo en la cadera, la cual aprieto con fuerza, atrayéndola más a mí, si eso es posible. Jamás he estado tan excitado, y que ella lo note, que sepa cómo me hace sentir, me estimula más todavía. Como un círculo vicioso.

Me da miedo separarme de ella, mirarla a la cara y ver algo que no me guste: arrepentimiento, miedo o disgusto. Pero cuando lo hago, cuando nuestros ojos se encuentran, lo que veo es aceptación y mucho deseo. Lo mismo que muestran los míos. Y si me quedaba alguna duda, ella se encarga de borrarla, pues se acerca y comienza a besarme de nuevo.

La alzo al vuelo, cogiéndola por las rodillas, mientras ella me pasa los brazos por el cuello y yo la aprieto todo lo que puedo contra mí, seguro de que puede sentir cómo de rápido me late el corazón. Con ella en brazos, camino hacia su habitación. Al llegar, la dejo a los pies de la cama. No encendemos la luz, con la que entra de la calle es suficiente. Me separo para poder verla bien, para empaparme bien de sus gestos, de su mirada. De toda ella.

Le aparto un mechón, poniéndoselo tras la oreja, mientras le acaricio la mejilla.

—Eres preciosa, y ni tú misma sabes cuánto.

Apoya la cara en mi mano y me regala la sonrisa más bonita del mundo, haciendo que mi corazón deje de latir por un momento. Alarga las manos y las

coloca sobre mi pecho. Su calor me traspasa, me quema.

Como si de una sincronización se tratara, nos besamos de nuevo, pero esta vez nos tomamos nuestro tiempo. Nos dejamos explorar de forma lenta, dulce, saboreándonos con calma, recorriendo nuestras bocas. Las manos tienen vida propia. Se cuelan por el dobladillo del vestido y ascienden despacio, sin ninguna prisa, rozándole los muslos hasta llegar a su culo. Lleva tanga, así que lo toco a mi antojo.

—Joder. Vas a matarme.

Aunque se ríe por mi comentario, sé que está nerviosa. Puedo notar el pequeño temblor de sus manos. Me ha quitado la camisa y ahora intenta quitarme la camiseta. Para ello, tengo que dejar de recorrer su cuerpo. Su cuello, para ser exactos, que es donde estoy ahora. Cuando la prenda de ropa descansa en el suelo, vuelvo al ataque, saboreando todo lo que encuentro.

Poco a poco voy descendiendo hasta quedar arrodillado frente a ella. Alzo la cabeza para mirarla y la encuentro mordiéndose el labio. Va descalza. Lleva las uñas pintadas de rojo, como los labios. Aunque ahora poco queda de ese pintalabios que representa el pecado más absoluto. Debería estar prohibido su uso en personas como Eva.

Apoyando la cabeza en su estómago, le acaricio las piernas, desde los tobillos hasta perderme de nuevo en su falda. Al llegar al borde de su ropa interior, acaricio el contorno despacio, provocando que la piel se le ponga de gallina y un gemido muy bajito escape entre sus labios. Voy a correrme en los pantalones como un puto adolescente. Cuando ya nos he torturado bastante a los dos, tiro despacio del tanga hasta que lo hago desaparecer. Me levanto, llevándome el vestido conmigo. Cuando se lo quito, Eva está completamente desnuda delante de mí.

Es la primera vez que la veo así, aunque me la haya imaginado millones de veces.

—Eres más perfecta de lo que me imaginaba.

Quiero pararme a estudiarla, cada detalle, cada peca... cada lunar. Veo que tiene uno justo al lado de su pecho derecho. Me acerco y lo beso, despacio. Después, recorro su costado, primero el lado derecho y después el izquierdo. Con la lengua, con las manos.

Yo aún llevo los pantalones puestos. Aunque me molestan una barbaridad, no quiero perder tiempo quitándomelos. Necesito hacerlo. Probarla. Empaparme de cada rincón de su cuerpo, de su mente y, si puedo, de su corazón.

La ayudo a tumbarse en la cama, conmigo encima apoyando una mano a cada lado para sostener mi cuerpo. Nos miramos a la cara y nos sonreímos. Me acaricia, primero las cejas, los párpados y termina en las mejillas y los labios. Giro la cara y deposito un beso en la palma de su mano mientras me muevo, un poquito solo, rozándome en el centro exacto de su sexo. Jadea, yo también, y eso me da fuerza

para volver a hacerlo.

Su cara es perfecta.

Desciendo, primero admirando sus pechos, comprobando que caben en mis manos y en mi boca. Rodeo con la lengua el pezón derecho, mientras que el izquierdo lo pellizco, suave al principio y un poco más intenso después. Grita, se arquea, y mi polla se aprieta tanto contra la cremallera de los pantalones que me hace daño. Pero no me importa. Quiero que siga gritando así, o más fuerte. Paso la lengua por el canalillo y después continúo mi camino hacia abajo para perderme entre sus piernas, para saborearla por completo.

Me paro un segundo en su ombligo, con el que jugueteo un rato. Acariciándole de forma suave, lenta y delicada las piernas y la cadera, llego al final del recorrido. La agarro de los tobillos y la voy bajando, hasta que tengo su culo perfecto al borde de la cama; yo estoy arrodillado en el suelo. Me doy cuenta de que, si me lo pidiera, me pasaría la vida arrodillado delante de ella, cumpliendo todo lo que me dijera, sin rechistar, con los ojos cerrados.

Me acerco y le sopro justo en el centro, sin tocarla, provocando que arquee la espalda en mi dirección.

—Marcos...

Estoy nervioso, temblando, y oír cómo susurra mi nombre no ayuda nada. Sé que esto no es solo sexo. Esto es más. Esto es todo.

Ella lo es todo.

De nuevo, el miedo se apodera de mí. Me muero por levantar la cabeza y ver lo que mis caricias le provocan, pero no quiero ver algo que no me guste. Algo que, incluso, pueda hacerme daño. Para mí, esto es perfecto, y quiero... No, necesito que para ella también lo sea. Al final la levanto y la busco. Tiene la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados, mordiéndose el labio inferior y su cuello expuesto para mí. Debe de notar que la observo, porque los abre y se pone recta para poder mirarnos. Y entonces sonrío, y ya no tengo duda. Quiere esto tanto como yo.

La sujeto por los muslos, inmovilizándola, y la devoro. Entera. Paso la lengua por su sexo haciéndola saltar. Jugueteo con su clítoris un rato y, al final, tiro de él con los dientes. Sus manos me agarran fuerte del pelo, dándome algún que otro tirón. Pero no me duele, sino que me anima a ir más deprisa. Se retuerce, agarra la colcha con fuerza, arrugándola en un sus puños. No quiero parar. No creo que pueda tener suficiente.

—Mierda, Marcos.

Cómo susurra mi nombre es lo que me da las fuerzas necesarias para ir más rápido, para torturarla hasta el borde del orgasmo. Cuelo dos dedos de golpe en su interior. Está tan empapada y receptiva que me absorbe enseguida. Bombeo dentro y fuera, cada vez más rápido, jugando también con su clítoris. Sé que está a punto y necesito disfrutar de su cara mientras se corre. Grabarla a fuego en mi retina. Me

levanto hasta quedar por encima de ella, con mis dedos aún en su interior, y así, besándonos, probando de mí lo que tengo de ella, llega al orgasmo, el cual acojo con mi boca.

Mientras dejo que se recupere un poco, me quito toda la ropa. Creo que en mi vida me he desnudado tan rápido. Todavía tiene la respiración un poco agitada, así que me tumbo a su lado, apoyando un codo en la cama y mi cabeza en la palma de la mano. Con la otra, le acaricio el pecho, las caderas, el ombligo, el cuello, la clavícula... cualquier parte del cuerpo que encuentre a mi paso. Se gira y me mira. Quiero decirle tantas cosas que no sé ni por dónde empezar. Pero no me deja seguir divagando, porque se estira y me besa en la boca. La muevo hasta que su espalda toca el colchón, conmigo encima.

No me lo pienso. Noto la punta de mi polla en su entrada, empapada y, mientras la beso, mientras le acaricio el pecho y tiro de sus pezones, la embisto. De un solo empujón.

Abre más las piernas y yo le agarro una por la rodilla hasta enroscarla en mi cadera. Con una mano en el colchón sujetando mi peso y la otra en su pierna, bombeo mientras estudio su cara para no perderme ningún detalle. Esta es la única cara que quiero ver el resto de mi vida. Ella es la única mujer a la que quiero besar. El sexo que he tenido hasta ahora era vacío. Con ella... Con ella es lo puto mejor que he hecho.

Sé que no me queda nada y estoy intentando aguantar por ella, pero cuando la noto apretarse contra mí y tensar la pierna, sé que está a punto, así que me dejo ir, me dejo llevar.

Cuando lo hacemos, gritando, besándonos y agarrando nuestras manos con fuerza, entiendo que estoy locamente enamorado de esta chica.

Capítulo 14

Eva

No sé cómo lo he hecho, pero me he dejado convencer por Paula para venir a su casa a cenar y a quedarme a dormir. Yo solo quería ir al cine, a dar una vuelta, lo que fuera con tal de quitarme a Marcos un poco de la cabeza. Pero he hecho todo lo contrario: me he metido de lleno en la boca del lobo.

Cuando he llegado, me temblaban tanto las piernas que he estado a punto de caerme mientras subía las escaleras de la entrada. He dudado a la hora de tocar el timbre, tentada a salir corriendo y fingir una gastroenteritis. Pero Paula ha abierto la puerta antes de que esa idea cobrara forma en mi cabeza. Me ha llevado directamente a la cocina para terminar de preparar la cena y después ver una película. Aunque no lo hemos consensuado todavía, supongo que será *Diez razones para odiarte*, porque ambas tenemos un grave problema con ella y, da igual las veces que la veamos, suspiramos como el primer día.

Por lo que me ha contado Paula, Marcos se ha ido de cena con los compañeros de trabajo. Eso ha templado un poco los nervios, pero no del todo. Y no debería ser así. Si no hablamos, si no me ha escrito, si no nos hemos visto, es porque está cumpliendo con lo que yo le pedí: espacio. Aun así, sigo preguntándome lo mismo, una y otra vez, ¿por qué me molesta? ¿Por qué siento este vacío?

Cuando la película ha llegado a su fin, nos hemos subido a la habitación de Paula para dormir. Ella mañana trabaja, yo no. Pero la tensión de todos estos días me deja tan hecha polvo que es tocar la almohada y caer en coma profundo. Aunque hoy eso no va a pasar, porque los nervios no me dejan coordinar correctamente. Solo quería irme a mi casa, refugiarme bajo las sábanas y no salir en una buena temporada.

En esas estaba, Paula dormida a mi lado mientras yo me comía la cabeza, cuando mi móvil empezó a sonar. Me levanté sobresaltada, pues era muy tarde para que alguien me llamara, y lo primero que pensé fue que algo les había pasado a mi madre o a mi hermano. Pero no, era Marcos quien me llamaba. El corazón me latió más rápido que en toda mi vida.

Apreté el teléfono contra mi pecho y salí al pasillo, sentándome en las escaleras, descalza, con un pantalón corto y una camiseta de tirantes como únicos compañeros. Con manos temblorosas, contesté al teléfono.

Cuando su voz llegó, un suspiro salió de mí. Me producía un cosquilleo al que creo que jamás podría acostumbrarme. Estaba nervioso. Mucho. Y también borracho, aunque sabía que no lo suficiente. Le pregunté si quería que fuera a por él. Lo hice de corazón. Cuando noté la duda y el asombro reflejados en su voz, sentí un pinchazo de

pena por que dudara así de mí, y de enfado conmigo misma por provocarle ese sentimiento.

Le pregunté por qué me llamaba. Lo hice por inercia, porque conocía la respuesta antes de que me la diera.

—Hablar. Quiero hablar contigo, Eva. Sé que me has dicho que querías que te dejara en paz y sé que no ha pasado ni una semana, pero no puedo más. Lo siento. Solo quiero... solo pido que me escuches. Una vez, te lo juro. Y si luego no quieres volver a hablar del tema, lo enterraremos con candado y te quedarás tú la llave. Pero concédeme esto. Déjame hablar contigo.

También tenía clara cuál iba a ser mi respuesta. Supongo que alargar más lo inevitable era una tontería. Había llegado el momento. Por él y por mí. Si alguien me viera desde fuera, pensaría que soy demasiado blanda, que he cedido muy pronto. Pero eso es mentira. Porque no llevo esperando esto unos días, llevo haciéndolo más de tres años y me lo merezco.

Me merezco saber por qué lo hizo.

Cuando colgué, así como estaba, salí a la terraza.

Y aquí estoy ahora, esperando a que él llegue y permitiéndome pensar una vez más en ello. Como si no lo hubiera hecho en todos estos años.

∞

Unos golpes en la puerta me sacan del sueño tan profundo en el que me hallaba. Hacía tiempo que no dormía tan bien.

Abro los ojos, despacio, para acostumbrarme a la luz, y una sonrisa se asoma a mis labios. Dios, me acuerdo de lo que pasó anoche. Marcos aquí, en mi casa, en mi cama. Y después, yo durmiendo sobre su pecho, mientras dibujaba espirales sobre mi espalda. Los dos sin hablar; por miedo, por vergüenza, por inseguridad, por remordimientos..., por un millón de cosas.

Giro la cabeza y lo busco, pero el lado donde ha dormido está vacío y no veo su ropa por ninguna parte. Vuelven los golpes a la puerta, me giro sobresaltada a mirar el reloj que tengo en la mesita y veo que son más de las nueve de la mañana. La que está llamando a la puerta debe de ser Paula, que viene a recogerme para ir a vestirme a casa de mi madre... porque hoy me caso.

¡Hoy me caso!

¡Joder!

¡Me cago en la puta!

La imagen de Raúl y la de Marcos la pasada noche se suceden una tras otra, haciendo que me maree y que me tenga que tumbar en la cama otra vez para poder aprender cómo se respira de nuevo. Me siento una mierda. Jamás en mi vida pensé que podría hacer algo así, y menos a él. Raúl es perfecto, sencillamente perfecto, y no me puedo creer que le haya hecho esto.

Me duele la cabeza y tengo el estómago revuelto. Las ganas de vomitar crecen por momentos junto con el temblor de brazos y piernas. Quiero llorar y gritar, golpear algo y golpearme a mí.

Suena el móvil, el cual tengo en la mesita de noche. Por un momento no tengo ni idea de qué hace ahí, pues anoche estaba en mi bolso, pero no me lo cuestiono. Ayer hice tantas cosas que esa carece de importancia. Es Paula, supongo que cansada de llamar a la puerta y que no le abra nadie. Le cuelgo y me levanto de la cama.

Imágenes de la noche pasada acuden a mí al ver la cama deshecha y mi cuerpo desnudo. De repente, me acuerdo de Marcos entrando en mí, sin condón, sin nada que se interpusiera entre nosotros. Tomo la píldora, pero él no lo sabe. Además, nunca lo he hecho sin condón. Ni siquiera con Raúl.

Cuando terminamos, no nos levantamos. Nos quedamos tumbados, abrazados, así que lo mejor es llevarme las sábanas conmigo para echarlas a lavar. Agudizo el oído por si escucho el agua correr en el baño, pero no oigo nada, parece vacío, y me lo confirma la luz apagada cuando llego a él. No tengo ni idea de dónde se ha metido Marcos, y un miedo atroz me recorre entera. Por un momento, pensar que lo de ayer fue un juego para él, algo sin importancia o un error, hace que me eche a temblar y las lágrimas amenacen con salir, porque yo no sé lo que fue, no sé qué significa o qué papel jugamos Raúl y yo a partir de ahora, ni si hay algún papel que jugar. Solo sé que no me arrepiento, aunque me haga parecer mala persona. Y pensar en él, en Marcos, me dibuja una sonrisa en los labios. Necesito volver a tocarlos solo para recordar cómo eran sus besos.

Echo un último vistazo por la casa para ver si veo movimiento, pero nada. No está. Se ha marchado, aunque debe de haber una explicación. No tengo otra cosa más clara.

Me visto con unos pantalones cortos, una camiseta, y voy directa a abrirle la puerta a Paula, que está sentada en el suelo, bebiendo un café del Starbucks y comiéndose un muffin que parece de arándanos.

—Ya era hora —me dice con la boca llena mientras se levanta y entra. Me tiende lo que queda del café y de la pieza de bollería—. Eran para ti, pero como tardabas tanto y tenía hambre, no me he podido resistir.

Va directa a la cocina y yo la sigo. Se sienta en la silla y me observa con los ojos entrecerrados. Yo me limito a mirarla de reojo apoyada en la encimera, dando sorbos al café, porque el muffin ni me entra. No sé qué hacer. Estoy bloqueada. Dar un paso detrás de otro me parece ahora mismo misión imposible. Solo sé que quiero a Marcos, que tengo que hablar con él. Que tengo que buscarlo.

—Eva.

—Mmm. —Me giro a mirarla y, por el tono que ha usado, sé que no es la primera vez que me llama.

—¿Estás bien?

—Sí, claro —le digo, y mis palabras van acompañadas por una especie de sonrisa. O algo que se le parece bastante.

—¿Por qué no te sientas un momento?

—No puedo, tengo que..., ya sabes. Vestirme y tal. ¿Hoy me caso? —Sé que ha sonado a pregunta. Soy patética. Pero es que no sé qué hacer. Los nervios me están superando y no coordino nada de lo que digo o hago. ¿Dónde narices se ha metido Marcos?

—Tranquila, aún hay tiempo. Siéntate, ¿vale?

Debo reconocer que su tono me asusta un poco. Está seria, y yo diría que hasta nerviosa. Ahora que lo pienso, no ha entrado gritando, riendo y saltando como yo me imaginaba que haría. Decido hacerle caso; total, estoy tan perdida que no me encuentro ni yo. Así por lo menos tengo algo que hacer hasta que sepa de verdad qué tengo que hacer. Puff. Parece un trabalenguas. Paula tarda un poco en volver a mirarme a los ojos, pero, cuando lo hace, con una pequeña sonrisa asomando a su cara, me doy cuenta de que esta no le llega a los ojos. Ni los roza.

La conozco demasiado bien. Quiere decirme algo, pero no sabe cómo hacerlo.

—Paula, me estoy poniendo nerviosa. ¿Pasa algo?

—Tengo que decirte una cosa, ¿vale?

—¿Es sobre mi madre o mi hermano? ¿Les ha pasado algo? ¿Le ha pasado algo a alguien?

—No, tranquila. No es nada de eso. —Me relajo un poco, pero tan poco que ni se nota. Las manos me tiemblan; Paula lo ve y alarga los brazos por encima de la mesa hasta cogérmelas. Y entonces me doy cuenta de que ella también está temblando. No tanto como yo, pero lo hace—. Mierda, nena. Sé que te vas a enfadar y no quiero que lo hagas. O sí, no lo sé. El caso es que tengo que decirte una cosa, y me jode muchísimo ser yo la que lo haga.

«Esto es de locos», murmura para sí misma, aunque la oigo.

—Marcos se ha ido.

Por un momento no entiendo lo que me está diciendo. ¿Lo sabe? ¿Sabe que ayer me acosté con su hermano y me está diciendo que se ha ido de mi casa? Cosa de la que ya me he dado cuenta, por cierto. Pero algo en su rostro me dice que no es eso, que es más. Mucho más.

Y que me va a hacer daño.

—¿Cómo que se ha ido? ¿A dónde?

—A Nueva York. Marcos se ha marchado a Nueva York. Me ha llamado esta mañana y me lo ha dicho. Ha cogido el primer vuelo. Se ha ido a vivir allí. Lo siento, nena.

Sé que sigue hablando, porque la veo mover los labios, pero no escucho ni una

palabra de lo que está diciendo. Las imágenes de ayer se suceden una tras otra como un bucle. Y después, los dos acurrucados en mi cama, sin hablar, simplemente por el placer de estar abrazados. Cuando me he levantado esta mañana y no lo he visto, he tenido un mal presentimiento, porque me hubiera gustado verlo, hablar, entender por qué ayer hicimos lo que hicimos, si para él significó lo mismo que para mí. Pero ahora veo que no me ha hecho ni falta preguntárselo. La respuesta es clara. No.

El dolor que tengo en el pecho es tan grande que no creo que se vaya a curar pronto. Miro a Paula cuando la oigo nombrar a Raúl, mi prometido, el hombre con el que me voy a casar en apenas unas horas, el hombre al que he engañado con su amigo. Y debería odiarme, debería estar pensando en él y en todo lo que he hecho. Pero no. Solo puedo ver la cara de Marcos, sentir aún sus labios y manos por todo mi cuerpo, y preguntarme por qué me ha hecho esto y qué significa. Por qué me ha abandonado. Porque es así como me siento. Abandonada.

Me levanto, porque no puedo seguir delante de Paula ni un segundo más o acabaré desmoronándome por completo.

—Cielo —me llama cuando ya tengo casi todo el cuerpo fuera. No me giro, sino que la miro por encima del hombro, para que no me vea los ojos rojos. No sé si a causa de la rabia, la pena o el llanto. Aunque a lo mejor es por todo un poco—. Sabes que estoy aquí. Siempre. Y que puedes contarme lo que sea. Yo no juzgo, solo escucho.

—Lo sé. Voy a cambiarme.

—Eva, no tienes por qué hacerlo.

—¿El qué?

—Casarte. Si no estás segura, si hay algo que te inquieta, lo que sea... No tienes por qué hacerlo.

Cierro los ojos con fuerza. No quiero analizar por qué me dice esto. No quiero pensar más en ello. No quiero pensar en nada. Noto como mi cuerpo tiembla entero y sé que de un momento a otro me voy a derrumbar. Las piernas no me sostienen. Coloco mis manos en el vientre y respiro hondo, intentando tranquilizarme y obligando a mi cuerpo a esperar a estar en la soledad de mi habitación.

Sé que Paula está esperando una respuesta y sé cuál debería ser. Ya no por mí, sino por Raúl, porque nadie merece casarse con alguien como yo, y menos después de lo que he hecho. Pero entonces recuerdo su rostro, sus «te quiero», sus sonrisas, sus promesas... Y me prometo a mí misma en este momento hacerlo feliz, con toda mi alma.

—Claro que quiero casarme. Voy a vestirme, que al final se me va a echar el tiempo encima. Ahora vuelvo.

Y huyo a mi habitación sin dejar que me diga nada. Cuando cierro la puerta detrás de mí, miro la cama y, con una rabia infinita y muchas ganas de gritar, me lanzo a ella, enterrando la cara en la almohada, y grito, amortiguando el ruido todo

lo que puedo.

En la mesita sigue descansando mi teléfono móvil, y una lucecita parpadea avisándome de que tengo un mensaje. No quiero verlo, porque sé de quién es incluso antes de abrirlo, pero no lo puedo resistir y al final lo hago.

Ha sido un error.

Lo cierro de golpe y lo guardo en el cajón de la mesita, pero sé que sus palabras me van a acompañar todo el día.

«Por favor, Eva. No me odies».

Claro que lo odio. Con toda mi alma. Se ha marchado a Nueva York huyendo de mí, pero lo que no sabe es que se ha llevado un trozo mío con él.

∞

Marcos

Soy una mala persona. Un cobarde, un mal amigo y un hijo de puta, pero no podía hacer otra cosa. Anoche, mientras la tenía entre mis brazos, sintiéndome el tío con más suerte del mundo, sonó su teléfono. Y no tendría que haberme levantado. Debería haberlo ignorado, seguir abrazado a ella y esperar a la mañana. Decirle que la quería y que se marchara conmigo.

Pero me levanté. Y mi mundo se vino abajo como un castillo de naipes.

La foto de Raúl en la pantalla me partió en mil pedazos. Yo era el tío más feliz del mundo porque acababa de joder a uno de mis mejores amigos.

Había roto una pareja, y no una pareja cualquiera. Esa pareja era mi familia.

Jamás he estado con alguien que tuviera novio. Jamás me he liado con la ex de un amigo. Jamás me he acercado a una chica que le gustara a otro.

Esa noche, las había incumplido todas.

Sí, no era una tía cualquiera. Era ella. Eva. Pero el daño era el mismo. Incluso más.

Sé que tendría que haber esperado al amanecer. Habernos levantado y hablado como personas civilizadas. Pero creo que me daba más miedo escuchar que se arrepentía. Sé que quería lo mismo que yo, si no me hubiera parado, pero también sé que Eva no es así, y que la culpa y los remordimientos habrían hecho mella en ella. Y que quiere a Raúl.

Así que hice lo mejor para los dos: la besé por última vez, dormida; la arropé, y me marché. Pero mi casa no me valía, y verla entregarse a otro hombre, menos aún. Entonces me acordé de mi jefe y su propuesta, la que aún estaba encima de mi mesa. Cuando me sugirió marcharme a Nueva York por un tiempo, no tenía intención de aceptar. ¿Qué haría yo allí? Solo.

Ahora, me parecía el sitio perfecto.

Le mandé un mensaje a Roberto con un simple «sí» y con un única condición: marcharme hoy mismo.

Sabía que mi familia no lo iba a entender y tampoco quería dar explicaciones. Dije que me habían obligado, que era una gran oportunidad y que el requisito indispensable era que tenía que empezar el mismo lunes, por lo que no me quedaba otra que marcharme ahora.

Mis padres se sorprendieron muchísimo, pero no dijeron nada. Javi me preguntó si estaba seguro, y quise gritarle que no, pero me limité a decirle que era lo mejor para mi carrera. Creo que Pedro aún está alucinando. A Raúl le mandé un mensaje corto, explicándole todo. Bueno, todo no, claro. Lo que al trabajo se refiere. No me he atrevido aún a leer su respuesta. Supongo que la vergüenza me puede.

De Eva no he podido despedirme. Un mísero mensaje ha sido lo único que he tenido el valor de mandarle. Sé que ya lo ha visto, lo que significa que mi hermana ya ha hablado con ella. No me ha contestado. ¿Y qué esperaba?

Paula no me ha dicho nada, ni para bien ni para mal. Se ha limitado a chasquear la lengua y poner los ojos en blanco. Lo sé aunque no he podido verla, la conozco demasiado bien. Se ha limitado a decir: «Tú sabrás», antes de colgar. Me ha entrado la risa, porque lo único que sé es que no sé nada.

Me he despedido de todos y me he montado en un taxi. Pero no ha sido rumbo al aeropuerto. Otra mentira que añadir a la lista. Estoy parado frente a la casa de Carmen. De un momento a otro deben salir todos por esa puerta de camino a la iglesia. Y es que necesito verla una última vez.

La puerta del portal se abre y salen mis hermanos seguidos por mis padres. Los hombres visten traje de chaqueta con Converse, y las mujeres, de corto, pues la boda es por la mañana. Mi madre lleva un vestido azul cielo a juego con el chaleco de mi padre. En ese momento la puerta se abre de nuevo, y ahora es Carmen quien sale, con su vestido rosa palo, seguida de Pedro, que lleva a su hermana del brazo.

Sabía que iba a estar guapa, pero no me esperaba esto. No tengo ni idea de si el vestido tiene cuello de barco, escote palabra de honor o si acaba en pico; solo puedo verla a ella. Sonriéndole a su madre y dejándose abrazar por mi hermana, ajena al dolor que yo estoy sintiendo a escasos pasos de ella. El pecho me duele como no lo ha hecho en la vida, y creo que tengo el corazón hecho trizas, porque ni lo siento. A pesar de la distancia, cuando todos la dejan sola para entrar en el coche, la observo llevarse una mano temblorosa al pecho, cerrar un momento los ojos y girarse para que nadie pueda ver cómo se los seca. Estoy tentado a bajar e ir corriendo a sus brazos, pero entonces se vuelve y, con la sonrisa tan bonita que la caracteriza, se sube en el coche conducido por su hermano.

Me quedo ahí viéndolos partir, en la dirección opuesta a la mía. Cuando ya hace por lo menos cinco minutos que se han ido, le indico al taxista que puede moverse. Apoyo los codos en las rodillas, me tapo la cara con las manos y rompo a llorar. No

puedo parar y me doy cuenta de que me da igual que este hombre me vea. Ahora mismo, su recuerdo es lo único que me queda, y la certeza de que su felicidad es lo único que me importa. Aunque eso signifique entregársela a otro y estar roto y perdido el resto de mi vida.

Capítulo 15

Eva

Han pasado más de diez minutos desde que Marcos me llamó por teléfono, así que debe de estar a punto de llegar. Los nervios están tomando el control de mi cuerpo. Juro que puedo oír mi corazón latiendo de forma descontrolada, y este pequeño castañetear de dientes no es por frío, pues estamos en agosto y el calor es bastante insoportable, sino porque por fin ha llegado el momento que he ansiado y temido a partes iguales. Levanto la cabeza y miro al cielo, oscuro, repleto de pequeñas lucecitas, y me entra la risa, porque me encantaría encontrar en ellas la solución a todo lo que me está pasando.

Gracias al silencio de la noche puedo escuchar cómo llega un coche y se para en la puerta de casa, y no puede ser otro que él. Al poco rato, escucho cómo la puerta de acceso a la terraza se abre y a él caminando hasta llegar a donde yo estoy.

Aunque al principio duda, al final se sienta a mi lado, tan cerca que nuestras rodillas se están rozando, provocando en mí un pequeño escalofrío. Debe de interpretarlo como lo que no es, porque me pasa un brazo por los hombros y me acerca a su costado. Me tenso, pero es un segundo, porque esto es algo que ha hecho siempre y, si soy sincera conmigo misma, jamás me he sentido tan segura como cuando me arroja. Por unos minutos, no hablamos. Nos limitamos a mirar el cielo y disfrutar del silencio que nos rodea, roto de vez en cuando por algún ladrido de perro. Pero ya no lo soporto más y sé que posponer lo inevitable no nos está haciendo ningún bien.

—¿Por qué te fuiste, Marcos? —No contesta, sino que lo veo coger aire y expulsarlo lentamente. Se gira, y nuestras miradas se encuentran. No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que él alarga el brazo y recoge una lágrima silenciosa que me rueda por la mejilla.

—No sé ni por dónde empezar.

—¿Qué tal por el principio? —Se ríe por mi pregunta, pero está claro que es una risa nerviosa, carente de cualquier rastro de diversión.

—La verdad es que llevo mucho tiempo preguntándome exactamente dónde empezó todo —dice para sí mismo, mientras niega con la cabeza. Pero no dice nada más, sino que vuelve a sumirse en un silencio que a mí cada vez me pone más nerviosa.

—Llevo tres años haciéndome esta pregunta, Marcos. Día tras día. Y no debería, de verdad que no debería ni siquiera pensar en ello, pero lo hago, todo el rato, a todas

horas, y me duele, cada vez más. Me dejaste tirada, como si fuera un rollo cualquiera de una noche y tuvieras que huir a escondidas para que no te pillaran. No miraste atrás. Lo único que me dejaste fue un mísero mensaje que he escuchado tantas veces que terminó por perder todo el sentido. ¿Cómo no iba a odiarte? Te marchaste sin mirar atrás.

—¿De verdad crees eso? —me dice, un poquito más alto de lo que me pensaba y mirándome con dolor. Pero para dolor el mío, y, ahora que he empezado, no creo que pueda parar.

—¡Pues claro que lo pienso, Marcos! Y me mata, joder; me mata pensar que signifiqué tan poco para ti; me mata imaginar que te fuiste porque te arrepentías de lo que habíamos hecho; me mata creer que fui una especie de reto, algo que tenías que hacer, como una prueba...

—¡Tuve miedo, Eva! —grita, haciéndome callar al momento. Quita el brazo de mis hombros, se frota la cara y se agarra del pelo con tanta fuerza que temo que se lo vaya a arrancar. Marcos siempre ha considerado el miedo como una debilidad, una manera vil de no enfrentarse a las cosas. Así que mi cara de estupor debe de ser épica —. Coño, Eva. Era la noche de tu boda. TU BODA. Con otro. Y no era un tío cualquiera que me diera igual, era Raúl, mi amigo. ¡Era el puto padrino de la boda! ¿Qué querías que hiciera? Tú no eras una chica cualquiera. Eras mi familia. *Eres* mi familia. Me acojoné. No podía dormir, solo podía mirarte y pensar en ir y partirle la cara a Raúl por querer casarse contigo, y la verdad es que era a mí a quien se la tenían que partir. Yo te estaba abrazando, yo acababa de hacer el amor contigo.

Sus palabras se clavan en mi pecho como un puñal, porque tiene razón. Aunque he pensado mucho en esa noche, en por qué se marchó, en lo sola y abandonada que me sentí, jamás pensé en cómo se debió de sentir él. Porque sí, Raúl no solo era mi prometido, y que creyera que lo había traicionado jamás entró en mi cabeza. A pesar de ser justo eso lo que hicimos.

Pero supongo que siempre acabamos por coger la vía rápida, esa que a nosotros nos hace más fuertes, nos permite llevar mejor las complicaciones y los problemas. La mía era odiar a Marcos con todas mis fuerzas. Hacerlo a él el único culpable de la situación en la que nos encontrábamos.

Lo miro, repito sus palabras en mi cabeza, las cuales me aprietan tanto que siento que me ahogo.

—Necesito... No tengo ni idea de lo que necesito, pero levantarme, eso seguro, y poder poner un poco de distancia entre los dos, también. Porque si te tengo tan cerca, no puedo pensar.

Me pongo en pie y me alejo de él. Lo que acaba de decirme se me clava como un puñal en el centro del pecho, por toda la verdad que esas palabras esconden y que yo he intentado bloquear todo este tiempo de mi cabeza. Pero, aun así, no consigue aliviar el dolor que me ha acompañado todo este tiempo. Veo que Marcos intenta acercarse a mí, pues no me había dado cuenta de que he empezado a temblar, pero

levanto la mano y lo paro. Todo eso sin mirarlo ni una vez a la cara. Por la tensión que emana de sus hombros, sé que no le ha hecho ninguna gracia que lo aleje así de mí, pero, si soy sincera, ahora mismo no puedo permitir ni que me roce. No, si quiero tener la cabeza despejada.

—Muy bien. Si no quieres que me acerque a ti, no lo haré. Pero no pienso seguir hablando hasta que me mires a la cara. No te escondas de mí. No lo soporto.

—Yo tampoco soporto muchas cosas, ¿sabes? No soporto el olor de la gasolina, no soporto pelar el melocotón porque la piel me da alergia y, sobre todo, no soporto que me follen y me dejen tirada en la cama como a una cualquiera con un mísero mensaje que me diga: «No me odies». No tienes ni idea de cómo lloré ese día, de la cara de imbécil que se me debió de quedar cuando Paula me dijo que te habías marchado, ni más ni menos que al otro extremo del mundo.

—¡Hostia, Eva! ¡Te he dicho que me acojoné! ¿Es que no lo entiendes?

—¡Eso a mí no me vale! ¡Cruzaste el puto charco!

Las lágrimas ya me ruedan sin control por las mejillas. Estamos gritando, tanto que no sé cómo no se ha asomado algún vecino a ver qué pasa. O la propia Paula, que duerme a pocos pasos de distancia. Yo estoy enfadada, pero él también. Tiene la cara roja y sus ojos están tan oscuros que se camuflan con la noche, como si formaran parte del paisaje. Nos callamos, y nuestras respiraciones alteradas son lo único que se escucha. Me pongo una mano en el pecho, intentando tranquilizarme, y me giro para no mirarlo, centrándome en el muro que tengo justo enfrente. Me pinzo el labio, pues las ganas de gritar son enormes. Lo oigo moverse detrás de mí, pero enseguida se para, supongo que alertado por la tensión de mi cuerpo.

—En esos momentos no supe hacerlo de otra manera. ¿Sabes que te llamó? Mientras estabas entre mis brazos, Raúl te llamó por teléfono. En cuánto oí el teléfono sonar, sabía que me arrepentiría. Tendría que haberlo dejado estar. Pero una parte de mí supo que tenía que verlo. Cuando quise darme cuenta, ya me había levantado. Vi su foto en la pantalla. —Lo miro por encima del hombro, sin atreverme todavía a enfrentarlo del todo y, aunque está muy oscuro, puedo percibir la tensión y el nerviosismo en su cuerpo—. Actué como creía que sería mejor para todos. Mejor para ti.

—¿Para mí? —pregunto mientras me doy la vuelta. Las lágrimas ya han dejado de recorrer mi rostro, pero sé que no se han ido del todo. Llevo tanto tiempo llorando que ya forman parte de mí—. Tengo veintiocho años. Hace mucho tiempo que libro mis propias batallas, nadie te pidió que pensaras por mí. Ni ahora ni entonces.

Una pequeña carcajada sarcástica brota de su pecho. Niega con la cabeza repetidas veces y, por la forma en la que abre y cierra la boca, sé que se muere por decir algo y que no me va a gustar nada.

—Muy bien. ¿Quieres todas las cartas sobre la mesa? Aquí las tienes. Dime, Eva. ¿Qué querías que hubiera hecho? ¿Esperar a que llegara mi hermana? ¿Invitarla a desayunar con nosotros café y galletas? Y después, ¿qué? Dime qué hubieras hecho.

Esa es una pregunta en la que no he querido pensar demasiado, porque decir la respuesta en voz alta me aterra. Si al despertar ese día me hubiera encontrado a Marcos a mi lado, si me hubiera pedido que me marchara con él..., lo habría hecho, con los ojos cerrados. A pesar de lo injusto que hubiera sido para Raúl.

Pero la realidad fue que no estaba y, por supuesto, no me lo pidió. Así que yo me aferré a mi propio salvavidas, que no era otro que mi prometido.

Miro a Marcos a la cara y sé que está esperando una respuesta. Pero no estoy preparada para darle la verdadera. Así que me encojo de hombros y le digo:

—Bueno, supongo que es algo que ya nunca sabremos.

—Si crees que eso me va a servir como respuesta, estás muy equivocada. ¿Querías sinceridad? Te la he dado. Ahora es tu turno. ¿Qué hubieras hecho?

∞

Marcos

Alza la cabeza y me mira desafiante, pero yo sé que, ahora mismo, es la persona más vulnerable del mundo, aunque intente aparentar lo contrario. Estoy furioso con ella y conmigo, pero lo que más estoy es aterrado, porque esa siempre ha sido la pregunta que ha estado rondando por mi cabeza y cuya respuesta temo más que cualquier otra cosa, aunque suene hipócrita, pues le he dicho que me marché justamente por evitar hacerla elegir, por facilitarle el camino. Pero eso es solo otra mentira más. Lo que más deseaba en ese momento era que sonara el teléfono y fuera ella, pidiéndome que no me marchara, que diera media vuelta. Supongo que por eso fui a verla a casa de su madre, para irme a Nueva York con la certeza de que yo había perdido porque lo había elegido a él.

—No lo sé, pero marcharme como tú lo hiciste, te aseguro yo que no. Cuando Paula me dijo que te habías ido a Nueva York y me habías dejado sola... Creo que jamás tres palabras pudieron hacerme tanto daño.

—Tampoco fue fácil para mí verte en el vídeo que me mandó tu hermano de ti y Raúl bailando el día de vuestra boda, sonriendo como lo hacías, entre sus brazos, cuando hacía apenas unas horas estabas entre los míos. —Lo digo todo lo calmado que puedo, aunque por dentro parezco una olla exprés a punto de explotar—. No estás siendo nada justa. Me marché. Sí. Y no lo hice bien, pero no supe hacerlo de otra manera, porque ver cómo te entregabas a otro no era una opción. No lo había sido nunca, maldita sea, pero desde luego no lo fue en el momento en que te entregaste a mí por completo. ¿Te has puesto alguna vez en mi lugar? ¿En lo que suponía para mí ver cómo le decías que sí, que pasarías el resto de tu vida con él, que en la balanza yo había caído directamente sin posibilidad de lucha? ¿En cómo sería renunciar a ti después de habernos besado y tocado como lo hicimos esa noche? Lo que yo he hecho con otras puedes llamarlo como quieras. ¿Follar, pasar el rato, sexo sin compromiso? Bien, no me importa. Ponle el nombre que más rabia te dé. Pero lo

que yo hago contigo... Lo que yo hago contigo es todo eso y más. Lo que hicimos esa noche fue querernos. Lo que hicimos el otro día contra la puerta de mi habitación fue follar, sí. Pero siempre con un extra. Yo contigo siempre hago el amor, aunque lo disfracemos de más cosas.

Creo que no puedo abrir más mi corazón de lo que lo he hecho esta noche. Me mira, con las mejillas encendidas con una mezcla de rabia y timidez por todo lo que estamos hablando; rabia, porque sigue enfadada conmigo; timidez, porque estoy dando de pleno con mis palabras. Al final, sin apartar en ningún momento sus ojos de los míos y mordiéndose el labio para controlar que salgan las lágrimas que bañan sus ojos, habla, pero lo hace tan bajito, tan rota, que solo tengo ganas de acercarme y estrecharla entre mis brazos.

—Estoy cansada de esto. De tirarnos trastos a la cabeza y de reprocharnos cosas. Estoy cansada de odiarte. O, más bien, de intentarlo. Puede que tengas razón y nunca haya intentado ponerme en tu lugar y, si te soy sincera, ahora mismo me siento tan abrumada que no sé qué contestarte. Solo sé que algo pasó esa noche, para bien o para mal, y que nos hicimos mucho daño. Los dos. Aquí no hay ganadores, ambos hemos perdido demasiado por el camino y, como te he dicho antes, estoy cansada de que me duela y de verte a ti sufrir por algo que no supe controlar. Por algo que se me escapó totalmente de las manos. Está claro que tú no eras el que tenía un compromiso con otra persona. Si alguien tenía que haberle puesto fin era yo, no tú.

—¿Te arrepientes?

Hago la pregunta con un miedo atroz, porque, si me dice que sí, creo que me destrozará en tantos pedazos que no sé si seré capaz de recogerlos todos.

—No. —No titubea mientras lo dice, ni me aparta la mirada. Lo dice segura y consciente de lo que esa simple palabra significa para nosotros. Para nuestra relación —. Me arrepiento de cómo lo hicimos, pero nunca me he arrepentido de estar contigo esa noche, Marcos. Eso es lo único que he tenido claro todo este tiempo.

Mientras hablábamos, nos hemos ido acercando. Bueno, más bien he sido yo el que ha acortado la distancia entre nosotros. Estamos a dos palmos de distancia. Nuestras narices podrían rozarse si quisiéramos. Me muero por besarla; en la cara, en el pelo, en el cuello, en cualquier sitio que ella me permitiese. Acercarla todo lo máximo a mí. Pero también me da miedo hacerlo, por si eso provoca justo lo contrario. Apoyo mi frente contra la suya y suelto el aire que he estado reteniendo demasiado tiempo. No me rechaza, al contrario; noto como se relaja y cierra los ojos. Coloco mis manos a ambos lados de su cara, acunándola, aunque los suyos sigan inertes junto a su cuerpo.

—Nunca fue mi intención hacerte daño —le digo, ahora sí, abrazándola. Muy fuerte.

—Lo sé, aunque estaba demasiado enfadada para reconocerlo —me contesta, estrechándome ella también entre sus brazos.

Siempre lo he sabido, pero ahora se corrobora. Encajamos a la perfección.

—¿Crees que podremos perdonarnos?

—Somos nosotros, eso siempre ha sido así. Nadie podría separarme de ti, ni siquiera yo mismo. El resto, lo iremos viendo poco a poco. No quiero volver al punto de antes. ¿Vale?

No habla, solo asiente y, por ahora, eso me vale. Ambos somos conscientes de lo que esta noche ha supuesto para los dos y de que aún quedan muchas cosas por decirnos, pero creo que necesitamos una tregua, un pequeño paréntesis. Este ha sido un gran paso en nuestra relación y, antes de seguir avanzando, debemos aprender a manejarlo.

Cuando ya han pasado quince minutos —o tal vez sea una hora, no tengo ni idea —, Eva me dice que se va a dormir. Inseguro al principio, al final me acerco y le doy un beso en la frente y en la punta de la nariz, sonrojándola y provocando en ella una sonrisa con la que me desarma del todo.

Mientras la veo marchar, me doy cuenta de que la echo mucho de menos cuando no la tengo cerca. Si antes lo hacía, era porque me aferraba a unos recuerdos. Ahora, parece que por fin puedo aferrarme a una posible realidad. Pero voy a hacer las cosas bien. No tengo prisa. No pienso volver a marcharme a ningún sitio. Y, si lo hago, será solamente adonde ella me lleve.

Capítulo 16

Eva

Ya es hora de que deje de mentirme a mí misma. Pues claro que Marcos tenía derecho a estar enfadado. Él se marchó, pero yo salí corriendo a los brazos de otra persona; me entregué a él.

Siempre tuve su número de teléfono a mano, incluso ese día. Podría haberle llamado, haberle pedido explicaciones, haberle dicho que diera media vuelta, que viniera a por mí..., pero no lo hice. Sí, estaba enfadada, dolida y me sentía engañada, motivos más que justificados para quedarme de brazos cruzados y fingir que nada había pasado, por lo menos para mí, pero supongo que siempre podemos actuar de otra forma. Además, ya es hora de dejar de echarle la culpa siempre a la misma persona, porque en esa cama éramos dos. Y, como he dicho, no era Marcos quien tenía un compromiso con otro.

Me pongo de costado en la cama de Paula para intentar dormir, pero esta ronca que da gusto, aunque ella diga que respira fuerte, así que me cuesta conciliar el sueño. Cuando lo hago, creo que empiezo a ver salir el sol.

Me despierto, al principio sin saber bien dónde me encuentro, hasta que fijo la vista y veo que estoy en el cuarto de Paula. Se ha marchado a trabajar. Son sus últimos días antes de coger las vacaciones el miércoles.

Busco el móvil para mirar la hora. Casi es mediodía. Me vuelvo a tumbar en la cama y cierro los ojos, recordando la conversación de ayer. Qué bien nos vino, aunque al principio creía que nos íbamos a tirar tantos trastos a la cabeza que esto no se solucionaría en la vida. Está claro que no hemos terminado de hablar, que aún queda mucho por decir y muchas incógnitas por descubrir, pero me imagino que lo iremos haciendo poco a poco. Sonríe al recordar cuando dijo que a mí me hacía el amor. No puedo evitar las mariposas que esas palabras me producen en el vientre. Me siento como una adolescente. Esa adolescente que durante tanto tiempo deseó que ese chico se fijara en ella.

Dejo de pensar y me levanto. Me muero de hambre.

Cuando bajo, un enorme plato con tostadas me está esperando. Al lado hay mantequilla, mermelada, huevos revueltos, fruta y cereales. Todo coronado con una nota: «Aún tenemos mucho de lo que hablar, pero por ahora desayuna fuerte, para lo demás tenemos tiempo. No pienso irme a ningún sitio». No necesito que esté firmada para saber de quién es. La sonrisa vuelve a mi rostro y devoro el desayuno más a gusto de lo que lo he hecho nunca. Debato casi quince minutos conmigo misma sobre si debo o no mandarle un mensaje agradeciéndole el desayuno, pero al final lo hago.

Abro nuestra conversación de WhatsApp y le escribo:

Eva: *Gracias por el desayuno. Creo que deberías pasar por la tienda antes de venir a casa. He terminado con las existencias de comida de tu casa.*

No tarda ni un minuto en contestarme. En cuanto la palabra «escribiendo...» aparece en pantalla, del tembleque casi se me cae el móvil al suelo.

Marcos: *De nada, señorita, a sus pies. Sobre la comida, contaba con ello. Ya he mandado a Paula a hacer la compra porque, si voy yo, supongo que nos alimentaremos solo a base de galletas, chocolate y cerveza. Ya me conoces.*

Eva: *Yo creo que no está mal la combinación.*

Marcos: *Yo tampoco, pero ya sabes que, si mi madre se entera, me puede llenar la casa de tupper. Creo que cada vez que venía a verme a Nueva York lloraba sobre mi nevera. Decía que en España aún iba de vez en cuando a comer a casa y me podía alimentar en condiciones, pero que allí solo subsistía a base de basura.*

Es la primera vez que alguno de los dos hace alusión a algo relacionado con estos tres años. Un pequeño pinchazo me pellizca el corazón, y creo que él se da cuenta, porque enseguida me pregunta otra cosa:

Marcos: *¿Has dormido bien?*

Eva: *Sí.*

Empiezo y termino tantas frases que debe de estar volviéndose loco viendo aparecer y desaparecer la palabra «escribiendo...», pero es que, cuando ha nombrado Nueva York, me ha pillado un poco por sorpresa. Que no soy idiota, que sé dónde ha estado todo este tiempo, pero yo qué sé. Si es que lo mío es comerme la cabeza por cada pequeño detalle. Al final, es él quien escribe, robándome una sonrisa, por no perder ese toque que tiene que hace que todo parezca fácil a su lado.

Marcos: *Eva, te lo he dicho. Faltan muchas cosas aún por decirnos, pero hay tiempo. Quiero saberlo todo, y quiero que tú también lo sepas. Nosotros marcamos nuestro propio ritmo. ¿Te parece bien?*

Eva: *Me parece perfecto.*

Marcos: *Genial. Ahora cuéntame qué vas a hacer hoy.*

Comenzamos una conversación que nos dura un buen rato. Tanto que, cuando nos despedimos porque él debe entrar en una reunión a la que ya llega diez minutos tarde, yo estoy ya tumbada en mi casa. Sí, sí, mi casa. Mientras conducía hacia aquí, he pensado que me la pegaba, porque era incapaz de apartar la mirada del móvil para ver si contestaba a los mensajes.

Cuando me acuesto por la noche, lo hago feliz y relajada, como hacía mucho tiempo que no me pasaba. Creo que vamos por el buen camino. No tengo ni idea de en qué punto estamos, puede que un poco en tierra de nadie. Pero hablamos, nos reímos juntos, y eso está bien. Más que bien. Además, Roma no se hizo en un día, y está claro que nosotros algo queremos construir a nuestro alrededor, aunque no

sepamos qué nombre ponerle.

∞

No veo a Marcos desde el jueves por la noche, y estamos a lunes. No sé si ha sido algo un poco premeditado por nuestra parte o ha surgido así la cosa, pero nos ha venido bien. Eso sí, hemos seguido con nuestros mensajes. Que si un «buenos días» por aquí; una foto del arroz al horno de mi madre por allá; una foto de su ensalada de pasta para comer; un croquis de *Juego de tronos* porque no hay forma de que me entere de quién es quién, aunque me lo expliquen veinte veces; una foto de las vistas que tiene desde su oficina, porque siempre me han dado envidia, y es que, trabajando en el piso veinticinco, las vistas son alucinantes. Ayer por la noche, nos mandamos una foto de cada uno antes de irnos a dormir, tumbados en la cama. La primera fui yo. En un arrebató de locura. Me faltó hacérmela poniendo morritos. Ya sería para matarme. Menos mal que él me mandó otra, dejándome entrever que no llevaba camiseta, así que babeé de lo lindo. Eso sí, toda la comunicación ha sido a través de mensajes. No nos hemos atrevido a llamarnos por teléfono. Ni siquiera cuando ha ido a comprar el regalo para su hermana esta mañana. Se ha limitado a mandarme varias fotos de la cámara que le iba a regalar.

El martes, cuando me despierto, decido que vagar todo el día va a ser mi plan estrella. Ya no me acuerdo de cuándo fue la última vez que lo hice. Llamo a mi madre por teléfono. Aunque la vi ayer, parece que nunca tenemos bastante. Me dice que el sábado quiere que vayamos a casa de Gonzalo a comer.

—¿A casa de tu novio? —pregunto sin poder ocultar la risa que me entra. Me hace gracia unir el concepto de mi madre con *novio*.

—Madura un poco —contesta intentando sonar seria, y eso me hace reír más fuerte—. ¿Has terminado?

—Sí, perdona. Sábado, comida. Perfecto.

Hablamos un poco más, me dice que no hace falta que lleve nada, y yo, encantada. Porque me defiendo en la cocina, pero me da una pereza que me muero. Eso se lo dejo a mi madre o a Paula, que la tía parece Eva Arguiñano, corta que te corta y pela que te pela.

Durante el resto de la mañana, hago lo que me he prometido: vagar. Me tumbo en el sofá a ver si por fin puedo terminar la novela que estoy leyendo, *Besar a un ángel*, de Susan Elizabeth Phillips, que la habré leído veinte veces, pero nunca me canso. El problema es que cada vez que Alex besa o empotra a la pobre Daisy, a mí me suben los calores imaginando la cara y el cuerpo de Marcos, por lo que tengo que dejar de leer, darme una ducha y meterme en la cama a dormir.

Después de casi dos horas de siesta alterada y de levantarme más calenturienta que cuando me acosté, pienso que a la casa no le vendría mal un poco de chapa y pintura. Enchufa el móvil al altavoz y abro la aplicación de Spotify, subo el volumen y canto cuando la banda sonora de *El gran showman* suena por los altavoces.

Si mi madre pudiera verme ahora, seguro que estaría muy orgullosa de mí. Llevo una cinta en el pelo para tenerlo apartado de la cara, mi pijama de ositos, rescatado del baúl de los recuerdos y, lo más importante, la mopa en una mano y el paño en la otra. Empiezo por la cocina, limpiando encimera, horno y despensa como si me fuese la vida en ello. Recojo el lavavajillas y pongo otro con todas las cosas que descansan en la pila de la comida del mediodía. Cuando llego al comedor, antes de quitarle el polvo a la librería, saco los cojines del sofá para ahuecarlos.

Una hora y media después, estoy para el arrastre. Tengo todas las ventanas abiertas, pero aun así me estoy muriendo de calor. Me pican hasta las plantas de los pies, y la cinta no para de resbalar por el sudor. El pelo se me pega a la frente, y ya ni soplando se mueve. Se ha fusionado con mi piel, convirtiéndose en un solo ser. Voy a la cocina a por mi tercer vaso de agua cuando suena el timbre de la casa. Miro el reloj que tengo sobre la nevera y veo que son casi las ocho de la tarde. Seguro que es el coñazo de mi vecino de enfrente, que hasta una mota de polvo moviéndose silenciosa por el descansillo le molesta. Decidida, voy hasta la puerta y abro de un tirón.

—¿Qué problema hay ahora?

Cuando fijo la vista en la persona que tengo enfrente, no me caigo de culo porque estoy bien cogida al pomo.

—Que yo sepa, ninguno —me dice con esa puñetera sonrisa que solo trae problemas a las chicas buenas como yo.

—Ma-Marcos. ¿Qué haces aquí?

—Comida —dice levantando la bolsa que lleva en la mano derecha, que ni había visto. El olor de la comida china llega hasta mí y se me hace la boca agua. No me he dado cuenta del hambre que tengo, pero, claro, con una ensalada de lechuga y tomate para comer y después del palizón que me he dado esta tarde, es normal. Además, la comida china es mi debilidad. Y la persona que la acaba de traer lo sabe. Cabrón presuntuoso.

Miro primero la bolsa y luego lo miro a él; no sé exactamente por cuál de las dos cosas estoy salivando más. Lleva un traje negro, aunque sin corbata, y la chaqueta la lleva colgada del brazo. Se ha arremangado la camisa hasta los codos y desabrochado el primer botón, dejando a la vista un poco de piel morena. Si me acerco hasta él y lamo esa parte que sobresale, ¿estará mal visto?

—¿Puedo pasar? No me apetece mucho cenar en el descansillo de tu edificio.

—Sí, claro. Perdona.

Se cambia la bolsa de mano, dejando libre una, con la que me sujeta por la cintura cuando pasa junto a mí, y me da un beso en la mejilla. Cierro los ojos, y más cuando me susurra en el oído:

—Te juro que tu olor a fresas se ha convertido en mi adicción.

Me suelta y se adentra en la casa, directo a la cocina, dejándome a mí con

temblores en las piernas, la boca seca y el corazón latiendo sin control por la casa, porque ha abandonado mi cuerpo.

Cierro y lo sigo. Está preparando la mesa, abriendo y cerrando cajones como si lo hubiera hecho toda su vida. Pensándolo con claridad, sí lo ha hecho. Muchas veces. Por un segundo, me fijo de verdad en Marcos en mi cocina y recuerdo la última vez que estuvo aquí. No sé si él ha pensado en ello o no, pero parece no darle importancia. Cuando se gira con un bol en la mano y me guiña el ojo, decido que a mí tampoco me importa.

—Bueno, ¿vas a decirme por qué te tengo en mi cocina comiendo tallarines udón y pollo con almendras? —pregunto ya una vez sentados a la mesa.

—Porque he ido a hacer la compra al chino que tanto te gusta y he supuesto que no habrías cenado todavía.

—Sabes que no me refiero a eso —digo, ladeando la cabeza. Deja sobre el plato el tenedor que estaba a punto de meterse en la boca y me mira con el ceño un poco fruncido. No como si estuviera enfadado, sino más bien inseguro.

—¿Te molesta? No te veo desde el jueves y me moría por hacerlo.

—En absoluto. —Y es cierto. Me encanta que haya venido, tenerlo en mi casa, intentando que nuestra relación vuelva a la normalidad. Sonrío de oreja a oreja, y él lo hace también, mientras noto cómo suspira y relaja los hombros. Indeciso al principio, al final se acerca y me da un pequeño beso en la mejilla, cerca de la boca.

Capítulo 17

Eva

Devoro la comida. Mientras lo hacía, me he acordado de la pinta que tengo, y el grito que he pegado lo ha hecho levantarse de la butaca y cogermela cara para ver si me había pasado algo.

—Voy hecha un desastre.

—¿Qué?

—Mírame. Parezco *La Juani*, con este pijama horrendo y estos pelos de loca. Estaba limpiando la casa, estoy sudorosa y seguro que huelo fatal.

—Estás preciosa. Además, no hueles fatal. Ya te he dicho que tu olor a fresas me vuelve loco —dice acercando su nariz a mi cuello y aspirando, poniéndome la piel de gallina y soltando un jadeo. Abro los ojos de par en par, muerta de vergüenza. Pero él no dice nada. Solo se ríe, me deja un pequeño beso detrás de la oreja y se vuelve a sentar para terminar la cena.

—Pero no es justo. Tú estás buenísimo.

Cuando me doy cuenta de lo que acabo de decir, dejo caer la cabeza hasta apoyar la frente en la mesa mientras Marcos se ríe a carcajadas.

—Mátame.

—¿Qué dices? Es la primera vez que dices que estoy bueno. Eso para mi ego es mucho.

—Como si no lo supieras.

—Ya, pero a mí lo que piense el resto me da igual. Me importa lo que pienses tú.

Lo dice serio. El tono de voz guasón que estaba utilizando hace un momento ha desaparecido. Levanto la cabeza y lo miro. Está guapísimo, mirándome como si temiera que saliera corriendo. Con esa inseguridad que tan poco lo caracteriza. Le sonrío, para que sepa que me encanta lo que acaba de decirme.

—Pues yo pienso que eres muy guapo y que no es justo, porque estás impecable mientras yo parezco algo raro.

—Usted también está muy guapa, señorita Sánchez. Da igual lo que se ponga encima, siempre está preciosa.

Vale. Matadme. Llevo todo el día con el deseo recorriéndome las venas. Y eso que antes me valía solo de recuerdos. Ahora que lo tengo delante y me está diciendo

estas cosas, creo que lo de ir poco a poco me lo voy a saltar y le voy a devorar la boca como llevo queriendo hacer desde que le he abierto la puerta.

Pero no hago nada de eso. Dejo que se levante y vaya a por un plato y dos cucharas. Ha traído tarta de chocolate de postre. Está tan buena que me da miedo que me oiga ronronear de gusto. Aunque, pensándolo bien, ya he hecho el ridículo bastante esta noche, un poco más no importa.

Al terminar, recogemos la cocina entre miradas furtivas y tímidas sonrisas. No quiero que se vaya. Todavía no. Supongo que estará cansado de pasar todo el día trabajando, pero me da igual. Por fin, después de tanto tiempo, después de todo lo que hemos pasado, nos merecemos esto. Un rato para nosotros. Sin dramas.

Mañana lo veré, pues cenamos los cinco juntos por el cumpleaños de Paula, pero no estaremos solos. Y ambos queremos estarlo, lo necesitamos. Así que le propongo ver una película. Sé que le gusta mi propuesta por la sonrisa de oreja a oreja que me regala. Se marcha al baño mientras yo enciendo la tele y pongo Netflix. Cuando vuelve, lo hace descalzo, como yo. Se ha mojado un poco el pelo y, si antes ya parecía follable, ahora ya no existe palabra para describirlo. Se ha arremangado la camisa todo lo que ha podido y la ha sacado por encima de los pantalones. Me encanta verlo de esta manera en mi casa; despreocupado, cómodo.

Se sienta conmigo en el sofá, tan juntos que un poco más y me siento en su regazo. Le paso el mando y dejo que elija lo que quiera. Cuando veo que va a poner *28 días después*, me giro para mirarlo con cara de asco.

—¿Zombis?

—Esta es la mejor película de la historia.

—Paso.

—Algún día la verás.

—Sí. Lo que tú digas. Cambia.

Se ríe y me da por imposible. Después de vetarnos mutuamente durante un rato, al final nos decantamos por la última película de *El planeta de los simios*. Acerca la mesa de centro para poder estirar las piernas y apoyarlas encima de esta. En cuanto le da al *play*, me pongo muy nerviosa. Hemos apagado la luz, nuestros costados se rozan y me sobran las manos. No tengo ni idea de dónde ponerlas. No es la primera vez que vemos una película juntos, por favor. Esto es ridículo.

Llevamos casi veinte minutos frente al televisor y no tengo ni idea de lo que ha pasado. Hay monos y hombres.

Fin.

Soy plenamente consciente de cada uno de los movimientos de Marcos. ¿Por qué él está relajado y yo parezco a punto de hiperventilar? Lo miro por el rabillo del ojo y lo veo sonreír concentrado en la película. Tiene los tobillos cruzados, al igual que los brazos, de una manera de lo más despreocupada. Me mentalizo de que yo debo hacer

lo mismo, ver esto como algo natural, como hemos hecho millones de veces.

Bajo un poco el cuerpo hasta apoyar la cabeza en el reposabrazos y coloco las manos en mi regazo. Es hora de empezar a ver la película.

∞

Marcos

Estoy de los puñeteros nervios. No tengo ni idea de cuál es el argumento de la película. Estoy mirándola tan fijamente que empiezan a dolerme los ojos. Creo que llevo unos veinte minutos sin pestañear.

Esta tarde me sentía un poco inseguro sobre mi decisión de presentarme en casa de Eva sin avisar. Pero es que llevaba demasiados días sin verla, y los mensajes ya no eran una opción. No eran suficiente. Ahora, creo que es la mejor idea que he tenido en mucho tiempo. Verla sonreír, verla ser ella misma, ha sido un lujo que creí haber perdido. Además, se me ha hinchado el pecho de emoción cuando me ha propuesto ver la película. Por nada del mundo me quería marchar a mi casa.

Eva se acaba de mover hasta apoyar la cabeza en el reposabrazos, dándome a mí una mejor perspectiva de su delantera. Qué guapa es. Y ella preocupada por estar sudada. Yo no la he visto más bonita en mi vida. La miro de reojo justo cuando aparta la mirada. Es la tercera vez que la pillo mirándome, aunque no lo sepa. No tiene ni idea de lo que eso provoca en mí.

Llevo toda la noche comportándome como un perfecto caballero, porque cagarla de nuevo no entra en mis planes más inmediatos. Estos días, gracias a los mensajes y las fotos, hemos roto una barrera. Yo creo que, después de esta noche, las hemos derribado por completo. Me fijo en sus manos, las cuales retuerce sobre sus piernas. No quiero pensarlo, porque, si lo hago, no haré nada. Alargo la mano hasta alcanzar la suya y entrelazo nuestros dedos. Me siento como un quinceañero haciendo manitas en el cine.

Pese a lo que pudiera pensar en un principio, no me suelta. Me da un pequeño apretón y se gira para sonreírme. Acto seguido, ladea la cabeza hasta apoyarla sobre mi hombro.

Ahora sí. Me siento como el mismísimo Leonardo DiCaprio en la película *Titanic*: el rey del mundo.

Cuando la película llega a su fin, rezo para que no quiera comentarla, porque solo podría decirle que el simio se llama César. Y eso lo sé porque he visto las anteriores. A regañadientes, la suelto, alejándome del calor de su cuerpo, para que se incline hacia el mando y apague la televisión. Vuelve a su sitio, aunque esta vez se pone de lado para verme mejor. La imito y quedamos cara a cara.

—Gracias por venir esta noche. Me ha gustado muchísimo.

—A mí también.

Le retiro el pelo de la cara, pero en vez de apartar la mano, la dejo en su mejilla, acariciándola. Me muero por besarla, pero por ahora me voy a esperar. No quiero asustarla.

—Debo marcharme.

—Vale.

—Te veré mañana.

—No me perdería el cumpleaños de Paula por nada del mundo —dice poniendo los ojos en blanco, haciendo que a los dos nos entre la risa. Aunque quisiera, Paula jamás nos dejaría olvidarnos de su cumpleaños.

Me levanto y voy hasta el baño a ponerme los calcetines y los zapatos. Después paso por la cocina para coger mi chaqueta. Cuando llego al comedor, Eva está apoyada en el sofá, mordiéndose el labio. Me acerco hasta ella, lo rozo con el pulgar para que lo suelte y, después, me acerco hasta quedar casi pegados. Nuestros alientos se mezclan. Cierra los párpados y yo me acerco para besarlos. Después le sigue una mejilla, la otra, la punta de la nariz y, por último, la frente. Una vez que he terminado de torturarme y provocarme la mayor erección de la historia, me separo de ella. Abre los ojos despacio, un poco desconcertada, hasta que nuestras miradas se encuentran. Voy hasta la puerta, me giro una última vez para mirar a Eva, que sigue en el mismo sitio, le guiño un ojo y salgo de su casa.

Paso del ascensor y bajo por las escaleras. Aunque debería darme palmadas en la espalda por mi autocontrol, en verdad me gustaría partirme la cara. Quería que la besara, ¿verdad? Es la sensación que me ha dado. Es decir, cuando nos hemos despedido ahora, cuando la he mirado a la cara, se ha humedecido los labios, los ha abierto ligeramente. Eso debe de significar algo. ¿Y si ahora la cago por querer ir despacio? ¿Y si me estoy perdiendo cosas?

—¡Mierda! —grito y empiezo a subir de nuevo de dos en dos. Ya estaba casi en la calle, así que termino con la lengua fuera.

Cuando llego hasta su puerta, la aporreo. Me abre al primer toque. Eso significa que estaba cerca de la entrada. Nadie corre tan rápido, ni aunque su casa sea como una caja de cerillas.

—Quiero besarte. Me muero por hacerlo desde que he puesto un pie hoy aquí. Miento, me muero por hacerlo desde que llegué. Pero besarte bien, en condiciones. Como nos meceremos. Pero no quiero hacerlo si eso te molesta o no es lo que quieres. Te lo dije. Iremos paso a paso. El ritmo que tú marques me parece perfecto. Pero me muero por besarte. Durante mucho rato.

No dice nada. Escucha todas y cada una de mis palabras y las analiza. A mí está a punto de darme un infarto. Estoy tentado a pedir perdón y dar media vuelta cuando alarga el brazo, me agarra por la camiseta y estampa su boca en la mía. Es solamente un nanosegundo lo que tardo en reaccionar. Cierro la puerta de una patada y la sujeto fuerte, encajando su cuerpo contra el mío. Abre un poco la boca, lo suficiente para

permitirme la entrada y buscar su lengua, para poder rozarla..., probarla. Me pasa las manos por el cuello y yo la estrecho por la cintura. Un jadeo sale de su garganta cuando le pego un pequeño mordisco en el labio inferior. Nos hemos ido moviendo hasta terminar en el sofá, donde me siento con ella sobre mi regazo, cada pierna a un lado de mi cuerpo, con mi polla justo en el centro de su sexo. Sé que nota lo duro que estoy. Como para no hacerlo. Paseo mis manos por su espalda hasta que las suelo por dentro de la camiseta. Ella tiene sus manos sobre mi pecho, notando como mi corazón vuela descontrolado. Se mueve, meneando las caderas, rozándose más contra mí. Los dos jadeamos. Quiero seguir. Quiero desnudarla y hacerla mía. Entrar en ella y no salir en mi puñetera vida. Pero no lo voy a hacer.

Poco a poco vamos bajando de intensidad, acompasando nuestras respiraciones. Eso sí, sin dejar de darnos pequeños besos en cualquier trozo de piel que esté a nuestro alcance.

Cuando terminamos, nos miramos y nos sonreímos. Tiene las mejillas un poco encendidas, y se las acaricio con los pulgares. Agacha la cabeza hasta apoyarla en mi hombro. Me dice algo, pero tan bajito que apenas la escucho, así que pido que me lo repita.

—Quédate a dormir esta noche. Solo dormir.

No me mira cuando me lo pregunta, y sé que es porque le da vergüenza. Pero debería mirarme, mucho, para darse cuenta de la cara de imbécil que se me ha quedado. Creo que aún no es consciente del poder que tiene sobre mí y de que con chasquear los dedos me tendría comiendo de la palma de su mano.

—Con una condición —le digo mientras la sujeto por la barbilla para alzarle la cabeza y que me mire—: que tengas una cita conmigo.

—Creía que lo de hoy había sido una cita.

—Ni de lejos. Quiero venir a recogerte, bien vestido, no con el traje del trabajo. Traerte flores, bombones o un paquete de cromos. Lo que quieras.

—Prefiero los osos de peluche.

—Hecho. —Le cojo la cara por las mejillas y rozo su nariz con la mía, como los besos de esquimal—. Quiero sacarte de aquí, llevarte a cenar, pasear contigo de la mano y ser la envidia de todo el restaurante. ¿Qué me dices? ¿Aceptas?

—No puedo decir que no a un oso de peluche gratis.

Nos reímos, nos besamos un poco más —o mucho más, según se mire. Para mí, poco. Pero es que creo que nunca será suficiente— y nos levantamos para ir a su habitación, cogidos de la mano. Hace una parada técnica en el baño y yo me dirijo al dormitorio, donde me desnudo hasta quedarme en bóxers. En ese momento, entra Eva con el pelo suelto y otro pijama. Una camiseta que apenas le tapa los muslos. Nos quedamos quietos, sin saber cómo movernos, hasta que nos empezamos a reír de los propios nervios. Se acerca a su lado de la cama, y yo me voy al otro.

Mientras esperaba a Eva, le he mandado un mensaje a Paula diciéndole que dormiría fuera, que no me esperara. No le he dicho dónde, porque sé que Eva no quiere. He odiado no poder gritarlo a los cuatro vientos, pero lo respetaré. También he odiado en este momento tener una hermana que vive conmigo, por tener que dar explicaciones. Pero me aguantaré. Todo por poder estar como estoy ahora: con la espalda de Eva pegada a mi pecho, sus piernas enredadas con las mías, su pelo haciéndome cosquillas, mi nariz enterrada en su pelo, con un brazo bajo su cabeza y el otro rodeando su cintura.

—Gracias por haberte quedado.

—Gracias por dejarme hacerlo.

Capítulo 18

Eva

Es viernes, son solo las nueve de la mañana y estoy a punto de cometer mi primer asesinato.

—No entiendo por qué cojones tengo que ir.

—Por-que es la des-pe-di-da de tu pri-ma.

—Mi... mimi... mimimimi —me dice Paula burlándose de mí.

Vamos camino al aeropuerto. Es la despedida de soltera de su prima y las amigas le han montado una fiesta en Ibiza. Paula no quiere ir. Lo entiendo. Su prima Lola es la tía más insoportable del mundo. De esas que se limpian el culo con confeti y para las que romperse una uña es la mayor desgracia del mes. Pero su madre le ha pedido que vaya, y Lola la ha elegido como una de las damas de honor. Muy americana ella. Así que Paula tiene que hacer de tripas corazón e ir a ese viaje. Por lo menos le sale gratis. Siempre hay que ver el lado positivo de las cosas.

—Tú sigue burlándote, que la obligo a que te invite.

—Con eso no se juega. Además, tu prima y yo no nos soportamos.

—Nosotras tampoco, y mira dónde estoy.

—Tú céntrate en Ibiza: sus playas, sus calas, sus chiringuitos, su alcohol y sus tíos buenos sin camiseta.

—Eso sí. Pienso ponerme hasta el culo de mojitos de fresa y follarme a todo lo que tenga pene.

—Mira que eres animal —le digo riendo mientras veo el aeropuerto a lo lejos. Me cambio de carril por los pelos. Siempre me salto esta salida.

—Solo disfruto de los placeres que da la vida.

—Hablando de placeres: ¿qué tal con los chicos aquellos que conocimos en la playa?

—¿Ese al que dejaste tirado como a una colilla a pesar de estar más bueno que el pan? —Pongo los ojos en blanco y no le contesto—. Sí. Lucas y yo fuimos a cenar el otro día.

—¿Lucas? Pero si se llamaba Sergio. Lucas era el mío.

—¿El tuyo? —pregunta levantando y bajando las cejas de forma insinuante.

—Tú ya me entiendes.

—Bueno, tuyo ya no va a ser, y menos después de probar este cuerpo.

—¿Te lo has tirado? —Me entra un ataque de risa. Pobre Sergio. Se le veía muy buen chico. Y era mono. Pero sí, debo reconocer que el «no mío» estaba para hacerle varios favores—. ¿Y qué pasa con el amigo?

—No conectábamos. Él lo sabía, yo también. Los magreos en la playa estuvieron bien, pero fueron eso, magreos. Ninguno de los dos quiso más. Además, por lo visto, conoció a unas alemanas y no le ven casi el pelo.

—Entonces, con el moreno, ¿todo bien?

—Más que bien. Sabe hacer unas cosas con la lengua que no son normales. — Levanto las manos del volante para taparme los oídos y no seguir escuchando sus explicaciones.

Hemos llegado al aeropuerto. Diviso al susodicho grupo de arpías a las tres y cuarto. Creo. Nunca se me ha dado bien hablar en plan militar, policial o lo que sea. Paula resopla una última vez y sale del coche, abre el maletero y coge su equipaje. Se acerca hasta mi ventanilla, mete la cabeza dentro y nos damos un beso en la mejilla.

—Pásatelo bien. Desmelénate y pierde el control. Por las dos.

—Eso está hecho.

Se acerca hasta el grupo, que desde que hemos llegado no han parado de dar saltitos y gritar. Aunque están lejos, se les puede oír, y es desagradable con ganas. Cuando Paula llega hasta ellas, las imita, agitando brazos y piernas como si le estuviera dando un ataque. Se gira a mirarme por encima del hombro y la imito. Me hace una peineta, le lanzo un beso, arranco el coche y me marchó.

Hoy tengo mi primera cita oficial con Marcos.

Después de la noche del martes, cuando nos despertamos por la mañana, no pude evitar hacerlo con un pequeño pinchazo en la tripa. Pero no. Estaba a mi lado. Dormido. Agarrado a mí exactamente igual que como nos quedamos dormidos.

Al despertarse y verme, se le iluminó la cara. En ese momento, hubiera sido capaz de iluminar la torre Eiffel con su sonrisa. Nos besamos, primero poco y después mucho. Pero no pasamos de ahí. Ninguno lo intentó, aunque se notaban las ganas. Desayunamos, nos vestimos, volvimos a besarnos mucho y, después, se marchó a trabajar. Lo vería por la noche, en el cumpleaños de Paula.

La cena fue agradable. Los cinco siempre hemos formado un gran equipo: Javi, Marcos, Paula, Pedro y yo. Paula y yo siempre hemos sido el blanco de sus bromas, y esa noche no fue diferente. Aunque luego les dimos tal paliza al Trivial que aún están llorando por las esquinas.

Marcos y yo no paramos de rozarnos en cada momento que teníamos, robándonos algún beso cuando nadie nos veía. Si esa noche no salí ardiendo, ya no sé qué puede provocarlo. Marcharme a dormir a mi casa fue lo más duro de todo, después de haber

dormido con él la noche anterior.

El jueves se escapó al mediodía y vino a comer a casa. Comimos poco, pero nos besamos mucho. De nuevo, no hemos pasado de ahí. Y me gusta. Que sea paciente, atento y que se note que quiere hacer las cosas bien. Pero, coño, que ya lo he probado, que sé lo que me pierdo, y estar un par de días en plan sequía está bien. A partir de ahí, ya es hora de replantearse la situación.

Llego con el coche hasta el garaje que tengo reservado al lado de casa. Entro, aparco y salgo. Aunque es muy pronto y aún faltan unas horas para que venga a por mí, quiero prepararme a conciencia. Depilarme todas las partes del cuerpo, embadurnarme en aceite de coco —aunque lo vuelva loco mi gel de fresas— y probarme todos los conjuntos que tenga.

Llego hasta el portal. Estoy buscando las llaves en el bolso cuando una voz me paraliza. Detiene mis movimientos, me bloquea. Hacía tiempo que no la oía. De hecho, creía que no iba a volver a hacerlo. Por un momento, creo que me la he imaginado, que es un espejismo. Pero no.

—Hola, Eva.

Me giro despacio, conteniendo el aliento. Cuando lo tengo delante, abro los ojos de par en par y la mandíbula se me desencaja. Lleva el pelo un poco más largo que la última vez que lo vi. Y rubio, como si el sol le estuviera dando de pleno. Sus ojos siguen siendo azules como el mar, aunque ahora están ocultos por unas gafas de pasta negras. O se ha quitado las lentillas o las ha llevado demasiado tiempo y le están pasando factura. Por la expresión de sus ojos, me decanto por lo último.

—¿No vas a decir nada? —me pregunta con la sonrisa torcida, esa que me volvió loca tanto tiempo.

Tiene razón, no he abierto la boca. Me he limitado a mirarlo, olvidándome hasta de pestañear. Pero es que esto tiene que ser una broma, o el karma, que es muy hijo de puta.

—Hola, Raúl —saludo, por fin. Asiente, se acerca y me abraza. Y yo le respondo, rodeándole la cintura.

Capítulo 19

Eva

Estoy muda. Algo raro en mí, pero vaya... No sé qué decir.

¿Qué está haciendo Raúl aquí?

Y ya no aquí, en la misma ciudad que yo, sino aquí en la puerta de mi casa, y sonriéndome como lo hace. Aún tengo clavada en la retina la mirada de dolor y de pena con la que se despidió de mí hace ya más de dos años.

Nueve meses. Eso es lo que duró nuestro matrimonio. Lo intenté. Lo juro. Pero me dolía cada vez que me tocaba, y me entraban ganas de llorar cada vez que me besaba. De acostarnos, ya ni hablamos. Podría contar con los dedos de las manos las veces que lo hicimos mientras estuvimos casados. No era por él, era por mí. Porque sabía que él no se merecía nada de eso, y me odiaba cada vez que me besaba y yo pensaba en otros labios recorriendo los míos. Como dije, alguien se llevó mi corazón cuando se marchó en ese avión. Ese corazón que debería haber pertenecido al hombre que ahora tengo delante de mí. Cuando nos separamos, me pregunté si alguna vez le había pertenecido realmente. Y yo creo que sí. Sé que sí. Yo lo quería. Muchísimo. El problema es que no supe hacerlo bien, a pesar de intentarlo con todas mis fuerzas.

El día que le dije que no podía seguir así, que no podía seguir haciéndole aquello, supongo que ya intuía algo. No el que yo lo hubiera engañado como lo hice. Eso nunca se lo dije. ¿Para qué? ¿Para hacerle más daño? Puede que fuera porque en el fondo siempre he sido una cobarde, y no lo niego, pero sí es cierto que no se merecía que lo hicieran sentirse más idiota de lo que ya se sentía. Además, era evidente que nuestro matrimonio se había terminado cuando Raúl no fue capaz de decir que no a esa oferta del hospital de Londres que llegó a su mesa unas semanas antes. Esa que ambos habíamos decidido rechazar.

¿Casualidad? Estoy segura de que no. Las cosas pasan por algo.

Hicimos las maletas. Él, para irse a Londres. Yo, para volver a mi piso.

Nos despedimos en esa casa que compartimos tan poquitos meses. En esa casa que debería haber sido todo y se quedó en nada. Ese día, no solo se despidió un matrimonio, también lo hizo una pareja de amigos; mi confidente. Pedro vino a por mí y a despedirse de su amigo. Cuando los vi abrazarse, supe que ese abrazo sería el último. No porque Pedro así lo quisiera, sino porque Raúl no podía seguir con nosotros. Por lo menos durante un tiempo. Mi hermano no dijo nada. Ninguno lo hizo. Era algo que se sabía y que todos aceptamos en silencio.

Ese día yo perdí a mi marido. Pedro perdió a uno de sus mejores amigos. En

verdad, era el segundo al que perdía, y ambos por mi culpa, aunque Pedro no lo supiera. Jamás me echó en cara la marcha de Raúl. Nunca dijo nada. Cuando se subió a ese taxi, mientras veíamos como se alejaba de nosotros, Pedro se limitó a abrazarme y a prometerme que todo se solucionaría y que volvería.

—Solo hay que darle tiempo. Cuando esté listo, lo hará.

¿Había llegado ese momento?

Lo invito a subir y él acepta. Me tiemblan tanto las manos que se me caen las llaves al suelo cuando intento abrir la puerta de casa. Ambos nos agachamos a por ellas y nuestras cabezas chocan en el proceso.

—Perdona —decimos los dos a la vez. Nos reímos, lo que suaviza un poco la situación.

Abro y entramos. No se para, sigue avanzando, mientras yo me quedo detrás, cerrando la puerta a mi espalda. Recorre la estantería rozándola con los dedos, así como la mesa o el aparador.

—Me gusta el cambio que le has hecho.

—Gracias, a mí también.

Se gira para mirarme y sonrío. Al hacerlo, se le marca el hoyuelo del lado derecho.

—Voy a preparar un poleo. ¿Quieres algo? —Me inyectaría café en vena, pero con el estado de nervios que tengo ahora mismo, no creo que sea muy recomendable.

—Un poleo está bien.

—Ponte cómodo, vuelvo enseguida.

Huyo a la cocina. Porque eso hago, huir. Escabullirme a mi pequeño rincón mientras espero que los nervios mengüen. Me quito las sandalias; primero, porque me encanta ir descalza por casa. Notar los pies contra el frío del suelo es una sensación que no sé describir. Segundo, porque quiero acercarme de puntillas a la puerta del comedor para espiar y comprobar que de verdad tengo a mi exmarido en el sofá de mi casa, esperando a que le lleve un poleo. Ese sofá en el que hace nada estábamos Marcos y yo tumbados besándonos como adolescentes. Marcos, con el que me acosté antes de casarme con Raúl.

—Me lo cuentan y no me lo creo.

—¿Has dicho algo? —me pregunta Raúl. Por lo visto, no hablo tan bajito como yo creía.

—¡Nada! Ahora mismo salgo.

Cuando vuelvo al comedor, está Raúl sentado en el sofá, ojeando una revista que tenía por ahí tirada. Me siento frente a él, le doy su taza y él la acepta con una sonrisa. Parece relajado, pero sé que no lo está del todo, y eso me alegra. Odio ser la única que está incómoda.

—Supongo que te estarás preguntando qué hago aquí.

—Un poco, la verdad. No porque me moleste que estés aquí, ¿eh? Sino porque no esperaba encontrarte en la puerta de mi casa, pero ya te digo que está bien, además...

—Eva —me corta, riéndose y negando con la cabeza—. Sigues hablando mucho cuando estás nerviosa y no controlas la situación.

—Supongo que hay cosas que no cambian —digo encogiéndome de hombros y con una pequeña sonrisa en los labios. Bebo un poco de la taza y él hace lo mismo.

—Mi padre se está muriendo —me dice, tan serio y tan de repente que me atraganto con la bebida y la escupo, dándole de lleno en la cara.

—¡Oh, mierda! Lo siento —Me levanto, cojo una servilleta de la mesita y comienzo a frotarle la cara.

—Eva —me llama, pero lo ignoro. Al final, me coge de la muñeca y tira de mí, apartándose de él—. Estoy bien. No es necesario. Te he soltado una bomba, es normal que te sorprendieras. No es para tanto. Siéntate, anda.

—Vale.

Le hago caso. Vuelvo a mi sitio, frotándome las manos que tengo sobre el regazo, esperando a que empiece con su historia. Raúl deja la taza en la mesita, se frota la cara y, por fin, me fijo bien en sus ojos y en las ojeras que lo acompañan. Se le nota cansado, dolorido y frustrado.

—Fue hace unos meses. Cuatro o cinco, ya no me acuerdo. Me llamó mi madre. Yo acababa de terminar una jornada de cuarenta y ocho horas y estaba agotado. Apenas había entrado en casa cuando me sonó el teléfono. Lo supe. Que algo no iba bien. Eran las seis de la mañana. Nadie me llamaba tan pronto. Cuando oí a mi madre al otro lado, sollozando, no tuvo que decirme mucho más. Daba igual cuál fuera la enfermedad, supe que mi padre no estaba bien, que lo estaba perdiendo. Tumor cerebral. Más extendido de lo que nosotros nos imaginábamos. De ahí esos dolores de cabeza tan horribles que le daban últimamente. No esperé. Salí de casa con lo puesto y me metí en el primer avión con destino a España que encontré. —Las lágrimas ruedan sin control por mi cara. Yo sé que él está aguantando las suyas. Por desgracia, sé por lo que está pasando. Tan bien que es como si lo estuviera viviendo de nuevo. Se para a tomar un poco de aire. Me tiende una servilleta. Cuando lo hace, nuestras manos se tocan. Sin pensarlo, se la agarro, con fuerza. Intentando transmitirle todo mi apoyo. Me sonrío, aunque no le llegue a los ojos—. Cuando salí del hospital, estaba muy cansado. Física y psicológicamente. Mi madre no me dejó quedarme. Me mandó a casa, a ducharme y a descansar unas horas. Sabía que estaría en buenas manos. Sus doctores eran mis antiguos compañeros de carrera, y estaba con los mejores. Pero ocurrió algo. Cuando llegué a casa, antes de meterme en la ducha, saqué el móvil y marqué tu número de teléfono. Colgué antes del primer tono. Me sentía raro. Necesitaba a mis amigos conmigo. A Pedro y a ti. Tengo amigos, no me malinterpretas, y en Londres hay gente maravillosa. Pero necesitaba a los de verdad. Y, no sé, no me pareció bien llamaros. No después de este tiempo. No después de

nosotros.

—Oh, Dios mío, Raúl... —digo con la voz tan rota que dudo que se me oiga.

—No, Eva, lo entiendo, de verdad. Por eso he tardado tanto tiempo en tener el valor de venir. Pero es que..., joder. Os necesito. Sé que suena cruel, pero vosotros habéis pasado por lo mismo que yo, me entendéis...

—Claro que sí. —Me levanto y me arrodillo frente a él. Me mira a los ojos; los tiene igual o incluso más rojos que los míos—. Lo siento. Mucho. Por todo. Primero, por lo de tu padre. Te entiendo. La vida es una puta mierda muchas veces, y esta es una de ellas. No deberían pasar estas cosas, pero pasan, y da igual que nos digan que todo irá bien y que se solucionará. Duele, mucho, y nadie debería pasarlo solo. Y, sobre todo, siento que hayas pensado que no podías contar con nosotros. Eso es una idiotez, y jamás fue mi intención, aunque tú creyeras que sí. Siempre nos has tenido, a Pedro y a mí. Soy yo la que lamenta todo esto.

Me abraza, y a mí se me rompe un poco el corazón. Me siento como una mierda por haberle hecho creer eso. No funcionamos como pareja, sobre todo por mi culpa, pero eso no significa que no funcionáramos como amigos. Pero ya no solo él y yo, sino Pedro y él. Que creyera que no tenía derecho a llamarnos y hacernos partícipes de su dolor. En el abrazo que nos damos no hay amor, ni por mi parte ni por la suya. Hay cariño, mucho, y respeto. Hay sinceridad y, ante todo, hay comprensión y perdón.

Nos separamos y hablamos. Estamos casi tres horas poniéndonos al día. Además de hablar de sus padres, hablamos de él, de Londres, de su vida. Él también me pregunta por la mía, y contesto, pero sin entrar en detalles. No sé si es adrede o es casualidad, pero no menciona a Marcos. Sí que pregunta por Pedro en varias ocasiones. Y le juro una y otra vez que a mi hermano no lo perdió nunca. Le digo que a mí tampoco, pero que entendía que se distanciara de los dos. Pero que eso puede cambiar, ahora más que nunca. Me promete llamar a mi hermano en cuanto salga de esta casa.

—Me ha gustado mucho que lo hicieras. No me malinterpretes. Pero ¿por qué has venido aquí primero en vez de ir a casa de Pedro?

—Si te soy sincero, no lo sé. He salido de casa y sin pensarlo he acabado aquí. Sentía que debía hablar primero contigo. Lo que teníamos Pedro y yo era grande, pero lo que nosotros tuvimos fue enorme, y me sentía más cómodo conmigo mismo haciéndolo de este modo. ¿Entiendes lo que quiero decir aunque me explique como el culo?

—Sí.

Nos sonreímos y nos terminamos la segunda taza de la tarde. Además de haber algún lloro más, sobre todo por mi parte, también hay risa. Las echaba de menos. Mirando a los ojos al que fue mi marido, me doy cuenta de que siempre fue mi amigo, por mucho que yo me empeñara en que fuera algo más. Pero que lo único que hacía era intentar borrar de mi corazón al único hombre que lo había ocupado

siempre.

Raúl me dice que se tiene que marchar, que aún tiene que comprar unas cosas antes de ir a casa. Se ha ido a vivir con sus padres, por lo menos hasta que todo pase. Ha pedido el traslado aquí y se lo han dado sin dudar. Lo acompaño hasta la puerta, nos damos un pequeño abrazo y se va a llamar al ascensor.

—Eva —me llama. Se ha puesto serio y, no sé por qué, creo que conozco la pregunta antes incluso de que la formule—. Te acostaste con Marcos, ¿verdad?

El ascensor llega, pero él no se mete dentro. Se queda ahí, de pie, mirándome mientras espera una respuesta. Me pinzo el labio y bajo la vista hasta mirar el suelo. Cogiendo aire, la levanto y me enfrento a su mirada como la mujer madura que se supone que soy. O debería ser.

—Sí. —Asiente, pero no añade nada más. Por su expresión, me parece que lo único que acabo de hacer es confirmar una sospecha. No lo ha pillado de nuevas.

—Siempre supe que estaba enamorado de ti. Marcos, quiero decir. Lo sabía. Pero nunca hizo nada. Me preguntaba cuándo tendría el valor de hacerlo. Lo que no imaginé es que sería el día antes de casarme contigo.

—Raúl, lo siento tanto... No es una frase hecha, te lo juro. Y jamás planeé que pasara, igual que nunca fue mi intención hacerte daño.

—Lo sé, sé que lo sientes de verdad. Me sorprendió que se marchara esa mañana como lo hizo. Pensé que por fin se había dado cuenta de cuánto te quería y no era capaz de ver cómo te casabas con otro. Después de casarnos, a los pocos días, supe que te pasaba algo, aún no sabía el qué. Me daba miedo preguntar, por lo que cerré los ojos e intenté ignorarlo. Pero no te hacía feliz. No nos hacía feliz a ninguno. Si tú no lo hubieras hecho, habría sido yo. Por eso no rechacé esa oferta. Ya había decidido irme en cuanto me la pusieron encima de la mesa.

—Nadie te habría culpado de hacerlo. Espero que puedas perdonarme del todo algún día.

—Creo que lo hice hace tiempo.

—¿Eres feliz, Raúl? A pesar de lo de tu padre, por supuesto. En el resto de tu vida, ¿eres feliz?

—Creo que sí.

—Eso está muy bien —digo con una sonrisa sincera, porque, si alguien se merece serlo, es él. Aunque suene a tópico, es la verdad.

—¿Estáis juntos? —No hace falta que diga el nombre para que sepa a quién se refiere. Lo miro a los ojos y veo que me lo pregunta de verdad. Le sonrío y, encogiéndome de hombros, le digo la verdad:

—Estamos en ello.

No dice nada más. Asiente, me guiña un ojo y se monta en el ascensor.

Me siento rara. Por una parte, me siento libre, como si me hubiera deshecho de un peso enorme, ese que me llevaba torturando tanto tiempo. Por otro, me siento como desnuda, vulnerable. No sé explicarlo bien. Por ser tan transparente y dejar ver tanto de mí, por hacer daño, aunque no fuera de manera intencionada.

Solo espero que las cosas a partir de ahora mejoren, que vayan hacia delante.

Capítulo 20

Marcos

«La adolescencia es un periodo del desarrollo biológico, psicológico, sexual y social inmediatamente posterior a la niñez y que comienza con la pubertad. Es un periodo vital entre la pubertad y la edad adulta; su rango de duración varía según las diferentes fuentes y opiniones médicas, científicas y psicológicas, generalmente se enmarca su inicio entre los diez y los doce años, y su finalización a los diecinueve o veinticuatro». Firmado: *San Google*.

Perfecto. Tengo treinta años y estoy más perdido que cuando tenía dieciocho. Acabo de retroceder en el tiempo y estoy en plena adolescencia. No lo sé bien, porque estoy peor que cuando tenía quince años: mi testosterona está disparada, vivo empalmado el cien por cien del tiempo, miro el móvil con una obsesión enfermiza y me paso el día haciendo el tonto y sin concentrarme lo que debería en el trabajo. Esto último me toca un poco las narices, porque en este tema no flaqueo. Jamás. Pero hay algo que ronda mi cabeza sin parar, o alguien, más bien: Eva, como no podía ser de otra manera. Me tiene obsesionado y con una cara de idiota permanente en la cara. Pensar en ella es mi pasatiempo favorito. Cuando no estamos juntos, claro. Porque cuando lo hacemos, cuando me deja disfrutar de su cuerpo, de su cara, de su risa, de sus ojos o, simplemente, de ella, es cojonudo.

Aunque habíamos estado hablando por teléfono y mandándonos mensajitos al móvil como dos chavales enviándose notitas a escondidas de la profesora, cuando me presenté la otra noche en la puerta de su casa con la comida china en la mano, no las tenía todas conmigo. Por un momento, pensé que me cerraría la puerta en las narices. Pero el riesgo mereció la pena. Vaya si la mereció. No solo cenamos, reímos y nos acurrucamos a ver una película. Me dejó besarla hasta cansarnos, pero, sobre todas las cosas, dormimos juntos. Solos.

Por primera vez.

Toda la noche.

¿El problema? Que ahora no me imagino haciendo otra cosa. Me he vuelto un completo adicto a ella. Jamás pensé que hacer la cucharita podría ser tan placentero.

Ahora estoy cambiándome de ropa para ir a recogerla porque vamos a tener nuestra primera cita oficial. En un primer momento pensé en lo típico: cena y paseo. Pero quiero salirme un poco de los tópicos. Estamos hablando de Eva, y quiero demostrarle que estoy aquí y que voy en serio, así que sorprenderla es mi jugada perfecta.

Subo al coche para poner rumbo a su casa. Llevo unos vaqueros negros un poco desgastados y una camiseta roja. Sencillo pero bien, como diría mi hermano. He dejado el traje de chaqueta en el armario y soy yo en mi totalidad.

Al llegar, no sé si llamar al timbre o mandarle un mensaje. Pero no debato demasiado sobre ello, porque el portal se ilumina, la puerta se abre y Eva hace su aparición. Joder, es que lo ilumina todo, y el problema es que ella no tiene ni idea.

Bajo del coche y voy a por ella. Cuando repara en mi presencia, me sonrío. Con una sonrisa de verdad, de esas que dicen: «Sí, estoy justo donde quiero». Lleva un mono negro atado al cuello con la espalda desnuda. Me la muestra descarada cuando da una vuelta completa sobre sí misma para enseñarme el conjunto entero. Noto mi nuez subir y bajar y la boca pastosa. Llevar pantalones vaqueros ahora mismo me parece una tortura.

El pitido de un coche me sobresalta. Estaba tan fijo mirando a Eva que he cruzado sin mirar. Llego hasta ella casi a la carrera y veo que está intentando ocultar una sonrisa, aunque el brillo de sus ojos la delata.

—Si muero atropellado, será por tu culpa. Si no fueras tan jodidamente preciosa, no me habría quedado como un idiota mirándote. Allá tú con tu conciencia.

Se ruboriza tanto que hasta las orejas las tiene rojas. Se ha recogido el pelo en una cola alta, por lo que tengo vía libre a su cuello. Entierro la nariz en él, absorbiendo su aroma, y me doy cuenta de que hoy no huele a fresas, hoy parece coco.

Esta chica va a conseguir que también sea adicto a la fruta.

Mi nariz le hace cosquillas en el cuello y noto como se estremece.

Lo he dicho. No quiero ir con prisas esta vez, quiero hacer las cosas bien, pero me lo está poniendo muy difícil, sobre todo por esos ruiditos que escapan de su garganta cada vez que me acerco o la toco. Al final terminaré por mandarlo todo a la mierda, cargármela al hombro y correr con ella escaleras arriba.

Le doy un beso en la punta de la nariz y después bajo despacio hasta sus labios, pintados de color coral. Miles de descargas me recorren el cuerpo, y sé que ella también las siente, pues me agarra fuerte del brazo, clavándome las uñas.

—¿Estás lista para nuestra cita?

—Nací preparada.

Me da un último beso, me quita los restos de pintalabios que pueda tener —aunque a mí no me importa— y, cogidos de la mano, vamos a la carrera hasta el coche.

—¿Vas a decirme a dónde vamos?

—Es una sorpresa. —Eva pone los ojos en blanco y resopla. No es muy amiga de las sorpresas—. ¿Y sabes qué es lo mejor de todo?

—Sorpréndeme —dice sin ningún tipo de emoción en su voz. A mí me entra la

risa por su reacción, siempre lo hace. Me acerco a ella, rozando adrede su rodilla con mi mano, y abro la guantera del coche. Saco una cinta negra y se la enseño, con una sonrisa de oreja a oreja en el rostro.

—Voy a vendarte los ojos.

—¿Estás de coña? —Mis carcajadas creo que pueden oírse desde fuera, y eso la cabrea más todavía. Me golpea el hombro para hacerme callar, consiguiendo todo lo contrario—. No tiene ninguna gracia.

—Claro que la tiene. Venga, deja de poner esos morros y cierra los ojos. Déjame hacer esto a mi manera. No te arrepentirás.

Podría decir que al momento cierra los ojos y se deja llevar. Pero no. Es habitual en Eva tener que decir la última palabra, así que me observa con el ceño fruncido un par de minutos más, pero, como ve que no voy a abrir la boca, termina por claudicar y hacer lo que le pido. Le ato la cinta a los ojos y me aseguro de que no ve nada. Le doy un casto beso en los labios, enciendo la radio y arranco el coche.

No hablamos, pero eso no significa que el silencio que nos rodea sea incómodo. Ambos estamos nerviosos, aunque intentemos disimularlo. La canción *Shape Of You*, de Ed Sheeran, suena por los altavoces, y me quedo aturdido en un semáforo viendo a Eva cantándola, bajito. El semáforo se pone en verde, pero yo no me doy cuenta hasta que el tío de detrás grita sacando la cabeza por la ventanilla, cagándose en mí y en toda mi familia.

Al llegar a mi destino, paro el motor. No me bajo todavía, sino que le desabrocho el cinturón y la hago girarse para quedar cara a cara.

—¿Ya puedo quitarme esto?

—Espera un segundo. —Le cojo las manos y le acaricio las muñecas con los pulgares—. Quiero hacer esto bien. Quiero que tengas la cita perfecta y espero, por lo menos, haberme acercado bastante.

Salgo y rodeo el coche hasta llegar a la puerta del copiloto. La ayudo a bajar y, después, a subir los escalones de mi casa. Abro la puerta, entramos y vamos hasta la terraza. Justo cuando la tengo en el centro, me coloco detrás, le beso un hombro desnudo, después el otro, y le quito la venda con suavidad.

Cuando abre los ojos, cuando se adapta de nuevo a la luz y se da cuenta de lo que tiene delante, me mira alucinada.

—¿Has preparado tú todo esto?

No espera a que conteste, sino que se acerca hasta la mesa de madera que hay a unos pasos de distancia. El mantel que la cubre es negro y está decorado por una vela en el centro con olor a jazmín y unas rosas blancas en un pequeño jarrón. Me acerco y enciendo la vela. Me daba miedo dejarla encendida por si al volver tenía ardiendo algo más que la llama. El resto del jardín está todo iluminado. El suelo, el muro, incluso el árbol que lo cruza. También hay candelabros con velas artificiales dentro,

tanto colgados donde he podido como por el suelo. Por la época en la que estamos, aún no se disfruta de una oscuridad total, pero se aprecia. En una esquina del jardín está conectado el altavoz. Voy hasta él, enchufo mi móvil y Frank Sinatra ameniza la velada.

—Sinatra, ¿eh?

—Nunca falla.

Fly Me To The Moon nos acompaña mientras estiro el brazo, pidiéndole que baile conmigo. Acepta, y de un estirón la pego por completo a mí. Su risa me hace cosquillas y se mezcla con la mía. Con mis pies de pato mareado, nos movemos. Tengo una mano cubriéndole la espalda y la otra sujetando la suya. Con la que tiene libre me acaricia la nuca, enredando el dedo de vez en cuando en mi pelo.

—¿Te gusta?

—¿Es broma? Es precioso. No me puedo creer que hayas hecho todo esto.

—Google es la vida. —Se carcajea, y yo con ella. No le digo que me duele la cabeza de las horas que he pasado frente a la pantalla del ordenador cogiendo ideas.

Va cambiando de canción, *For Once In My Life*, primero, y *My Way*, después. El momento es perfecto, y no sé cómo decirle que quiero hacer esto todos los días, empezando hoy mismo. Pero mi cuerpo rompe el momento romántico que estoy viviendo, porque las tripas me rugen, cual león enjaulado. Podría darme algo de vergüenza, pero no me olvido de que estoy ante mi amiga, mi compañera, esa persona que creo que me conoce mejor que mi propia familia en muchas ocasiones, y que sabe que saltarme una comida es un sacrilegio.

Dejamos a Sinatra sonando y nos sentamos a la mesa. La cena no es que sea muy elaborada, entre otras cosas porque no sé cocinar, pero además es que no podían ser cosas calientes que me impidieran estar aquí con ella, así que fui al lado de mi casa y encargué un pastel de salmón, jamón y queso y una ensalada de queso de cabra y nueces.

∞

Eva

Si tuviera que buscar la perfección en el diccionario, saldrían Marcos y esta cena en una foto.

Sé que está nervioso por si todo esto no es suficiente para mí. Lo que tengo que hacerle entender es que cualquier cosa que hubiera hecho habría sido maravillosa. Pero ¿esto? Ya lo he dicho: es la perfección.

Las risas y el ambiente distendido nos acompañan durante toda la cena, como si las tensiones que ha habido durante todo este tiempo se hubieran evaporado. Las bromas entre nosotros vuelven, igual que las tomaduras de pelo. Me atrevo a

preguntarle por Nueva York, sonriendo, y él me contesta encantado.

Empieza por sus compañeros y su jefe, con el que hizo tan buenas migas. Me habla de edificios impresionantes que sé que me gustaría visitar algún día. Me cuenta cómo es el invierno entre esas calles, cómo el frío se cuela tan dentro que a veces dar dos pasos es misión imposible. La sensación de salir a correr por Central Park a primera hora de la mañana. Cómo los americanos están tan locos que, para ellos, primera hora son las seis de la mañana. Las ciudades que se ha permitido visitar estos años, como Boston o Washington. Me habla con tanta pasión y, sobre todo, tan relajado, que me olvido del dolor que me produce en algún momento no haber disfrutado de todo eso con él.

Le cambia un poco el semblante cuando me cuenta cómo se tomó su familia que se marchara. Ese día, cuando los llamó, estaban todos tan en *shock* que no supieron bien qué contestar.

—A los dos días me llamó mi madre hecha una furia. Cuarenta y dos minutos exactos estuvo gritándome. No dejó a mi padre ponerse al teléfono. Qué te voy a contar que no sepas del carácter que tiene cuando quiere.

—Entiéndela. Te marchaste tan de repente que nos descolocaste a todos. Eres un chico de locuras, pero creo que esa se llevó la palma.

—Esa no fue una locura. Fue una salida.

Nos quedamos callados, cogidos de la mano por encima de la mesa, pensando en esas palabras que acaba de pronunciar y lo que implican.

—Eh —me llama. Levanto la vista y veo en sus ojos preocupación—. Ven aquí, por favor. —Me levanto y rodeo la mesa hasta llegar a él y sentarme en su regazo. Con una mano me aparta el pelo de la cara y con la otra me acaricia las piernas, empezando en la cintura y terminando casi en el tobillo. No hay nada sexual en ello, sino cálido. Incluso reconfortante.

—¿Por qué no viniste antes?

—No lo sé —dice, encogiéndose de hombros—. Ya te dije que, aunque no me gusta reconocerlo, hui porque no soportaba verte con él. Sé que suena fatal que hable así, porque era mi amigo. No como Pedro, eso está claro, pero era un gran amigo mío, iba a ser padrino de su boda y desaparecí de su vida de repente, pero no creo que hubiese podido sobrevivir a ello. Cuando Paula me llamó y me dijo que te separabas, deseé con todas mis fuerzas que fuera por mí. Aunque sabía que lo estarías pasando mal, yo estaba pletórico. Así que esperé a que me llamaras. Siempre esperé a que lo hicieras, en realidad. Cuando vi que esa llamada no llegaba, cuando se presentaron mis hermanos con Pedro a pasar esas vacaciones conmigo y me dijeron que tú no habías podido venir, me convencí de que lo mejor era pasar página y dejar que vivieras tu vida.

—Deseé durante muchas noches que decidieras coger un avión y venir a buscarme.

—¿Y por qué nunca me lo dijiste?

—Supongo que por lo mismo que tú. Estaba muerta de miedo. Ya te dije lo que pensaba que había significado esa noche para ti.

—Estoy cansado de huir, Eva. De tener miedo, de que nuestra cabezonería y orgullo sean tan fuertes que nos estemos perdiendo esto —dice, señalándonos a los dos—. Quiero lo que veo. Tú y yo. Lo que más he temido todo este tiempo ha sido creer que había perdido a mi mejor amiga. Eso es algo que no me habría perdonado en la vida. Pero ya no puedo conformarme con ser solo eso.

—¿Y qué es lo que quieres? —le pregunto tan cerca de su boca que nuestros alientos se mezclan. Me recorre la cara con el pulgar.

—Quiero que te quedes conmigo este fin de semana —dice rozándome la sien y depositando en ella un beso después—. Quiero que mis sábanas huelan a ti. —Me besa detrás de las orejas—. Quiero besarte hasta que tengas los labios tan rojos que deba volver a besarlos para curarlos. —Ahora es el turno de los párpados, primero uno y después el otro—. Quiero desayunar contigo en la cama. Desnudos. Porque no pienso dejar que te vistas. —Baja hasta la mejilla—. Quiero verte en cada rincón de mi casa para que puedas comprobar por ti misma lo bien que quedas en ella. — Cuando llega hasta mi boca, se detiene—. Quiero empezar a escribir nuestro futuro, juntos, porque separados ya no me vale. Quiero ser tan tuyo como mía eres tú, aunque aún no lo sepas. Quiero dejar de salir corriendo y, si lo hago, que sea de tu mano. Quiero dejar de mentirnos, contarte todo lo que me pase por la cabeza, porque necesito compartirlo contigo. Lo quiero todo, Eva. Todo lo que estés dispuesta a darme. Lo que no, no tengo prisa. Porque voy a terminar ganándomelo. Quiero que seas feliz. Conmigo.

¿Qué puedo hacer después de esto? Podría decirle que también quiero todo eso. Todas y cada una de las cosas que ha dicho. Pero no creo que ahora tenga las fuerzas suficientes para enunciar cada palabra. Además, estoy cansada de ellas. Quiero actuar.

Y lo hago.

Lo beso, dejando grabado en él todo aquello que no digo. No tarda en responder. Lo saboreo, cada rincón. Y dejo que él haga lo mismo conmigo. Abro la boca y dejo a su lengua buscar la mía, bailando juntas, encontrándose de nuevo. Esta vez lo hacemos bien, con tiempo y con ganas. Sin arrepentimientos.

Sin prisas.

Me acaricia la espalda muy despacio, recorriendo desde el cuello hasta la cintura, trazando círculos que hacen que la piel se me ponga de gallina. Yo me agarro fuerte a su pelo, despeinándolo. Un jadeo escapa de su garganta, directo a mi sexo.

—Llévame a la cama, Marcos.

Nos levantamos de la silla y, cogidos de la mano, vamos hacia las escaleras para subir a su habitación. No se molesta en apagar el altavoz. La música, junto con

nuestras respiraciones, es lo único que se escucha. Cuando llegamos tiene la ventana abierta, así que *Morning Light* se cuele también aquí dentro.

Cuando nos separamos y nos miramos, me encuentro *sexy*, decidida y valiente, porque así es como Marcos me hace sentir. Me mira como si fuera lo único que existe en el mundo. El deseo recorre todas y cada una de las partes de mi cuerpo. La pasión. Sin apartar los ojos el uno del otro, nos desnudamos. Llevo las manos hasta el lazo del mono atado a mi cuello, lo suelto y este cae por mi cuerpo, dejando mi pecho al descubierto, sin sujetador. Moviendo las caderas, termino de quitármelo por las piernas, hasta que acaba siendo un gurrúño en mis pies. Solo llevo un tanga negro, pero estoy segura de que, como Marcos siga mirándome así, va a conseguir fundirlo.

El sexo me palpita por las ganas, e instintivamente tengo que cerrar las piernas. Él lo nota y sonrío, contento por saber lo que me provoca. El corazón me golpea con fuerza en el pecho. Cuando me muevo para desabrochar las sandalias, Marcos me pide que no lo haga.

Él se ha quitado la camiseta, las zapatillas y los calcetines. Tiene desabrochado el primer botón del vaquero, pero este sigue intacto en su sitio. Cuando lleva sus manos a la cremallera para terminar de quitárselo, lo detengo.

—Quiero hacerlo yo.

No reacciona. Se limita a mirarme y a tragar saliva. Voy hasta él y, con manos temblorosas, le desabrocho el resto de los botones y le bajo la cremallera. Meto la mano y lo siento. Es la primera vez que lo noto así: duro, caliente, contra la palma de mi mano.

—Joder —sisea, echando la cabeza hacia atrás.

Juntos se lo terminamos de quitar. La polla se yergue en toda su longitud, y ahora soy yo la que traga saliva. Acaricio la punta con el pulgar, deslizando el líquido preseminal hasta la base. Mirándolo fijamente, retiro la mano y acaricio el dedo con la lengua.

—Hostia puta.

No me deja seguir tocándolo. Me acerca a él y mete su lengua en mi boca mientras me inmoviliza la cabeza con las manos. Me mueve hasta tumbarme en la cama. Él se pone encima, con cuidado de no aplastarme, pero sin dejar de mirarme en ningún momento. Me coge las manos y las coloca por encima de mi cabeza. Yo todavía tengo el tanga puesto y no puedo entender cómo una tela tan pequeña puede molestarme tanto. Parece que me ha leído la mente, porque me suelta una mano, la baja hasta la cintura y me lo arranca, y ese acto me parece de lo más *sexy*. De la impresión, jadeo y arqueo la espalda hasta rozar mi pecho con el suyo. Noto la punta del pene en mi entrada, así que me abro todo lo que puedo para él, para que termine de encajar conmigo.

—Voy a cuidarte, voy a quererte, voy a darte todo lo que me pidas —me dice al oído justo antes de penetrarme de golpe.

Ninguna de las anteriores veces hemos usado preservativo y creo que si ahora se lo pusiera me echaría a llorar. Sentirlo junto a mí, piel con piel, notar como se desliza en mi interior, es de las mejores cosas que he experimentado.

No puedo hablar, solo jadear y besarlo, mientras entra y sale de mí, lento al principio, pero cada vez más rápido. Las gotas de sudor se deslizan por nuestros cuerpos, iluminados nada más por las velas que hay en el jardín.

Juntos, abrazados y prometiéndonos con nuestros cuerpos que lo vamos a intentar, que vamos a luchar, llegamos al clímax.

Capítulo 21

Marcos

El sol entra por la ventana, cegándome. Y es que anoche me olvidé de correr las cortinas.

Noto a Eva restregándose contra mí, y eso me produce una sensación imposible de describir. Me siento tan feliz que creo que explotaría. Después de nuestra sesión de sexo en la cama, seguimos en la ducha. Pero no ha sido solo eso. Nunca creí que lavarle el pelo a una mujer pudiera ser tan placentero. A lo mejor es que cualquier cosa que tenga que ver con Eva me vale. Y, si encima está desnuda, pues son puntos extras.

Coloco una mano en su vientre y asciendo hasta rozar el borde de su teta. Está desnuda, como ayer le dije que la tendría todo el fin de semana. Y estoy muy tentado a atarla a esta cama para hacer muchas y variadas cosas, y para no dejar que se marche a comer con su madre y su hermano.

Mi mal humor se esfuma en cuanto sus tripas rugen.

—Alguien está hambrienta de buena mañana.

—Llevo más de doce horas sin comer. —Me entra la risa y Eva intenta darme un codazo en la tripa, pero la tumbo boca abajo, bloqueando con mi cuerpo sus piernas y brazos. Se resiste al principio, pero sabe que tiene la batalla perdida, sobre todo cuando empiezo a dejar un reguero de besos por espalda—. Eso es jugar sucio.

—No lo sabes tú bien.

—¿No tuviste suficiente anoche?

—¿Estás de coña? No he tenido ni para empezar. —Y es verdad. Cuando se trata de Eva, creo que no voy a tener suficiente en la vida—. Te dije que quiero que mi casa entera huela a ti, así que tengo que pasearte por la cocina, el comedor, la terraza, la piscina... Joder, cómo me pone imaginarte jadeando dentro del agua.

—Es una pena que tenga que irme. Tu plan suena muy tentador.

Dejo de besarla y la miro. Tiene rojeces ahí donde he estado. Pero no parece molestarle, y a mí menos todavía. Con eso, el pelo desperdigado por la almohada, los labios enrojecidos y los ojos brillantes, es el mejor cuadro que alguien pudiera pintar.

—¿Volverás? Puedo ir a recogerte y venimos aquí, o a donde tú quieras, me da igual. Solo quiero pasar el fin de semana contigo.

Me muevo hasta quedar de rodillas frente a ella. Eva también se mueve y, tapándose el cuerpo con las sábanas, se sienta, quedando cara a cara. Me sonrío y levanta la mano hasta rozar mi mejilla. Le doy un beso en la palma y otro en la muñeca.

—Quiero esto. Estar aquí este fin de semana y quedarnos todo el día en la cama como me has dicho.

—¿Pero...? —Aclaración. Todo lo anterior al «pero» no vale una mierda.

—Pero quiero que esto sea nuestro. Únicamente.

—¿Te importaría explicarte mejor? —Creo que sé por dónde van los tiros, pero quiero que me lo diga ella. La veo coger aire y apretarse fuerte la sábana contra el pecho. No sé si para protegerse de sí misma o de mí.

—No quiero contárselo a nadie. No quiero que vengas a recogerme porque no quiero que mi hermano y mi madre nos vean. Cogeré el coche y vendré yo. ¿Vale?

Intuía lo que me iba a decir, pero no por eso duele menos. Me esperaba algo así, he sido yo el que ha propuesto ir al ritmo que ella marcará, entonces, ¿por qué me enfado? ¿Por qué me siento como un secreto?

«Porque lo que tú querrías era ir de su mano y gritarle a todos que estáis juntos».

Pero no le digo nada. Veo la vulnerabilidad en sus ojos, el miedo que tiene a hacerme daño y, como siempre, me desmonta y hace que el enfado que pudiera estar generando se marche igual de rápido que ha venido.

—Vale. —Intento sonreír, aunque sé que puedo hacerlo mejor. Voy a salir de la cama, cuando me detiene agarrándome del brazo.

—Ya ha quedado claro que no eres alguien a quien he conocido una noche cualquiera en un bar. No me da vergüenza estar contigo. No me importa lo que piense el resto. Solo quiero que, por ahora, esto sea solo nuestro. Disfrutar de lo que estamos averiguando. Paso a paso. No quiero al resto dando vueltas a nuestro alrededor. Cuando nosotros lo tengamos claro, yo seré la primera que lo grite. ¿Vale?

Quiero decirle que yo lo tengo más que claro, pero la entiendo. Claro que lo hago. Y, si lo pienso en frío, puede que tenga razón. Disfrutar de nuestra pequeña burbuja por un tiempo nosotros solos puede estar bien, aunque me joda tener que ir a escondidas como si fuera un amante que solo puede verla de vez en cuando. Pero buscaremos la solución. Con saber que ella quiere lo mismo que yo, me vale.

Por ahora.

—Con una condición.

—La última condición que me pusiste fue una cita. Está usted muy pedigüeño, ¿no cree, señor Bayo? —me dice mientras deja caer las sábanas por su cuerpo desnudo y las tetas hacen acto de presencia. Me quedo mirándolas embobado y reacciono cuando su risa llega hasta mis oídos. Pinzándose el labio y con ojos juguetones, gatea hasta llegar a mí. Se acomoda encima, con una pierna a cada lado

de mi cadera. Me coge el miembro, lo mueve un poco arriba y abajo y ella misma lo guía hasta su apertura. Cuando entra del todo, ambos soltamos un gruñido—. ¿No me ibas a decir algo?

—No tengo ni idea. —La agarro del culo y la ayudo a moverse. No nos besamos. Nos limitados a tantearnos, a mezclar nuestros alientos. No quiero dejar de mirarla, porque quiero tener grabada a fuego en mi memoria su cara de placer. Tiene los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás, con el cuello a la vista, así que me permito sacar un poco la lengua y recorrerlo entero—. Lo haremos a tu manera. Iremos al ritmo que tú me marques. No me importa en absoluto. Pero seremos sinceros entre nosotros. Siempre. No más malos entendidos. No más secretos. No más mentiras.

Abre los ojos para mirarme. Dejamos de movernos. Creo que va a decirme algo, porque abre y cierra la boca varias veces. Al final dice:

—Sí a todo.

Contento con su respuesta, la beso, con mucha ansia e intentando hacerle entender todo lo que siento. Y así, entre susurros y jadeos, damos la bienvenida a nuestro aquí y ahora.

∞

Eva

Mi hermano sigue las directrices que le da el GPS hasta llegar al chalet más grande que he visto en mi vida.

—Guau, madre. ¿Seguro que vive aquí? —pregunta, con la cara prácticamente pegada a la ventana. Igual que yo.

Esta casa es impresionante. No destaca por su altura, sino por todo el terreno que la rodea. Han decidido construir la casa a lo largo en vez de a lo alto, y creo que es un acierto. Debe de ser un coñazo estar todo el día subiendo y bajando escaleras. Por lo poco que vemos, pues nos la tapa el muro, es toda de piedra, con una pequeña buhardilla arriba. Seguro que le pertenece al nieto. Si yo tuviera cinco años, querría vivir allí arriba.

Nos bajamos del coche y, al llegar hasta mi madre, cada uno la cogemos de una mano. Nos mira y nos sonrío. Pedro le da un beso en la mejilla y le pasa el brazo por los hombros, atrayéndola más a su cuerpo. Avanzamos hasta la puerta y llamamos, a la espera de que nos abra alguien. Me fijo en una pequeña placa que hay junto al timbre: «Ella».

—Le ponen nombre a la casa, como los famosos.

—Deben de tener mayordomo. Yo lo tendría. Como en las películas.

—Sí. Como Batman. Yo tendría un Alfred.

—¿Queréis callaros y dejar de decir tonterías?

En ese momento se abre la puerta y mi hermano y yo entramos a la vez, quedándonos atascados en ella. Gana él. Claro. Tiene más fuerza. Así que entra primero, después yo, y por último, mi madre. Resoplando. Aunque sé que en el fondo le hace gracia.

Si el exterior es impresionante, el interior es de... ¡Vaya tela! No sé si tiene arcos abovedados, Silestone o cebollas en vinagre. Yo solo sé que tengo la boca desencajada y me va a costar cerrarla de nuevo. Tiene el jardín mejor cuidado del mundo, y se accede a la casa por unas escaleras en negro o una pequeña rampa que hay al lado. Junto a la puerta, hay un pequeño garaje, con dos coches dentro. Al otro lado, se divisa un pequeño cenador y el principio de una piscina.

—Si lo llego a saber, me traigo el bañador.

La puerta de entrada se abre y el hombre más apuesto que he visto en mi vida sale por ella. Lleva vaqueros y un polo. Creo que debe de ser tan alto como mi hermano, y en otra vida debió de ser moreno, aunque ahora le destaque el pelo blanco. No tiene ni una calvicie.

—Tiene más pelo que tú —le susurro a Pedro, y él me da un pellizco disimulado en el brazo. Odia que se lo recordemos, pero tiene unas entradas alucinantes. Por eso siempre lleva el pelo rapado. Herencia de mi padre. Qué se le va a hacer.

—Hola —saluda al llegar hasta mi madre, a la que abraza y besa en la cabeza. Estoy tentada de ponerme a saltar mientras doy palmadas—. Bienvenidos a mi casa.

—Hola —decimos mi hermano y yo a la vez.

—Es una pasada.

—Gracias. Antes vivíamos en el centro, pero la tranquilidad que te dan las afueras no se puede comparar. Además, aquí vivo con mi hija y mi nieto, y él está encantado. Entre la piscina y todo el espacio que tiene para correr y hacer el cabra, no lo sacas de casa.

Le han brillado los ojos al hablar de su nieto. Mientras hablaba, ha pasado un brazo por los hombros de mi madre, la cual sonrío tanto que parece que se haya tragado una percha. La miro y sonrío yo también. Pedro aún no ha abierto la boca. Me giro a mirarlo y veo que observa a Gonzalo con el ceño fruncido y una actitud, ¿cómo diría? ¿Intimidatoria? Pongo los ojos en blanco incluso antes de que abra la boca.

—¿Qué intenciones tiene con mi madre?

Gonzalo se ríe, mi madre resopla y yo me descojono. Pedro se cruza de brazos y nos intenta mirar ofendido, aunque sé que por dentro se está riendo como nosotros.

—¿Qué? Soy el hombre de la casa y tengo que cuidar de mis chicas.

—Nos tomamos una cerveza y después hablamos de esas intenciones, ¿te parece?

—¿Veis? A mí ya me ha ganado. Si es que soy muy facilón.

Lo seguimos, bordeando la casa para ir a la parte trasera. Disimuladamente agarro a mi madre del brazo y la hago quedarse atrás conmigo.

—Es muy guapo, mamá.

—¿Verdad?

—No sabía yo que podías tener tan buen gusto.

—Soy vieja, no imbécil.

Las risas de un niño se mezclan con las nuestras. Cuando llegamos al jardín, lo vemos corriendo alrededor de la piscina, desternillándose, mientras una joven morena lo persigue, llamándolo y riendo también. Cuando lo alcanza, lo alza al vuelo y le hace cosquillas en la tripa. El niño grita aún más fuerte, y nosotros con ellos. Creo que no hay cosa más contagiosa que la felicidad de un niño.

—¡Daniela! —la llama Gonzalo, y la chica se gira a mirarlo. Mi madre dice que tiene mi edad, pero si me dicen que es cinco años más joven, me lo creo. Con una sonrisa sincera y de la mano del pequeño, se acerca hasta nosotros. El niño parece más tímido, pues se esconde detrás de la pierna de su madre. Ella va mirando el suelo hasta que llega a nuestra altura—. Daniela, cielo, te presento a Carmen y a sus hijos, Eva y Pedro.

Daniela alza la cabeza, y la sonrisa que mostraba hace un momento se borra en el acto. Sé que está morena porque así me lo dice su cuerpo, pero la cara ha perdido todo el color. Y mira a mi hermano con tal intensidad que me asusta un poco. Observo a mi madre, a ver si ella también lo nota. Parece que sí, porque mira a Gonzalo y después a mí con el ceño fruncido. Me encojo de hombros y niego con la cabeza. Los tres nos giramos a ver a Pedro. Tiene los ojos como platos y la boca abierta, aunque él no se ha quedado blanco. Poco a poco relaja el cuerpo, que tenía en tensión, y avanza hasta Daniela, a la que coge por la cintura y alza al vuelo.

—O estos dos se conocen o ha sido amor a primera vista —le digo a mi madre al oído.

—¿Eres tú? ¿De verdad? —le pregunta mi hermano a la chica una vez que la ha dejado de nuevo en el suelo. Ella no dice nada. Agarra con fuerza la mano de su hijo mientras el labio inferior comienza a temblarle. Intenta ocultarlo, pero es inútil, porque va a toda máquina, al igual que las lágrimas que surcan su cara. Mi hermano la coge por las mejillas con ambas manos para que lo mire y comienza a limpiarlas—. Ella, ¿por qué lloras?

«¿Ella? ¡Ah! De ahí la placa de la puerta».

Pero Ella, Daniela, o como quiera que se llame, no habla. No puede dejar de llorar, y a mí me está dando mucha pena, porque se nota que no lo está pasando bien. Pero no creo que en plan negativo, porque a través de las lágrimas puedo ver que mira a mi hermano con dulzura y mucho cariño.

—Mami —dice el pequeño, intentando llamar su atención mientras le tira de la

manita. Ella lo mira y no puede evitar llorar más fuerte. Por el rabillo del ojo veo a Gonzalo, que va a acercarse, pero mi hermano se agacha para quedar a la misma altura que él. Si algo le gusta a Pedro, son los niños. Y a ellos les gusta él.

—¿Qué tal, campeón?

—Hola... ¿Eres amigo de mi mamá?

—Algo así.

—¿Por qué llora?

—Porque hacía mucho tiempo que no me veía.

—¿Como *vente* días? —Pedro le revuelve el pelo ante su lengua de trapo y no deja de sonreír.

—La verdad es que un poquito más de tiempo. Pero háblame de ti. ¿Cuántos años tienes?

—Cinco. Casi seis —dice con orgullo.

—Madre mía, eso es ser ya muy mayor, ¿eh? ¿Estás preparado?

—Sí. Mi abuelito me va a montar una fiesta *mu* grande en la *picina*.

—¡No me digas! Eso mola un montón. Me da un poco de envidia. ¿Me invitarás?

—No lo sé. No te conozco. —Mi hermano se ríe y asiente con la cabeza, dándole la razón. No se oye ni una mosca, únicamente la conversación de los dos. El pequeño ha ido cogiendo confianza y ha salido de detrás de las piernas de su madre, aunque no se ha soltado de su mano. No sé si para darle confianza a él o a ella, porque la pobre Daniela no ha dejado de llorar desde que vio a mi hermano. Sé que es un rompecorazones, pero no sabía que a este nivel. Qué escondido se lo tenía el colega.

—Tienes razón —dice golpeándose la frente—. ¿Qué te parece si me dices cómo te llamas y así nos conocemos mejor?

—Mamá siempre dice que no le diga mi nombre a *desconodidos*.

—En eso tu mamá tiene toda la razón, pero yo creo que a mí sí puedes decírmelo: soy amigo de tu madre y de tu abuelito, y también me gustaría serlo de ti. ¿Qué te parece si yo te digo el mío y luego me dices tú el tuyo?

El niño mira a su madre como pidiéndole permiso y Daniela se limita a asentir. Me doy cuenta de que yo también estoy llorando cuando una lágrima salada me moja el labio. Es ver a alguien así y me contagio, aunque no me entere de la mitad de la película.

—Perfecto. Yo me llamo Pedro. Encantado —le dice mientras le coge la manita para estrecharla, como si fuera mayor.

—¡Hala! ¡Qué guay! Yo también me llamo Pedro —grita el niño mientras sonríe, enseñando hasta la encía.

—¡No me digas! Choca esos cinco. —Lo hace, y mi hermano finge que le ha pegado tan fuerte que le ha hecho daño, provocando las carcajadas del pequeño—. Es un nombre muy chulo. A mí me encanta.

—A mí también. Es el mejor nombre del mundo mundial. Eso dice siempre mi mamá. ¿Sabes por qué? —le susurra en el oído, pero no tan bajito como para que el resto no lo escuchemos. Mi hermano se acerca más, prestándole la atención solo a él—. Mi mamá dice que me llamo así por mi papá. ¿A que sí? —le pregunta a su madre, aunque ella no lo mira a él; tiene la vista fija en mi hermano, con una intensidad arrolladora. Desvía un segundo la mirada hacia su hijo, pero enseguida regresa a Pedro, que sigue en cuclillas. Pero algo debe de haber notado en ella, porque poco a poco comienza a levantarse, despacio, sin interrumpir el contacto visual en ningún momento. La sonrisa que lucía hace un segundo ha desaparecido. Gonzalo ha soltado a mi madre y también tiene una expresión extraña en la cara.

—¿Cuántos años has dicho que tiene? —pregunta mi hermano, pero Daniela no responde—. Joder.

Capítulo 22

Marcos

Qué orgullosa estaría mi madre de mí si ahora pudiera verme. Creo que sería capaz de besar la nevera. Está hasta arriba de comida, al igual que los armarios. No creo que Eva y yo nos lo terminemos todo, pero quiero que sea tan perfecto que he comprado de todo un poco, por si acaso. Y esta noche pienso hacer una sesión de cine, sentados en el sofá, comiendo palomitas del mismo bol. Cosas que haría cualquier pareja. Quiero cosas cotidianas.

Estoy guardando la última lata de cerveza en la nevera cuando me suena el móvil. Lo cojo del bolsillo trasero de mis vaqueros y sonrío como un idiota cuando el nombre de Eva aparece en la pantalla.

—Hola, preciosa. ¿Ya me echas de menos? —bromeo, pero no escucho nada al otro lado. Me pego más el teléfono a la oreja—. Eva, ¿estás ahí? No te oigo.

—Marcos... —susurra bajito. Llorando. Cierro la nevera de golpe, sobresaltado.

—Eva, ¿estás bien? ¿Ha pasado algo?

Me cuesta un poco saber qué dice, pues entre que habla bajito y con hipidos, no se entiende nada. Hago un esfuerzo e intento unir lo poco que consigo descifrar. Cuando lo hago, me quedo mudo, con los ojos como platos y la mandíbula desencajada.

—Se ha marchado y no sabemos dónde puede estar. Salió de aquí hace casi una hora y no nos coge el teléfono. Marcos, estaba muy alterado, y ya sabes que Pedro no se altera por nada. Mi madre está histérica, y yo también, para qué te voy a mentir. Gonzalo dice que nos lleva adonde queramos, pero no sé dónde puede estar, porque hemos llamado a su casa y tampoco nos contesta.

—Vale, tranquila. Creo que sé dónde puede estar. Te llamo si lo encuentro, ¿vale?

—Sí, sí. Dime algo.

—Cuida de tu madre, y cuídate tú también.

—Gracias.

Cuelgo, cojo las llaves y voy directo al coche, que está aparcado en la entrada. Si Pedro se ha escondido, solo hay un sitio al que puede haber ido.

Pedro siempre ha fingido ser el duro, el valiente, el que puede con todo y, conociéndolo como lo hago, ahora está más perdido que nunca.

Después de hacer el trayecto en quince minutos, un tiempo récord, llego hasta la pequeña cala que hay escondida tras una montaña. Es preciosa. Me la enseñó un día

Pedro. Me contó que era su refugio y el de su padre. Él se la mostró. La encontró un día que salió con la bicicleta. Después de venir un par de veces, se dio cuenta de que nadie pisaba esta playa, blanca y con el agua más cristalina que he visto en mi vida. Enseguida se convirtió en ese lugar donde poder perderse a veces, cuando la soledad se convierte un poco en necesidad, en una vía de escape. Bueno, no es cierto del todo. Quiso compartirlo con una persona: su hijo. Un lugar que fuera solo de ellos. Venían muchas veces: a jugar con la pelota, a montar en bici, a bañarse o a sentarse en la arena. Era su pequeño secreto. Cuando su padre murió, lo compartió conmigo.

Le mando un mensaje a Eva, avisándola de que lo he encontrado, justo cuando lo diviso a lo lejos, sentado sobre las rocas y dejando que el agua le salpique los pies. En silencio, me acerco hasta él y me siento a su lado. No se gira a mirarme, no habla, no se mueve. Sigue con la mirada fija más allá de lo que el mar le enseña.

—Tengo un hijo —dice por fin, después de más de diez minutos de silencio.

—Eso me han dicho.

Tiene las rodillas flexionadas pegadas al cuerpo. Esconde la cabeza entre ellas y llora. Rompe a llorar como hacía tiempo. Creo que la única vez que lo he visto así fue en el funeral de su padre. Me acerco y lo abrazo, esperando a que se calme y pueda desahogarse hablando.

—Mierda, Marcos. Tengo un hijo. ¡Un hijo! ¿Qué coño hago yo ahora?

—Conocerlo. —Se aparta de mí para volver a la posición inicial, aunque esta vez sí me mira. No le avergüenza que lo vea llorando. Nunca lo ha hecho. No es tan gilipollas como yo en ese aspecto. «Los hombres también sufren. Los hombres también lloran. Deberías probarlo alguna vez», suele decirme, y tiene razón. Hace tiempo que me di cuenta de que no es un signo de debilidad—. Como dices, es tu hijo y, por lo que me han contado, se parece bastante a ti. Te has perdido cinco años de su vida, y es una putada. Pero todavía tienes muchas cosas que enseñarle. Y él a ti. Céntrate en eso.

—Ya lo sé. De verdad. Pero... ¡joder! Son cinco años. Unos años que no voy a recuperar y me duele muchísimo, no puedo evitarlo. No sé cómo gestionarlo. Se me escapa de las manos.

—Lo entiendo, pero esos años no están escondidos en esta playa, y marchándote como lo has hecho, sabes que tampoco solucionas nada.

—¿Están muy enfadadas? —pregunta refiriéndose a su madre y su hermana. Por lo que me ha contado Eva, cuando se ha enterado, no ha hablado, se ha quedado en silencio mirando fijamente a Daniela, y después ha dado media vuelta y ha salido de casa sin mirar atrás ni una vez, por mucho que ellas gritaran su nombre.

—Sabes que no. Solo están preocupadas.

—Necesitaba un momento.

—Lo saben.

—Lo sigo necesitando.

—No tengo pensado ir a ningún sitio.

—Gracias.

—Siempre.

Volvemos a como estábamos al principio y dejamos que el agua nos siga salpicando, que el sol caliente nuestro rostro y la pequeña brisa que corre nos acaricie.

—Así que Ella, ¿eh?

Daniela o Ella, como nos pidió que la llamáramos, y Pedro se conocieron en un viaje que hicimos hace seis años a Cerdeña. Fuimos quince días. Para mí fueron la mejor forma de huir de la reciente relación de Eva y Raúl. Me salía urticaria cada vez que los veía juntos. Para Pedro supuso un cambio radical en su vida. Creo que fue la primera y única vez que se enamoró de verdad, y el concepto «amor a primera vista» cobró sentido con él. Se conocieron el primer día y creo que no se separaron más que para ir al baño. ¿El problema? Entendieron la relación como un amor pasajero de verano. No quisieron ir más allá. Pedro insistió en que ni siquiera intercambiaran los números de teléfono o los apellidos. Lo único que sabíamos de ella era que vivía entre Londres y España. Su madre era británica y, aunque falleció cuando ella era pequeña, seguían teniendo allí una vida y parte de su familia. Por lo visto, ahora era aquí donde vivían.

—No debería, pero estoy muy enfadado con ella. Cuando la he reconocido, te juro que he pensado que había hecho algo muy bueno porque me la habían vuelto a traer a mi vida. Pero cuando Pedro me ha dicho que se llamaba así por su padre, he recordado su edad y he visto la cara de Daniela..., mi mundo se ha venido abajo. Me lo cuentan y no me lo creo. Parece una película mala de sobremesa. Pero no, es mi vida, y no sé qué hacer con ella.

—No puedo decir que entiendo por lo que estás pasando porque no sería cierto. Pero sí puedo decirte que te conozco. Eres mi hermano. Y si algo te caracteriza es que jamás hay odio en ti. Estás abrumado y confundido, y es entendible, cualquiera lo estaría. Pedro, todo el que te conoce sabe que siempre has querido ser padre. Puede que no de esta manera, pero lo eres. Por un lado, tienes un niño, que debe de ser increíble, esperando conocerte, y, por otro, tienes demasiado amor como para guardarlo solo para ti.

—Debo de parecerle un loco. Estaba ahí tan contento hablando conmigo y, al rato, me he ido de esa manera que... uff.

—Es un niño. Juegas con esa ventaja. Sabrás ganártelo.

—Estoy aterrado, Marcos —me dice mirándome con los ojos rojos y, sí, con miedo—. No sé cómo enfrentarme a él. Estoy acostumbrado a trabajar con niños, pero... él es distinto, con él es diferente. No quiero cagarla. No quiero decepcionarlo.

—No podrías.

La marea está cada vez más alta. Ya no solo nos moja los pies, ahora también las piernas, y en alguna ocasión las salpicaduras llegan hasta el pecho. Si a él no le importa, a mí, menos. Me giro y lo observo. Está tan perdido que me encantaría tener el mapa adecuado que lo guiara. Pedro se ha pasado la vida cuidando de los demás, asegurándose de que tuviéramos todo lo que necesitábamos, que nunca nos faltara de nada, sobre todo a su madre y a su hermana. Por eso, me quedaré aquí con él. Aquí y donde él quiera, porque ahora es él el que debe saber que no está solo, que puede apoyarse en muchos hombros y que este nuevo reto que se le ha presentado lo va a resolver con los ojos cerrados.

—¿Cómo está Daniela?

—Preciosa —me dice con una pequeña sonrisa en los labios. Pero la borra enseguida y frunce el ceño, como recordándose que debe estar enfadado con ella.

—Debéis hablar. Pregúntale. No sé cómo lo debió de pasar cuando se enteró de que estaba embarazada, pero supongo que no fue fácil. Como tampoco lo fue que no pudiera ponerse en contacto contigo porque no sabía ni tu apellido.

—Cállate. Odio que tengas razón —me contesta con un gruñido. Me río y le palmeo la espalda. Tampoco es plan hacerlo sentir mal. Pero es la verdad. Para ella no tuvo que ser sencillo enterarse de que estaba embarazada de un tío al que conoció durante quince días, del que solo sabía su nombre y que vivía en España.

No hablamos más. Pedro se limita a mirar al cielo de vez en cuando, con los ojos cerrados y murmurando palabras que solo él escucha. Supongo que hablando con su padre. No sé qué habrá después de la muerte. Tampoco es algo que me haya planteado, porque me da un poco de mal rollo, pero espero que haya algo, que no nos convirtamos en simple polvo que desaparece. Ahora más que nunca. Porque espero de corazón que Juan esté mirando a su hijo y, sea de la forma que sea, le dé la fuerza que necesita para afrontar todo esto.

Llevaremos en esta playa unas cuantas horas, porque el cielo ya comienza a parecer naranja. Nos levantamos los dos a la vez, en una decisión silenciosa de marcharnos, y ponemos rumbo a nuestros coches. Cuando llegamos hasta ellos, Pedro se para un momento y me llama.

—Gracias. Por ser y estar. Siempre. —No le contesto, porque, aunque no lo quiera reconocer, un nudo se me ha formado en la garganta. Me acerco y nos damos un abrazo.

—Anda, vamos a que me presentes a ese pequeñín. —Una sonrisa de oreja a oreja se extiende por su rostro. En este momento me doy cuenta de una cosa, y es que Pedro ya no es el mismo de hace una hora. Ahora es padre, y es el mejor papel que va a representar en su vida. Estoy seguro—. ¿Sabes qué? Me parece un detalle muy bonito de Daniela que lo llamara como tú. Siempre te tuvo presente y quiso que formaras parte de su vida. Podrías tener eso en cuenta cuando hables con ella.

He seguido a Pedro en el coche hasta la casa más espectacular que he visto nunca. Pedro se ríe de mí cuando me ve con la boca abierta mientras nos acercamos a la puerta de entrada.

Estira el brazo para llamar al timbre y noto que tiembla un poco, así que apoyo una mano en su hombro y llamo yo. Da un par de saltos en el sitio y mueve el cuello de un lado a otro, para liberar tensiones. Cuando la puerta se abre, un hombre alto y que, supongo, será Gonzalo, nos recibe. Al ver a Pedro, la tensión de su cara se suaviza y, sin pensarlo, se acerca a él y lo abraza. Por la cara de mi amigo sé que lo pilló un poco por sorpresa, pero enseguida se recompone y le devuelve el abrazo. Miro más allá y veo a Eva y a su madre en la puerta de la casa. Las dos bajan apresuradas los escalones y van al encuentro de su hermano e hijo, fundiéndose los tres en un gran abrazo. Al separarse, todos tienen los ojos rojos, pero no hay lágrimas. Lo que sí hay son sonrisas de felicidad. Entonces Eva repara en mi presencia y se acerca hasta mí, rodeándome el cuello con sus brazos.

—Gracias, gracias, gracias... —repite, haciéndome cosquillas en el cuello con su aliento.

—Vayamos dentro —dice Gonzalo, y todos lo seguimos. Pedro agarra la mano de su madre con fuerza y ella le sonrío dándole ánimos. No quiero ni imaginar cómo debe de estar él, porque yo estoy de los nervios.

Entramos en la casa y pasamos al comedor. Ahí, en una esquina del sofá, está la joven de veintitrés años a la que conocimos en una playa de Cerdeña. Me sonrío al verme, y yo la saludo con un asentimiento de cabeza. Entre sus brazos, tiene un pequeño bulto acurrucado en posición fetal, con el pelo negro despeinado y tapado con una fina manta. No necesito verle la cara para sentir un pellizco en el corazón.

—Es increíble —susurro para mí mismo, pero Eva, que está a mi lado, lo escucha y me sonrío.

—Sí que lo es.

No lo pienso. Alargo el brazo y entrelazo sus dedos con los míos. Ella baja la vista hasta nuestras manos unidas. Pienso que la va a soltar, que ha sido demasiado atrevido por mi parte, con su familia delante. Pero no lo hace. Aprieta fuerte, me sonrío y volvemos a mirar al frente.

Pedro se acerca hasta Daniela, que lo mira con la duda reflejada en su rostro. Él se acerca, besa su frente, quedándose ahí más tiempo del debido, y después baja la cabeza hasta mirar a su hijo. Noto como mi amigo se emociona y una amplia sonrisa se forma en su rostro, y los ojos se le iluminan. No sé qué se dicen, pero al momento Pedro está alzando al niño en brazos. Daniela se levanta y comienza a andar por el pasillo, seguida de mi amigo y su hijo.

Los otros cuatro integrantes del grupo nos quedamos un rato mirando ese pasillo vacío, con los nervios a flor de piel y deseando que todo salga bien.

Eva suelta mi mano y va hasta su madre y Gonzalo, a quienes les da un beso y un abrazo.

—Creo que nosotros nos marchamos —dice Eva.

—Me parece perfecto, cariño. Yo me voy a quedar por aquí.

—Vale. Llámame con cualquier cosa.

Se abrazan de nuevo, comentamos un par de cosas más y Eva y yo nos vamos hacia mi coche. Una vez dentro, antes de poner el motor en marcha, me giro para poder mirarla.

—¿Estás bien? —le pregunto mientras le aparto un mechón de pelo de la frente.

—Creo que sí. Me siento sobrepasada por todo esto, así que no me puedo imaginar cómo debe de sentirse Pedro.

—Es muy fuerte.

—Lo sé, pero aun así...

—Es increíble.

—Tengo un sobrino —me dice con los ojos como platos, y al rato estalla en carcajadas. No tardo en acompañarla. Cuando conseguimos calmarnos, le rozo la mejilla y le doy un pequeño beso en los labios. Es solo un roce, pero se ha convertido en el mejor beso de mi vida, porque ha sido eso; un simple beso. Una muestra de afecto, de cariño, de compañerismo. Si lo pienso, es el primero que nos damos así. Porque sí.

—¿Quieres que te lleve a tu casa?

—No. Ahora mismo no quiero estar en otro sitio que no sea contigo.

Sin música ni nada, con nuestras manos entrelazadas, pongo rumbo a mi casa, para poder continuar viviendo en nuestra pequeña burbuja.

Capítulo 23

Eva

—Tengo que mear.

—Muy bien. Nadie te lo impide.

—Tú. Si no te quitas de encima, no puedo moverme. —Marcos está enroscado de tal manera en mi cuerpo que parecemos solo uno. Me hace cosquillas cuando intento apartarle las piernas—. Para, para o te juro que me haré pis encima.

—Eso es muy poco glamuroso —me dice con cara de asco, pero no para. Además de hacerme cosquillas en el costado, me raspa a conciencia con la barba en los hombros y sobre los pechos. Me río más fuerte, y eso lo anima a subirse encima y a comenzar a darme mordiscos por el hombro.

—¡No! ¡Por favor! Para, para.

—¿Y qué gano yo si paro?

—Lo que quieras.

—Mmm... interesante —me dice con una media sonrisa que incendia por completo mi cuerpo, ese que debería estar ya más que saciado. Pero parece que no. Aparto a un lado mi lujuria y aprovecho que se ha echado a un lado para salir de la cama. Al hacerlo, voy a agarrar la sábana para taparme el cuerpo, pero él da una sacudida y me la quita de las manos.

—¿Qué haces? —me pregunta con el ceño fruncido, pero divertido por la situación. Pongo los ojos en blanco, los brazos en jarras y lo apunto con un dedo.

—No puedo pasearme por tu casa desnuda.

—¿Por qué no?

—Porque no. Y punto.

—No me parece una respuesta lo suficientemente razonable para aceptarla. Lo siento. Sigue ganando la mía.

El viernes me dijo que me quería desnuda todo el día. Y lo está cumpliendo a rajatabla. Incluso ayer cenamos desnudos en su cama y después vimos una película. O media película. Todo empezó bien, hasta que Marcos me puso una palomita en el pezón derecho y se la comió desde ahí. Después de eso, las palomitas volaron por los aires y la película siguió su curso sin que nadie le prestara atención.

Aunque barrimos y cambiamos las sábanas después de ducharnos, aún queda

alguna por el suelo. De hecho, estoy viendo una ahora mismo. La cojo y se la lanzo; la coge con la boca y hace el signo de la victoria.

Ignorando sus carcajadas, entro en el baño y hago pis. Al terminar, me miro en el espejo y me ruborizo al verme. Parece que haya metido los dedos en el enchufe, pues mi pelo es una maraña de enredos que no sé si seré capaz de controlar. Tengo los labios rojos e hinchados. Pero es que no me extraña. Creo que nos hemos besado hasta dormidos. Me miro el pecho y el vientre, y los tengo rojos. Incluso aún puedo notar el mordisco que me ha dado esta mañana en la cadera, después de despertarme con su cabeza entre mis piernas.

Sonrío como una tonta y me toco los labios. Soy tan feliz que explotaría. No puedo creerme que esto esté pasando de verdad. No puedo creerme que me haya perdido todo esto durante tanto tiempo.

En ese momento suena mi móvil, que dejé cargando anoche en el baño, y al cogerlo veo que tengo un mensaje de un número que no conozco. Lo abro, y la felicidad que sentía hace un momento se empaña un poco.

«Hola, Eva. Soy Raúl. Este es mi nuevo teléfono. Acabo de hablar con Pedro. Joder, es increíble. Aún estoy alucinando y no sé bien qué decir. ¿Cómo estás tú? Supongo que asimilando todo esto todavía. Qué pregunta más idiota. En fin, que me preguntaba si querrías desayunar mañana, porque quiero hablar de lo de Pedro; me ha dejado un poco preocupado. Será un café rápido. Tengo que entrar pronto en el hospital. Si no puedes, lo entiendo, no te preocupes. Un beso».

La puerta del baño se abre, sobresaltándome.

—Qué susto me has dado —le digo a Marcos con la mano en el pecho.

—Perdona. ¿Va todo bien? —pregunta señalando el móvil con la cabeza. Lo miro a la cara, esa sonrisa con la que me obsequia y ese brillo en los ojos que lo acompaña todo el fin de semana, y, no sé por qué, le miento.

—Sí, claro. Es solo una amiga, que mañana quiere quedar para desayunar.

—Muy bien. Voy a la cocina a preparar el nuestro. No bajas, ya lo subo yo. Que me he aficionado a eso de comer en la cama. —Se acerca hasta darme un beso rápido en los labios y sale. Cuando vuelve a cerrar la puerta, me doy cuenta de que he tapado la pantalla del teléfono con mi pecho.

No sé por qué he actuado de esta manera. Sé que no estoy siendo sincera con Marcos y debería poder serlo sin problemas. Es un amigo, nada más. Pero, entonces, ¿por qué lo hago? ¿Y por qué me siento tan mal?

Porque presiento que, si sale el nombre de Raúl, la burbuja se romperá y daremos pasos hacia atrás, en vez de hacia delante, y eso me aterra. Estoy viviendo un sueño, uno que ni siquiera creí posible. Este fin de semana está siendo mágico. El viernes me trató como a una auténtica reina, y ayer con Pedro fue maravilloso. Sí, con Pedro siempre lo ha sido, estamos hablando de ellos dos, pero no sé. Ayer fueron muchas cosas las que pasamos y, contar con Marcos como lo hice, fue asombroso. Siempre

me ha cuidado y protegido, ha estado pendiente de mí, pero lo de ayer fue diferente. Ambos los sabemos. Nos enfrentamos a una situación nueva en nuestras vidas, ajena a nosotros, y lo hicimos como pareja. Aunque el resto no lo supiera, cuando me cogió la mano, no lo hizo para reconfortarme como amigo, como tantas otras veces ha hecho, lo hizo para que supiera que podía contar con él como mi compañero.

Se lo diré. Yo tampoco quiero mentiras y secretos entre nosotros. Pero tengo que encontrar el momento adecuado, y este no es uno de ellos. No cuando estoy desnuda, frente a su espejo, y con el cuerpo repleto de sus marcas.

Le contesto a Raúl, confirmándole que nos vemos por la mañana y salgo del baño en cuanto oigo a Marcos trasteando en la habitación. Al abrir la puerta, lo veo como su madre lo trajo al mundo. Está inclinado sobre la cama colocando una bandeja con zumos de naranja, boles de leche con fruta y cereales, galletas y un peluche. Al oírme, se gira, coge el peluche y se acerca hasta mí. Me rodea la cintura con una mano y me da un beso en la punta de la nariz.

—Se me olvidó llevártelo el viernes cuando fui a recogerte. Los nervios del directo. Ya tú sabes, *mi amol* —me dice con acento cubano. Cojo el peluche, lo huelo y me doy cuenta de que huele a fresas. Como yo. Le acaricio la cara y luego la acuno. Me da un beso en la palma y después en la muñeca. Siempre hace eso y siempre provoca que mi corazón lata aún más deprisa.

—Gracias, Marcos. Por esto —señalo el peluche—, por eso —señalo el desayuno con la cabeza— y por nosotros —le digo después de darle un beso—. Por creer que era posible y hacerme verlo.

—Me hubiera pasado la vida intentándolo. Perdona por no haber llegado antes.

—Has llegado en el momento perfecto. —Y lo creo de verdad. Supongo que teníamos que pasar por todo lo que pasamos para llegar a esto. A lo mejor, si lo hubiéramos hecho de otra forma, no estaríamos ahora donde estamos.

—A desayunar lo que he preparado... o terminaré desnudándote a ti. —Me pellizca el culo y, de la mano, vamos a la cama.

Hablamos de Pedro, cómo no. Creo que hablamos de él durante mucho tiempo. Me dice que antes, cuando lo ha llamado por teléfono, han quedado para ir mañana a tirar unas canastas. Como hacía antes de marcharse. Después, al colgar, lo he llamado yo para ver cómo estaba. Aunque se ha mantenido cauto y no ha dicho nada, sé que a Marcos no le ha hecho gracia que le dijera a mi hermano que había salido a dar una vuelta con las amigas cuando me ha preguntado qué hacía.

—¿Estás bien? —Marcos se ha limitado a asentir y yo, a darme collejas mentales por hacer preguntas estúpidas y mentir dos veces seguidas. Cambió de tema y yo no quise ahondar más en él.

Pasamos el resto de la mañana desnudos. Cumple su promesa de hacerme gritar mucho y muy fuerte dentro del agua, en la piscina. Y después preparamos juntos una ensalada y un poco de pollo en salsa. Bueno, yo lo preparo. Él se limita a abrazarme

por la cintura y a darme pequeños besos donde le viene bien. Para preparar la comida sí me deja ponerme algo de ropa: mis bragas y su camiseta. Siempre me ha parecido muy *sexy* llevar ropa masculina. Y parece que a Marcos también, porque, cuando me ha visto con ella, ha gruñido, y los ojos se le han oscurecido hasta volverse felinos. Él se ha puesto unos bóxers negros con los que se le marca todo, y a mí se me hace la boca agua.

Comemos en la barra de la cocina esta vez, enfrente el uno del otro y con música de fondo. El ambiente se ha vuelto un pelín lúgubre cuando hemos mirado el reloj que descansa encima de la nevera. Y es que tengo que marcharme. Paula llega de viaje y debo ir a recogerla al aeropuerto. Además, primero debo pasar por casa a por mi coche. Marcos me ha ofrecido el suyo, pero en cuanto lo ha dicho, ha cerrado la boca, dándose cuenta de lo que eso podría conllevar.

Terminamos de comer, recogemos y nos dirigimos a la habitación para vestirnos. Le he dicho que puedo coger el metro para ir a casa, pero me ha mirado como si me hubieran salido dos cabezas. Me pongo la ropa que llevé ayer para conocer a Gonzalo. Marcos se viste con unos pantalones cortos y una camiseta blanca, y salimos de la casa en dirección al coche.

—Eh. Mírame —le pido al bajar las escaleras de la entrada—. Lo diremos. Solo es que necesito seguir viviendo en nuestra pequeña burbuja. Déjame disfrutar de ella un poco más. Creo que ambos lo necesitamos.

—Tienes toda la razón. Pero no quiero renunciar a esto. Quiero que puedas llevarte mi coche para recoger a mi hermana. No quiero dormir con ella esta noche, quiero hacerlo contigo.

—Técnicamente, voy a dormir yo con ella. Se queda en mi casa.

—Sabes lo que quiero decir... —Claro que lo sé, yo también lo quiero. Pasar este pequeño rato con él ha sido maravilloso y, aunque no queramos decirlo en voz alta, nos da un poco de miedo que algo pueda estropearse si salimos de aquí.

—Marcos, no dejes que esto estropee este fin de semana y todo lo que hemos avanzado, ¿vale?

—Vale... Dame un último beso antes de que me arrepienta, te cargue sobre mi hombro y no te deje salir de mi cama. —Sonrío porque ha vuelto el Marcos tranquilo, bromista y despreocupado.

Al inseguro, tengo que acostumbrarme.

Capítulo 24

Marcos

Debería matar a Pedro por hacer que me levante a las cinco y media de la mañana. Pero la verdad es que estoy tan contento que como si me piden que corra la maratón de Nueva York. Bueno, tampoco tanto, que la maratón son cuarenta y dos kilómetros y pico y uno no está en forma, pero sí, estoy tan contento que no me importa despertarme ya para ir a echar unas canastas. Era algo que solíamos hacer antes de irme, y ayer me convenció para retomarlo, cuando hablamos por teléfono.

Mi felicidad se debe a ella, por supuesto. Aún no he dejado de sonreír desde que ayer se marchó de mi casa. Sí, me jodió que lo hiciera, porque he probado lo que podemos tener y lo quiero. Ya. Pero entiendo que todo lleva un tiempo y nosotros estamos programando el nuestro.

El viernes, antes de recogerla, estaba muerto de miedo. No soy lo que se dice una persona de compromisos y de relaciones serias. Si ahora lo pienso, sé que era porque la estaba esperando a ella. Así de simple. No pienso darle más vueltas al asunto. Cuando me he levantado esta mañana, mis sábanas seguían oliendo a nosotros juntos, y no sé si las voy a cambiar. Soy así de guarro. Pero es que no tengo ni idea de cuándo voy a poder volver a tenerla en mi cama. Si me dejara llevar por uno de mis impulsos, pasaría de mi amigo, iría hasta su casa, la cogería en brazos y la llevaría a la mía, encerrándola bajo llave. Lo de la ropa es un pequeño tecnicismo. Ya ha quedado comprobado que estar todo el día desnudos se nos da muy bien. Además, si necesita una camiseta, le dejo la mía.

Durante este fin de semana, he confirmado una cosa: ella es el eje que mueve mi mundo y, si lo pierdo, me pierdo.

Mientras le he estado dando vueltas a todo, me ha dado tiempo a ducharme, vestirme con la ropa de deporte, coger la de trabajar para cambiarme allí en el gimnasio del colegio y desayunar. Le mando un mensaje a Pedro para decirle que voy para allá y subo al coche. Ahora mismo el tráfico es casi inexistente. Supongo que eso también es un incentivo para querer entrenar a estas horas. Hubo un tiempo en el que Javier también venía, pero en cuanto se quedó con el *pub*, dejó de hacerlo. Cuando nosotros nos levantamos, normalmente es la hora a la que él se acuesta. Alguna vez aparece para desfogarse, pero lo he visto quedarse de pie dormido mientras se duchaba, así que ya no insistimos.

Llego al pabellón el segundo, pues la moto de Pedro está aparcada en la puerta. No se ve nada más por allí. Parece el escenario perfecto de una película de serie B de los domingos por la noche. Es el nuevo gimnasio donde mi amigo empezará a dar clases de baloncesto. Nos gusta probar los sitios en los que él trabajará, así se va familiarizando con ellos. Estudiar bien las distancias entre canastas, el suelo, el tipo

de pelotas que tienen e incluso cómo son los vestuarios. Dice que es muy importante conocer el entorno en el que los chavales van a trabajar y los materiales, porque, si no lo haces, nunca podrás entrenarlos en condiciones.

Abro la puerta por la que me ha dicho que entre y me voy directo a la luz que hay al final del túnel. En serio, solo falta el *quarterback* y la jefa de animadoras. Mientras voy andando hacia el gimnasio, me encuentro la Secretaría y la Dirección del centro y, luego, aulas a los lados. No puedo evitar que una sonrisa se asome a mi cara recordando la cantidad de veces que Pedro y yo estuvimos en el despacho de la directora Angustias. Hay que tener muy mala leche para llamar así a tu hija, pero el nombre era perfecto para ella.

Al llegar, la puerta está abierta y Pedro dentro echando unas canastas. Me oye entrar y se gira, con la pelota bajo el brazo.

—Has tardado un poco, ¿no?

—¿Pero qué dices?! Si son las siete y cinco. —Dejo la mochila en el banco, cojo la pelota que Pedro me acaba de lanzar, hago unos pases y tiro a canasta, fallando, cómo no.

—Pues eso, llegas cinco minutos tarde.

—Deberías mirarte eso de la puntualidad, porque lo tuyo ya es de estudio.

—O tú dejar de moverte como un octogenario, porque, además, no me puedo creer que hayas fallado ese tiro.

Le enseño el dedo corazón mientras hago unos estiramientos y le pregunto por lo inevitable: su hijo.

—Tenías razón, es un chaval increíble —me dice con una sonrisa de oreja a oreja y un brillo especial en los ojos—. Te lo juro, dudo que sea hijo mío, porque yo no era así a su edad. Tiene unos razonamientos que me dejan alucinado y una agilidad mental que haría a cualquier adulto caerse de espaldas. No sé a quién habrá salido.

—Bueno, puede que Ella tenga parte de culpa en eso y que haya hecho un buen trabajo con él todos estos años.

Mi amigo encoge los hombros, pero no dice nada. Ni siquiera me mira. A pesar de que hablaron el sábado cuando nosotros nos fuimos, y ayer también estuvieron juntos, Pedro no puede evitar sentir cierto rencor hacia ella. Sabe que era muy difícil, por no decir imposible, que pudiera haberlo encontrado cuando se quedó embarazada, pero dice que aun así duele, y mucho. Se ha perdido cinco años de la vida del niño, y es algo con lo que tiene que trabajar. Decido dejarlo correr y no entrar en el tema; ya lo hemos hablado bastante este fin de semana y tampoco quiero incordiarlo. Imagino que cada uno sabe cómo llevar sus asuntos; si no, que me lo digan a mí.

Seguimos jugando una hora más, en la que Pedro acaba como claro vencedor. Pero a ver, él es entrenador, juega todos los días. Lo mío es solo falta de costumbre.

—No cantes victoria tan rápido. Te he dejado ganar porque estás de bajón y me

das un poco de lástima.

—Claro que sí, mi pequeño aprendiz. Cuarenta a quince ha sido una cuestión de dejarse ganar.

—¿Cuarenta? —Pedro continúa riéndose de mí, mientras lo sigo hacia las duchas con la incredulidad pintada aún en la cara. Esto no es una pequeña victoria, esto es tocado y hundido.

—Bueno, no te vas a librar. ¿Esta tarde en el bar de tu hermano? —Quien gana le paga un par de cervezas al otro, y siempre acabamos en el bar de Javier. Está claro que mi hermano nos debe su pequeña fortuna a nosotros.

—Hasta las ocho hoy no puedo, que tengo mucho curro.

Entramos en el vestuario, y debo admirar lo limpio que está. Creo que hasta podría comer en el suelo. A ver, el símil es bastante asqueroso, pero se entiende lo que quiero decir. Los azulejos de las paredes relucen y, aunque hay alguna pintada, quedan hasta bien sobre el fondo blanco. Los urinarios están limpios y no veo ningún chicle pegado en los bancos o las taquillas. Y ninguna rota, que ya es todo un logro. Pedro deja su mochila en el banco que hay cerca de las duchas y saca de ella su ropa, chanclas, jabones varios y toalla. Yo me pongo al lado y empiezo a imitarlo. Tengo que estar en el trabajo dentro de treinta minutos. Hoy va a ser un día muy largo.

—No hay problema. Tengo la última clase a las ocho, pero es a cinco minutos del bar, así que lo que tarde en ducharme e ir. ¡Hostia! Casi se me olvida. Le dije a Raúl que se pasara también, que el otro día me preguntó por ti y le dije que nos veríamos hoy.

Ahora mismo soy como un dibujo animado; he notado cómo he ido cambiando de color poco a poco hasta quedarme blanco. La sangre ha dejado de circularme por el cuerpo y el corazón se me ha parado de golpe.

Todo por un nombre. El suyo.

Raúl.

—Ya sabes —Pedro habla y habla, sin darse cuenta de mi bloqueo—, ahora que ha vuelto, por fin, por cierto, y con todo lo de su padre, creo que le vendrá bien volver a estar con nosotros y desconectar un rato. Además, después de todo lo que pasó entre mi hermana y él, cómo terminaron las cosas... —sigue hablando, se termina de desnudar y se mete en la ducha, todo mientras yo continúo en la misma posición: completamente vestido, con la mano en la cremallera de la bolsa, de pie, mirando en la dirección en la que mi amigo ha desaparecido, con cara de idiota.

Las preguntas se suceden en mi cabeza una detrás de otra sin control alguno: ¿Raúl ha vuelto?, ¿qué me ha dicho de su padre?, ¿viene esta noche?

Me acuerdo como si fuera ayer del día que Paula me llamó para decirme que Eva se separaba. Aquí en España eran las once, pero allí, en Estados Unidos, las cinco de la mañana. A mi hermana jamás le importó la diferencia horaria. Si quería hablar,

llamaba. Así de sencillo. Le grité, le pedí y le supliqué que mirara la hora antes de llamarme, o que me mandara un mensaje primero a ver si estaba despierto o no. Por un oído le entró y, con la misma rapidez, le salió por el otro. Cuando descolgué aquella madrugada, dispuesto a mandarla a la mierda, me lo dijo. Sin un «hola» o «¿cómo va todo?». Nada. Simplemente un «Raúl se marcha. Van a divorciarse, Marcos. ¿Me has oído? Eva se separa».

Fue la mejor manera para despertarme de golpe.

Además de la llamada de parte de Eva, también esperé la de él. Incluso, durante un tiempo, pensé que me lo encontraría en el portal de mi casa dispuesto a partirme la cara. ¿Sabría lo que había pasado? Desaparecí de su vida de repente. Raúl es muchas cosas, pero idiota no es una de ellas. Por lo que pude sacarles a mis hermanos, a mis padres o a Pedro, se separaban porque lo suyo no terminaba de funcionar. Pero... a quién quería engañar, el motivo tenía nombre y apellidos. Los míos. Habían pasado nueve meses desde que se habían casado. Se conocían de sobra para saber si lo suyo hubiera podido funcionar o no.

Pero la llamada por parte de Raúl no llegó jamás. Ni mi disculpa tampoco, claro, y lo peor de todo es que, desde que he vuelto, no me he atrevido, ni una vez, a preguntarle a Eva si Raúl llegó a conocer lo qué pasó.

Una punzada se me clava en el pecho. Dos, en realidad. Una, al pensar en Eva. ¿Sabrá que ha vuelto? Y la otra, al pensar que Raúl es su exmarido. No debería sentirme así, no tengo ningún derecho, pero no puedo evitarlo.

—Pero me alegro de que nos llamara al venir. Cuando lo vi alejarse en aquel taxi, supe que mi relación con él había cambiado. No lo podía culpar. A ninguno, en realidad. Aunque podía ver el dolor en la cara de mi hermana. Pero ella no tenía la culpa. Por mucho que quieras a una persona, a veces las cosas no funcionan como matrimonio. Por lo que ambos me han dicho, su reencuentro ha sido bastante bueno, dadas las circunstancias. —Pedro sale de la ducha con la toalla alrededor de la cintura y, al verme todavía vestido, sin intención de ducharme, el ceño fruncido y rojo de furia por algo que acaba de decir, se para en seco y me mira alzando las cejas—. ¿No piensas ducharte? He dejado el champú ahí dentro.

—¿Qué has dicho?

—Que el champú está en la ducha.

—No, antes.

—Que si no vas a ducharte.

—¡Joder, Pedro! ¡Antes de eso!

—¿Pero por qué me gritas? ¡Yo qué sé qué coño he dicho! Llevo media hora hablando solo y puedo decir muchas gilipolleces en media hora.

Tiene razón. No sé por qué le estoy gritando y no pienso pagar mi mal humor con él. Además, he debido de oír mal. No puede haber dicho que Raúl y Eva se han visto,

porque, si así fuera, ella me lo habría comentado, ¿no? ¿Por qué iba a ocultármelo? No tiene ningún sentido.

—Perdona, es que me ha pillado todo un poco de sorpresa y me he quedado bloqueado. ¿Qué me decías de un reencuentro?

—Que el reencuentro entre Eva y Raúl fue bien, por lo que ambos me han dicho.

—¿Se han visto? —La pregunta me sale entrecortada, carraspeando un poco para poder aclararme la garganta, que ahora mismo parece lija.

—Sí. El otro día. Ya sabes que ellos eran amigos antes de ser marido y mujer, y ahora él necesita a sus...

—¿Cuándo fue eso?

—¿Cuándo fue el qué?

—Joder, Pedro..., ¿hoy estás espesito o qué coño pasa contigo?

—Pues tú estás gilipollas y pareces no haberte dado cuenta. ¿Se puede saber qué te pasa? ¿Por qué de repente estás tan rojo? Tienes la vena que parece que vaya a estallar, y odiaría ahora mismo ser tu mochila por la forma en que la estás ahogando con tus propias manos. —Suelto la mochila, pero mi expresión sigue siendo la misma. Mierda... ¿Se han visto?

—¿Cuándo ha sido eso? Raúl y Eva... ¿Cuándo fue a verla?

—Uff, pues yo qué sé. La semana pasada... Miércoles, jueves... Ni idea. Uno de esos días.

No es normal ni racional, lo sé. No debería estar comportándome así. Son dos personas que tienen un pasado, vale. Compartieron una vida juntos antes de que yo me metiera en medio, no tengo derecho a sentirme así. Pero, si lo pienso fríamente, a lo mejor ese es el problema, que compartieron demasiado, y que esa parte que creía dormida ha despertado: celos, miedo e inseguridad. Porque, si lo eligió una vez, ¿puede volver a hacerlo?

Cierro la cremallera, me cuelgo la mochila al hombro y salgo corriendo directo a hablar con Eva. Ni siquiera me despido de Pedro, el cual sigue llamándome a gritos, pero lo ignoro. Solo quiero llegar a mi coche.

Una vez monto en él, tiro al asiento de atrás la bolsa, que cae de cualquier manera, y arranco. Ni la radio puede ahora mismo calmarme. Estoy tentado a llamarla, pero no lo hago. No quiero hablar con ella por teléfono, quiero hacerlo cara a cara, porque si de algo estoy seguro es de que hay una explicación. «Oh, vamos, lo que me pasa es que estoy celoso de cojones».

Llamo al trabajo. Empezamos una nueva campaña y los clientes van a venir en un par de días, por lo que estamos hasta arriba de presentaciones y papeleo, pero aun así finjo un problema familiar y aviso de que llegaré más tarde. No me juzgan ni me preguntan. Es la primera vez que voy a retrasarme.

Llego hasta casa de Eva y ni me molesto en buscar aparcamiento. Dejo el coche en segunda fila y llamo al telefonillo. Nadie contesta. Ni siquiera Paula, que se ha quedado a dormir. Eso no me sorprende mucho, porque es capaz de pasar una estampida de rinocerontes por encima y ni se inmutaría. Pero Eva tiene el sueño ligero, debe escuchar el timbre.

Cansado de estar así más de diez minutos, decido marcharme a casa. Además, recuerdo que me dijo que había quedado con una amiga para desayunar. Me sorprende un poco que sea tan pronto, pero eso me relaja bastante. Miro el teléfono y pienso en llamarla, pero haciéndolo solo me convertiría en el hombre de las cavernas y en un ser posesivo, controlador y paranoico. Vuelvo al coche para irme a casa, ducharme y después ir al trabajo. Lo intentaré de nuevo esta tarde y sin problemas.

Freno en el semáforo y sintonizo la radio, buscando Los Cuarenta y el programa de bromas que hacen por las mañanas.

¿El problema? Que, una vez más, se demuestra que un mísero segundo puede cambiar nuestras vidas.

Estoy parado frente a un pequeño horno que hay al lado de casa de Eva. Es una pequeña *pastisseria*, decorada de tal manera que parece que estés en la misma Francia. Las mesas son de madera, lacadas en blanco y con las sillas en colores claros. Las paredes son de piedra, con alguna decoración en forma de vigas de madera. El mostrador es todo de cristal, para poder ver el género. Por un lado, los pasteles y las tartas, y por otro, la bollería. Los *croissants* son los mejores que he probado, y sé que a Eva le encantan. De hecho, se está comiendo uno ahora mismo, mientras se ríe a mandíbula abierta. Ella no me ve, está de perfil a la calle, mirando fijamente a la persona que tiene delante, quien tampoco aparta sus ojos de ella. Raúl está igual a como lo recordaba. Y parece que no ha perdido su toque, sino que la sigue haciendo reír igual que el primer día.

Me tienta entrar, pegarle un puñetazo a él, cogerla a ella, meterla en el coche e irme a casa. Me jode que esté sonriendo así. Quiero saber por qué están los dos ahí juntos. Quiero saber por qué no me ha dicho nada. Quiero saber cuántas veces se han visto desde que él ha vuelto. Quiero saber qué ha significado para ella este fin de semana. Quiero saber por qué, cuando le dije que no quería secretos, mentiras, me dijo que ella tampoco. Raúl es la amiga con la que ha quedado a desayunar. Me ha mentado. En mi cara.

Pero no hago nada. Giro a la derecha, rumbo a casa, mientras la imagen de los dos juntos en esa mesa me atormenta y destroza por dentro poco a poco. Y hago algo que nunca creí que haría.

Cuando estoy tumbado en la cama, a oscuras, con dolor de cabeza, el brazo sobre los ojos porque la mínima luz me molesta y mil preguntas me rondan por la cabeza, llamo al trabajo y finjo estar enfermo.

Capítulo 25

Eva

Me levanto de la cama y voy directa a darme una ducha fría, porque a pesar de estar en septiembre hace muchísimo calor. Me dejo el pelo suelto para que se seque al aire, aunque me pongo dos horquillas sujetándome el flequillo para que no me moleste en la cara; pantalones vaqueros de pitillo; una camiseta de manga corta con un unicornio rosa dibujado, que me compró una amiga por mi cumpleaños el año pasado, y las sandalias planas de color chocolate. Me llevo también una rebeca muy fina. Hace calor en la calle, pero en algunos sitios se pasan con el aire acondicionado, así que prefiero ir precavida. No me pinto, ni siquiera con un poco de brillo en los labios, pero sí me pongo la crema con olor a coco que compré en el supermercado el otro día y que huele tan bien que dan ganas de comértela.

Justo estoy a punto de salir de casa, ignorando el pequeño pinchazo que tengo en el pecho desde ayer, cuando le dije a Marcos que había quedado a desayunar con una amiga, cuando recibo un mensaje en el móvil. Es de Raúl, que me avisa de que ya está en la pastelería sentado.

En el ascensor, miro la bandeja de WhatsApp y sonrío como una tonta al ver los mensajes que nos enviamos ayer Marcos y yo antes de dormir, o las fotos que nos hemos hecho este fin de semana. Quiere intentarlo. Yo también. No puedo seguir alimentando algo que es una tontería y que soy yo sola la que está provocando que sea más gordo al ocultar la verdad como lo estoy haciendo.

Nada más llegar, saludo a Francine, la dueña, y le hago un gesto con la cabeza como queriendo indicar que busco a alguien, pero ella ya sabe a quién. No es esta la primera vez que vamos a desayunar juntos allí. Me señala una mesa que hay casi en el centro, de perfil a la ventana, y ahí, sentado, con el pelo rubio un poco revuelto, pantalones color *beige* y camisa negra, de espaldas a mí, está mi exmarido. Es cierto que lo vi hace unos días; hablamos, lloramos —bueno, lloré— y nos abrazamos, pero aún se me hace un poco raro verlo de nuevo.

Llego hasta donde está y, en vez de llamarlo, lo golpeo en el hombro, sobresaltándolo. Se levanta un poco torpe, sin saber muy bien cómo saludarnos; si con dos besos, un abrazo o un beso en la mejilla.

—Si quieres, podemos chocar los cinco, así a lo mejor es menos embarazoso.

Ahí está, ha vuelto el Raúl de siempre, el que siempre tenía una frase ingeniosa para cortar la tensión o calmarte los nervios. Al final nos damos dos besos acompañados de un *miniabrazo* y nos sentamos a la mesa. Él ya tiene su café, así que yo pido el mío junto con el *croissant*. En cuanto la camarera se marcha, nos

centramos en Pedro, el motivo por el que nos hemos reunido.

—¿Cómo está?

—Alucinando, como todos. Es que parece de coña. ¿Estas cosas pasan de verdad? De todas las personas que hay en el mundo, ¿tu madre se ha enamorado del padre de la tía con la que estuviste hace tantos años, durante unos míseros quince días, y encima tiene un hijo tuyo? ¿Mi hermano se llama Francisco José Ángel de Todos los Santos y esto es la telenovela de las cuatro de la tarde? —Nos reímos, y comienzo a remover el café distraída, recordando la cara de mi hermano cuando miró a Daniela a los ojos y lo comprendió todo—. Fuera de bromas... no sé. No tengo ni idea. Solo sé que, si alguien se merece ser padre, es él. Que tiene mucho amor que dar y que ese niño es el más afortunado del mundo.

—¿Y la madre?

—¿Te ha hablado de ella?

—Muy por encima. Me pareció que no estaba muy cómodo.

—Sí. Bueno, tampoco he podido hablar mucho con él. La última vez que lo vi estaba llevando a su hijo en brazos y yendo los tres a una habitación a hablar. Ayer poco me contó. Ya sabes que Pedro puede ser muy hermético cuando quiere, y yo tampoco quiero presionarlo en exceso.

—Sí. Cada uno necesita digerir las cosas a su manera. Pedro siempre ha querido ser partícipe de los problemas de los demás, pero, cuando se trata de los suyos — chasquea la lengua y niega con la cabeza—, ahí puede cerrarse en banda y tirar la llave al río.

Seguimos hablando un poco más. De Pedro, al que verá esta noche, y de su padre. Han decidido llevarlo a casa. Odia los hospitales y dice que quiere pasar sus últimos días en casa. Alargo el brazo y le aprieto la mano cuando veo que aparta la mirada de forma disimulada, para que no vea que los ojos se le han puesto rojos. Cambiamos de tema, centrándonos en Londres. Recuperamos poco a poco la naturalidad y la confianza que siempre nos caracterizó, y me doy cuenta de que me alegro de que haya vuelto. No tengo ni idea de si volverá a marcharse, pero sé que no va a volver a alejarse como lo hizo.

Viendo la cara de Raúl mientras me cuenta que tiene a alguien especial en Londres, no siento celos ni añoranza. Nada. Solo siento felicidad por que él haya encontrado la suya y porque, aunque tarde, he recuperado a mi amigo. Pienso en Marcos, en todo lo que tengo que vivir todavía con él, y una sonrisa asoma a mi cara.

Terminamos de desayunar y me dice que debe volver al trabajo. Insiste en pagar. Nos levantamos, despidiéndonos de Francine, y salimos juntos por la puerta. Él debe girar a la izquierda para coger el metro y yo hacia la derecha.

—¿Sigues odiando coger el coche?

—No lo odio, pero si puedo sentarme y dejar que me lleven, ¿quién no lo haría?

Aunque Raúl nunca hable de ello, de pequeño tuvo un accidente de coche que casi acaba con su madre y, aunque tiene coche y conduce, intenta cogerlo lo menos posible. Según él, el metro y el autobús son sus mejores amigos.

Ahora sí; nos damos un pequeño abrazo como despedida, con la promesa de hablar y vernos pronto. Me da un pequeño toque en la punta de la nariz y se gira para andar calle abajo. Yo voy a hacer justo lo mismo cuando me llama.

—Sé que me estoy metiendo donde nadie me llama, pero... ¿Marcos sabe que he vuelto? ¿Sabe que nos hemos visto?

—Yo... no...

—Cuéntaselo, Eva. Las mentiras tienen las patas muy cortas. Y aunque creas que lo haces por su bien, no es así, y que se entere por otros es mil veces peor que el que tú se lo cuentes. Además, ser el secreto de alguien no es agradable, y esto debería ser de todo menos un secreto. Ocultar la verdad es una manera como otra cualquiera de mentir, solo que disfrazada. En la práctica, sigue siendo una mentira. Es solo el consejo de un viejo amigo.

Me guiña un ojo, se da media vuelta y se marcha, dejándome anclada en el suelo, hasta que lo veo desaparecer en la esquina. Un claxon me saca del trance en el que estoy y, agarrándome fuerte al asa del bolso, como si fuera un salvavidas, pongo rumbo a casa, con la firme promesa de llamar a Marcos en cuanto llegue. Por la hora que es, debe de estar trabajando, y sé que estos días iba a estar muy ocupado por una nueva campaña que están preparando. Pero no me importa, esperaré. Le diré que nos veamos esta noche; aquí, en su casa o donde él quiera.

Al llegar voy directa a la cocina a beberme un vaso grande de agua fría, porque estoy un poco nerviosa, aunque sé que no debería. Cuando termino, dejo el vaso en la pila, me quito los zapatos y, descalza, voy hasta el sofá. Me siento con las piernas flexionadas debajo del culo, ocultando los pies descalzos, y cojo el móvil. No hace falta que busque su número en contactos, me lo sé de memoria. Suena y está así un rato, pero nadie lo coge. La decepción se instala en mi pecho, como un mal presentimiento, pero me recrimino esta actitud tan infantil. Está en una reunión de trabajo, no puede estar pendiente del teléfono. Voy a dejarlo en la mesita cuando me acuerdo de nuevo de la conversación de ayer. La leo otra vez y le mando un mensaje, simplemente para que sepa que me acuerdo de él: «Odio los lunes, me parecen el peor día de la semana. Pero, si me acuerdo de este fin de semana, lo compensa todo». De forma casi instantánea, veo que salen los dos tics azules: el mensaje está leído. Así que espero su respuesta.

Espero y espero, pero esta no llega.

Después de comer, lo intento de nuevo. Le envío una foto de mi ensalada con salsa pesto, receta suya. Vuelve a salir como visto, pero sigue sin contestarme.

Un escalofrío me recorre entera, desde la punta del dedo gordo del pie hasta el último pelo de la cabeza. Esto ya no es normal, ¿no? Quiero decir, entiendo que esté reunido y tenga mucho trabajo, pero, si ha podido ver mis mensajes, por lo menos

podría contestarme, aunque fuera con el emoticono del pulgar hacia arriba. ¡Yo qué sé! ¡Algo!

Decido no pensar más en el tema. Me voy al sofá y me pongo *Juego de tronos*.

Me quedo dormida a mitad del segundo capítulo, como siempre. Cuando me levanto, ya es la hora de cenar. Tengo una lucecita parpadeando en el móvil. Mi sonrisa se ensancha incluso antes de ver quién me ha llamado, pero esta se borra de un plumazo cuando veo que es Paula. A ver, que yo quiero mucho a mi amiga, pero no es el hermano que yo esperaba. Compruebo sus mensajes y veo que no tengo ninguno nuevo. El último es la foto de mi triste ensalada. Le mando un mensaje a Paula preguntándole si quería algo, que me he quedado dormida y no he oído su llamada. Su mensaje me deja aún más hecha polvo que antes: «Estoy en el cine. Tenía que salir de casa o mataba a mi hermano. ¿Pero qué leches le pasa? Lleva todo el día encerrado en su habitación y ha salido solo para coger un trozo de pizza de la nevera, que no tengo ni idea desde cuándo está ahí. A lo mejor le da cagalera. Pero que se joda. Le preguntas y gruñe, y tiene cara como si le hubiera pasado un tanque por encima. Bah, yo paso. Que le gruña a su madre. Bueno, a mi madre no. Que le grite a la loca que saca a pasear al perro a las tres de la mañana y hace tanto ruido».

De todo lo que me ha dicho, solo me quedo con lo de «en su habitación». ¿No ha ido a trabajar? Decido utilizar otra táctica: llamarlo por teléfono. Pero al tercer tono, me cuelga. Ahora no estoy preocupada, ahora estoy cabreada. ¿Pero a este qué coño le pasa? Luchando contra mis ganas de mandarlo a la mierda, le mando un último mensaje preguntándole si está bien.

Esta vez, sí contesta. Vaya si lo hace.

«Estoy cansado. Hablamos en otro momento».

Si antes mi corazón tenía una pequeña brecha, ahora tiene un socavón.

Capítulo 26

Marcos

La imagen de ellos dos lleva atormentándome toda la noche. Desde que llegué ayer, no he salido de mi habitación. Únicamente para coger algo de comer y ladrarle a mi hermana. No debería pagarlo con ella, pero ya se sabe... la confianza a veces da asco. Y ayer le tocó a Paula.

Por una parte, siento que mi comportamiento está siendo un poco irracional y exagerado, que debería hablar con Eva para dejar de sentirme como una mierda, y que todo debe de tener la explicación más lógica del mundo. Pero es superior a mí. Ni siquiera pude hablar por teléfono cuando me llamó.

Su sonrisa, los dos juntos tras esa ventana. Me consume.

He vuelto a llamar al trabajo para decir que estoy enfermo. Roberto no se lo ha cuestionado, eso significa que aún doy más pena de la que pensaba. Y eso que ni siquiera me ha visto, solo me ha escuchado por teléfono.

Suena el móvil. Como tengo la luz apagada y las ventanas bajadas del todo, me toca buscarlo a tientas entre las sábanas, guiándome por la luz que proyecta y por el sonido. Lo encuentro casi a los pies de la cama y, sin pensármelo, cuelgo cuando el nombre de mi hermano aparece en pantalla.

Otro daño colateral.

Pero a ver si así entienden de una vez que no quiero hablar con nadie.

Pedro también me llamó anoche y después me mandó un mensaje, para ver por qué no había ido al bar como habíamos quedado. Decirle que ver a Raúl me apetecía lo mismo que comer carne cruda, que me he estado acostando con su hermana a escondidas y que estoy hecho polvo no entraba en mi lista de «cosas pendientes que comentar con mi amigo», así que decidí ignorarlo.

Unos golpes me sobresaltan. Cojo uno de los cojines que tengo en la cama y lo lanzo contra la puerta.

—¿Qué?!

—¿Hoy tampoco vas a salir de la cama?!

—Tengo gripe.

—¿En septiembre?

—Son cosas que pasan.

Intenta abrir la puerta, pero he sido más listo que ella y he cerrado con pestillo. Se caga en mí, en mi familia, que es la misma que la suya, y, al ver que no pienso abrir a pesar de sus amenazas, se marcha. La escucho bajar las escaleras, dando tales golpes que temo por mis pobres escalones. Al poco, la puerta principal se cierra con un portazo que hace tambalear la casa. Así se las gasta mi hermana pequeña cuando la cabrean. Y yo tengo matrícula de honor en eso, no es algo nuevo.

Suspiro, me tapo la cara con la almohada y pienso en ella. Como si no lo hubiera hecho suficiente.

—¿Esto significa que sí, que lo vamos a intentar? —le pregunté el sábado por la noche, mientras estábamos los dos tumbados en la cama: ella boca abajo, con la espalda al aire y la sábana tapándole solo las piernas. Yo estaba de lado, con la cabeza apoyada en una mano y con la otra recorriéndole la espalda de arriba abajo.

—O que el sexo es muy bueno y me gusta repetir. —Me acerqué y le besé el hombro, sin ocultar la sonrisa que sus palabras le produjeron a mi ego.

—Pero eso es algo que ya sabíamos.

—¡Oh! ¡Vamos!

—Has empezado tú.

Se giró para quedar ella también de lado y poder mirarme a la cara. Su pecho quedó al descubierto e intentó taparlo con las sábanas. Pero la detuve, pidiéndole con los ojos que no se tapara. No porque fuera un enfermo sexual —tal vez un poquito—, sino porque quería que conmigo que sintiera segura, relajada y sexy. Tal y como yo la veía.

—Me gusta hacia dónde va esto. Me gusta mucho. Me encanta verte enredada entre mis sábanas y en todos los rincones de mi casa.

—A mí también.

—¿De verdad?

—Sí.

Pues no. Si de verdad fuera así, me habría dicho lo de Raúl. Soy un tío con el que se puede hablar, cojones. ¡Si no hemos hecho otra cosa en todo el puñetero fin de semana! Por mi parte, me ha faltado abrirme en canal y servirle mi corazón en una bandeja.

Me escucho y me entra la risa, pero de esas histéricas. Porque en verdad no me hace ninguna gracia. Me hace parecer un desequilibrado. Riendo así, yo solo en mi habitación. Cualquiera que me viera, lo pensaría. Pero es que estoy con la guardia bajo mínimos, fuera de mi zona de confort.

Me froto la sien, en círculos, masajeándola, porque encima tengo un dolor de cabeza horrible. Como no hay nadie en casa y puedo bajar sin ser interrogado, asaltado o juzgado, decido ir a la cocina y tomarme un ibuprofeno acompañado de una buena taza de cereales. Eso sí, en cuanto termine, pienso volver a mi *batcueva* y

no salir, por lo menos, hasta mañana.

Cuando termino, subo de nuevo al piso de arriba, pero esto de dar vueltas en la cama no es lo mío. Me levanto, me ducho, que buena falta me hace, y aún con el pelo mojado y la barba asomando, me pongo unos pantalones cortos, una camiseta, las deportivas, y salgo a correr por la urbanización, a ver si la adrenalina logra que me encuentre a mí mismo.

Corro diez kilómetros. Pero no quiero parar. La música es lo único que me acompaña, consiguiendo que deje por un rato mi mente en blanco, así que me animo a seguir un poco más. Cuando llevo diecisiete kilómetros, creo que me voy a morir. Me tienta mucho ir a casa reptando, porque he sido muy inteligente: en vez de, a mitad de recorrido, dar la vuelta de camino a casa, he seguido y seguido, hasta llegar al siguiente pueblo. Vislumbro el largo camino que me queda de regreso y me entran ganas de llorar. Los gemelos me duelen, las plantas de los pies me arden, el corazón va a su propio ritmo y el sudor me escuece en partes en que no debería. Cojo el móvil y pauso la lista de música que estaba sonando. Mientras corría, me han entrado unos cuantos mensajes. Son todos de Eva. Cojo aire, me siento en un bordillo y los abro.

Eva: Marcos, me estoy poniendo un poco nerviosa. ¿Ha pasado algo?

Eva: Ya no estoy nerviosa, ahora estás empezando a cabrearme. ¿Por qué no me coges el teléfono?

Eva: Si querías hacer las cosas bien, te estás luciendo.

Eva: No te voy a llamar más. Si quieres algo, ya sabes dónde estoy.

Este último es de hace apenas cinco minutos. Tiene razón. No puedo esconderme de ella. Además, tampoco se lo merece. Yo me enfadé porque no me dejaba explicarme, y, ahora, eso es justo lo que yo estoy haciendo. Peor. Porque ella ni siquiera sabe qué me pasa.

Marcos: A las ocho estaré en tu casa.

Aunque enseguida me aparece la confirmación de que lo ha leído, no me contesta. Está pagándome con mi propia moneda. No puedo evitar sonreír un poco. Me lo merezco.

Me levanto, bebo un poco de agua de la botella que he traído y pongo rumbo a casa. Paseando. A pasos muy muy lentos.

∞

Eva

«¿Pero este tío de qué va?».

No puede ignorarme como ha hecho este día y medio, para después enviarme un mensaje y que yo pierda el culo por él. No pienso consentirlo. Además, quedaremos a las ocho si a mí me da la gana. A lo mejor no le contesto, lo dejo que venga y después

no le abro la puerta. Que se crea que he salido.

Pero, a quién quiero engañar... Esta incertidumbre me está matando. Le voy a abrir la puerta cuando llame. Él lo sabe, y yo también. Por eso no pregunta si puede venir. Lo da por hecho.

Dejo el móvil en el banco de la cocina, para no tentarme a contestarle ya, cojo las llaves de casa y salgo. Tengo un hambre que me muero, y ganas de cocinar, menos diez. Benditas las casas de comidas. A ellas sí que deberían declararlas Patrimonio de la Humanidad. Que vayas a un local, pidas un plato de arroz o unas lentejas calentitas, te lo den y te lo subas a casa directamente para comer es la vida. Y la vida es demasiado corta para ocuparla con memeces.

Recojo mi plato de paella de verduras, mi barra de pan y vuelvo de nuevo a casa. Aunque no he traído el móvil, la cara de Marcos y su mensaje me han acompañado cada uno de los minutos que he estado fuera. Al entrar, voy directa a la cocina y me tiro en plancha sobre el móvil, como si me fuera la vida en ello, y veo que tengo un nuevo mensaje suyo.

Marcos: *Me merezco tu silencio. ¿Puedo ir esta tarde a tu casa para hablar?*

Eva: *No puedes desaparecer así como así. Si tienes un problema, lo hablamos. Quedamos en eso, ¿no?*

Marcos: *Eso parece...*

Odio los puntos suspensivos. Me ponen nerviosa, porque detrás de ese «eso parece» hay mucho más que no me está diciendo. Pero no voy a insistir, sé que no voy a conseguir nada. Lo mejor es esperar a que llegue y que hablemos.

Eva: *Te espero a las ocho en mi casa.*

Marcos: *Gracias.*

Ni un beso ni nada. Solo «gracias».

Como sin ganas, porque el hambre voraz se ha esfumado. Cuando termino, me doy una ducha, me pongo ropa cómoda para estar en casa, me tumbo en el sofá y espero a que ese timbre suene y me cuente por fin qué está pasando.

∞

Marcos ya está aquí. Son las ocho en punto. No ha sido tan puntual en su vida.

Lo espero con la puerta de casa abierta. No me he cambiado de ropa. Sigo con el pantalón corto y la camiseta de tirantes. No quiero que piense que me voy a arreglar porque él venga. Puede sonar infantil, pero ese pequeño toque de cabezonería me da fuerza.

La puerta del ascensor se abre y aparece Marcos. Lleva vaqueros y una simple camiseta, en plan «todo me importa una mierda», pero, aun así, está para comérselo y no dejar ni los huesos. Se detiene al verme y, entonces, me doy cuenta de que parece cansado, como si no hubiera dormido bien en días. Tiene el pelo muy alborotado, la

barba le ha crecido desde la última vez que lo vi, y unas ojeras que no sabía que tenía acompañan a sus bonitos ojos.

Me preocupo. ¿Cómo no lo voy a hacer? No parece enfadado. Parece... ¿triste? No sabría explicarlo bien. Sé que no les pasa nada a su familia ni a sus amigos. Me habría enterado. Tiene que ser algo relacionado conmigo, pero no se me ocurre qué puede ser. No hago ningún movimiento, dejo que él dé el primer paso. Y lo hace. Avanza hasta situarse frente a mí, hasta que las puntas de nuestros zapatos se rozan y, entonces, tira de mí y me abraza. Parece un abrazo desesperado, como si fuera lo que más necesita ahora mismo. Como si solo fuera capaz de respirar si me tiene cerca. Yo también lo abrazo, agarrándome fuerte por su cintura y apoyando la frente en su pecho. Noto como aspira mi aroma. Me he duchado con gel de fresas adrede, porque sé cuánto le gusta. Me da un beso en lo alto de la cabeza justo antes de soltarme. Me limpia un par de lágrimas que tenía retenidas en los ojos y, con una sonrisa forzada, camina conmigo de la mano hasta el sofá, cerrando la puerta de casa a nuestra espalda.

—¿Cómo estás? —me pregunta. No nos tocamos. Nos hemos sentado en el sofá, alejados, como si otra persona estuviera sentada en medio de nosotros y nos impidiera acercarnos.

—Pues, hasta hace cinco minutos, muy cabreada. Ahora, no tengo ni idea. Y tú ¿cómo estás?

—No lo sé —dice encogiéndose de hombros—. Estoy intentando averiguarlo.

—Marcos, no me gustan las adivinanzas y no entiendo qué está pasando. Te juro que lo intento, repaso una y otra vez este fin de semana, estos días, pero no encuentro nada y, como no me des una pequeña pista, no voy a poder seguirte.

—Lo sé. —Agacha la cabeza y cierra los ojos. Me tienta acercarme para levantarle la cabeza, pero a la vez me aterra tocarlo. Es que no entiendo nada—. ¿Qué significó para ti este fin de semana?

Alza la cabeza y me mira a los ojos. Cómo me gustan. Son de un marrón casi negro. Grandes. Expresivos. Te podrías perder durante horas en ellos.

—Ha sido el mejor fin de semana de mi vida.

Lo digo bien alto y claro. Sin titubear. Sin apartar la mirada ni un segundo, para que vea que lo estoy diciendo de verdad y que lo hago segura. Parece que me cree, porque murmura un «bien» acompañado de una pequeña sonrisa. Me permito acercarme un poco a él y cogerlo de la mano. No se retira, sino que la aprieta fuerte y se lleva los nudillos a la boca. Besándolos uno a uno.

—Cuando me marché, estábamos bien. Muy bien, diría yo. No sé qué ha pasado. ¿Es porque no lo hemos dicho todavía? Porque creía que eso estaba hablado y estábamos de acuerdo, pero...

—¿Cuándo vino Raúl a verte?

Me tiran un jarro de agua fría y no me impacta tanto como su pregunta. Marcos no mueve ni un músculo del cuerpo. Ni ha titubado a la hora de preguntar. Aunque no necesita respuesta. Por la forma en la que me lo ha preguntado, sé que conoce la respuesta de sobra. Un calor me recorre entera, desde el dedo gordo del pie hasta el último pelo de la cabeza. De ahí esa mirada. De ahí esos ojos. De ahí esa tristeza. De ahí esa confirmación de que soy yo la que le provoca estar así.

Única y exclusivamente yo.

—¿Có-cómo lo sabes?

—¿Que había vuelto? Me lo dijo Pedro ayer. También sé que os habéis visto. Por lo menos, dos veces. La ¿última?... la de la cafetería, lo sé porque os vi con mis propios ojos.

Al decir esto último me suelta la mano y su rostro se vuelve más recto, más serio. Me siento acorralada y, ante situaciones desesperadas, medidas desesperadas. O eso dicen. Al igual que, para una buena defensa, un buen ataque. Y parece que yo eso lo hago muy bien.

—Sí. Vino la semana pasada. Su padre está muy enfermo y quería ver a sus amigos. Te recuerdo que, antes de ser matrimonio, fuimos amigos. Y me jodió mucho perder esa parte de él. El lunes quedamos para hablar de lo de Pedro. Además, ¿qué pasa? ¿Ahora no puedo quedar a tomar un café con un amigo? ¿Tengo que pedirte permiso?

—Oh, vamos, Eva. No intentes darle la vuelta a la tortilla, porque no te va a funcionar conmigo. Puedes quedar con quien quieras. Ese no es el problema. — Agacha la cabeza, se pinza el puente de la nariz y niega. Sé que estoy siendo irracional y que mis argumentos no tienen ningún valor, pero no me callo.

—¿Entonces cuál es? Porque no lo entiendo.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —No contesto, porque no, no se lo estoy diciendo de verdad. Claro que sé cuál es el maldito problema, lo que no entiendo es por qué no lo digo en voz alta y acabamos con esto—. El problema es que me has mentido. Me has engañado.

—No lo he hecho.

—Cuando ocultas información, es mentir. Cuando me dices que has quedado a desayunar con una amiga y luego no es verdad es mentir. Coge la que quieras de las dos razones, el resultado es el mismo.

Tengo ganas de gritar, porque me está diciendo todo esto tan tranquilo que aún me pone más nerviosa. Me levanto y comienzo a andar por el comedor. Él no se mueve. Apoya los antebrazos en las rodillas, se coge de las manos y espera a que me tranquilice. A que hable. A que diga alguna cosa.

—¿Y cuándo querías que te lo dijera? Marcos, Raúl es un tema delicado para nosotros, y lo sabes. Este fin de semana era nuestro. Tuyo y mío. No quería que nada

lo estropeará. No quería llegar a esto.

—Esto no llega porque hayas quedado a desayunar con él. O porque viniera a verte. Lo entiendo, mejor de lo que te imaginas. Es porque no has confiado en mí. Es porque me sentí como un idiota cuando ayer te vi a través de ese cristal.

—Pero eso no significó nada.

—¡No es verdad! —grita por fin, levantándose. Cuando se da cuenta del tono que ha usado, respira hondo y vuelve al calmado del principio—. Significa mucho. En realidad, lo significa absolutamente todo. ¿Por qué me lo has ocultado si no? Dime. ¿Por qué el domingo no me dijiste que te había pedido quedar para desayunar? Si me estoy montando unas películas en mi cabeza, ayúdame a darles sentido. Si dices que todo es tan normal, que no me has ocultado nada y que no me has mentado, ¿por qué no me lo contaste? ¿Por qué cuando te pregunté si pasaba algo no me dijiste que habías quedado a desayunar con tu exmarido?

Se sienta en el sofá y se cruza de brazos esperando mi respuesta. Una respuesta que, por supuesto, no llega. Porque no tengo ni idea de qué decirle. Continúo de pie, tiesa como un palo, con el corazón descontrolado y la piel de gallina. Un móvil suena en algún lugar. Debe de ser el mío, porque se escucha al fondo de la casa, pero parece que ninguno le presta atención. Estamos tan perdidos en nosotros mismos, en nuestro silencio y en nuestros pensamientos, que lo que ocurra detrás de estas cuatro paredes ha dejado de existir.

—Yo no me marché hace tres años por capricho —dice al cabo de un rato, cuando se da cuenta de que no voy a abrir la boca—. Me marché porque tenía tanto miedo de que al despertar me dijeras que lo elegías a él que no lo podía soportar. Solo de pensarlo se me formaba un nudo en el pecho que no me dejaba respirar. No he vuelto en todo este tiempo porque ese nudo no se me ha ido jamás. No se me fue antes, y me he dado cuenta de que tampoco se me ha ido ahora. Me aterraba que me vieras como un problema, como la causa de tu fracaso matrimonial y no pudieras ni mirarme a la cara. Me siento inferior, Eva. ¿Te crees que soy un tío seguro? No cuando se trata de ti. Cuando tiene que ver contigo..., soy el hombre más inseguro del mundo, y todo lo que tenga que ver con Raúl me hace sentir incluso peor.

Verlo así me está matando. Los ojos me escuecen de las lágrimas que luchan por salir, y tengo tan oprimido el pecho que me cuesta pasar el aire. Por fin reacciono, me acerco a él y me pongo en cuclillas para quedar a su altura. Le levanto la cabeza y junto nuestras frentes. Me coge la cara con las manos y cerramos los ojos. Estoy temblando, sé que lo nota, pero no hace nada. Yo tampoco.

—Necesito que me contestes una pregunta. Solo una, y lo dejo estar —susurra muy bajito—. Mírame, pequeña. —Abro los ojos y hago lo que me pide. Las lágrimas que estaba intentando retener ya ruedan por mis mejillas. Él las mira, pero no dice ni hace nada, solo coge aire y lo suelta poco a poco—. ¿Qué se supone que es esto? —dice mientras nos señala a los dos—. ¿Qué somos, Eva? Nosotros. ¿Qué somos?

—Yo... creía que ya lo habíamos hablado este fin de semana. —Apenas se me escucha, porque a mi voz le cuesta mucho salir.

—No. Yo lo he hablado. Ahora quiero oírte decir a ti. ¿Qué soy para ti?

No contesto. No sé por qué, las palabras no salen de mi boca. Las tengo ahí, atascadas. Pero no digo nada. Marcos respira hondo y, con cuidado, me aparta, me da un beso en la frente y se levanta.

—Quiero estar contigo, Eva. Sabes que sí. Te lo he dicho de todas las formas que he creído posibles, pero no puedo hacer esto solo. Yo... lo siento, sé que dije que me daba igual el resto, que me conformaba con lo que quisieras darme, pero no es verdad. Lo quiero todo. El lote completo. No puedo seguir así si ni siquiera eres capaz de decirme qué soy para ti. Me da igual el resto, me da igual lo que piensen y lo que digan. Solo me importas tú. Sabes que siempre hemos sido nosotros.

No me doy cuenta de cuándo se marcha. Ni siquiera he oído la puerta cerrarse. Ni sé el tiempo que llevo aquí de rodillas. Solo sé que soy idiota y que, una vez más, he dejado que el miedo me paralice y me bloquee.

Y que lo he jodido todo.

Eso también lo sé.

Capítulo 27

Marcos

Después de llegar a casa hecho mierda y acostarme, incluso con la ropa que llevaba puesta, me he quedado dormido. Unas voces me despiertan. Intento abrir los ojos, pero me pesan demasiado. Aunque tengo las cortinas abiertas, sé que es noche cerrada, porque la oscuridad de fuera es total. La puerta se abre de golpe, cegándome por la luz que entra del pasillo. Me tapo la cara con el antebrazo y me maldigo por haberme olvidado de cerrar con pestillo.

—¿No sabes llamar antes de entrar?

—¿Habrías abierto? —me pregunta Javi.

—No.

—Pues, entonces, ¿qué preguntas haces? —Es Paula quien habla ahora. Levanto un poco el brazo para ver a mis dos hermanos a los pies de mi cama. Se miran entre sí. Javi asiente y, como si estuvieran sincronizados, se sitúan cada uno a un lado de la cama y se tumban—. Muévete más hacia el centro y déjanos sitio.

Podría discutir, decirles que se marchen por donde han venido y me dejen vivir. Pero la verdad es que me gusta tenerlos aquí. Siempre han sido mi mayor pilar, y ahora está claro que los necesito. Además, Paula no se marcharía ni arrastrándola de los pelos.

Yo estoy en medio, boca arriba, con un hermano a cada lado, y ellos, en la misma posición que yo. Miramos hacia el techo, sin hablar, sin movernos. De repente, noto como la mano de Paula coge la mía y, no sé por qué, ese pequeño gesto, junto con todo lo que he vivido hoy, me desmorona y rompo a llorar. Como un bebé. En mi vida me había puesto así. ¡Yo no lloro! Exceptuando una vez que... bueno, da igual. Me giro hacia el lado de mi hermana y dejo que me abrace, arropándome con sus diminutos brazos, que ahora tanta falta me hacen. Al contrario de lo que cualquiera pudiese pensar, Paula no se burla, no dice nada más que palabras tranquilizadoras. Noto a Javi moverse y como se acerca a mí hasta que siento su frente sobre mi espalda.

Me trago un último sollozo y comienzo a tranquilizarme, apartándome de mis hermanos y volviendo a estar boca arriba.

—Joder, lo siento. No sé por qué cojones me he puesto así.

—Llorar no es malo, Marcos. Mézetelo en la cabeza de una vez —me dice Javi—. A veces, uno lo necesita para desahogarse.

—Si yo lo sé, pero la cosa es que no sé por qué me he puesto así.

—Oh, vamos. Tiene que ver con cierta chica rubia, de mirada verde y piel de porcelana —me dice Paula sonriente, sin una pizca de burla en su voz. Me giro para mirarla sorprendido, pero la sorpresa se me pasa rápido. Estamos hablando de Paula.

—Claro que lo sabes. No sé de qué me sorprende. ¿Desde cuándo?

—Desde siempre. —Miro a Javi con la ceja levantada, intentando averiguar si él también sabía algo.

—Me lo ha contado por el camino —dice leyéndome la mente.

—¿Qué hora es? —pregunto intentando levantarme a buscar el móvil. Pero es inútil. Me pesa demasiado el cuerpo y mis hermanos me dificultan la tarea.

—La una de la mañana.

—¡¿La una?! —grito mirando a Javi. Él debería estar trabajando.

—Lo llamé y le dije que viniera —aclara Paula—. Vamos, Marcos. Ayer permaneciste todo el día encerrado entre estas cuatro paredes. Solo abrías la boca para ladrar. Y esta mañana parecía que ibas por el mismo camino. Algo teníamos que hacer.

—Debo de estar hecho una mierda para tener a Javi en mi cama a la una de la mañana un día de trabajo.

—Bastante —dicen los dos a la vez.

—¿Quieres hablar? —me pregunta Paula. Asiento y me incorporo hasta quedar con la espalda apoyada en el cabecero. Javi y Paula se mueven y se sitúan delante de mí, mi hermana con las piernas cruzadas a lo indio y mi hermano sin saber dónde colocar las suyas. Es tan alto que a veces dice que no sabe dónde meter su cuerpo.

Cuando se da por vencido y acaba colocándose a mi lado con las piernas estiradas, Paula pone los ojos en blanco y comienza con su interrogatorio. Directa al grano.

—Tienes que decirnos qué ha pasado desde el domingo hasta ahora. No hace falta que lo niegues, sé que habéis pasado juntos el fin de semana. El domingo, Eva tenía la sonrisa *proffident* pegada a la cara. No había que ser Sherlock para saber con quién había estado.

—Ha pasado todo. —Me froto la cara con las manos, intentando encontrar las palabras, pero lo mejor es hacer lo que hacen ellos: las cosas claras. Con mis hermanos es inútil andarse por las ramas—. Nos acostamos el día antes de que se casara. En su casa. Me marché porque no soportaba verla casarse con él.

—No soportabas que pudiera elegirlo a él en vez de a ti —dice Paula. No es una pregunta, es una afirmación. Me encojo de hombros y sigo con mi relato.

—Cuando volví..., os juro que quería hacer las cosas bien. Sentarnos, hablar como personas adultas y civilizadas... Pero montasteis esa fiesta, discutimos a los dos minutos de reencontrarnos, una cosa llevó a la otra y... nos volvimos a acostar.

—¿El mismo día? —pregunta Javi enarcando las cejas.

—Creo que a la media hora de vernos —digo bajito, como si me diera, no sé, ¿vergüenza? No por acostarme con ella, sino porque, ahora que lo cuento, que lo digo en voz alta, me doy cuenta de lo mal que he hecho las cosas.

—Claro que sí. Ese es justo el concepto de pasito a paso. —Ignoro a mi hermano, su sarcasmo y la risita que intenta ocultar mi hermana.

—Bueno. La cuestión es que, poco a poco, hemos conseguido derribar esas barreras y encontrarnos en el mismo punto. Y sí, este fin de semana hemos estado juntos y ha sido... Joder, ha sido la hostia.

Pienso en el viernes al llegar aquí, en su cara al ver la casa decorada, en ella dormida en mi cama, abrazada a mi pecho, en los dos juntos duchándonos, bañándonos en la piscina o en ella desayunando sentada en mi regazo, y no puedo evitar dejar aflorar una sonrisa de idiota.

—¿Pero...? —Paula interrumpe mis pensamientos con su pregunta.

—Ayer me enteré de que Raúl había vuelto y había ido a verla, así que fui a su casa para hablar, y los vi a los dos desayunando. Juntos. Cuando me había dicho que había quedado con una amiga. Me mintió. En mi cara. Y no sé si me siento furioso, dolido o un poco de ambas cosas.

Mis hermanos no hablan. Me dejan desahogarme mientras les narro la discusión que hemos tenido hace unas horas. Cuando acabo, los miro a los dos esperando que digan algo. Creo que va a ser Paula quien dé voz a sus pensamientos, pero es Javi quien habla.

—¿No te das cuenta de lo que le pasa? Está asustada.

—Ya lo sé. Yo también lo estoy. Estoy acojonado, joder. Pero no miento.

—No. Tú huyes.

—Oh, vamos, Paula. Eso no es justo. Yo no hui.

—Puede que tú no creas eso, pero Eva sí. Tus razones son justas y, oye, que yo las entiendo, ¿eh? Pero vi su cara ese día. Fui yo la que le tuvo que decir que te habías marchado, ¿recuerdas? Cuando me llamaste, supe que algo había pasado. No te ibas a ir así como así. Cuando me abrió la puerta, mis sospechas se confirmaron. Aunque no sabía con exactitud el qué. Ella no dijo nada, y yo no pregunté. Pero la conozco y, cuando se lo dije... Cuando le conté que estabas en un avión camino a Nueva York... Mierda, Marcos. Jamás había visto tanto dolor en su mirada.

—Lo sé, ¿vale? Sé que lo hice mal, pero le he pedido perdón mil veces. Le he intentado demostrar que estoy aquí y que no voy a marcharme y, de verdad, no sé qué más hacer.

—Marcos. A lo mejor es que no necesita palabras; necesita hechos, que se lo demuestres. Tiene que confiar en ti, porque, ahora mismo, no lo hace. Aunque te haya dicho que sí, no es cierto.

Miro a Paula para ver si ella piensa igual que Javi. Cuando asiente, me doy cuenta de que tienen razón. El principal problema siempre ha sido la confianza. Aunque me dijera que sí con la cabeza, no lo hacía con el corazón. Y, por lo visto, al final ha sido este el que ha ganado la batalla.

—Esa chica lleva enamorada de ti toda su vida. —Levanto la cabeza en cuanto escucho las palabras de Paula. Esta sonrío y niega con la cabeza, como si le hiciera gracia mi cara de desconcierto—. Vamos. Estaba claro para cualquiera, menos para ti.

—Ni para mí —dice Javi—. Ni para Pedro.

—¿Me estáis tomando el pelo? —Javi y yo negamos con la cabeza. Paula pone los ojos en blanco y murmura una serie de palabrotas dirigidas hacia nuestras personas, no aptas para todos los públicos.

—¿Por qué nunca me lo dijiste?

—Primero, porque ella me lo había pedido. Si yo hubiera estado completamente segura de que tú sentías lo mismo, habría hecho algo, pero no lo estaba. ¿Cuándo, exactamente, querías que te lo dijera? ¿Mientras le metías a Vanessa la lengua hasta la garganta o te lo montabas con Elena en casa cuando los papás se marchaban?

—Eso es un golpe bajo. —Tiene toda la razón. Nunca fui lo bastante valiente para decirle a Eva lo que sentía, y ahora el karma se ha vuelto en mi contra y me lo está haciendo pagar.

—Marcos, no te estoy juzgando, ni intento que te sientas mal. Solo quiero que la comprendas. Has llegado como un vendaval, dispuesto a poner las cartas sobre la mesa, y eso está muy bien, pero has puesto su mundo patas arriba. Estás diciéndole y prometiéndole todo lo que ella siempre ha querido. Para ti es fácil. Para ella, no. Solo tienes que darle esa confianza que ella necesita y, sé que suena fatal decirlo, olvidarte de Raúl. Ese chico solo fue una tirita en su corazón.

—¿Y cómo lo hago? Porque, de verdad, yo creo que se lo he dicho de todas las formas posibles.

—Pero ¿se lo has demostrado? —me pregunta Javi. Rebobino estas semanas, pienso en nuestras conversaciones y me doy cuenta de que ya no estoy seguro de nada.

—No lo sé. Supongo que no. —Golpeo la cabeza un par de veces contra el cabecero y me froto la cara, frustrado. Las risas de mis hermanos inundan el cuarto y estoy tentado a echarlos, pero Paula se mueve hasta ponerse al otro lado y me coge la mano, apretándola. La miro y, antes de que abra la boca, yo ya estoy temiendo lo que pueda decir.

—Te ayudaremos a recuperar a tu chica.

Los días pasan demasiado lentos. Ahora que se supone que tengo un plan, del cual, por cierto, yo no sé nada en absoluto porque mis hermanos se dedican a cuchichear a mi lado y a discutir, porque lo que dice uno no le parece bien al otro, las prisas me pueden. Ya ha quedado claro más de una vez que yo amigo de la tranquilidad y la paciencia, como que no, pero ahora creo que está más que justificado.

Intento concentrarme todo lo que puedo en el trabajo, llevándome incluso cosas a casa. Nadie me pregunta por mi supuesta enfermedad. Puede que la cara de pena que llevaba les hiciera creer que de verdad estaba poseído por el mismísimo diablo, porque ni se me acercaban.

Sigo sin tener noticias de Eva, y eso me desmorona bastante.

—Eh, solo está asustada, ¿vale? —me ha dicho mi hermana esta mañana al verme mirar como un obseso la pantalla del móvil. Me ha amenazado con quitármelo y no devolvérmelo hasta que ella considerase oportuno. He fingido una sonrisa y me he marchado al trabajo. Sujetando bien el móvil contra mi pecho. Por si acaso.

Pero es que no sé qué pensar de la actitud de Eva. Creo de verdad que mis hermanos tienen razón y el principal problema ha sido la falta de confianza y sus inseguridades por mis sentimientos, y estoy dispuesto a solucionarlo, como sea, pero también me duele el hecho de que me marchara de su casa de esa manera, diciéndole que lo quería todo, con la pelota en su tejado, y ella no hiciera nada al respecto.

Me estoy volviendo loco.

Me horroriza pensar que puedan pasar otros tres años perdidos en nosotros mismos y sin terminar de solucionar lo nuestro. Porque eso es lo que quiero: un *nuestro*.

—Lo tenemos —me dice Javi desde la puerta de mi dormitorio el sábado por la tarde.

Dejo los papeles del trabajo a un lado y lo miro alzando una ceja, porque por un segundo no tengo ni idea de qué me está hablando. Para ser exactos, ni siquiera sabía que estaba en casa.

—¿El qué tenéis?

—Pues el plan para reconquistar a Eva. ¿Qué va a ser si no?

Paula entra detrás de él y se deja caer encima de mi cama, con las piernas y los brazos extendidos. Me está arrugando los informes que estaba revisando hace un momento, pero ni me inmuto. El plan. Tienen el jodido plan.

Empiezan a sudarme las manos y noto como empiezo a ponerme nervioso. Miro a Javi, que me mira con la sonrisa reflejada en su cara. El corazón comienza a bombearme sin control y, cuando por fin entiendo sus palabras y las analizo, sonrío yo también, salgo de la cama de un salto y me lanzo al armario para buscar cualquier

cosa que ponerme. No creo que presentarme en su casa en calzoncillos sea lo mejor.

—¿Dónde vas? —me pregunta Paula con la extrañeza pintada en su cara.

—Pues voy a hacerme la manicura. ¿Tú qué crees? —De los nervios no consigo atinar la pierna por la pernera del vaquero y por poco me voy de morros.

—Si es eso, me voy contigo. Si es para otra cosa, vuelve a quitarte esos pantalones y siéntate en la cama.

Ahora el que tiene cara de póker soy yo. No me quito los pantalones, que me ha costado lo suyo ponerme, pero sí me siento en la cama. Miro a mis hermanos esperando que me digan qué está pasando y por qué no puedo ir a casa de Eva ahora mismo.

—¿Qué tal el día? ¿Bien? —me pregunta Paula, que se ha sentado recta justo a mi lado. Javi está apoyado en el escritorio, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—No me toques los cojones, Paulita. ¿Se puede saber por qué sigo aquí sentado?

—Uy, qué humos... —susurra. Javi se ríe y yo pongo los ojos en blanco. Estoy tentado a levantarme, pero Paula ve mis intenciones y me sujeta por el brazo, impidiéndomelo.

—No te hemos explicado el plan.

Miro a Javi y veo que tiene razón. Me han dicho que lo tenían, y me he puesto tan contento que ni siquiera he preguntado en qué consistía. Por sus caras, creo que la explicación va para largo, así que me levanto, cojo una camiseta cualquiera del armario y me la pongo. ¿Por qué? Yo que sé. De repente, estar medio desnudo mientras me cuentan cómo puedo hacerle entender a Eva que siempre ha sido ella no me parece bien. Me hace sentir raro.

Una vez vestido, vuelvo a la cama, recojo los papeles, los dejo sobre la mesita y me siento apoyando la espalda en el respaldo.

—Soy todo oídos.

Por turnos, mis hermanos me explican su «brillante» plan. Y lo digo así, entre comillas, porque me tienen acojonado. No me atrevo a decirles nada, porque están tan emocionados que me da reparo, pero es que yo había pensado más en ir a su casa, sentarla en el sofá y no dejar que se levantara hasta que lo entendiera.

—Marcos, sé que tu plan estrella consistía en retenerla en casa hasta que te creyera, pero, créeme tú a mí, eso no va a funcionar. —La miro arqueando una ceja. Joder, ¿he hablado en voz alta? ¿Cómo sabe en lo que estaba pensando? De verdad, esta mujer da un mal rollo que te cagas—. Ya hablamos de que ella necesita hechos, que se lo demuestres, ¿entiendes?

—Sí, pero si hago todo eso que me habéis dicho, tengo que esperar a mañana.

—Exacto.

—Pero yo no quiero esperar.

Me falta poner morros y patalear, pero es la verdad. Si espero un día más, no sé qué puede pasar.

—Quieres hacer las cosas bien, ¿verdad? —me pregunta Javi.

—Claro que sí, joder.

—Pues, entonces, confía en nosotros hasta el final.

Mi hermano tiene razón. Además, volvemos a hablar del plan que han trazado y... es perfecto. Paciencia, Marcos. Empieza a entender ese concepto y llegarás lejos.

—¿Y Pedro?

De repente, la cara de mi amigo se aparece ante mí. Acabo de caer en que es el único que no sabe nada de esto. Seguro que se cabrea. Siempre dice que es el último mono en esta extraña familia. Por esta vez, y sin que sirva de precedente, debo darle la razón.

—A ese déjame a mí —me dice Paula mientras palmea mi rodilla y yo cierro los ojos. De perdidos al río.

Cuando ya es por la noche, son las cuatro de la mañana y veo que no he conseguido dormir ni media hora seguida, cojo el móvil y veo las últimas fotos que tengo. Cuando llego a la de Eva tapada solo con la sábana en mi cama, con esa sonrisa que ilumina cualquier habitación en la que esté y que va dirigida única y exclusivamente a mí, me juro hacer las cosas bien mañana y conseguir que sonría así todos y cada uno de sus días.

Capítulo 28

Eva

Me despierto con un dolor de cabeza horrible e igual a como me he acostado estos últimos días; llorando. La he cagado tanto que no sé cómo voy a sacar la cabeza de la mierda en la que me he metido yo solita. No cuesta nada ser sincera. Si justo es eso lo que yo le he pedido todo este tiempo...

Pero, claro, la teoría es muy sencilla. Lo que cuesta es llevarlo a la práctica.

Unos golpes en la puerta me sobresaltan, pero los ignoro. Ni puedo ni quiero ver a nadie ahora mismo. Vuelven a insistir. Estoy tapada entera con las sábanas, así que saco la cabeza y olfateo el ambiente, a ver si es que se estuviera incendiando algo y están avisándome para no morir achicharrada. Como no noto nada, ignoro de nuevo los golpes y me tapo otra vez.

Ahora es el móvil el que suena. Suena la canción de *Lo malo*, de Ana y Aitana de OT. No tengo ni idea de quiénes son, pero Paula se lo asignó como tono el otro día porque, por lo visto, no paraba de sonar por toda Ibiza y dice que le recordaba a nosotras. De ella no puedo pasar, porque es capaz de quemar el teléfono hasta que se lo coja. Saco el brazo, lo apoyo en la mesita y palmeo hasta que doy con el dichoso aparato. No me da ni tiempo a decir algo.

—Abre la puerta. —Y cuelga.

Y ahí está la dueña de los golpes.

Salgo de la cama y, arrastrándome, voy hasta la entrada. Miro por la mirilla y, por supuesto, mi grano en el culo favorito está al otro lado con una bolsa en alto para que la vea bien.

Abro y me aparto a un lado para dejarla pasar. Cuando se acerca a mí, me da un beso en la mejilla y frunce la nariz en una mueca de asco.

—Ve a darte una ducha mientras yo preparo esto. —Voy a abrir la boca, pero me pone la mano en los labios—. No es una sugerencia, es una orden. No me hagas decir en voz alta cómo hueles.

Me palmea la cara con suavidad, se marcha a la cocina y yo, arrastrándome de nuevo y sin saber por qué, le hago caso.

Al terminar, vuelvo a dónde está Paula, quien me espera con un plato encima de la mesa. Me lo señala, aparta la butaca y me la indica para que me siente. Miro el reloj que tengo en la cocina y veo que es la una y media del mediodía. Y yo

convencida de que eran las ocho de la mañana.

He vuelto al colegio con las monjas y estas están sentadas delante de mí esperando a que me termine el plato de comida. La diferencia es que ahora no tengo a la madre Calasanz, sino a Paula, y esta de monja tiene poco, y de santa, menos.

—Venga, ayúdame con un poco de agua, que pareces una cría con la boca tan llena y sin tragar.

Le enseño el dedo corazón, porque si abro ahora la boca para insultarla, se me saldría la lasaña. Es que no puedo tragar, se me hace bola y me entran ganas de hacer pucheros. Sé que tiene razón y que parezco una cría, pero me da igual. Quiero volver a mi habitación y no salir de ella. Paula no hace ningún caso a mi ceño fruncido, mi mirada asesina y mi dedo corazón, sino que encima me lanza un beso al aire, se pone derecha y apoya los codos en la mesa y la barbilla en las manos, con la sonrisa de oreja a oreja, sacándome de quicio.

Al final, consigo terminarme la comida con ayuda de mucha agua, y rechazo la manzana que me ofrece. Aunque al principio hace amago de obligarme también a comérmela, al final vence ese corazoncito suyo y la deja en su sitio. Se levanta, me retira el plato de la mesa y lo enjuaga, en vez de meterlo en el lavavajillas. Yo la sigo con la mirada como hipnotizada, con miedo a abrir la boca y romper a llorar, porque parece que eso es lo único que sé hacer. Paula está de espaldas a mí; tampoco habla ni se mueve. Se limita a secar el plato, el vaso y los cubiertos como si fueran porcelana china, pero yo sé que lo que está haciendo en realidad es darme tiempo.

Tiempo para que saque las fuerzas para hablar.

—Lo he estropeado todo.

Aún no he terminado de decir la frase y las lágrimas han vuelto a vencer. Paula se gira y me mira, pero no veo burla ni nada parecido en sus ojos; veo un cariño infinito y una pequeña sonrisa iluminando su rostro. Deja el paño en la encimera y se acerca hasta mí. Me da la mano y me levanta de la silla, coge un paquete de clínex de la bolsa y me lleva hasta el salón. Nos sienta a las dos en el sofá, de lado, cara a cara, sin soltarme en ningún momento.

—No has estropeado nada. Únicamente has hecho un mal movimiento, pero ya está.

—No, qué va. —Niego con la cabeza para dar más credibilidad a lo que digo—. Esta vez la he cagado del todo. Mierda, Paula... Él... Él....

—Marcos —me dice con una sonrisa, y yo rompo a llorar de nuevo, soltándome de su agarre y tapándome la cara con las manos.

Paula no dice nada más, sino que se acerca hasta mí y me abraza muy fuerte, enterrándome la cabeza en el hueco de su cuello, dejando que me desahogue con ella, como otras tantas veces lo hemos hecho la una con la otra. No habla, se dedica a acariciarme el cabello, desde la cabeza hasta las puntas. Poco a poco voy serenándome. Debo de haberle dejado la camiseta hecha un desastre, pero ni se

inmuta. Tampoco sería la primera vez. Cuando por fin el sollozo ha remitido y me encuentro más tranquila, me permito apartarme, y ella lo hace también. Me mira a los ojos y me sonrío mientras con los pulgares me quita las lágrimas que quedan.

—¿Más tranquila? —pregunta, y yo asiento. Ella se ríe, porque sabe que no es verdad, pero no dice nada. Se echa hacia atrás hasta dejar un espacio considerable entre las dos, apoya el codo en el reposabrazos, la cara en la mano y me pregunta si estoy lista para hablar.

—Sigo enamorada de tu hermano. Creía que se me había ido con los años, pero no, qué va. Sigo enamorada de él como cuando tenía quince años. —A Paula le entra la risa y a mí se me desencaja la mandíbula, porque no me hace ninguna gracia que se ría de mí.

—No me estoy burlando de ti, malpensada. Pero creo que hemos empezado la casa por el tejado.

—Tú siempre lo has sabido, ¿verdad? —No me contesta, solo se ríe, y yo bufo, como los toros, porque claro que lo sabe. Aquí la única tonta que se autoengañaba, era yo.

—¿Qué te parece si me lo cuentas todo desde el principio?

—¿Todo, todo?

—Desde que os acostasteis el día antes de tu boda.

—¡Joder! ¿Cómo te has enterado?

Se carcajea por la cara que he puesto, y yo me tapo la cara por la frustración que tengo. Paula me aparta las manos y me insta a que comience.

—Qué remedio... —murmuro y empiezo con mi relato.

A diferencia de lo que suele ser normal en ella, no dice ni una palabra. No me interrumpe, sino que me escucha atenta, con la sonrisa siempre brillando en su rostro. Noto en algún momento como se muerde el labio inferior para no emocionarse, como cuando le relato cómo me sentí a la mañana siguiente, cuando ella me dijo que Marcos se había marchado; cómo lo he echado de menos todos y cada uno de estos tres años, a él, su sonrisa, su caída de ojos cuando lo sacamos de quicio, incluso sus burlas; cómo lloré en mi cama, hecha un ovillo, la primera vez que se marcharon a Nueva York sin mí. Las siguientes ya me acostumbré. Cómo miraba el móvil esperando que me llamara o cómo me dolía en el pecho cada vez que oía su nombre o los veía hablando con él por teléfono. No puede evitar reírse cuando le cuento que no tardé ni media hora en tirarme a sus brazos, literalmente, cuando volvió hace unas semanas. Vuelve a sonreír cuando le cuento lo especial que fue este fin de semana, los dos solos, como si dejáramos aparcados un poco a los Marcos y Eva que son solo amigos y buscan ser algo más; dos personas que se gustan, que se necesitan y que se mueren por estar juntas. Y, al final, llega el peor momento de todos: cuando le relato con pelos y señales cómo fue la bronca de hace unos días. La cara de su hermano cuando me preguntó por qué no le había contado que con quien había quedado a

desayunar había sido con Raúl. La decepción que vi en su mirada y el dolor cuando me preguntó qué significaba lo nuestro para mí. Cuando no le dije que lo significaba todo, porque siempre ha sido él. Todo el dolor que vi en esos ojos marrones en los que me he dejado sumergir tantas veces.

—Me odia. He conseguido lo que tanto he temido, que él me odie.

—Eso no es verdad.

—Sí que lo es. Tendrías que haberlo visto. Si cierro los ojos solo veo eso y la manera en la que se marchó después..., dejándome ahí sentada, como una idiota.

—Eva, no se puede odiar a lo que más quieres en el mundo, y créeme cuando te digo que lo que más quiere Marcos en el mundo eres tú.

Me muerdo el labio inferior porque siento que voy a volver a romperme de un momento a otro. Y eso que yo creía que no me quedaban lágrimas. Paula se inclina, coge un par de pañuelos y me los tiende. Me sueno los mocos, nada glamuroso, y me seco los ojos, que me escuecen de lo rojos que los tengo.

—No sé qué estás haciendo aquí sentada.

—¿Qué?

—Ya me has oído. No entiendo por qué estás aquí y no corriendo a casa de mi hermano para decirle todas esas cosas que me has contado a mí.

—Ya te lo he dicho. Le he hecho daño. Estaba tan enfadada... Me dolió tanto que se marchara como lo hizo, que me abandonara, que... Uff, no es que le quisiera pagar con la misma moneda. ¡Joder! Ni se me pasó por la cabeza hacer eso, pero al final es lo que he logrado. No sé por qué no le dije que Raúl había vuelto. ¡Yo qué sé! No me sentía con fuerzas. Habíamos conseguido crear nuestra especie de burbuja; me daba tanto miedo que algo pudiera romperla y... no sé...

—No confiabas en él —dice en voz alta, dando sonido a las palabras que resuenan en mi cabeza. Esas que no he conseguido decir hasta ahora en voz alta.

—No. No lo hacía —le digo encogiéndome de hombros y mordiéndome el labio inferior, haciéndome daño.

Ese ha sido el principal problema todo este tiempo. La confianza. Por mucho que me lo pidiera, por mucho que yo le dijera que sí, que confiaba... No lo hacía. Ni lo más mínimo.

—Yo tampoco lo habría hecho. Es mi hermano, y Dios sabe que lo quiero, pero es cabezota, quejica, un crío e inmaduro. ¡Si no sabe ni poner la lavadora! Puede dejar la montaña de ropa ahí apilada hasta que entrar en el baño se convierte en misión imposible y me toca lavarla a mí. —Las dos nos reímos, porque es cierto. Paula acerca sus manos a las mías y me las agarra con fuerza—. Pero también sé que es generoso, cariñoso, tierno, atento, el mejor hermano o amigo que alguien podría tener, y que está profundamente enamorado de mi mejor amiga, y que lo está desde siempre. Ha cometido errores, yo lo sé mejor que nadie, pero también es el mejor

solucionándolos. Necesita una mano que lo guíe. Necesita tu mano, Eva, y tú necesitas la suya. Habéis empezado la casa por el tejado. Te has equivocado. Vale, ¿y? ¿Por eso tenéis que ser infelices el resto de vuestras vidas? Todo el mundo la caga. Todos menos yo, claro. —Se ríe, y yo la golpeo en el pecho, consiguiendo liberar un poco la tensión que siento ahora mismo—. Pero la vida está hecha de segundas oportunidades, si no, sería una vida demasiado aburrida. Eva —me dice mientras me coloca el pelo detrás de las orejas—, nunca vas a poder dar un paso al frente hasta que no te perdones por lo que pasó. No estás enfadada con él, lo estás contigo misma. Ya hemos dicho que la cagaste y que podrías haber hecho las cosas de otro modo, pero ya está. No existe ninguna máquina del tiempo con la que poder cambiar el pasado, y no puedes seguir castigándote de esta manera, ni castigarlo a él porque, entonces, esa felicidad que ambos estáis buscando y deseando compartir juntos no llegará jamás.

Cuando Paula se pone profunda, no le gana nadie. Nos quedamos un rato en silencio; ella dejando que asimile sus palabras, y yo asimilándolas. Quiero preguntarle un montón de cosas, pero no me deja.

—No es conmigo con quien debes hablarlas.

Tiene razón, una vez más. Así que salgo corriendo al dormitorio para ponerme unas zapatillas de deporte. No me molesto en arreglarme más. Deberá bastar con el chándal roñoso que llevo. Cojo un coletero al pasar por el baño y me hago una especie de moño. Cuando vuelvo al comedor, Paula está con la puerta de casa abierta y las llaves del coche en la mano. Paso por su lado, cojo las llaves, le doy un abrazo fuerte y un beso en la mejilla. Voy a pulsar el botón del ascensor, pero es demasiado lento para mí, y ahora me han entrado las prisas, así que comienzo a bajar las escaleras. Pero antes de llegar al primer escalón, la voz de Paula me detiene:

—Jamás dejes que las dudas paralicen tus acciones. Toma siempre todas las decisiones que necesites tomar, incluso sin tener la seguridad de que estás decidiendo correctamente.

—Eso es de Paulo Coelho.

—Cierto. Pero no le importa que lo use.

Riéndome y escuchando su risa detrás de mí, corro escaleras abajo. No sé dónde está Marcos. No sé si estará en casa o si se habrá marchado a algún sitio, y no le he preguntado a Paula. No sé si querrá hablar conmigo o si me cerrará la puerta en las narices cuando me vea aparecer. No sé si ya es demasiado tarde o si esto es el principio, pero espero de todo corazón que sea esto último.

No sé nada.

Miento. Hay una cosa que sí sé: siempre hemos sido nosotros, como me dijo ayer, y haré lo que esté en mi mano para demostrárselo.

Salgo al sol abrasador de Valencia. Hoy parece que da un poquito de tregua, porque no parece que te vaya a quemar el cuero cabelludo. Voy a dar dos pasos hacia

el garaje donde tengo aparcado el coche cuando me paro; los pies se me pegan al suelo, el corazón me late descontrolado, las manos me tiemblan tanto que tengo que agarrármelas y me tapo la boca para no gritar. Marcos está parado justo enfrente de mí, junto a la moto de mi hermano. Está apoyado en ella, con las piernas delante del cuerpo y cruzadas por los tobillos. Se toca el pelo una y otra vez, ya desordenado de por sí, signo inequívoco de que está muy nervioso. Aún no me ha visto, así que me doy el lujo de examinarlo a conciencia. Lleva unos vaqueros un poco desgastados, camiseta blanca con un anagrama que no logro descifrar y hay una chupa de cuero apoyada en la moto. Me obligo a moverme, a poner un pie delante de otro, y eso parece captar su atención, porque entonces levanta la cabeza y nuestros ojos se encuentran. Los abre de par en par, mirándome tan fijamente que por un momento siento que puede ver a través de mí. Estoy tentada a darle la vuelta y salir corriendo, porque estoy muerta de miedo. Pero no, me riño a mí misma por volver a pensar así y avanzo hasta él. Se ha apartado de la moto y se ha puesto recto, todo lo largo que es. Cuando llego a su altura, me paro a unos pasos de distancia. Me sorprende mucho encontrarlo aquí, todavía no sé muy bien lo que eso significa y prefiero ir con cuidado.

—Hola.

—Hola —me contesta, acompañando sus palabras de esa sonrisa torcida que tantas veces ha hecho que se me doblaran las rodillas.

Alarga el brazo, agarra el mío y me acerca a su pecho para apretarme contra él. Suelto todo el aire, el cual no me había dado cuenta de que estaba reteniendo, y subo los brazos hasta su cuello, poniéndome de puntillas para poder abrazarlo bien. Él me aprieta fuerte por la cintura, con la nariz enterrada en mi cuello, y noto que me aspira, haciéndome cosquillas. Susurra algo, creo que ha dicho «fresas», pero no estoy del todo segura. Él huele como siempre, a casa; ese lugar seguro al que todos queremos volver después de un día de mierda; cuando tienes una noticia importante y necesitas compartirla; cuando lo único que quieres es una cena tranquila y alguien con quien ver la tele; o cuando el mero hecho de estar con otra persona sin hacer nada, solo disfrutando el uno del otro, se convierte en el mejor plan posible.

—Lo siento tanto, Marcos.

—Shhh. No digas nada, ¿vale?

—Pero es que necesito que sepas que el otro día...

—Eh... —me dice, apartándose de mí para mirarme a la cara. Me acuna las mejillas, apoya su frente en la mía y me da un ligero beso en la punta de la nariz—. No quiero que digas nada, ya habrá tiempo de sobra. Ahora solo quiero que vengas conmigo, sin hacer preguntas, solos tú y yo. ¿Vale? —Asiento, porque ir con él, aunque sea a comprar el pan, me parece una idea estupenda—. Cuando acabe el día, lo entenderás todo. ¿Confías en mí?

Puedo percibir la duda reflejada en esa pregunta, y no puedo evitar que un pequeño pinchazo me pellizque el corazón, porque yo soy la responsable de esa

desconfianza. Le acaricio la mejilla con la palma de la mano, notando la barba un poco rasposa al tacto, como si hiciera unos días que no se afeita. Ronronea como un gatito ante mi caricia, incluso cierra los ojos, disfrutando de ella.

—Ayer, hoy y mañana. Confío en ti, Marcos.

Sonríe agradecido, y yo con él. Me tiende un casco de la moto y una chaqueta de cuero como la suya, que saca de debajo del asiento. Con mi ropa de deporte hace que tenga una pinta indecente total, pero no me importa. Como si llevo el pelo verde. Ahora solo me importa ir a donde él me lleve.

Con los ojos cerrados.

Capítulo 29

Eva

Me encantan las motos. La sensación del viento golpeando tu cara, sentirte libre. Y me encanta Marcos, todo él. Así que la combinación de Marcos y moto es alucinante. Aunque, a decir verdad, me gusta tanto Marcos que hasta la mierda más grande me parecería maravillosa si puedo compartirla con él.

No tengo ni idea de adónde nos dirigimos. Me he puesto el casco, he montado, me ha cogido las manos y las ha estrechado alrededor de su cintura pidiéndome que no lo soltara bajo ningún concepto, y ha puesto rumbo a alguna parte. Cada vez que paramos en un semáforo me las acaricia, trazando círculos en el interior de las muñecas, y me mira por encima del hombro para ver si estoy bien, supongo. No hace falta preguntar, pues la sonrisa de idiota que tengo es más que evidente. Me encantaría apoyar la cabeza en su espalda, su cuello, y aspirarlo como la drogadicta que soy, sobre todo para asegurarme de que esto es real, pero el casco me dificulta bastante la tarea. Así que me permito disfrutar del calor que desprende su cuerpo alrededor de mis brazos y dejo que me lleve adonde él quiera.

Ha apagado el motor. Decir que estoy un poco descolocada es quedarse corta. Me indica con la mano que baje y después me ayuda a quitarme el casco una vez que él se ha quitado el suyo. Sé que le he dicho que confiaría, pero vamos a centrarnos... ¿un hospital? ¿Por qué Marcos me trae a un maldito hospital? Después de examinar los alrededores en busca de alguna pista que se me haya escapado, me permito por fin mirarlo. Tiene una sonrisa en la cara; la canalla mezclada con nerviosismo, y me parece tan dulce que sonrío yo también, aunque, como también tengo el ceño fruncido por la confusión que siento, presiento que debe resultar un poco siniestra.

—No frunzas el ceño. No me he vuelto loco, todo tiene una explicación. —Se pasa las palmas de las manos por el pelo y por el pantalón a la altura de los muslos. Se las cojo y lo obligo a mirarme a los ojos.

—¿Estás bien?

—Estoy muy nervioso, Eva.

—Ya lo veo. —Nos reímos. Miro alrededor de nuevo e inclino la cabeza hacia el hospital—. ¿Qué tal si empezamos por eso?

—Sé que no confías en mí. —Voy a hablar, pero no me deja—. Hemos quedado en que no ibas a decir nada. Déjame hacer esto a mi manera, porque, si me interrumpes, voy a perder el hilo, y es mucho lo que quiero decirte. Te prometo que luego dejaré que me preguntes todas las cosas que quieras, y yo las contestaré. Una a

una. ¿Vale?

—Vale.

Asiento, hago como que cierro la boca con cremallera y le guardo la llave en el bolsillo del pantalón.

—Qué tonta eres.

Se acerca, me acuna la cara con sus manos y me habla a los ojos, haciendo que lo que hay alrededor de nosotros desaparezca, volviendo a esa burbuja en la que no hay cabida para nada más que para esos ojos que me miran de esa manera; como si tuvieran el poder de hacer conmigo lo que quisieran, como si con pestañear pudiera doblegarme.

La cosa es que él no tiene ni idea de todo eso.

—Sé que no confías en mí y no te culpo, de verdad. Si alguien me conoce mejor que yo mismo, eres tú. Sé la imagen que he dado todos estos años, pero no era la real, no era quien soy en realidad. Pero eso va a cambiar, porque voy a luchar por demostrarte todos los días de mi vida que soy merecedor de estar contigo.

Sus palabras calan en mí, tan dentro que no creo que vayan a salir de ahí jamás. Le sonrío; no digo nada, porque se lo he prometido y porque sé que no ha terminado de hablar.

—Estoy profunda, obsesiva y locamente enamorado de ti, Eva Sánchez. Y no es que me haya levantado esta mañana y me haya dado cuenta. Lo llevo sabiendo toda mi vida, el problema es que he sido demasiado cobarde para decírtelo. Pero eso va a cambiar a partir de hoy. Las palabras no son suficientes; quiero enseñártelo. Quiero que veas todas y cada una de las veces en las que me he dado cuenta de que eres la mujer de mi vida. No puedo viajar en el tiempo, pero voy a intentar mostrártelo lo mejor que pueda.

No estamos solos. Las lágrimas nos acompañan. Las tuyas y las mías. Creo que la única vez que lo he visto llorar fue en el entierro de mi padre. Se ha emocionado, muchas veces, pero jamás nos ha enseñado más allá, como si se avergonzara. Y ahora no es que me esté abriendo su corazón, es que me está dejando ver lo más íntimo de él: su vulnerabilidad. Quiero decirle que no hace falta que viajemos a ningún sitio, que lo que tengamos que descubrir lo haremos juntos, como debimos hacer desde un principio, que confío en él y lo creo, pero las palabras no salen, sino que están haciendo tapón y no me dejan abrir la boca. Marcos lo nota, sabe que me muero por hablar, pero para impedir que lo haga, roza mi labio inferior con el pulgar, besándome los ojos, primero uno, después el otro, mezclando sus lágrimas con las mías.

—Aunque era apenas un crío, estoy seguro de que me enamoré de ti aquí mismo, en este hospital, hace veintiocho años. —Me suelta y saca del bolsillo trasero del pantalón la cartera. Lleva una fotografía del día en que nací. Marcos está sentado en el sofá, con apenas dos años y conmigo en brazos. Está mirándome con una sonrisa de oreja a oreja. Yo no tengo los ojos cerrados, como debería tener cualquier bebé

recién nacido, sino bien abiertos, mirándolo a él también, con su meñique entre mis manitas—. Siempre nos han dicho que naciste llorando y berreando a pleno pulmón y que no había manera de calmarte. Entonces entramos tu hermano y yo. Pedro se tapó los oídos y lloró también, para hacerte compañía, pero yo me acerqué a la cuna a mirarte e intentar levantarte. Dicen que en cuanto lo hice, dejaste de llorar. En el acto. Incluso te quedaste dormida. Inmortalizaron ese momento en esta fotografía. La tenía mi madre en un marco de fotos en el comedor. Un día la vi y me la llevé. Hace mucho tiempo y, desde entonces, ha estado conmigo. Sé que aquí me enamoré de ti, solo que era demasiado pequeño para saber ni siquiera qué era eso.

Me muero por besarlo. Empezar ahora y no terminar jamás. Fundirnos en uno. Pero no lo hago. ¿Por qué? Espero que lo haga él. Esto es importante. Es su momento. Ya es hora de ir al ritmo que él marque.

El corazón me late tan fuerte que estoy por entrar al edificio que tengo a mi espalda y pedirles un electro. Pero no hago nada de eso. Lo que hago es tirarme a sus brazos y rodearle la cintura con mis piernas. No se esperaba esta reacción. Del impulso, lo hago retroceder hacia atrás, tanto que por un momento temo por la moto de mi hermano, a la que quiere más que a mí, dicho sea de paso. Pero Marcos aguanta bien y me sostiene fuerte, agarrándome por la cintura. Oigo su risa y es como música para mis oídos. Nos ponemos cara a cara tanto como podemos, pero sin llegar a besarnos. Las puntas de nuestras narices se rozan y nuestros alientos se mezclan. Los dos tenemos cara de idiotas, y eso es bonito, ¿no?

Metó la mano en su bolsillo, saco la llave imaginaria y le pido permiso para abrir el «candado». Él asiente entre risas, me la quita y abre él.

—Hola —susurro muy bajito, frotando nuestras narices y dándole un beso en la punta.

—Hola, pequeña.

Me encanta que me llame así. Tengo los pelos de punta y el corazón me late muy rápido. Me besa él también la nariz; después se desplaza hasta la mejilla, y de ahí hasta el lóbulo de la oreja, que atrapa con los dientes y da un pequeño tirón, provocando que jadee. No quiero, lo juro, pero hay cosas que no puedes evitar. Y esta es una de ellas. Baja las manos hasta mis glúteos y me los aprieta fuerte, consiguiendo que dé un grito. Se ríe y, con cuidado, me desliza por su cuerpo hasta que mis pies tocan el suelo.

—¿Preparada para la siguiente parada?

Le hago pucheros, porque lo que ahora mismo quiero hacer está muy lejos de lo que tiene en mente, seguro. Pero sé que esto es importante para él, así que me coloco de nuevo el casco que me tiende, me monto detrás en la moto y le grito:

—Nací preparada, pequeño.

∞

Marcos

Si por mí hubiera sido, habría ido a su casa y nos habría encerrado allí hasta que entendiera cuánto la quiero. Pero se merece más, mucho más. No solo que se lo diga, sino que se lo demuestre. Como me hicieron ver mis hermanos, el problema ha sido la confianza, esa que ella no ha tenido en mí. Pero espero que después de hoy le quede claro.

Sigo nervioso, pero nada que ver con mi estado de esta mañana. Creo que no he tenido más miedo en toda mi vida; miedo a que se hubiera cansado de mí antes de empezar; miedo a que su desconfianza fuera más grande que nosotros; miedo a que se hubiera dado cuenta de que lo nuestro no valía tanto la pena; miedo a que mi hermana se hubiera equivocado y no me quisiera de la forma en la que yo la quiero a ella.

Pero, cuando la he visto... Joder, cuando la he visto, se me ha secado la boca, el corazón se me ha parado y me han entrado ganas de tirarme a sus pies y besarlos, aferrarme a sus piernas y rogarle que me quisiera. Podría haber hecho conmigo lo que ella hubiera querido. Bueno, a quién quiero engañar, ahora mismo podría hacerlo. Iba en chándal, con el pelo en un moño, sin una pizca de maquillaje y, para mí, no podía estar más bonita.

Conduzco lo más rápido que puedo, con el calor que desprenden sus piernas y sus brazos rodeándome los muslos y la cintura. Y, me cago en la puta, voy *palote* perdido. Es un hecho. Y solo faltaba el jadeo que ha soltado hace un momento. Aún no sé ni cómo he parado. Debo de tener más autocontrol del que me imaginaba. Como se le ocurra bajar un pelín las manos se va a dar cuenta enseguida de mi excitación y va a quedar de todo menos romántico, que es lo que pretendemos ser hoy. Pero ¿qué pasa? Soy un hombre, y la mujer que tengo pegada a mí hace que mi cuerpo cobre vida él solo. Además, la he echado mucho de menos.

Y no me refiero solo a estos últimos días.

Vamos en moto porque era más fácil parar que si lo hubiéramos hecho en mi coche. Cuando me he presentado en casa de Pedro esta mañana y le he pedido las llaves, creo que he estado a punto de provocarle un ictus. La moto es su chica, su pequeño gran tesoro, y no se la deja a nadie. Nadie es nadie. Pero algo debió de ver en mi cara, porque simplemente se apoyó en la puerta con los brazos cruzados, con una pequeña sonrisa que intentaba ocultar, y me preguntó qué iba a hacer con ella:

—Demostrar que vale la pena luchar por mí y quedarse a mi lado.

—¿Ella lo merece?

—Ella se merece que le baje la luna si me lo pide.

—Te pienso partir los huesos, uno a uno, como se te ocurra hacerle el mínimo daño.

Pedro es incapaz de matar una mosca. Lo juro. En otras circunstancias me habría

reído en su cara por lo que me acababa de decir, pero supe que lo decía muy en serio, porque si hay otro tío que quiera a Eva más que a su propia vida es el que tenía justo delante.

—Tranquilo. Estaré encantado de entregarme voluntario para que lo hagas.

—No la cagues, Marcos. No con ella. No tengo ni idea de qué va todo esto, y creo que por una parte no quiero saberlo. Te quiero, sabes que sí, pero mi mundo gira a su alrededor, y cualquier cosa que le duela a mí me revienta. Y por mucho que seas quien eres, no tendré el más mínimo problema en partirte la cara.

—¿Los has amenazado así a todos?

—A ninguno.

—¿Por qué?

—Porque, cuando me ha llamado tu hermana esta mañana y me lo ha explicado todo, he entendido muchas cosas. He sumado dos más dos y no he tenido que ser un genio para darme cuenta de que, si Eva gira alrededor de tu mundo, tú giras alrededor del suyo.

Recuerdo las palabras de Pedro y me río por no llorar. Parece que era evidente para muchas personas menos para nosotros dos. Si me hubiera quitado antes el palo que llevaba metido por el culo y me hacía dar vueltas, nos habríamos ahorrado mucho sufrimiento. Pero bueno, no podemos volver atrás, solamente ir hacia delante. Y eso hacemos.

Hemos llegado a la siguiente parada. Es el parque al que nos llevaban de pequeños nuestros padres. Aquí hemos corrido, jugado a la pelota, al escondite, celebrado cumpleaños y un sinfín de cosas más. Entre todo eso, está el memorable puñetazo que le di a aquel niño cuando tenía once años.

Aparcamos la moto, nos quitamos los cascos y me giro hacia ella, sin llegar a bajar ninguno de los dos.

—Aquí ha pasado de todo, la mayoría cosas buenas. Y también nos hemos metido en muchos líos, como el día en que le pegué el puñetazo a aquel niño y le partí la ceja. No me acuerdo de cómo se llamaba, solo sé que vi como cogía un puñado de tierra y te la tiraba a la cara. Salí corriendo, sin oír los gritos de mis amigos llamándome. Solo quería llegar hasta él y hacerle mucho daño. Debería habérselo dicho a nuestras madres, pero quería protegerte. Quería ser yo quien lo hiciera. Eras la niña más guapa de todo este parque y odiabas llorar delante de la gente. Decías que te hacía parecer débil, aunque era una completa gilipollez, porque, entre tus defectos, te aseguro que no está la debilidad. En fin. Que vi como te tiraba arena a los ojos, como se reía de ti con su amigo y como te temblaba el labio intentando no derrumbarte. No pensé. Fui directo hasta él y le pegué un puñetazo en la cara. Dios, aún recuerdo cómo lloraba en el suelo hecho un ovillo, y a mi madre y a la tuya gritándome y llevándome a casa de la oreja. Pero nada de eso me importaba. ¿Sabes por qué? —Ella niega con la cabeza—. Porque mientras mi madre me sacaba del

parque de la oreja, gritándome, no escuchaba nada de lo que me decía; yo solo quería girarme y mirarte. Y lo hice. En ese momento la vi. Tu sonrisa. Si me hubieran preguntado qué quería ser de mayor, habría dicho que superhéroe. Para protegerte siempre y conseguir que solo me sonrieras así a mí. Tenía once años. Doce como mucho. Las chicas daban asco y eran molestas. Menos tú. Aunque me riera de ti, aunque me metiera contigo y dijera que molestabas, no era cierto. No sabía qué era, pero la verdad es que me encantaba estar contigo, y a veces odiaba que estuvieran los demás.

No dejo que hable; le tiendo el casco y, con los ojos brillantes, se lo pone. Yo también lo hago y arranco la moto hasta llegar a la casa en la que se crio cuando era pequeña. Bueno, hasta que su padre murió y con el tiempo su madre decidió que era demasiado grande para ella sola. Eva adora esta casa, por todos los recuerdos que en ella guarda, pero yo quiero que se quede con uno. Antes de decirle nada, dejo que baje de la moto y se acerque a la valla. Pasa la mano por ella, como con miedo, acariciándola como si fuera un tesoro y, supongo que, de algún modo, para ella lo es. Mira el jardín, bastante descuidado, la verdad, y después alza la cabeza hasta la ventana de la que era la habitación de sus padres. Me acerco por detrás, le rodeo la cintura con los brazos y entierro la nariz en su cuello. Ella me agarra las manos, apoya la cabeza en el pecho y nos mecemos, como si estuviera sonando una canción que solo nosotros podemos oír.

—Eres mi chica preferida, Eva. Lo eres y siempre lo has sido. Recuerdo la primera vez que te lo dije, escondidos en aquel cobertizo. Aunque no era más que un niño, sabía que necesitaba que lo supieras, no sé por qué. Pero me pareció bonito decírtelo. Con los años, cuando lo hacía, no era porque me pareciese bonito, sino porque me moría por decirte que te quería, pero no como se quiere a una amiga, sino como se quiere a aquello que mueve tu mundo. —Intenta girarse, pero no la dejo. No he acabado y creo que, si ahora se da la vuelta y me mira, no voy a poder decirle todo lo que quiero—. ¿Te acuerdas de la primera Nochevieja que pasamos solos, sin nuestros padres? —Asiente y me agarra bien de las manos. Yo le acaricio la muñeca con el pulgar, trazando círculos, sintiendo su pulso latir ahí—. Iba a besarte. A ti. En esa fiesta. Dios, lo tenía todo planeado. Supliqué a mis padres para que os dejaran venir con nosotros. Quería estar contigo. No sabía qué me pasaba, pero sentía instintos asesinos hacia cada persona del género masculino que ponía sus ojos sobre ti. Me moría por besarte en cuanto dieran las campanadas. Te iba a subir a la azotea, los dos solos, y te iba a besar como llevaba deseando hacer tantas veces. Cuando llegamos a la fiesta, desapareciste. No te encontraba por ningún sitio y me empecé a poner un poco nervioso. Me volví loco buscándote por todas las habitaciones. Y entonces te vi hablando con ese chico, Fran-no-sé-qué... Me iba a acercar, pero vi cómo te hacía un gesto y subías con él las escaleras. Me paralicé y, bueno, sabes que siempre pienso mal, así que... Subí hecho una furia y fue cuando me tropecé con María. No pensé. Entré con ella en ese baño y dejé que me besara. Pero no pasó de allí. Me marché, porque cada vez que cerraba los ojos te veía a ti, y no me parecía justo para ninguno de los dos. Cuando salí y nos encontramos contigo, cuando vi tu cara, la decepción en esos ojos, quise abofetearme. Al bajar, vi a Fran con su novia. Y

me encontré con mi peor pesadilla: Paula. No sé cómo, pero lo había visto todo. Joder, es que esa chica es omnipresente, te lo juro. —Nos reímos, aunque puedo sentir la tensión a través de su cuerpo—. Y siempre sabe dar con las palabras exactas, aunque no se las hayas pedido. Me dijo: «Porque las cosas que merecen realmente la pena hay que luchar por conseguirlas». Se dio media vuelta y se marchó. Subí a buscarte. —Me callo, porque necesito reponer fuerzas y mirarla a la cara para que entienda bien lo que voy a decirle a continuación.

—Cuando subiste..., no me dijiste nada... nunca... —No la dejo continuar. Me acerco, le doy un pequeño beso en los labios, suave, y le coloco detrás de la oreja un mechón de pelo que se le ha salido del moño. No quito la mano, sino que empiezo a trazar pequeños círculos con el índice y el pulgar en el lóbulo, detrás de la oreja, por su cuello y su clavícula.

—Porque soy un cagado de mierda, Eva. Así, alto y claro. Lo era antes y lo he sido todo este tiempo. Era más fácil no ponerle nombre a lo que me pasaba contigo. Era más fácil cerrar los ojos y mirar a otra parte. Te encontré en la azotea, donde había soñado terminar y empezar el año. Contigo. Pero entonces me dijiste que te habría dado la misma impresión si hubieras encontrado a Pedro en ese baño y, bueno... Me lo creí. Era lo más sencillo. Me aseguré de hacerme creer que no éramos más que eso: amigos, hermanos, lo que fuera. Pero no lo que yo me moría por ser. Me daba tanto pánico perder a mi mejor amiga que dejé que el miedo dirigiera mi vida y que me tapara los ojos para no ver lo que de verdad tenía delante, y lo que tenía era a ti; sí, mi mejor amiga, pero también la chica que quiero y que mueve mi mundo. Nosotros nunca hemos sido simplemente amigos, Eva.

Se acerca hasta mí y me abraza, fuerte, pasando los brazos por mi cuello y poniéndose un poco de puntillas para llegar mejor. Yo la cojo de la cintura y la estrecho contra mí. Su cuerpo pegado al mío, sin dejar pasar ni siquiera el aire entre los dos.

—Llévame a casa.

—¿Qué? No podemos, ahora tenemos que ir a...

—No, Marcos. No tenemos que ir a ningún sitio más. No necesito más esto —me dice abarcando la casa y la moto con los brazos—. Te quiero. Te necesito. Solo a ti. Es lo que he necesitado todos y cada uno de estos años; déjame empezar a disfrutarlo como toca.

Capítulo 30

Eva

¿Qué más puede enseñarme?

¿Qué más puede decirme?

Nada.

Me quiere, yo lo quiero a él. Se lo acabo de decir; no necesito ninguna muestra más, solo estar a solas con él, abrazarlo y no soltarlo durante horas. Tocar, besar, olerlo como una yonqui... solo para asegurarme de que es real, de que él es mío, y yo soy suya.

—¿Estás segura? Porque tenía unos sitios muy chulos que enseñarte —me dice con una sonrisa canalla en la cara y una ceja levantada.

—No he estado más segura de nada en toda mi vida. Sácame de aquí.

Acuna mi rostro entre sus manos y me besa, con ansia. Atrás quedaron los besos dulces y delicados. Este beso es de ganas, de promesas y de futuro. Estoy segura de que es el primero de muchos. Me pierdo en su boca y en todo lo que tiene que darme. Disfruto de su lengua jugando con la mía y de sus dientes mordiéndome, algunas veces fuerte y otras más delicadas. Lo toco; en el hombro, en el pecho, en la nuca... Me da igual dónde, solo necesito comprobar que es verdad, que por fin hemos sido valientes y que estamos juntos. Ralentiza el beso, poco a poco, hasta terminar dándome uno en la mejilla, después de haber recorrido mi cara por completo.

—Vamos a casa, pequeña.

Me despido de ese hogar que tantos recuerdos almacena. Toco la valla una última vez y miro el cobertizo de mi padre, su refugio dentro de esta familia de locos. «Lo he hecho, papá. Lo he conseguido todo». Mi padre siempre me dijo que nunca me conformara con poco, que me lo merecía todo.

Y eso es justamente lo que tengo ahora.

Corro hacia la moto, donde Marcos ya me está esperando. Me abrocho el casco, subo detrás y me agarro fuerte a su cintura. Arranca con un acelerón y, aunque lo golpeo en el hombro por el susto que me acaba de dar, no puedo evitar reír a carcajadas. Quién me iba a decir esta mañana cuando me he despertado hecha una mierda que terminaría el día así.

Conduce prudente, sin dar más acelerones y sin intentar colarse entre los coches. Pensaba que me iba a llevar a mi casa, pero al verlo salir de la ciudad sé que se dirige a la suya. Cuando llegamos, para en la puerta y apaga el motor. Nos bajamos, lo miro,

pero de repente parece muy nervioso. Se frota los ojos sin cesar.

—No hables, el día aún no ha terminado. Solo entra y deja que me explique.

No me da tiempo ni a contestar. Me coge la mano que tengo libre, pues en la otra llevo el casco, y me conduce al interior. Pero justo antes de poder cruzar el umbral, me dice, mirándome por encima del hombro:

—No flipes todavía.

Pero no lo puedo evitar. Flipo un poquito. No es que haya cambiado mucho desde la última vez que la vi. Los sofás siguen siendo los mismos, como la mesa o los electrodomésticos, pero todo está rodeado por cosas.

Mis cosas.

Mis libros en su estantería son lo primero que captan mi atención. Lo sé porque antes estaba medio vacía. La manta que me trajeron de Nueva York de la serie *Friends* descansa encima del baúl; un par de cuadros que colgaban de la pared de mi comedor, entre ellos uno de Pedro y mío de pequeños, jugando en el jardín en el que hemos estado hace un momento, pintados a mano, descansan ahora en la pared justo al lado de la televisión. Me acerco a la estantería y miro las fotografías.

Mis fotografías.

—Pe-pero... Estas son mis cosas... ¿Por qué están en tu casa?

—Porque aquí es donde debe terminar todo. Te quiero en mi día a día. Quiero levantarme por la mañana y que seas lo primero que vea. Cuando me acueste por las noches, quiero hacer la cucharita, enterrar la nariz en tu cuello y que tu olor a fresas sea lo último que huelo antes de irme a dormir. Quiero preparar platos de pasta o de lo que te dé la gana el resto de mi vida, contigo. Quiero que tengas una copia de las llaves de esa puerta —me dice mientras señala la entrada— y que, cuando digas que te vas a casa, o que tienes ganas de llegar a casa, o cualquier frase que contenga la palabra «casa», te refieras a esta. Quiero tirarme en el sofá a ver películas moñas que hayas visto mil veces solo por el placer de verte sonreír como lo haces. Quiero calentarte los pies en invierno frotándolos contra los míos. Ya no quiero volver a ducharme solo, porque hacerlo contigo es infinitamente mejor. Ven —me dice mientras me coge de la mano y me arrastra arriba, a su baño—. Quiero que aquí pongas todas tus cosas. Quiero que tu cepillo de dientes esté al lado del mío. Quiero aquí, en este armario, encontrar compresas, tampones, crema depilatoria o lo que quieras usar. O si quieres ir con pelos, también me parece bien. —Nos reímos y me lleva hasta su cama, donde nos sentamos y nos cogemos de las manos. Me acaricia la mejilla, atrapando con el pulgar un par de lágrimas silenciosas que ruedan por mi rostro. Pero ¿cómo no iban a hacerlo? Toda mujer se merece su cuento de hadas, y este es el mío, y no hay mejor príncipe que él—. Quiero que estés en cada rincón de esta casa y, si esta no te gusta, busquemos otra. Me da igual. Pero lo que no quiero es que te marches. No quiero que estemos más tiempo separados. Tu sitio está a mi lado. Debí habértelo dicho antes. Debí haberlo hecho hace mucho tiempo. Nunca debí dejar que fueras de otro, porque siempre has sido mía. Eres mía, Eva, y yo soy tuyo.

Me sonrío, y es una sonrisa tímida, cauta, esa que no deja ver nunca porque muestra debilidad, y es un concepto que nunca lo ha caracterizado.

Me tiro a sus brazos. No sé si reír o llorar. O hacer ambas cosas. Me subo a su regazo y lo beso por todas partes: nariz, pómulos, sien, mejillas, boca... Todo me sirve y todo me vale. Él al principio se deja hacer, quieto como una estatua, pero al final las ganas le pueden y toma el control, haciéndonos girar y situándose encima, con mis piernas alrededor de su cintura. Yo grito por el cambio, que no me esperaba, pero él solo ríe, provocándome cosquillas cuando me levanta un poco la camiseta por la cintura. Me besa la barbilla y el cuello, clavándome los dientes, que luego cura con la punta de su lengua, despacio, haciendo que la piel se me ponga de gallina y gima más alto de lo que pretendía.

—Entiendo que esto es un sí —me susurra al oído, me da un beso detrás de la oreja y me mira a los ojos. No sé cómo estarán los míos; los suyos están llenos de amor.

—Es un sí, un claro, un por supuesto, un siempre, un todo. No has sido el único cagado en esta historia. Eres idiota. Yo soy idiota. Somos la pareja perfecta. —La carcajada que sale de su pecho lo hace temblar entero, y a mí con él. Cuando paramos, aún con la sonrisa en la cara, le recorro el rostro con el dedo índice, el contorno de la cara, la mandíbula, e incluso las cejas y el entrecejo—. Marcos, no recuerdo cuándo fue la primera vez que supe que quería estar contigo, porque lo he querido toda mi vida y ya forma parte de mí. No hay lugar en el que me encuentre más segura que aquí, entre tus brazos; no hay cosa que me guste más que mirarte, día y noche; no hay voz que me guste más escuchar que la tuya, ni que me calme o me haga sentir que merece la pena levantarse cada mañana; no hay mejor despertar que junto a ti, en una cama, en un sofá o debajo de un puente; no hay nada mejor que verte luchar por no quedarte dormido cuando la película no te gusta... Marcos, me preguntaste qué habría hecho ese día, qué habría pasado si al despertarnos aún hubieras seguido en la cama conmigo. Jamás he tenido dudas. Me habría ido contigo, te habría elegido a ti, porque nunca ha habido ningún otro. La balanza siempre ha estado inclinada a tu favor, solo que tenía demasiado miedo de decirlo en voz alta. Podría seguir así durante horas, para al final decirte que no hay lugar en el que quiera estar si tú no vas a estar ahí conmigo.

Gruñe, alto y claro, y vuelve a la carga. Pero ahora no hay delicadeza, eso lo hemos dejado atrás. Ahora es fuerte, tiene ganas y el ansia nos puede. Todo lo que hemos hecho este tiempo, incluso el fin de semana, fue contenernos. Ahora, no hay nada ni nadie entre nosotros. Todo son manos, besos y jadeos. La ropa nos molesta. Me quita la camiseta de un tirón y yo hago lo mismo con la suya. No le doy tiempo a que me quite el sujetador, ya lo hago yo. Ataca mis pechos, primero uno y después el otro, mordiendo y soplando después. Lamiendo uno y apretando entre sus dedos el otro. Me agarro fuerte a la colcha y arqueo la espalda, pidiéndole más.

—La voy a cagar, Eva. Muchas veces y de diferente formas, pero no dejaré de demostrarte ni un solo día que merecemos la pena y que tu sitio está conmigo. Eso te

lo juro yo.

Justo después de decir eso se mueve, clavándose en mí. Llevamos los pantalones puestos, pero da igual; lo noto en toda su longitud, y me está volviendo loca.

—Y voy a empezar en este mismo instante. Haciéndote chillar.

Me recorre la clavícula con la lengua, la curva de los pechos, sin llegar a tocar el pezón, duro como una piedra. Las costillas, las caderas, de un lado a otro, trazando círculos alrededor del ombligo. Sus manos agarran con fuerza las mías, soltándolas después para ponerlas en el elástico de mis pantalones de deporte. Recorre con el dedo el borde mientras sopla y me eriza el vello.

—¡Me tienes hasta las narices! Eres peor que un grano en el culo. ¡Qué digo! Prefiero tener un grano que seguir oyendo como das órdenes sin parar.

Nos paramos de golpe. Nos incorporamos rápido en la cama y me ayuda a ponerme el sujetador y la camiseta después de ponerse él la suya. Lo miro interrogante y me pide perdón. Me explica que, mientras nosotros estábamos por ahí en la moto, nuestros hermanos traían mis cosas a casa —aunque algo de eso había supuesto, claro, porque no creo que vinieran solas en autobús—. Cuando hemos venido, ni se le ha pasado por la cabeza que pudieran aparecer.

Me hago una coleta, pues el moño se ha soltado, y salimos de la habitación. Bajamos las escaleras despacio. Estos tres se siguen gritando sin percatarse de nuestra presencia.

—¡Hala! ¡Pero qué cosas más feas me dices!

—¿Feas? ¿Pero tú te oyes?

—No, Pedro, no lo hace. Si lo hiciera, se habría cansado. Como nosotros.

—Esto no me lo esperaba de ti, hermanito.

—No, Javi. A ella le gusta escucharse. Se graba para después ponérselo por las noches. ¿A que sí, Paulita?

—Sois como dos viejas chismosas.

Javi y Pedro van cargados con el baúl que tenía en mi dormitorio y Paula va dando órdenes. Lo de siempre. Marcos carraspea para hacerse notar, pero nada. Intenta un poco más fuerte, pero aquellos tres siguen a lo suyo. Claro, si unos hablan encima de otros para ver quién grita más, es lógico que no escuchan nada.

—¡Eh! —grito, por fin. Porque, vamos a ver, a gritona no me gana nadie.

—¡Me cago en la puta! Qué susto me habéis dado —dice Paula, muy teatrera ella, girándose con la palma de la mano pegada al pecho.

—¡¿Ves?! Si es que no sabes decir una frase sin decir palabrotas.

—Yo no he dicho ninguna palabrota, Pedro.

—Y «puta», ¿qué es? ¿El adjetivo cariñoso con el que llamas a tu madre?

—¡Acabas de decir una palabrota! —dice Paula gritando y señalándolo, clavándole el dedo índice en el pecho. Pedro se gira a mirarnos, le indica a Javi que dejen el baúl en el suelo y bufándole a Paula se dirige al sofá, donde cae agotado.

—Me rindo.

—No pasa nada, no te martirices, son cosas que pasan. ¿Cuándo has dicho que vamos a volver a ver a Pedrito? —Pedro finge no oírla, aunque esta se lo esté diciendo prácticamente en la oreja.

—Yo, con vuestro permiso, me voy a por una cerveza y un ibuprofeno —dice Javi, con su calma habitual. Pasa por nuestro lado de camino a la nevera, se para delante de su hermano, dándole una palmadita en la cara, y luego a mí me da un abrazo, un beso en la mejilla y me dice con una sonrisa—. Hazlo feliz. Te quiero, preciosa.

Aún cogidos de la mano, pues no nos hemos soltado en ningún momento, nos acercamos hasta Pedro y Paula. Ella también se ha sentado en el sofá, en la punta opuesta a mi hermano. Nos paramos frente a ellos y Marcos les pregunta qué pasa.

—Que Pedro no me deja volver a ver a su hijo hasta que empiece a hablar bien. Dice que digo muchas palabrotas. Menuda gilipollez —bufa, y Pedro pone los ojos en blanco, pero no habla.

—Levanta y vamos con Javi a por una cerveza. O dos —le dice Marcos a su hermana, tirando de ella para ponerla en pie. Yo me siento al lado del mío. Antes de marcharse, Marcos se inclina y me da un beso en los labios. Es el primero que nos damos delante de nuestra familia. Me sonrojo, no lo puedo evitar, y miro a los otros tres que están en la habitación: Javi me guiña un ojo; Pedro pone cara de asco, aunque no puede ocultar la sonrisa que asoma a sus labios, y Paula sonrío de oreja a oreja y me guiña un ojo también.

Apoyo la cabeza en el hombro de mi hermano, nos cogemos la mano y él se gira para darme un beso en la cabeza. No hablamos, solo miramos al frente, admirando el cuadro en el que salimos los dos juntos, mientras escuchamos los murmullos y risas de los otros tres.

—Sabes que le vas a dejar ver al niño siempre que quiera, ¿verdad?

—Pues claro. Pero me encanta tocarle las narices. El problema es que siempre me sale el tiro al revés y termina sacándome ella de mis casillas. No tengo ni idea de cómo lo hace. Tiene un don especial.

—Son muchos años de práctica. —Se ríe y me pasa el brazo por los hombros, acercándose más a él.

—No dejes que te haga infeliz ni un solo día —miro por encima de mi hombro a Marcos, feliz y relajado, como no lo había visto en mucho tiempo. Como si lo presintiera, sus ojos impactan con los míos.

—Tranquilo, no lo hace.

—Más le vale.

Al cabo de unos minutos, Paula propone ver una película. A mí me encanta estar todos juntos, siempre hemos sido los cinco contra el mundo, pero supongo que esta es una de las cosas que empezará a cambiar a partir de ahora. Porque, en este mismo instante, no me apetece nada estar con ellos.

Paula se muda hoy mismo a mi casa. Durante el tiempo que hemos estado dando vueltas con la moto, han traído mis cosas aquí y las suyas las han dejado allí, aunque todavía faltan algunas. No me importa. No quiero vender ese piso, y no hay nadie mejor para vivir en él que ella.

Marcos se acerca hasta mí, se coloca a mi lado y me rodea la cintura con una mano.

—Diles que se vayan —me habla bajito, con la boca torcida y sin borrar la sonrisa, para que sea yo la única que lo oiga.

—Díselo tú.

—Ahora es tu casa. Diles que quieres estar a solas con tu nuevo novio.

—¿Eso eres? ¿Mi nuevo novio?

—Pequeña, soy lo que tú quieras.

Me da un mordisco en el cuello y no puedo evitar pegar un grito. Miro a los tres que están en el sofá haciendo *zapping*, pero ninguno se ha dado cuenta. Marcos se acerca a darme otro, pero soy más rápida y me aparto de un salto.

—No les digamos nada. Vámonos. Tampoco creo que se den cuenta. Desde aquí escucho los ronquidos de Javi, y los otros dos tienen un rato mientras discuten por la película que van a ver.

—¿Y si suben?

—Pondremos el pestillo.

—Me parece perfecto.

Sin despedirnos, con las ganas recorriendo nuestro cuerpo, subimos las escaleras hasta su dormitorio. Nuestro dormitorio. Pone el pestillo y, antes de dejarnos caer en la cama, ya nos hemos encontrado y las partes de arriba han desaparecido.

—Nuestro futuro empieza ahora, pequeña, y pienso hacerte muy feliz.

—Te quiero.

—Yo también te quiero, Eva. Y, ahora, vamos a darle un nuevo sentido a esa palabra —me dice justo antes de clavarse en mí y prometiéndome, con besos, caricias y palabras, que juntos escribiremos nuestro final.

EPÍLOGO

—¿Falta mucho?

—Eres peor que el asno de *Shrek*. ¡Me lo has preguntado cinco veces en menos de cinco minutos! ¿Tú sabes lo que es eso?

—A ver, por si no me estás viendo, voy con los ojos tapados, algo que, por cierto, deberías hacerte ver, porque siempre me vendas los ojos, sentada en un coche, ya no sé ni el tiempo, sin tener ni idea de a dónde nos dirigimos. Y sabes que no me gustan mucho las sorpresas.

—Ja, ja. Pero si para tu dieciocho cumpleaños nos obligaste a hacerte una fiesta sorpresa. ¿Recuerdas?

—Marcos, es muy feo cumplir la mayoría de edad y que tus amigos no te preparen nada.

—Bueno, la tuviste, ¿no?

—Sí. Y lo mejor de esa noche fue el beso de Héctor...

—Serás...

—¿Me acabas de pellizcar una teta?

—No. Acabo de pellizcar MI teta, que es diferente.

—Está usted muy posesivo.

—¿Aún no sabe, señorita Eva, que cuando se trata de usted me vuelvo un cavernícola?

—No seas tan hombre de las cavernas y dime cuánto falta.

—Ya hemos llegado.

—¿De verdad?

—¿No notas que el coche se ha parado?

—Marcos, llevo los ojos tapados con un pañuelo, me has dicho que me vistiera sin darme ni una pequeña pista de nada y de los nervios me sudan tanto las manos que me da hasta vergüenza que me las cojas. No me entero de nada.

—Ya será menos. Voy a salir del coche y vengo a por ti, ¿vale?

—Vale, pero no tardes.

—Tranquila. Normalmente de la puerta del piloto a la del copiloto no hay más

que diez pasos.

—Eres idiota.

—Mientras sea tu idiota, no me importa.

—Siempre.

—Así me gusta. Dame un beso antes de salir.

—¿Había diez pasos?

—Sí, los he contado. Ahora, sal con cuidado; no te golpees con el marco de la puerta. Y antes de que lo preguntes: primero te llevo a un sitio y después te quito la venda. ¿Confías en mí?

—Ayer, hoy y mañana.

—Esa es mi chica.

—Marcos, estoy escuchando el mar, ¿verdad? Además, huele a sal, y estoy casi segura de que esto que estoy pisando es arena.

—Deberías haber sido detective privada en vez de educadora infantil.

—Está usted muy gracioso.

—Borra ese entrecejo, que ya hemos llegado. ¿Lista, pequeña?

—Sí. Estoy muy nerviosa.

—No tanto como yo. A la de tres; una, dos, tres...

—...

—...

—¿Dónde estamos? ¿Qué es esta playa?

—Tu padre venía aquí a menudo, cuando quería despejarse o por el mero placer de pasear. No sé cómo encontró este lugar, pero se enamoró de él, como lo hizo tu hermano cuando se lo enseñó. Era como su lugar secreto, un lugar en el que solo se permitían hombres. Pedro me lo enseñó un día y desde entonces venimos a menudo. A veces, solos, y otras, los dos juntos. Nunca se lo hemos enseñado a nadie. Ni a Javi, ahora que lo pienso.

—Es precioso. La arena está limpia, y el agua es... es cristalina. Y el atardecer es precioso. Marcos, es maravilloso.

—No llores, pequeña. Y si lo haces, que sea de felicidad.

—Lo es, te lo juro. Mi padre... Joder, mi padre. Esto es... No sé qué decir.

—Bueno, pues aún no he terminado.

—¿Qué?

—Eva, no te he traído aquí para enseñarte una playa. Te he traído aquí para

decirte que te quiero.

—Yo también te quiero. Nos lo decimos como mil veces al día.

—Son pocas. Te lo aseguro. Eva, este año contigo ha sido acojonante. Te quiero, cariño. Lo quiero todo de ti, hasta tu manía de no guardar las películas en su carátula correspondiente. Vivir estos trescientos sesenta y cinco días contigo ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida. Tú has sido lo mejor que me ha pasado. Y quiero decirte que te quiero; ayer, hoy y mañana. Que no me imagino viviendo ni siquiera un día en el que no estés a mi lado. Que eres mi chica preferida, pero quiero que seas mucho más. Ya no me sirve solo con eso. Ya te dije que soy un egoísta y que lo quiero absolutamente todo.

—¡Madre mía!

—Eva, por favor, cástate conmigo. Me da igual cómo, dónde, cuándo y por qué. Solo dime que sí y conviértete también en mi mujer.

—Pero si tú... Tú nunca has querido casarte.

—Te dije que querría todo lo que tú quisieras.

—Pero yo no necesito nada de esto. ¡No pongas esa cara! Yo no necesito esto para quererte más o ser feliz. Estar contigo es más que suficiente, te lo aseguro. Tengo mi cuento de hadas, el que me regalas cada día que pasas conmigo. Son las risas, los besos, los abrazos, las manías, las películas por la noche, los paseos, las mañanas, las tardes, los pícnicos, los viajes, las tortitas de los domingos, las salidas a correr... Incluso las discusiones. Todo.

—Eva, yo quiero darte más que eso, quiero que tengas el lote completo. Te lo he dicho, quiero casarme contigo. Quiero ponerte en el dedo este anillo que llevo buscando más de un mes, que me taladres con las invitaciones, las flores, la música y todo lo que se te ocurra. Quiero vestirme de pingüino o de vaqueros, como decidas. Casarme en una iglesia, en la plaza o encima de un andamio. O, si quieres, contratar un viaje a Las Vegas y casarnos en plan Elvis. Pero tú y yo. Lo quiero mientras seamos nosotros.

—Eres tan perfecto.

—¿Eso es un sí? Porque está a punto de darme un infarto, y ya has visto que tengo muchos planes para nosotros y aún no puedo morirme.

—Nunca he sabido decirte que no a nada.

—Pequeña, cuando sonrías así, el mundo se paraliza, te lo juro.

—Mientras sea tu mundo, no hay problema.

—No lo dudes.

—Venga, ponme el anillo ya.

—¿Te gusta?

—Es precioso. Pero te podías haber puesto de rodillas. Así, de pie... pierde un poco de gracia. Cuando me pregunte Paula, le diré que había un cuarteto tocando *Moon River*.

—¡Serás...! ¿A que te lo quito?

—Si puedes cogermé...

—¡Oh, pequeña! ¡Corre todo lo quieras! ¡Hace tiempo que llevo implantado un imán que me une a ti!

FIN

AGRADECIMIENTOS

Estar escribiendo esta parte es algo que nunca creí que pudiera sucederme a mí. Pero aquí estoy. Es mucha la gente a la que tengo que darle las gracias.

Primero a Eva, por prestarme su nombre. Por decirme que lo intentara. Te dije que si alguna vez escribía un libro, la protagonista se llamaría como tú. Aquí está.

A Érika Gael. Por guiarme, enseñarme y ayudarme a darle forma a la historia de Eva y Marcos. Por hacerme ver mis defectos y mis virtudes. Por darme la confianza necesaria para que estas páginas hoy estén en otras manos que no son las mías.

A ellas; las chicas que me cuentan *historias para no dormir*, que leyeron el inicio de esta novela hace ya mucho tiempo, cuando no era más que un borrador y me dijeron que adelante, que tuviera valor y persiguiera mis sueños.

Aunque ellas digan que *somos lo peor*, para mí sois risas, sois momentos, sois millones de lecturas conjuntas y sois amigas. En especial a esa valenciana, María Pilar, con la que cada día es una aventura.

A *Las Girón*, Natalia y Laura, por querer ser mis lectoras cero, por ayudarme, por los audios, por guiarme. Por todo. A Laura Sanz y Tessa C. Martín, por decirme que lo intente y darme esos consejos que me guardo como si fueran oro. A Helena, Emma y Adriana, por empaparos de esta historia y ser sinceras, algo que a veces escasea.

A ti, Marta Francés, por ser de lo más grande que me ha dado la literatura. Por aparecer un día de repente y ya no marcharte. Por regalarme tus historias y por dejar que yo te regale la mía. Y, sobre todo, por decirme qué tenía que hacer para llegar a publicarla. Sin ti, aún estaría dando vueltas por Google.

Mucha gente me pregunta cómo puedo hacerlo, cómo soy capaz de abarcar tantas cosas a la vez. La respuesta es sencilla; mi familia. Sin ellos, esto hoy no sería una realidad: mis padres, por apoyarme siempre para cumplir mis sueños y ayudarme a que el sí venciera al no. Mis hermanas, por inspirarme cada día. Por enamoraros de Marcos y Eva como yo. Por no dejar que me caiga, porque siempre estáis ahí para levantarme. Porque este libro no es mío, este libro es nuestro.

A ti, mi amigo, mi amante y mi compañero. Por tu paciencia, por tus sonrisas y por tus ánimos. Por dejarme sola con mi ordenador cuando te lo he pedido, siempre, sin ponerme obstáculos; al contrario, dándome mil y una facilidades. Por darme la mano para acompañarme en todo este camino y por soportar las alegrías y las penas que esto me está dando. Y eso que es solo el principio.

A mis dos monstruos, por ser lo mejor que he hecho en mi vida. Por ser mi alegría y mis ganas de hacer todo lo que me propongo. Porque, con esto, quiero demostraros que si queréis, podéis, y que los sueños hay que perseguirlos, hasta convertir el no en un gran sí. Cuando me llamáis mamá, todo lo demás cobra sentido.

Por último, a vosotros, por darme una oportunidad. Por dejar que entre en

vuestras listas de pendientes o de libros leídos. Por dedicar un tiempo a sentaros y leerme. No tenéis ni idea de lo grande que es eso. Espero que os haya gustado y, si no es así, intentaré hacerlo mejor la próxima vez.

Hasta pronto.

SOBRE LA AUTORA

Crecí entre libros. Fue mi madre quien me introdujo en este mundo de la mano de Mary Higgins Clark. Me siguen gustando las historias de suspense y los thrillers, pero me atraen demasiado las historias románticas. Muchos dicen que desprendo purpurina y algodón de azúcar. No es algo que me preocupe demasiado, al contrario, me siento orgullosa.

Me encanta perderme entre las páginas de un libro, vivir grandes aventuras, conocer otras ciudades, otros mundos y fingir ser otras personas. Ahora, es mi turno. Espero haceros sentir todas esas cosas y que, cuando lo terminéis, lo hagáis con una sonrisa.